

UC-NRLF



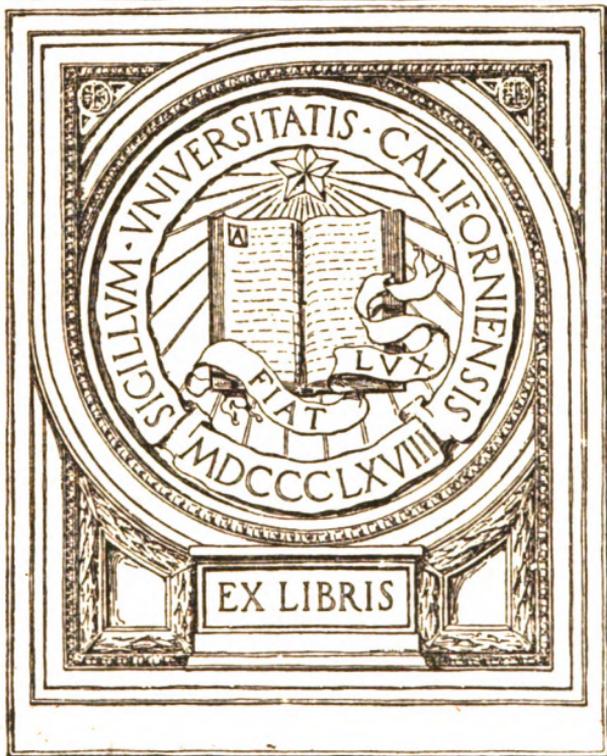
B 3 142 250



IBLIOTECA

CLÁSICA

GIFT OF
J. C. Cebrían





HISTORIA DE ITALIA

DESDE 1494 A 1532

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CXXXVII

HISTORIA
DE ITALIA

DONDE SE DESCRIBEN TODAS LAS COSAS SUOEDIDAS
DESDE EL AÑO DE 1494 HASTA EL DE 1532

POR

FRANCISCO GUICCIARDINI

TRADUCIDA DE LA ITALIANA EN LENGUA CASTELLANA
CON LA VIDA DEL AUTOR

POR

D. FELIPE IV

Rey de España

TOMO V.

MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^ª
calle del Arenal, núm. 11.

1890

2551
023
45

—
ES PROPIEDAD.
—

YO VIRO
ABROGLIAO

HISTORIA DE ITALIA

DESDE EL AÑO DE 1494 AL DE 1532.

LIBRO XIV.

SUMARIO.

Creciendo cada hora entre Carlos V y Francisco I nuevas causas de guerra, el Papa León, aunque tenía en su ánimo servirse de los ultramontanos para echar de Italia á ellos mismos, y aunque tenía pláticas con el Emperador y con el Rey, haciendo confederación, ya con el uno, ya con el otro, al fin hizo descubiertamente liga con el Emperador contra el rey de Francia, el cual había recuperado con mucha facilidad el reino de Navarra.—Por esta amistad declaró el Emperador el bando imperial contra Martín Lutero y le oyó en la Dieta de Vorms. Este hombre volviera fácilmente á la obediencia de la Iglesia, si las amenazas de fray Tomás Gaetano, cardenal de San Sixto, no le hubieran puesto en desesperación.—Fueron los primeros movimientos de esta guerra en Lombardía, y particularmente en Regio, que fué defendido por Francisco Guicciardini, autor de esta historia, contra monseñor Lescun, gobernador del Rey en Italia por falta de Lautrec, su hermano. En este tiempo hizo grandísimo daño un fuego que cayó del cielo sobre la pólvora del castillo de Milán.—Determinóse después acometer aquel Estado y, expugnadas las ciudades de Parma y Plasencia, que vinieron debajo de

Estado de la Iglesia, perdieron los franceses también á Milán; los cuales, guiados por monseñor Lescun y por Lautrec, intentaron recuperar á Parma, que fué defendida valerosamente por el autor de esta historia. Ocurrió en este mismo año la muerte del papa León con veneno, que le dió (según se decía) Bernabé Malaspina, su camarero. Sucedióle en el Pontificado Adriano VI, flamenco de nación. En este tiempo recobró su Estado el duque de Urbino.—Sucedió la batalla de la Bicocca, y otras muchas guerras que hubo en Hungría, en Lombardía y en Toscana.

CAPITULO I.

Los suizos en Italia á sueldo de la Iglesia.—Negociaciones secretas del papa León con Francia.—El rey Francisco conquista el reino de Navarra —Liga de León X y Carlos V contra Francia.—Bando contra Lutero en la Dieta de Vorms.—Fundamentos de las pretensiones de Carlos V al ducado de Milán.—El ejército francés acomete á Regio, y es obligado á retirarse.

Sosegado en el principio del año 1521 este pequeño movimiento, temido más por la fresca memoria de los infantes españoles que acometieron el Estado de Urbino, que porque se viesen causas probables de temor, comenzaron pocos meses después á turbarselas cosas de Italia con guerras mucho más largas, mayores y más peligrosas que las pasadas, provocando la ambición de dos Reyes poderosísimos, llenos entre sí mismos de emulación, de odio y de sospechas, á ejercitar todo su poder é indignaciones en Italia, la cual, habiendo estado cerca de tres años en paz, aunque dudosa y llena de sospechas, parecía que tenía al cielo, al hado propio y á la fortuna envidiosos de su quietud ó temerosos de

que, si reposaba más tiempo, volviese á su antigua felicidad.

Dieron principio á nuevos movimientos aquellos que, siendo los más obligados á conservar la paz, la perturbaban y encendían el fuego más veces que los otros con toda industria y autoridad, aun cuando, si no bastara otro remedio para mantenerla, con su propia sangre lo debían procurar. Porque si bien entre el Emperador y el rey de Francia, crecían continuamente las malas inclinaciones, con todo eso, ni tenían razones muy urgentes para la presente guerra, ni se excedían tanto el uno del otro en Italia en poder ni en otra comodidad alguna que fuesen bastantes á ofenderse sin la compañía de algún otro de los Príncipes de Italia; pues teniendo el rey de Francia juntos con él á los venecianos para la defensa del Estado de Milán, y no estando los suizos prontos á hacer las guerras en su nombre propio, sino dispuestos solamente á servir de soldados á quien selo pagase, no tenía causa para temer algún movimiento del Emperador ni por el camino del reino de Nápoles ni por el de Alemania; y por otra parte, no tenía facultad para ofender al Emperador en el reino de Nápoles, si no concurría con él en aquella empresa el Papa, al cual cada uno de ellos procuraba hacer su amigo con varias ofertas y artificios; de manera que se creía que si el Papa, perseverando en ser medianero entre los dos, anduviera vigilante y solícito en templar con la autoridad Pontificia (y con el crédito que le daría la neutralidad) los enojos y reprimir los consejos inquietos, se conservara la paz.

No se veía causa que le necesitase á desear ó á perturbar la guerra, porque primero había intentado las armas infelizmente; y siendo estos dos Príncipes tan grandes, deseaba con igualdad la victoria de cada uno de ellos, conociéndose claramente que el que quedase su-

perior no tendría freno ni embarazo para sujetar á toda Italia. Poseía con tranquilidad y grande obediencia el amplísimo Estado eclesiástico, y Roma y toda su corte estaba colocada en suma grandeza y felicidad. Tenía cumplida autoridad sobre el Estado de Florencia, Estado poderoso en aquellos tiempos y muy rico; era dado por su naturaleza al ocio y á los pasatiempos y ahora, por la mucha licencia y grandeza, andaba muy remoto de los negocios, engolfado en oír músicas todo el día, donaires y bufones; é inclinado mucho más de lo justo á placeres, parecía que estaba de todo punto ajeno de las guerras. Añadíase que, teniendo el ánimo tan lleno de magnificencia y esplendor, que hubiera sido maravilloso aun descendiendo por larga sucesión de grandes reyes, no teniendo en el gastar ni en el dar medida ni distinción, no sólo había disipado en breve tiempo, con gran prodigalidad, el tesoro que había juntado Julio, sino que, habiendo sacado gran cantidad de dinero de los despachos de la corte y de otras muchas maneras de nuevos oficios, inventados para hacer moneda, había gastado tan excesivamente, que se veía necesitado á pensar siempre en nuevos modos para sustentar sus pródigos gastos, en los cuales no sólo perseveraba, sino que los iba aumentando. No tenía estímulos para hacer grande á ninguno de los suyos, y si bien le atormentaba el deseo de recuperar á Parma y á Placencia y de conquistar á Ferrara, con todo eso, no parecían causas bastantes para revolver de una parte á otra el estado quieto del mundo, sino para contemporizar y esperar la oportunidad y las ocasiones.

Pero es cierto lo que se dice, que no tienen los hombres mayor enemigo que la mucha prosperidad, porque los hace flacos consigo mismos, licenciosos, osados para el mal, y deseosos de turbar el bien propio con cosas nuevas. Este era el estado á que había llegado

León, ó juzgando por grande infamia el haber perdido á Parma y á Plasencia, conquistadas con tanta gloria por Julio, ó no pudiendo enfrenar el ardiente apetito de conquistar á Ferrara, ó pareciéndole que si moría sin haber hecho alguna cosa grande, dejaba infame memoria de su pontificado, ó temiendo, como decía, que ambos Reyes, excluído cada uno de la esperanza de juntarse con él (por cuya causa no tendrían poder para ofenderse), viniesen al fin entre ellos en alguna unión que fuera para abatimiento de la Iglesia y de todo lo restante de Italia, ó esperando (como yo oí decir después al cardenal de Médicis, que sabía todos sus secretos) que, echados los franceses de Génova y del Estado de Milán, podría después más fácilmente echar al Emperador del reino de Nápoles, ganando para sí la gloria de haber libertado á Italia, á lo cual había aspirado primero manifiestamente su antecesor; cosa que no pudiendo ejecutar León con sus propias fuerzas, esperaba que, instigando primero en alguna parte el ánimo del rey de Francia, con elegir algún cardenal que él deseara, ó con mostrarse pronto para concederle otras gracias, le induciría á que le diese ayuda contra el Emperador; como si en lugar del alivio propio, pudiera ser consuelo que sucediera al Emperador lo que le había ocurrido á él.

Ora le obligase alguna de estas razones ó todas juntas, volvió todos sus pensamientos á la guerra y á juntarse con uno de estos dos Príncipes, y unido con él, mover las armas en Italia contra el otro.

Por hallarse prevenido para estos pensamientos y no ser oprimido de ninguno mientras trataba con ambos (aunque más estrechamente con el rey de Francia), envió á Suiza á Antonio Pucci, obispo de Pistoja (que después en otro tiempo llegó á ser cardenal) á que levantase y condujese al Estado de la Iglesia seis mil

suizos, y habiéndoselos concedido sin dificultad los Cantones por la confederación que después de la guerra de Urbino había renovado con ellos, alcanzando el paso por el Estado de Milán, los condujo al dominio de la Iglesia, entreteniéndolos muchos meses en la Romagna y en la Marca. Estando todos inciertos del fin con que sustentaba ociosamente tanto gasto, pues no había en Italia movimiento alguno, afirmaba que los había llamado para poder vivir seguramente, sabiendo que cada día maquinaban cosas nuevas los rebeldes de la Iglesia. No pareciendo verosímil esta causa, entraban en el discurso de los hombres varios conceptos; unos creían que se armaba por miedo al rey de Francia, otros por algún designio de ocupar á Ferrara, y otros porque tuviese inclinación de echar al Emperador del reino de Nápoles.

Mas entre él y el Rey se trataba secretamente de acometer con sus armas unidas al reino de Nápoles, con condición de que Gaeta y todo aquello que está entre el río de Garegliano y los confines de la Iglesia se conquistase para ella, y lo restante del reino fuese para el hijo del Rey, el cual, porque era de pocos años, había de ser gobernado juntamente con el reino por un Legado apostólico que residiese en Nápoles hasta que fuese mayor. Contenía, demás de esto, la capitulación que le debiese ayudar el Rey contra los súbditos y feudatarios de la Sede Apostólica; condición establecida no sólo para la defensa de lo que poseía la Iglesia, sino también para lograr el deseo que tenía el Pontífice de conquistar á Ferrara.

En este tiempo, que era muy á propósito para estos designios, convidado el rey de Francia de la ocasión de los alborotos de España y aconsejado por el Papa, según afirmaba quejándose después, envió un ejército gobernado por Asparot, hermano de Lautrec, á Navarra,

para restablecer en aquel reino á su antiguo Rey, y al mismo tiempo á Roberto de la Marcia y al duque de Güeldres para que comenzasen á molestar los confines de Flandes.

Las discordias de España facilitaron á Asparot el conquistar el reino de Navarra, destituido de toda ayuda (donde aún no estaba extinguida la memoria del primer Rey), y habiendo con la artillería expugnado el castillo de Pamplona, entrando en los confines del reino de Castilla, ocupó á Fuenterrabía y corrió hasta Logroño. Y, como muchas veces sucede en las cosas humanas, ayudó al Emperador lo que se había creído que le dañaba; porque las cosas de España, trabajadas hasta aquel día con varios progresos, veíanse reducidas á grandísima turbación, estando de una parte unidos los populares y los plebeyos, y habiendo de la otra tomado las armas en servicio del Emperador muchos señores, los cuales, por los intereses de sus Estados, temían la licencia popular, y pasando ésta á manifiesta rebelión, deseosa de tener cabeza de autoridad, ofreció sacar de la fortaleza de Játiva al duque de Calabria, el cual, rehusando tomar las armas contra el Emperador, no quiso salir de la cárcel.

Pero el ser acometido por el rey de Francia el propio Reino, conmovió de manera los ánimos de los pueblos, que habían llevado sin disgusto la pérdida del reino de Navarra, aunque se había hecho miembro de sus reinos por la unión que hizo el Rey Católico que, parte por esta causa y parte por algún suceso próspero que había tenido el ejército cesáreo, volvió todo el reino de España á la obediencia de su Rey, depuestas con facilidad las diferencias entre ellos mismos.

Á la prosperidad del rey de Francia por la victoria tan fácil del reino de Navarra, se le añadió mayor suceso si hubiera sabido usar las ocasiones; porque los

suizos, con los cuales estaban sus embajadores y los del Emperador, procurando cada uno de ellos unirlos consigo, rehusando (contra la opinión de muchos y contra la intención que habían dado) la amistad del Emperador, abrazaron la unión con el rey de Francia, obligándose á conceder á su sueldo todos los infantes que quisiese para cualquiera empresa, y á no concederlos á ninguno otro para servirse de ellos en ofensa de aquel Rey.

Restábale ejecutar la capitulación que se había hecho en Roma entre el Papa y él, y pidiéndole la ratificación de ella, comenzó á estar sospechoso, diciéndole muchos que, atento á los dobleces del Papa y al odio que le había mostrado continuamente desde que estaba en el Pontificado, se debía temer algún engaño; añadiendo que no era verosímil que el Papa deseara que viniese á él ni á sus hijos el reino de Nápoles, porque, teniendo aquel reino y el ducado de Milán, temería mucho su poder, y que tuviese por cierto que tanto amor descubierta tan de repente, no era sin misterio; que cautelase bien sus cosas de los engaños, y que creyendo ganar el reino de Nápoles, no perdiese el Estado de Milán; porque si enviaba ejército á Nápoles, estaría en poder del Papa, que tenía seis mil suizos, deshacerle, entendiéndose con los capitanes imperiales, y deshecho, ¿qué defensa le podía quedar á Milán?; que no era de maravillarse que, habiendo intentado el Papa con las fuerzas que se le quitase aquel Ducado, procurase ahora privarle de él con engaños, desesperado de poderlo alcanzar de otra manera.

Conmovieron tanto al Rey estas razones, que estando dudoso sobre si la ratificaría, y por ventura esperando respuesta de otras pláticas, no avisaba nada á Roma, dejando suspensos al Papa y á sus embajadores.

Mas Su Santidad, ó porque verdaderamente gobernándose con los fingimientos acostumbrados tenía el

ánimo ajeno del Rey, ó porque, como vió pasados todos los términos de la respuesta, sospechase lo que era ó temiese que el Rey descubriese al Emperador sus pláticas, y que por esto pudiese nacer entre ellos alguna unión en su perjuicio, irritado también del ardiente deseo que tenía de recuperar á Parma y á Plasencia y de hacer alguna cosa memorable, y enojado demás de esto por la insolencia de Lautrec y del obispo de Terves, su ministro, los cuales, no admitiendo en el Estado de Milán ninguna orden ni provisión eclesiástica, le despreciaban con palabras muy soberbias é insolentes, determinó juntarse contra el rey de Francia con el Emperador, el cual, irritado por la guerra de Navarra, estimulado por muchos expatriados de Milán, y conmovido también por algunos de su Consejo, deseosos de abatir la grandeza de Gebres, que había disuadido siempre el apartarse del rey de Francia, se resolvió á confederarse con el Papa contra el Rey; cuya resolución se cree hizo acelerar la esperanza de poder fácilmente, con la autoridad del Papa y la suya, enflaquecer la liga con los suizos, aunque con dádivas y agradecimientos procurase el Rey afirmarla.

Indujo también á mayor confianza el ánimo del Papa, ver que el Emperador, habiendo oído en la Dieta de Worms á Martín Lutero, llamado por él debajo de salvoconducto y hecho examinar sus cosas por muchos teólogos, los cuales habían referido que era doctrina errónea y dañosa para la religión cristiana, le dió al bando imperial por dar gusto al Papa. Espantó tanto esto á Martín Lutero, que si las palabras injuriosas y llenas de amenazas que le dijo el cardenal de San Sixto, Legado apostólico, no le redujeran á última desesperación, se cree que hubiera sido fácil apartarle de sus errores, dándole alguna dignidad ó algún modo honesto con que vivir.

Pero sea lo que fuere de esto, entre el Papa y el Emperador, sin sabiduría de Gebres (el cual hasta aquel tiempo había tenido con él mucha autoridad y murió oportunamente casi en los mismos días), se hizo confederación para defensa común y también de la casa de Médicis y de los florentinos, añadiendo que romperían la guerra en el Estado de Milán á los tiempos y de la manera que concertasen; que si se conquistase, quedase para el Papa Parma y Plasencia, que las poseyese con los derechos que las había poseído antes, y que atento á que Francisco Sforza (que estaba desterrado en Trento) pretendía tener derecho al Estado de Milán por la la investidura de su padre y por la renuncia de su hermano, que si se ganaba, fuese puesto en posesión y obligados los coligados á mantenerle y defenderle; que no gastase el Estado de Milán más sal que la de Cervia; que fuese permitido al Papa, no sólo proceder contra sus súbditos y feudatarios, sino también obligado el Emperador, adquirido que fuese el Estado de Milán, á ayudarle contra ellos y señaladamente para la conquista de Ferrara. Acrecentóse el censo del reino de Nápoles; prometióse al cardenal de Médicis una pensión de diez mil ducados en el arzobispado de Toledo, que había vacado nuevamente, y un Estado en el reino de Nápoles de diez mil ducados de renta para Alejandro de Médicis, hijo natural de Lorenzo, que ya había sido duque de Urbino.

Para declaración de estas cosas parece necesario referir cuáles pretendía el Emperador que fuesen los derechos del Imperio sobre el ducado de Milán. Afirmábase por parte del Emperador que no eran de ninguna consideración para aquel Estado los derechos antiguos de los duques de Orleans, por no haber sido confirmado con la autoridad Imperial el concierto de la sucesión de madama Valentina, y que al presente pertene-

cía inmediatamente al Imperio, porque la investidura que se dió á Luis Sforza para él y para sus hijos había sido revocada por su abuelo con ampliación de tantas cláusulas, que la revocación había tenido efecto jurídicamente, en especial en perjuicio de los hijos, los cuales, no habiéndolo poseído nunca, tenían derecho en esperanza y no en realidad, y por esto había sido válida la investidura que se dió al rey Luis para sí y para Claudia su hija, en caso que se casase con Carlos y con condición de que, no haciéndose el matrimonio sin culpa de Carlos, fuese nula, y que Milán por camino derecho pasase á Carlos, al cual, en tal caso, se le diesen las investiduras, presente su padre Felipe. De esto se infiere que no había sido de ningún valor la segunda investidura dada al mismo rey Luis para sí, para la misma Claudia y para Angulema, en perjuicio de Carlos, muchacho y guardado debajo de la tutela de Maximiliano, y no pudiendo hacer ningún fundamento en ella el Rey presente, menos podía alegar que le pertenecía aquel Ducado por muchas razones, porque del Emperador nunca había alcanzado ni pedido la investidura y era manifiesto que no le podía ayudar la cesión hecha por Maximiliano Sforza, que le dió el castillo de Milán; porque el feudo enajenado de propia autoridad, recae luego en el Señor soberano, y porque Maximiliano, aunque admitido por voluntad del Emperador, muerto en aquel Estado, sin haber recibido nunca la investidura, no podía transferir á otros los derechos que no le tocaban.

Hecha, pues (pero con gran secreto), la confederación entre el Papa y el Emperador contra el rey de Francia, fué opinión común que antes que manifiestamente se moviesen las armas, se procediese con cautela ó con algún acometimiento improvisado á un mismo tiempo por medio de los expatriados contra el ducado de Mi-

lán y contra Génova. Determinóse que las galeras del Emperador que estaban en Nápoles y las del Papa, se presentasen de repente en el puerto de Génova, armadas con dos mil infantes españoles y llevando consigo á Jerónimo Adorno, por cuya autoridad y séquito, moviéndose también en el mismo tiempo por su medio la gente de las riberas, parciales de los Adornos, esperaban que se alborotaría aquella ciudad.

Por otra parte, se había tratado por Francisco Sforza y por Jerónimo Morone, que estaba en Trento, junto á su persona con muchos de los principales expatriados. que en Parma, en Plasencia y en Cremona se acometiese á la gente francesa que estaba alojada en aquellas ciudades, y lo mismo se hiciese en Milán, y que Manfredo Palavicino y el Matto de Brinzi, cabeza de partido de aquellas montañas, conduciendo infantes tudescos por el lago de Como, acometiesen aquella ciudad, donde afirmaban que tenían secreta inteligencia, y que, sucediendo estas cosas ó algunas de las más importantes, los expatriados de Milán, que eran muchos gentiles hombres, los cuales se habían de pasar secretamente á Regio, donde el día señalado debía estar Jerónimo Morone, se moviesen para entrar en el Estado, levantando con la mayor presteza que se pudiera tres mil infantes. Envió el Papa para este efecto diez mil ducados á Francisco Guicciardini, gobernador que había sido muchos años de Módena y de Regio, con orden de que los diese á Morone para levantar secretamente infantes; que estuviesen prevenidos para el suceso de estas cosas y que el Guicciardini les ayudase, pero en secreto y de manera que no se pudiese quejar el rey de Francia de las acciones de los ministros ni hacer sinietras interpretaciones del Papa.

Pero no resultó feliz el suceso de estas cosas. La armada que fué á Génova, de siete galeras sutiles, cuatro

bergantines y algunas naves, se presentó en vano en el puerto porque el Dux Fregoso, teniendo noticia de su venida, tenía muy bien dispuesta la tierra; por lo cual, sintiendo que no hubiese novedad en nada, se retiraron á la ribera de Levante, y en Lombardía, publicando ya muchos expatriados lo que se trataba y la venida á Regio de Jerónimo Morone, llegando esto á oídos de Federico de Bozzole, fué á Milán á decirlo á Lescun, el cual tenía aquella ciudad en lugar de su hermano, que poco antes había ido á Francia, y recogiendo la gente de armas que estaba alojada en varios lugares, dando orden á Federico que de sus castillos trajese mil infantes, fué luego con cuatrocientas lanzas á Parma, certificándose en el camino cada hora más de la verdad de lo que Federico le había referido, porque los expatriados, no siendo la orden dada de juntarse secretamente, habían ido con publicidad á Regio, pidiendo en todos los lugares circunvecinos gente y haciendo demostraciones manifiestas de que presto intentaban cosas nuevas. Continuó en este modo de proceder Jerónimo Morone, que vino después de ellos, movido acaso por la idea de que cuanto más descubiertamente se procedía, tanta mayor enemistad se engendraba entre el Papa y el Rey.

Conocían ya todos muy descubiertamente la vanidad de estas maquinaciones, y con todo eso, al llegar el Lescun á Parma, determinó la mañana siguiente (día solemne por el nacimiento de San Juan Bautista) presentarse á las puertas de Regio, esperando que podía tener ocasión de prender á todos ó á parte de los expatriados, mientras que, por tener noticia de su venida, huyesen de allí, ó porque no habiendo en Regio ningún soldado forastero, espantado el gobernador, por no ser hombre que profesaba la milicia, se los diese presos ó quizá esperando tener alguna ocasión, por el miedo de la ciudad, para entrar en ella.

Entendió algo de esto el gobernador, y aunque aún no sabía el acometimiento de Génova, no le parecía verosímil que Lescun, sin orden de su Rey, dando principio á la guerra, entrase con armas en el dominio del Papa. Con todo eso, considerando cual es de ordinario la furia francesa, envió luego á llamar, por no estar del todo desprovisto, á Guido Rangone, que estaba en el Modenés, para que aquella misma noche viniese á Regio; ordenó que de los infantes que había levantado Morone viniese aquella noche la parte que estaba alojada más cerca; que el pueblo del lugar (el cual sabía que no quería á los franceses) en tocando la campana, fuese á la guarda de las puertas, encargando á cada uno de lo que había de cuidar.

Vino Lescun á la mañana siguiente con cuatrocientas lanzas, en cuyo seguimiento, aunque apartado alguna milla, venía Federico de Bozzole con mil infantes, y habiendo enviado, al acercarse al lugar, á Buonavalle, uno de sus capitanes, á decir al gobernador que quería hablarle, se concertaron que Lescun se acercase á una puertecilla que entra al revellín de la puerta que va á Parma y que al mismo lugar viniese el gobernador, seguros ambos debajo de la palabra el uno del otro.

Vino delante Lescun, y apeándose, se arrimó con algunos gentiles hombres á aquella puerta, y saliendo por ella el gobernador, comenzaron á hablar juntos, quejándose el uno de que en los lugares de la Iglesia, contra los capítulos de la confederación, se diese acogida y ayuda á los expatriados que se juntaban para turbar el Estado del Rey: el otro de que con ejército armado hubiese entrado de repente en el dominio de la Iglesia. En este Estado, habiendo abierto algunos del pueblo, contra la orden que se había dado, una de las puertas para meter un carro cargado de harina, Buonavalle, que estaba en frente de aquella puerta, porque la gente de

Lescun, repartida alrededor de la muralla, cercaba una parte de ella, se adelantó con algunos hombres de armas para entrar dentro, pero fué echado y cerrada la puerta con grande ruido. Llegado este alboroto al lugar donde Lescun y el gobernador hablaban, fué causa de que los del lugar y algunos de los emigrados, de los cuales estaba llena la muralla del revellín, disparando los arcabuces contra los que estaban cerca de Lescun, hirieron gravemente á Alejandro Trivulcio, que de esta herida murió dentro de dos días, indigno por cierto de este trabajo, porque había disuadido el venir á Regio; los demás huyeron, y no libró otra cosa á Lescun, sino el respeto que tenían los que le querían tirar de no herir al gobernador; pero estando lleno de asombro y quejándose de que le habían faltado á la palabra y no sabiendo resolver si se detendría ó se iría, tomándole el gobernador por la mano y animándole para que debajo de su palabra le siguiese, le introdujo en el revellín sin acompañarle más de los suyos que La Motte, gentil-hombre francés.

Fué cosa maravillosa que toda la gente de armas, en entendiendo que Lescun había entrado, corriendo voz entre ellos de que había sido preso, se puso en huída con tan gran temor, que muchos echaron las lanzas por el camino y fueron muy pocos los que esperaron á Lescun.

Después de larga plática y de certificarse que el desorden había nacido de los suyos, se despidió del gobernador, el cual por respeto á la palabra dada y á las órdenes que tenía del Papa de no hacer alguna demostración contra el Rey, no le quiso detener. No hubiera sucedido de su detención el efecto que entonces creyeron muchos de rebelarse el ducado de Milán, porque la gente de armas, aunque se puso en huída, no fué seguida de nadie; porque en Regio había muy pocos caballos,

y habiendo encontrado en los confines del Regiano á Federico de Bozzole, que venía delante con mil infantes, se pararon y pusieron en orden, y el terror que había comenzado en Parma y en Milán por haber sido los primeros que tuvieron noticia de que Lescun estaba preso y rota la gente de armas, no hubiera pasado adelante si se supiera que estaba libre la gente de armas, mayormente no habiendo ejército en ningún lugar cercano ni fuerzas para poder hacer ningún movimiento y quedando allí otros muchos capitanes de la gente de armas.

Retiróse Lescun, habiendo recogido los caballos é infantes, á Coriago, aldea del Regiano, á seis millas del Regio, de donde dentro de pocos días se retiró más allá de Lenza, en el Parmesano, habiendo enviado á Roma á La Motte para explicar al Papa las causas de haber ido á Regio y á hacer instancia para que, según los capítulos que había entre él y el Rey, echase á los rebeldes del Rey fuera del Estado de la Iglesia.

Espantó mucho el ánimo de los franceses un caso que en los mismos días ocurrió en Milán, como si, con señales manifiestas, les advirtiese el cielo de sus futuras calamidades, porque el día solemne por la memoria de la muerte del Príncipe de los Apóstoles, pues to ya el sol y con el cielo sereno, cayó por el aire desde lo alto una cosa á manera de fuego, delante de la puerta del castillo, adonde estaban muchos barriles de pólvora de la artillería que se habían sacado del castillo para llevarlos á otras fortalezas, por lo cual, levantándose de repente gran incendio con mucho ruido, arruinó desde sus fundamentos una torre de mármol muy hermosa, fabricada sobre la puerta, y en lo alto estaba el reloj, y no solamente la torre, pero las murallas, los aposentos del castillo y otros edificios que estaban junto á la torre; temblando al mismo tiempo por el gran

ruido y por la mucha ruina, todos los edificios del castillo y toda la ciudad de Milán. Los peñascos y piedras grandes de las ruinas volaban con gran furia espantosamente por una y otra parte del aire, unas veces hiriendo á muchas personas al arrancarse y otras cubriéndolas con las ruinas. Estaba tan llena de piedras la plaza del castillo que parecía cosa rarísima, y algunas de medida muy grande, volaron más de quinientos pasos. Sucedió á la misma hora que la gente se paseaba por la plaza saliendo á tomar el fresco, por lo cual fueron muertos más de ciento cincuenta infantes del castillo, y quedaron tan atónitos, privados de ánimo y de consejo el castellano del fortín y del castillo y los otros, y arruinado tanto espacio de muralla, que le fuera muy fácil al pueblo (si se hubiera movido) ocupar aquella noche el castillo.

CAPITULO II.

Preparaciones del Papa y del César para mover guerra al rey de Francia.—Próspero Colonna en el Parmesano.—Guicciardini es nombrado comisario en el ejército pontificio con grandísima autoridad.—El marqués de Pescara en el Parmesano.—Asedio de Parma.—El ejército francés se dirige á Parma para defenderla.—Consejo de los capitanes para dar el asalto á Parma.—Pescara y Colonna aconsejan levantar el asedio.—Antonio de Leiva opina que se debe acometer al ejército francés.—El ejército se retira de Parma.

Al saber el Papa la venida de Lescun á las puertas de Regio, tomándola por ocasión de justificar sus acciones, se quejó gravísimamente en el Consistorio de los cardenales y, callando la confederación que ya se había he-

cho antes con el Emperador en secreto y la orden que había dado de que las galeras de ambos acometiesen á Génova, mostró que el haber querido Lescun ocupar á Regio, significaba la mala disposición que tenía el rey de Francia contra el Estado de la Sede Apostólica, y que por esta causa estaba obligado para su defensa á juntarse con el Emperador, del cual nunca se había visto sino oficios dignos de Príncipe cristiano en todas sus obras y en el haber últimamente tomado en Vorms el patrocinio de la religión tan ardientemente.

Fingiendo por ello que contraía de nuevo con don Juan Manuel, embajador del Emperador, la confederación que primero había contraído, llamaron luego á Roma á Próspero Colonna, por haberse establecido que se le entregase el gobierno de la empresa, para consultar con él de qué manera y con qué fuerzas se habían de mover las armas descubiertamente; pues habían sido infelices los artificios y acometimientos repentinos, por no salir bien el trato de Como, pues estando Manfredo Palavicino y el Matto de Brinzi con ochocientos infantes entre italianos y tudescos, arrimados de noche á las murallas de Como, con esperanzas de que Antonio Rusco, ciudadano de aquella ciudad, rompiese un pedazo de muralla cerca de la casa donde vivía, que fuese bastante para poder entrar en el lugar, donde no creían hallar resistencia, porque había pocos franceses, habiendo esperado en vano mucho tiempo, y juntando el gobernador de la ciudad todos los franceses y algunos de Como que tenía por más fieles, pero en número mucho menor que los de afuera, acometiéndoles de repente, los puso en huída con tanta facilidad que creyeron muchos que había sobornado al capitán de los tudescos con dinero y con promesas. Echaron á fondo en el lago tres barcas, tomaron siete y muchos de los enemigos, entre los cuales fueron presos Manfredo

y Matto, que huían por el camino de los montes, y dejando libres á todos los infantes tudescos, fueron llevados los otros á Milán, donde hicieron cuartos públicamente al Manfredo y al Matto, habiendo confesado primero que Bartolomé Ferrero, milanés, hombre de mucha autoridad, sabía las pláticas del Morone, el cual, preso juntamente con su hijo, fué condenado al mismo castigo, por no haber revelado que el Morone los había provocado con secretas embajadas á tratar cosas nuevas contra el Rey.

En este tiempo el Papa, conociendo cuán á propósito era el Estado de Mantua para la guerra de Lombardía, tomó por capitán general de la Iglesia á Federico, marqués de Mantua, con doscientos hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, el cual, antes de ir, renunció la orden de San Miguel que el rey de Francia le había dado, y le volvió el collar y la señal que da á quien llega á esta orden. En Roma se determinó con consejo de Próspero Colonna, por el Papa y por el embajador del Emperador, la orden y modo cómo se había de proceder en la guerra; que lo más pronto que se pudiese se acometiese desde los confines de la Iglesia el Estado de Milán con la gente de armas del Papa y de los florentinos, la cual, contando la del marqués de Mantua, era más de seiscientos hombres de armas; que á éstos se añadiese toda la gente de armas del Emperador que estaba en el reino de Nápoles, de número casi igual á la de arriba; que se tomasen á sueldo seis mil infantes italianos; que viniesen al ejército (que se había de juntar entre el Modenés y el Regiano) los dos mil infantes españoles que se hallaban con Adorno en la ribera de Génova; que otros dos mil trajese del reino de Nápoles el marqués de Pescara, y se condujesen á costa del Papa y del Emperador cuatro mil infantes tudescos y dos mil grisonos; que se añadiesen dos mil suizos que vo-

luntariamente se habían quedado al sueldo del Papa; porque los otros, cansados del largo ocio, y porque se acercaba el tiempo de la cosecha, se habían vuelto á sus casas antes que Lescun viniese á Regio, habiendo el Papa procurado en vano detenerlos, pues había gastado con ellos inútilmente ciento cincuenta mil ducados.

Determinóse, demás de estas provisiones que, con la autoridad del Papa y del Emperador, se hiciese instancia con los Cantones suizos para que concediesen seis mil infantes (tantos eran los que estaban obligados á conceder por los conciertos que tenía con ellos el Papa), y que rehusasen concederlos al rey de Francia, alegando el Papa que la confederación que tenía con ellos era anterior á la que habían contraído con el rey de Francia, y que, si alcanzaban estas demandas, se acometiese por la parte de Como el Estado de Milán, en el cual se esperaba que fácilmente nacería alguna inquietud por el gran número de expatriados de honradas familias, y porque el amor que los pueblos solían tener al nombre del rey Luis, se había convertido en gran odio, pues habiendo estado la gente de armas que ordinariamente guardaba aquel Estado mal pagada por los desórdenes del Rey, agravó con excesivos gastos, parte por necesidad y parte por voluntad, viviendo con mucha licencia; y los gobernadores reales, tomando osadía de la negligencia del Rey, no administraban la justicia que se solía en tiempo del Rey muerto, que, aficionadísimo al ducado de Milán, había tenido siempre particular cuidado de sus intereses.

Apremiábalos demás de esto el verse obligados, según el uso de Francia, á alojar en sus propias casas continuamente los oficiales y soldados franceses, lo cual, aunque no era á su costa, con todo eso, por ser cosa perpetua, era de suma incomodidad y disgusto, y

aunque sustentaban este mismo peso en tiempo del rey pasado, que, disculpándose con la ciudad de París, no había querido nunca conceder esta gracia á los milaneses, con todo eso, acompañada de los males ya dichos, parecía al presente más grave. Añadíase la naturaleza de los pueblos deseosos de cosas nuevas, y la inclinación tan fuerte que tenían todos á librarse de las molestias presentes, sin considerar lo que sucederá en lo venidero.

Llegada á los oídos del rey de Francia la fama de la guerra determinada por el Papa y por el Emperador con prevenciones tan fuertes que le obligó á pensar en defender con no menos poderosas provisiones el Estado de Milán, de las cuales fué la primera que Lautrec, que había venido á la corte á negocios particulares, volviese luego á Milán, y aunque (temiendo de la variedad y negligencia del Rey y de los que gobernaban) rehusó el partir si primero no se le entregaban trescientos mil ducados que afirmaba le bastaban para defender aquel Estado, con todo eso, vencido por las grandes instancias del Rey y de su madre, y engañado por la palabra que le dieron éstos y los ministros que gobernaban la hacienda, de que antes que llegase á Milán llegaría el dinero, volvió con grande celeridad, disponiendo con solicitud las cosas necesarias para la defensa, para la cual había determinado que, con la gente de armas del Rey que entonces estaba en Lombardía, se juntasen las ayudas de seiscientos hombres de armas y de seis mil infantes que estaban obligados á darle los venecianos y se los ofrecían prontamente, haciendo pasar al Veronés y al Bresciano la gente de armas; que se tomasen á sueldo diez mil suizos, teniendo por cierto que, en virtud de la nueva confederación, no se los negarían; que se hiciesen pasar de Francia á Italia seis mil aventureros, y que se añadiese algún número de infantes italianos.

Con estas ayudas esperaba, ó poder sin mucho peligro intentar la forma de una batalla, ó, cuando no tuviesen fuerzas bastantes para esto, á lo menos, proveyendo suficientemente los lugares y contemporizando con defenderse, cansar á los enemigos, de los cuales, el uno por su natural prodigalidad y por los gastos hechos en la guerra de Urbino estaba falto de dinero y al otro no le daban sus reinos tal cantidad que se creyese que podría sustentar una guerra de tanto peso mucho tiempo.

Pensaba demás de esto que, desesperando Alfonso de Este de su propio Estado si el Papa alcanzaba la victoria, ó se movería para recuperar lo perdido, ó á lo menos, estando armado, tendría al Papa en tal sospecha que tuviese necesidad de dejar muchos soldados en la guarda de los lugares vecinos á sus confines.

Estos eran los consejos y preparaciones de ambas partes, no omitiendo por esto el Rey trabajo ó industria alguna para mitigar el ánimo del Papa, pero sin fruto.

Estaba en este tiempo Próspero Colonna en Bolonia, de donde, sin esperar la gente que había de venir de Nápoles, ni los infantes tudescos, recogiendo los otros soldados y guardadas bastantemente, por la sospecha del duque de Ferrara, Módena, Regio, Bolonia, Ravena é Imola, vino á alojar sobre el río de la Lenza, que está cinco millas de Parma, lleno de esperanza de que los franceses no obtendrían los infantes suizos, y que por esto y por el poco amor de los pueblos habían de pensar más en desamparar el ducado de Milán que en defenderlo. Pero el negocio sucedió de otra manera, porque los Cantones (aunque en contrario hacían gran instancia el cardenal Sedunense y los embajadores del Papa y del Emperador) determinaron conceder al Rey los infantes, según estaban obligados por los últimos conciertos. Mientras se disponía esta infantería, había ve

nido á Milán Jorge Soprasasso con cuatro mil infantes valesianos, por lo cual, queriendo Lautrec defender á Parma, había enviado á aquella ciudad á Lescun su hermano, con cuatrocientas lanzas y cinco mil infantes italianos, de los cuales era capitán Federico de Bozzole.

Oíase, demás de esto, que los venecianos recogían su gente en Pontevico para enviarla en ayuda del rey de Francia y que el duque de Ferrara asoldaba infantes. Por esto, conociendo Próspero que eran necesarias mayores fuerzas, estuvo siete días en aquel alojamiento.

En este tiempo se juntaron con el ejército cuatrocientas lanzas españolas guiadas por Antonio de Leiva, que venían del reino de Nápoles, y el marqués de Mantua con parte de su gente, pero, por la venida del marqués, capitán general de la gente de la Iglesia, no se alteró nada en la autoridad de Próspero Colonna, en cuya persona, por voluntad del Papa y del Emperador, estaba, aunque sin ningún título, el gobierno de todo el ejército. El poder supremo para mandar la gente de la Iglesia y nombradamente al marqués de Mantua estaba en Francisco Guicciardini, que tenía el nombre de comisario general del ejército, si bien con mayor autoridad que lo solían tener los otros comisarios.

Condujo después Próspero el ejército á San Lázaro, á una milla de Parma, sobre el camino que va á Regio, con determinación de no pasar más adelante hasta que viniese el marqués de Pescara, al cual se esperaba del reino de Nápoles con trescientas lanzas y dos mil infantes tudescos. En este tiempo no se causaba más molestia á los parmesanos que procurar, con apartar las aguas y romper los molinos, que tuviesen dificultad en las moliendas.

Pero la esperanza de la gente estaba vuelta á la venida de los tudescos, contra los cuales, para impedir que pasasen, enviaban los venecianos al Veronés, á ins-

tancia de los franceses, parte de su gente porque, venidos á Inspruck, decían que querían recibir el sueldo del primer mes de Trento y que saliese á recibirles á las faldas de la montaña de Monte Baldo, por donde decían que querían pasar, algún número de caballos para poder pasar con su compañía más seguramente, por lo cual había enviado Próspero á Mantua doscientos caballos ligeros para que, juntos con dos mil infantes enviados del territorio de aquella ciudad y con la artillería del Marqués, se adelantasen. El Marqués, para agradar al Papa y al Emperador, procedía en todas las causas como en cosa propia y no como soldado. Más dificultoso era pagarles en Trento, porque, pagando el Papa los gastos con el Emperador, no se podía enviar el dinero de aquel por el país de los venecianos sino con mucho peligro.

Habiendo entendido después la disposición de los venecianos, pidieron los tudescos mayores ayudas, variando también en el tiempo de pasar la montaña y en el camino, y que por esto se volviese al Mantuano el marqués de Pescara que ya había llegado al Modenés, al cual enviaron del ejército cien hombres de armas y trescientos infantes españoles. Últimamente los tudescos, impacientes de esperar el tiempo que habían significado, hicieron entender de nuevo que lé querían anticipar cinco días, afirmando que esperarían á las faldas del Monte Baldo solo un día á los caballos, y si no venían, se volverían atrás. No pudiendo estar allí á este tiempo el marqués de Pescara, fué necesario que del ejército acudiesen con gran presteza Guido Rangone y Luis de Gonzaga; provisiones que resultaron superfluas porque, como Próspero había afirmado, no podían impedir los venecianos el pasaje á seis mil infantes, que tanto era su número entre tudescos y grisonos, cuya ordenanza hubiera resistido á sus caballos y á la

infantería italiana si se atreviera á oponérseles. Por esta razón y porque el Senado, aborreciendo las ocasiones de reducir la guerra á su Estado propio, había querido satisfacer á los franceses más con las demostraciones que con los efectos, se retiró la gente veneciana hacia Verona el día antes que los tudescos hubiesen de pasar, por lo cual pasaron sin estorbo alguno á Valegio y el día siguiente al Mantuano.

Al llegar el marqués de Pescara al campo, el ejército que había estado trece días en San Lázaro, fué el día siguiente á alojar en San Martín, juntándose aquel día con los infantes tudescos y grisonos. Estando juntas todas las fuerzas señaladas, se comenzó á consultar lo que se había de hacer, proponiendo una parte del consejo que se atendiese á la expugnación de Parma, por ser el primer lugar de la frontera, y por no ser seguro dejarle á las espaldas ni para el ejército que había de pasar adelante, respecto de la descomodidad de las vituallas de hacer conducir el dinero y las otras provisiones que fuesen necesarias, ni de provecho para los lugares que quedaban entre Parma y Bolonia; que no eran los infantes que estaban dentro de mucho valor, por haberse recogido parte de ellos casi de rebato y de aquellos, por la dificultad de las pagas y porque en Parma había falta de harina, se huían cada día algunos al campo; que el circuito del lugar era grande y tenía el pueblo mal dispuesto, el cual, aunque estaba maltratado, tomaría ánimo al ver el ejército junto á la muralla, de manera que, batiéndose la ciudad por muchas partes, podrían difícilmente resistir los franceses á los enemigos de afuera y guardarse á un mismo tiempo de los de adentro: otros alegaban que la ciudad estaba bien fortificada; que tenía suficiente dinero y número de defensores; que los infantes que habían huído eran todos inútiles y viles; que habían quedado los de pro-

vecho y espertos en la guerra y tantas lanzas francesas, dispuestos todos á defenderse valerosamente, porque de otra manera no se encerrarían en aquel lugar Lescun ni Federico de Bozzole ni otros grandes capitanes; que se sabía, por haberse mudado en tan poco tiempo el modo de la milicia y los artes de defensa, cuán difícil se había hecho la expugnación de las plazas, y que se debía advertir con cuidado que si la primera empresa que se intentase no se saliese con ella, en qué estado quedaría la reputación de aquel ejército; que se presuponían todos que era necesario plantar alrededor de Parma la artillería en dos lugares diferentes, pero que no había en el ejército la artillería ni las otras provisiones bastantes, ni se podía conducir sino después de algunos días; y esta tardanza, demás de haberse gastado mucho tiempo, daría ocasión á que se juntase con Lautrec (que de día en día se esperaba en Cremona) la gente veneciana y mayor número de suizos, porque ya había venido parte y los infantes aventureros que se esperaban de Francia se decía que ya se acercaban; que se mirase qué sería si, empeñado el ejército alrededor de Parma, él se arrimase á algún lugar cercano donde no dejándose obligar á la batalla, trabajase las escoltas del forraje y las vituallas que cada día se traían del Regio, las cuales recibían ya continua molestia de la gente que estaba en Parma; que era mejor consejo, hecha provisión de vituallas por algunos días, dejándose á las espaldas á Parma, ir con presteza á Plasencia, en cuya guarda, siendo mucho mayor de círculo, había pocos soldados sin reparos ni artillería y la disposición del pueblo era la misma que en parte de la de Parma, pero más dispuesta á rendirse por no haber sido trabajada como aquélla y por haber dentro tan poca gente, y que por estas razones no se debía dudar que la dejasen de tomar luego en arrimándose.

Afirmaba Próspero, inclinado mucho á este parecer, que sabía un lugar por donde era imposible que se impidiese la entrada, que era el mismo por donde otra vez la acometieron los venecianos que la habían ocupado después de la muerte de Felipe María Visconti, entrando victoriosamente Francisco Sforza, capitán entonces del pueblo milanés; que en Plasencia había gran abundancia de vituallas, y el lugar era tan á propósito para acometer á Milán que estarían obligados los franceses á retirar á aquel lugar todas sus fuerzas, y así no quedarían en peligro las ciudades cercanas á Parma, antes se prometía Próspero que, pasando solamente el Pó con los caballos ligeros y llegando con brevedad á Milán, aquella ciudad, en oyendo su nombre, se inquietaría. Había sido este su parecer desde antes que partiese de Bolonia, por lo cual, pensando que no se debía detener en la expugnación de ningún lugar, no había querido provisión bastante de artillería ni de municiones.

En esta variedad de pareceres se determinó (aunque con mucho secreto) por los que tenían autoridad para tomar resoluciones que lo más presto que se tuviese prevenido pan y harina bastante para sustentar el ejército á lo menos cuatro días, se moviesen con celeridad hacia Plasencia quinientos hombres de armas, una parte de los caballos ligeros, los infantes españoles y mil quinientos infantes italianos, y que en seguimiento de éstos se moviese lo restante del ejército, que no podía caminar sino despacio, debiendo llevar la artillería las vituallas y tantos embarazos. Tenían por cierto que, en llegando los primeros, proclamaría la ciudad el nombre de la Iglesia y cuando por ventura no sucediese esto, serían causa de que no entrase socorro; de manera que, en llegando lo restante del ejército, ganarían la ciudad sin duda.

Pero sucedió que el día antes que se debía mover el ejército pasando el Pó, algunos caballos de los franceses corrieron hasta Busseto, adonde se dijo que había pasado el Pó el ejército francés, y porque esto interrumpió la determinación tomada, se detuvo la partida de la gente hasta que se supiese la verdad, enviándose para saberla á Juan de Médicis, capitán de caballos del Papa con cuatrocientos caballos.

Lo que principalmente turbó esta determinación fué la ambición que hubo entre Próspero y el marqués de Pescara, que asimismo antes de este tiempo habían estado poco conformes. Proponía Próspero que quería llevar la primera parte del ejército, y el marqués por otra parte alegaba que no era conveniente que fuesen sin él á ninguna empresa los infantes españoles de quienes era capitán general.

Por esta emulación entre los capitanes (dañosa como siempre sucede para las cosas de los Príncipes) no se siguió la primera determinación, aunque se supo pocas horas después que aquella parte de los franceses se habían vuelto del otro lado del Pó, y que Lautrec no se movía. Por la variedad de pareceres, y por la inactividad natural de Próspero, procedieran las cosas más despacio si el Comisario apostólico no les hubiera avivado con eficaces palabras, mostrándoles cuán justamente era molesto al Papa que se procediese tan despacio, y que no se podía defender con ninguna disculpa cerca de Su Santidad tan grande dilación sustentada hasta aquel día, primero con la esperanza de la venida de los españoles, y después de los tudescos. Dichas palabras tales, se determinó antes con alboroto que con maduro consejo que se sitiase á Parma, afirmando los mismos que el día antes habían dicho lo contrario, que se debía esperar la victoria, mayormente continuando todavía la salida de Parma de muchos infantes por falta de di-

nero y de pan; pero fué necesario detenerse algunos días para hacer traer de Bolonia otros dos cañones, y proveer otras muchas cosas que son necesarias á quien acomete las villas con artillería, las cuales, como he dicho arriba, había rehusado primero Próspero. Esta negligencia ó mudanza de consejo causó grandísimo daño para la empresa, porque tuvo más tiempo Lautrec para recoger la gente que esperaba de Francia, de los venecianos y de los suizos.

Es oficio de cuerdos capitanes, pensando cuán á menudo es necesario en las guerras mudar las determinaciones según la variedad de los accidentes, acomodar desde el principio todo lo que se puede las provisiones para todos los casos y para todos los consejos. Deteniéndose en este tiempo ociosamente el ejército, no se hacía alrededor de Parma más que ligeras escaramuzas. Finalmente, al décimotercio día después que lo alojaron en San Martino, pasando aquella noche el río de Parma, alojó sobre la vía romana en los burgos de la puerta que va á Plasencia, que se llama de Santa Cruz, los cuales el día antes había hecho quemar á Lesecun, entendiendo su venida.

Divide la ciudad de Parma un río de su mismo nombre, pero no trae tanta agua que no se pueda vadear, excepto cuando los tiempos son muy lluviosos. La menor parte de la ciudad, habitada por personas de baja esfera, que es cerca de la tercera parte de toda ella, llamada por sus habitantes el Codiponte, está hacia Plasencia. Eligieron este lugar los capitanes para impedir más fácilmente que entrase socorro en Parma, y mucho más porque la muralla por aquella parte está flaca y situada de manera que no les podía herir por el costado. Había referido el Marqués (quien el día antes fué con algunos capitanes á mirar con cuidado el lugar) que el mismo día se podría comenzar á batir la mura-

lla; pero habiendo sido necesario, para quitar las defensas, batir primero una torre que estaba sobre la puerta de la muralla firme y maciza, se gastó todo el día en esto, y se rompió una culebrina grande. Plantaron la noche siguiente la artillería frente á la muralla, de la mano izquierda de la puerta, según se entra, y se había trazado hacer lo mismo por la mano derecha, dejando en medio de las baterías la puerta, pero no pudiendo plantarse la artillería en dos lugares apartados por no haber traído más que seis cañones y dos culebrinas grandes, parecía que, de obligar á los de adentro que se repartiesen por largo espacio para la defensa, resultaría casi el mismo efecto. Mas esto no se puso en ejecución, porque de aquella parte estaba, al principio del foso que rodeaba la muralla, un dique tan alto que, si primero no se allanaba ó no se abría (cosa que no se podía hacer en tan breve tiempo) impedía que la artillería pudiese batir la muralla.

No resistía el muro á la artillería por ser muy viejo y flaco, y habiendo hecho ya dos aberturas en él muy descubiertas, se hablaba entre los capitanes de dar el mismo día el asalto, aunque no con firme resolución; pero habiendo el Marqués, que juntamente con los infantes españoles tenía todo el cuidado de la batería, enviado unos infantes á asomarse á una rotura para ver, si se pudiese, cómo estaban los reparos de adentro, estando sobre el muro roto, comenzaron con grandes voces á gritar que se acercase el ejército para entrar dentro, por lo cual los infantes españoles é italianos corrieron con alboroto y sin ningún orden á la muralla, y presentándose á ella comenzando ya á querer subir sobre el muro roto, sobre el cual fué muerto Jerónimo Guicciardini, capitán de infantería. Los capitanes, acudiendo al rumor, considerando que un asalto, ó por mejor decir un alboroto flaco y desordenado no podía

producir ningún fruto, les hicieron retirar. Este accidente, ó entibió el pensamiento, ó fué causa de que no se diese el asalto el día señalado. Prosiguióse el día siguiente en batir la muralla que había quedado entera en medio de las dos roturas, y un través hecho sobre la torre de la puerta por la parte de adentro, pero divulgándose por el ejército que, por los grandes reparos hechos por franceses sería muy difícil de ganar con solo un asalto, enviaron los capitanes dos infantes de cada nación á reconocer la batería, los cuales, ú ocupados de mucho miedo ó de poca diligencia, ó quizá (como algunos temieron) sobornados por los otros, refirieron que desde el suelo al muro batido quedaban más de cinco brazas de alto, y que se había hecho adentro un foso hondo y tales reparos que, desconfiando los capitanes de poderla ganar de otra suerte, determinaron que se hiciesen minas al lado de la muralla rota, y que se cortase lo que estaba junto con ella con escoplos y con picos para henchir con aquellas ruinas el foso que se decía que estaba hecho dentro, y hacer más fácil la entrada, y que, en llegando á perfección estas obras, y añadidos á la artillería que había en el ejército dos cañones que venían de Mantua, se hiciese otra batería en la parte donde, extendiéndose el muro en línea recta largo espacio á la parte derecha de la puerta forma un ángulo, por cuyo costado, si se derribaba el muro, se podía batir á los que defendían la parte de adentro.

Así, pues, por la parte por donde se había batido se comenzó á trabajar en una trinchera, y pocos días después en otra, para echar en el suelo el muro con las minas; pero iban despacio estas obras, no sólo porque, por haber tenido Próspero pensamientos diferentes, no estaban todavía en el ejército todas las provisiones necesarias para estas obras, como porque el terreno donde se cavaba salía muy dificultoso y duro.

Mientras se atendía á estas obras con intención de no asaltar el lugar hasta que se acabasen, Lautrec, que había tardado tanto en moverse por la dilación de la gente que venía al ejército, teniendo ya junta la mayor parte, se adelantó cinco millas por la ribera del río, teniendo consigo quinientas lanzas, cerca de siete mil suizos, cuatro mil infantes que el mismo día había traído de Francia monseñor de Saint Valier, y debajo del gobierno de Teodoro Trivulcio, gobernador de los venecianos y de Andrea Gritti, su proveedor, cuatrocientos hombres de armas y cuatro mil infantes. Seguían á este ejército el duque de Urbino y Marco Antonio Colonna, éste como soldado del Rey, pero sin título y sin compañía, y el otro, siguiendo las esperanzas comunes de los expatriados. Esperaba también seis mil suizos que los Cantones le habían concedido y que ya venían caminando; pero según su costumbre, venían muy despacio y con mucha dificultad, los cuales, de llegar á juntarse con él, no hubiera rehusado intentar la fortuna de la batalla por socorrer á Parma, por lo cual, solicitándolos y esperándolos, se detenía por el camino sin apartarse de la orilla del Pó. Mas temiendo que en este medio se concertase su hermano con los enemigos, había enviado á disculpar su tardanza, procedida de esperar mayor número de suizos que ya estaban cerca y de que los que estaban con él dificultaban pasar el Pó; pero que á pesar de todo vendría á lugar cerca de Parma y haría señal con algunos tiros de artillería y el día siguiente se arrimaría más á los enemigos para pelear con ellos, enviando algunos caballos á escaramuzar para que también pudiese salir á juntarse con ellos. Solicitábale para esto Lescun, afirmando que no se podía sustentar más que dos ó tres días en aquella parte del lugar, y después de la otra parte del río otros dos días, porque el lugar era grande y flaco

y no le quedaban más de dos mil infantes por haberse ido muchos, y que no podía hacer resistencia la gente de armas, si fuesen acometidos por muchas partes, por no ser más que trescientas lanzas y sustentar el peso de todo el trabajo.

Vino después el día que había prometido para arriarse á los enemigos á Zibello, castillo á menos de veinte millas de Parma, de donde envió cuatrocientos caballos á correr hasta sobre los alojamientos de los enemigos, los cuales, habiendo llegado hasta la muralla con sus obras y después dirigidolas al lugar por donde había de pegar fuego á las minas, comenzó Guido Rangone con los infantes italianos, de los cuales era capitán general, á plantar la artillería por la parte de la muralla; pero oyendo los franceses el grande ruido que se hacía con manejarla, desampararon dos horas antes el Codiponte y se retiraron de la otra parte del río, juntamente con su artillería, en orden y sin alboroto. Al conocer esto los de afuera entraron dentro al amanecer, parte por la abertura del muro y parte por escalas, siendo recibidos por los parmesanos (deseosos de volver debajo del dominio eclesiástico) con grande alegría, la cual se convirtió luego en amargo llanto, porque fueron saqueadas sus casas, tratándose como á enemigos. No se dudó que si algunos días antes se hubiera plantado la artillería en el mismo lugar, desampararan los franceses de la misma manera el Codiponte.

Trabajóse después en abrir y romper las puertas que estaban terraplenadas, y metiendo la artillería por ellas á la orilla del río, se comenzó á batir la muralla que hace orilla de la otra parte; pero era ya tan tarde, que se conocía que no se podía hacer cosa de consideración hasta el día siguiente. Vino aquel mismo día Lautrec á alojar sobre el río Taro, á siete millas de Parma, di-

ciendo algunos que venía para pelear, y otros se persuadían que para concertar con su hermano que, si no se podía sustentar más, saliese una noche de Parma con toda la gente, que él le recogería, ó verdaderamente porque si quería concertarse con los enemigos, pudiese salir libre de Parma con todos sus soldados y sin ninguna obligación, y ya algunos días antes Federico de Bozzole (el cual, andando alrededor de los reparos, había sido herido de un arcubuzazo en la espalda) comenzó á tratar por medio del Marqués, pero no había pasado todavía la plática tan adelante que se pudiese juzgar nada de la voluntad de Lescun.

La verdad es, según las noticias que se tuvieron después, que Lautrec no tenía ánimo para pelear si no venían los suizos, porque aunque estaba algo más superior en número y en bondad de gente de armas y más poderoso de artillería, prevalecía de infantes el ejército contrario, en el cual, contando el verdadero número había nueve mil entre tudescos y españoles, dos mil suizos y más de cuatro mil italianos. Pero considere cualquiera de cuán pequeños accidentes dependen en la guerra las cosas de gran consideración. Acaeció que la noche después que el ejército entró en el Codiponte, llegaron avisos de Módena y de Bolonia, que decían que, saliendo Alfonso de Este de Ferrara con cien hombres de armas, doscientos caballos ligeros y dos mil infantes, entre los cuales había mil entre corsos é italianos que le había enviado Lautrec y con doce piezas de artillería, había tomado de improviso los castillos de Finale y de San Felice y se temía que se adelantase. Turbó esto mucho los ánimos de los capitanes, aunque, sabiendo mucho antes la instancia que le hacían los franceses, se había temido este movimiento y que no hubiese en Módena tal provisión que bastase para la seguridad de aquella ciudad en caso semejante, porque

habiendo defendido Próspero siempre la opinión contraria, no había consentido que se enviase gente del ejército á Módena, ó porque diese crédito al Duque, que era muy su amigo y con quien también, por orden del Papa, se había interpuesto á tratar algún acuerdo, ó porque de mala gana disminuía el ejército de gente en tiempo que se temía que se acercaban los enemigos, mayormente siendo por naturaleza aficionado á hacer las cosas con seguridad, y por esto deseaba tener siempre fuerzas sobradas, ó porque no le desagradaba esta ocasión, si tenía otros fines. Pero la noche que tuvo esta nueva, juntó á los capitanes y se determinó que fuese luego á aquella ciudad el conde Guido Rangone con doscientos caballos ligeros y chocientos infantes, los cuales, añadidos á setecientos que había allí primero, parecía presidio más que bastante contra las fuerzas de Alfonso.

Pero habiendo dado orden sobre esto, faltando todavía algunas horas para amanecer y llegado poco antes aviso de que la tarde anterior se había alojado Lautrec sobre el Taro, aunque mezclada la verdad con mentira, porque se había referido que el mismo día se juntaron con él los suizos, no sabiendo que los que estaban entonces en el ejército, forzados por él con muchos ruegos, no le habían prometido más sino que vendrían hasta sobre el Taro, y el estar, demás de esto, los capitanes juntos y no tener ocasión ni necesidad (por no haber amanecido todavía), de emplearse divididos en otras ocupaciones, dió motivo para que se comenzase á discurrir entre ellos ociosamente y no por vía de consejo, sobre en qué estado estarían las cosas por haberse acercado Lautrec. En esta plática parecía que las palabras de Próspero, del marqués de Pescara y de Vitello, señalaban el parecer de que se tomaría difícilmente á Parma, si no se hacía otra batería por la

otra parte de la ciudad, porque batida la orilla por otra parte que se había comenzado á hacer el día antes, que daba bastante subida desde la madre del río á la ribera; que esto no se podía intentar sin gran peligro, porque la artillería y los arcabuces que estaban repartidos sobre los tres puentes que tiene aquel río y en los edificios circunvecinos, ofenderían por el costado á quien acometiese.

Discurrían que la vecindad de Lautrec, si se ponía en algunos alojamientos cercanos al Pó, cuando bien no tuviese intención de tentar la fortuna, sería causa de que no se diese el asalto sin gran peligro y que se debía considerar que por el saco de la parte que se había tomado de Parma, se habían ido con la presa muchos infantes y que otra parte estaba más atenta á librar lo que habían robado que á pelear; que no se podía detener allí sin mucha dificultad y descomodidad ni tampoco sin peligro, porque sería necesario enviar cada día fuera muchas escoltas, no sólo para seguridad de los habitantes de las cercanías, sino también para la del dinero y de las vituallas, que venían continuamente á las inmediaciones de Parma con largo rodeo, y cuando saliesen podría suceder que lo restante del ejército hubiese de pelear á un tiempo mismo con la gente francesa de afuera y con los que estaban dentro. Discurrían también que si el duque de Ferrara se engrosase de gente, sería necesario sacar del ejército mayores fuerzas para la seguridad de Módena y de Regio, y que, corriendo también por el país con la gente que tenía, podría estorbarles las vituallas, lo cual, cuando lo hiciese sería necesario levantar el sitio; pero que si se reducían las cosas á tal aprieto, quizás no se podría hacer sin peligro. Estas razones que mostraban intención de levantarse, no se decían de manera que descubriese ninguno que este era su consejo.

Al fin, después que se habló así largo rato, pareciéndole al marqués de Pescara que había entendido ya la intención de los otros, dijo: «Yo veo que en todos nosotros hay un mismo parecer, pero cada uno calla, atendiendo sólo á sí propio, esperando que el otro se haga autor de él. En mí no tiene fuerza este respeto, y me parece que nosotros estamos á los contornos de Parma con peligro y sin esperanza de sacar fruto, y que por esto debemos irnos por menor mal.»

Añadió Próspero: el Marqués ha dicho aquello que, si no se anticipara, tenía intención de decir. Confirmó Vellido lo mismo; pero Antonio de Leiva, aprobando que no se detuviesen allí, proponía que se debía considerar si era mejor ir á acometer á Lautrec.

Replicábase á esto que sin gran dificultad no se podría obligar á pelear á los enemigos; que el detenerse allí era imposible, porque las dificultades que se consideraban por estar á los contornos de Parma, se hacían mucho mayores y podría ser fácilmente que no les quisiesen seguir los dos mil suizos, porque, demás de haber recibido muchos días antes orden de los Cantones para que se fuesen del sueldo del Papa, no parecía verosímil que se dispusiesen á pelear contra un ejército en que militaban tantos infantes de la misma nación, ni se podía negar que, por el saco del día antes, sería más dificultoso el mover la infantería desordenada, por lo cual, despreciando este consejo, parecía que el parecer de todos los capitanes concurría en que se levantasen. Pero juntándose Próspero y el de Pescara después de haber hablado largamente, preguntaron al Comisario lo que creía que diría el Papa si se levantasen, y diciendo el Comisario al Marqués: ¿Cómo no podemos tomar hoy á Parma, según lo que ayer tarde me afirmásteis?, respondió el Marqués con palabras españolas: Ni hoy, ni mañana, ni después de mañana. Entonces, re-

plicó el Comisario que no había duda en que el levantarse turbaría mucho al Papa, porque le privaría totalmente de la esperanza de la victoria; pero que el punto de esta determinación consistía en la verdad ó mentira de los presupuestos que habían hecho, porque si el detenerse era con peligro y sin esperanza, no hay duda que sería imprudencia no levantarse; pero cuando esto fuese de otra manera, sería gran desorden el hacerlo; que por esto considerasen maduramente el estado del ejército y la importancia de las cosas, contrapesando lo que fuese mayor, si el peligro ó la esperanza; y replicando á estas palabras Próspero y el Marqués que todas las razones de la guerra aconsejaban que se retirasen, no teniendo osadía el Comisario para oponerse á capitanes de tan gran autoridad, se determinó que el mismo día se levantase el ejército y que luego se diese orden para apartar la artillería de la muralla.

Al publicarse esta determinación por el ejército murmuraban de ella como de muy tímida todos los que no habían intervenido en el Consejo, de manera que el Comisario y Morone procuraron juntos apartar de esta decisión á Próspero, el cual, no mostrándose ajeno de consultarla de nuevo, antes diciendo con palabras dignas de alabanza tanto mayor, cuanto son mayores y más sabios los que las dicen, que era de natural que no se avergonzaba de mudar de consejo cuando le fuesen mostradas mejores razones, hizo llamar de nuevo á los mismos que se habían hallado en la determinación; pero el marqués de Pescara, ocupado en retirar la artillería y aborreciendo el mudar la conclusión primera, rehusó hallarse allí; de manera que quedando el negocio antes confuso que resuelto, se fué á ejecutar lo que primero se había determinado. Así, el mismo día, que fué el doce después que pusieron el sitio, se retiraron al alojamiento de San Lázaro, no sin peligro de que la

retirada fuese con grande desorden, porque los infantes tudescos, pidiendo acerca de las pagas condiciones tan injustas que no se podían conceder, rehusaban seguir el ejército, y quitando los capitanes viejos que lo contradecían, habían hecho capitán á uno de ellos, autor de esta sedición, y se temía que se concertasen con los franceses. Pero al fin, habiendo partido ya el ejército y desesperando todos de que mudase de voluntad, le siguieron. No hay duda de que, si en esta confusión hubiera sobrevenido Lautrec los pusiera en huída con gran facilidad, pues estaba el ejército lleno de espanto por la retirada tan súbita y por el alboroto de los tudescos.

CAPÍTULO III.

Sospechas del Pontífice por la retirada de Parma.—Juan de Médicis derrota á los venecianos.—Lautrec bate los alojamientos de los enemigos.—Derrota del duque de Ferrara.—Los suizos de Zurich se niegan á combatir contra los franceses.—Los suizos que estaban á sueldo de los franceses parten del ejército por falta de las pagas.—Los ejércitos enemigos se acercan al Adda.—Próspero Colonna pasa el Adda.

Afligió esta determinación grandemente al Papa, que esperaba que los suyos hubieran entrado en Parma; pareciéndole que había perdido la esperanza de la victoria contra toda razón, y hallándose dentro de un piélago muy profundo y sujeto á un peso muy grave, porque, excepto la gente de armas y los infantes españoles, sustentaba él generalmente todo el gasto de la guerra, y lo peor era que dudaba de la fe de los capitanes del Emperador. En esta duda concurrían también otros

muchos, los cuales se persuadían que el retirar el ejército de Parma, no había sido temor, sino artificio usado por aquellos que sospechaban que en habiendo recuperado el Papa á Parma y á Plasencia, no tocándole otra cosa del Estado de Milán, remitiese los pensamientos de la guerra y que no quisiese, por los intereses de los otros, sustentar más tanto gasto y tanto trabajo.

Ayudaba á que se se creyese esto el conocerse cuán despacio habían procedido en poner el sitio á Parma, el haberle puesto en lugar que no era de provecho, pues tomando la menor parte de él, se había de procurar con las mismas dificultades tomar la otra; que se veía con cuanta dilación y espacio habían gobernado la expugnación, como si de industria dieran tiempo á la venida del socorro de franceses, y que últimamente, estando ya en posesión de parte del lugar, al nombre sólo de acercarse Lautrec, aunque con ejército inferior, lo habían desamparado vituperiosamente. Creían algunos otros que, sin sabiduría de Próspero, podría haber sido artificio del marqués de Pescara, murmurador cuanto podía y envidioso de su gloria; pero quizá fué más sana la opinión de aquellos que creyeron que se había procedido sencillamente y que no les había movido más que el miedo de haberse acercado Lautrec, engañados en gran parte porque los primeros avisos dijeron que eran sus fuerzas mucho mayores.

Cierto es que se maravillaban más que los otros los capitanes franceses, estando con poca esperanza de que Parma se defendiese, porque los suizos se venían adelantando muy despacio, midiéndose más con su natural que con la necesidad de quien los pagaba; por esto muchos de ellos, no atribuyendo á miedo la partida de los enemigos, decían que Próspero, como capitán tan práctico, sabiendo el desorden que causan á los ejércitos los sacos de las ciudades y teniendo por muy difícil

cil el prohibir que los soldados saqueasen á Parma, juzgó por muy peligroso el tomarla teniendo los enemigos tan cerca. Sea cual fuere la causa, Lautrec proveyó á Parma de gente nueva y se detuvo en Fontanella, y tres días después envió una parte del ejército á tomar á Roccablanca, castillo del Parmesano, cerca del Pó, el cual después que fué batido con la artillería, desesperado de tener socorro Orlando Palavicino, señor de aquel lugar, rindió la villa y la fuerza, con condición de poder salirse.

Extendióse después el ejército entre San Secondo y el Taro para gobernarse según los progresos de los enemigos, habiendo tomado mucho ánimo, parte por la defensa de Parma y parte por haber llegado á Cremona los suizos, cuya llegada (aunque Lautrec los había hecho detener en Cremona) fué causa de que, no pareciéndole al ejército enemigo que estaba seguro en San Lázaro, se retirase sobre el río de la Lenza, de la parte de Regio, con intención de alejarse más si los franceses adelantasen, y los capitanes, sin esperarles, hubieran hecho por otro camino mayor retirada si las quejas del Papa y de los agentes del Emperador y la infamia que tenían por todo el ejército no les hubiera detenido.

Estuvieron los ejércitos de esta manera muchos días, haciendo Lautrec que corriesen muy á menudo sus caballos y los que estaban en Parma por el camino de montaña hasta Regio, con harto impedimento de las vituallas que de Regio se traían á los enemigos y con poca alabanza de Próspero, que naturalmente era tardo en hacer correr los caballos ligeros y en todos los movimientos, aunque fuesen pequeños.

La misma fortuna tenían las cosas del Emperador de la otra parte de los montes, porque, habiendo entrado por la parte de Flandes en el Estado del rey de Francia con poderoso ejército y sitiado á Mezières con gran es-

peranza de ganarla, hallando más difícil la expugnación y viniendo socorro poderoso del rey de Francia, se retiró, con gran peligro de que fuese rota su gente.

No se habían entibiado en Italia por los sucesos infelices los pensamientos de la guerra, porque, no pensando ya los enemigos de los franceses en la expugnación de Parma ni de otros lugares, determinaron entrar más adentro en el ducado de Milán, añadiendo al ejército tantos infantes italianos que fuesen en todos seis mil, los cuales continuamente se tomaban á sueldo.

Haciales proceder más atrevidamente en esta determinación la esperanza de que bajarían de nuevo al servicio del Papa doce mil suizos, los cuales, aunque al principio no los habían querido admitir el cardenal Sedunense, que en las Dietas hacía oficios públicamente contra los franceses, ni Ennio, obispo de Veruli, Nuncio apostólico, ni los embajadores del Emperador, porque no iban sino para defensa del Estado de la Iglesia y con orden expresa de que no fuesen á ofender el Estado del rey de Francia, con todo eso, no pudiéndolos conseguir de otra manera, los habían al fin aceptado en esta misma condición, esperando que, en bajando á Italia, se podría, mediante su avaricia é inestabilidad y los cohechos y mañas que se usarían con los capitanes, inducirlos á seguir el ejército contra el Estado de Milán.

A esta determinación de adelantarse se ofrecía gran duda sobre la parte á que se habían de enderezar, porque en continuar la guerra de esta parte del Pó, sin esperanza de tomar á Parma, se veían manifiestamente grandes dificultades. Dejándose á las espaldas aquella ciudad, era necesario ir á pelear con los enemigos, cosa con evidencia dañosa, porque estaban alojados en lugares fuertes, y en los alojamientos estaba muy bien dispuesta gran cantidad de artillería. Detenerse entre Parma y ellos ó pasar más adelante sin pelear no se po-

día, porque, estando entre los lugares que ellos poseían y el ejército, faltarían en pocos días las vituallas, no pudiéndose tener del país enemigo ni traerlas de lejos.

Estas dificultades se huían si se pasaba la guerra de la otra parte del Pó, porque en aquel país, abundante por la naturaleza y que no había probado los daños de la guerra, confiaban hallar cantidad de vituallas y que no habría ningún embarazo hasta el río Adda, porque, dejando á Cremona á mano izquierda y arrojándose al Oglio, no había allí lugar que pudiesen resistir; y persuadiéndose de que el Senado veneciano no querría sujetar su gente, por los intereses de otros, á la fortuna de una batalla, creyeron que los franceses no osarían oponerse sino al paso del Adda, y antes esperaban muchos que, acercándose el ejército á los confines de los venecianos, llamarían para su seguridad propia la mayor parte de las ayudas que habían dado al Rey.

Demás de estas cosas, se estimaba en mucho el pasaje del Pó por la oportunidad de juntarse con los suizos, y mientras se disponían muchas cosas necesarias para esta nueva deliberación, artillería, municiones, puentes, gastadores y vituallas, y mientras en Toscana y en la Romaña se tomaban á sueldo infantes italianos, el conde Guido Rangone, por orden del Papa, con una parte de los infantes que estaban ya levantados y con la gente que estaba cerca de su persona, se movió contra la montaña de Módena, la cual no había conocido otro Señor que al duque de Ferrara, ni mientras Módena estuvo debajo del Emperador, ni después cuando la señoreó la Iglesia; pero entendido este movimiento por la gente del país y que al mismo tiempo se movía mucha infantería enviada de Toscana, sin esperar á ser acometidos, proclamaron el nombre de la Iglesia.

En este mismo tiempo huyó de Milán Bonifacio, obispo de Alejandría, hijo que fué de Francisco Bernardino

Visconti, porque se descubrieron algunas cosas que trataba contra los franceses. Descubrióse asimismo un trato que tenía en Cremona Nicolás Varolo, uno de los principales expatriados de aquella ciudad, por el cual recibieron el justo castigo algunos cremoneses que lo sabían.

No sé cuál fué mayor en este tiempo, ó la mala fortuna, ó la temeridad é imprudencia de los expatriados del ducado de Milán, de los cuales seguía gran número el ejército, porque no sólo salía infelizmente todo lo que intentaban, sino que, atentos á robar todo el país, dificultaban la venida de las vituallas; no recompensando estos males (yo exceptúo siempre á Morone) con ninguna diligencia ó inteligencia de espías. Así, pues, habiéndoles enviado mucho antes Próspero hacia Plasencia, después que hubieron hecho grandes daños á los amigos y á los enemigos, viniendo en diferencia entre ellos mismos sobre el dividir la presa, fué muerto por Héctor Visconti y por algunos otros Pedro Scotto, placentino, uno de los principales.

Intentó Próspero en este mismo tiempo abrasar las barcas del puente de los franceses, que estaban con poca guarda cerca de Cremona, para tener más lugar de adelantarse mientras Lautrec recogía las barcas necesarias para volver á hacer el puente; pero el ser largo el camino fué causa de que Juan de Médicis, enviado para este efecto con doscientos caballos ligeros y trescientos infantes españoles, no pudiese llegar sino pasada la noche, por lo cual, oyendo los barqueros el rumor de los del país, retiraron las barcas á la mitad del Pó, donde estaban seguros de no ser ofendidos por los enemigos, que se habían detenido en la orilla.

Finalmente, dispuestas todas las cosas necesarias para pasar el Pó, el ejército fué á Bresselle, donde estaba echado el puente que se había hecho con las barcas; pe-

ro antes que pasase, habiéndose juntado á los pensamientos de ofender á otros, el pensar en la defensa propia, fué mandado á cuidar de los lugares de la Iglesia que quedaban á las espaldas Vitello Vitelli con ciento cincuenta hombres de armas, otros tantos caballos ligeros y dos mil infantes de la ordenanza de los florentinos, donde asimismo fué el obispo de Pistoia con dos mil suizos (porque no parecía seguro llevarlos contra los franceses, con los cuales militaban infantes de la misma nación) concedidos con decreto y con banderas públicas, tanto más no teniendo certeza de lo que determinarían los nuevos suizos, de quienes, juntos en Coira, se esperaba á cada hora la certeza de que se hubiesen movido.

Al obispo y á Vitello se cometi6 no sólo defender á Módena y á los otros lugares de la Iglesia, si alguno se moviese contra ellos, sino que acometiesen al duque de Ferrara, el cual, atribuyéndose á sí la gloria de haber librado á Parma, habiendo ocupado á Finale y San Felice, no pasaba más adelante, porque aumentando el Papa el odio por este insulto, procedía con censuras y Monitorios eclesiásticos contra él á la privación del ducado de Ferrara.

Pasó el ejército á primero de Octubre de la otra parte del P6 y fué á alojar á Casalmagiore, habiendo gastado en el pasaje no sólo todo el día, pero gran parte de la noche siguiente, por la gran multitud de la turba inútil y de los bagajes, quedando engañado con esto mucho el juicio de los capitanes que se habían persuadido de que todos hubieran pasado á mediodía, por lo cual, por el cansancio de los últimos y por la obscuridad de la noche, hicieron alto hasta que amaneciese, esparcidos entre el P6 y Casalmagiore, quedando expuestos al robo de cualquier pequeño acometimiento de los enemigos una parte de la artillería, muchas municiones

y muchos soldados, y no se duda que si Lautrec (el cual, recogiendo todos los suizos, vino á alojar á Colornio el mismo día que los contrarios se alojaron en Bresselle), hubiera pasado el día que ellos lo hicieron por su puente á Casalmagiore, que estaba á tres millas de Colornio, ó si verdaderamente al mediodía hubiera acometido aquella parte del ejército que aún no había pasado (está distante Bresselle de Colornio seis millas), hubiera tenido alguna excelente ocasión. Pero en las guerras, se pierden infinitas porque no saben siempre los capitanes los discursos y las dificultades de los enemigos.

Llegó á Casalmagiore la misma noche el cardenal de Médicis, enviado por el Papa por Legado del ejército, porque Su Santidad, aunque había comenzado á dar oídos muy secretamente al embajador del rey de Francia, temiendo que los sucesos contrarios y el haber quedado sobre él casi todo el peso de la guerra, diese causa al Emperador ó á sus ministros de temer que, por salir de tantas dificultades y peligros, volviese el ánimo á nuevos pensamientos, juzgó que ninguna cosa les podía asegurar tanto, y consiguientemente inducirles á que procediesen con más calor en la guerra. Por ser este Cardenal el más cercano de sangre al Papa, aunque vivía casi continuamente en Florencia, no se despachaba ninguna cosa grave del Pontificado sin su participación, y llevaba consigo casi la misma autoridad que hubiera llevado la misma persona del Papa. Ayudaba esto mismo á sustentar la reputación declinada de la empresa y á disponer que con mayor unión determinasen las materias los capitanes por la presencia de hombre de tanta grandeza; porque cada día se veía más claramente la discordia entre Próspero Colonna y el marqués de Pescara, aumentada, demás de otras causas, porque el Marqués, al levantarse el ejército de

Parma, queriendo achacar á otro la infamia de aquella deliberación, había significado en Roma que esta resolución se había tomado sin su sabiduría ni consejo.

De Casalmagiore, después de haber reposado un día, se movió el ejército por el Cremonés para arrimarse al río Oglio, adonde llegó en cuatro alojamientos, no habiendo sucedido en este ínterin cosa ninguna de consideración, excepto que mientras alojaban en una aldea que se llama la Corte de los Frailes, hubo una gran pendencia entre los infantes españoles é italianos, en la cual los españoles, más con el saber usar de la ocasión que de las fuerzas, mataron muchos de estos. Al fin, por la autoridad y diligencia de los capitanes se apaciguó presto la cuestión, y el día antes, corriendo Juan de Médicis hacia los enemigos, los cuales habían pasado el Pó el mismo día que los otros por más arriba, hacia Cremona, y se habían detenido en Casalmagiore, rompió á los estradiotas de los venecianos, guiados por Mercurio, con los cuales estaban algunos caballos de los franceses, los cuales prendieron á D. Luis Gayetano, hijo del duque de Traietto, cuyo Estado poseía Próspero Colonna.

Pero mirando la fortuna con alegres ojos á las cosas del Papa y del Emperador, cuando alojaba el ejército sobre el río Oglio, interrumpió el consejo infeliz de los capitanes, los cuales habían determinado que, desde la Corte de los Frailes, fuese á alojar el ejército á la villa de Bordellano, distante ocho millas aunque sobre el mismo río; pero no habiendo sido posible que se llevase la artillería por ser el camino malo, fué necesario hacer alto en la villa de Rebecca en la mitad del camino, separada de Ponte Vico, que es lugar de los venecianos, sólo por el río Oglio. Mientras se alojaba en aquel lugar llegó noticia de que Lautrec, seguido de la gente de los venecianos, dejando el bagaje en Cremona, había veni-

do el mismo día á San Martino, que estaba de allí cinco millas, determinado, si los enemigos pasaban más adelante, á encontrarse con ellos en la campaña el día siguiente.

Turbó esto grandemente el entendimiento del cardenal de Médicis y de los capitanes, porque, habiendo el Senado veneciano, cuando juntó su gente con el ejército de Lautrec, significado esta determinación al Papa con tales palabras que parecía no se movía por la victoria del rey de Francia, sino por no tener justa causa para no guardar la confederación, se habían persuadido primero (habiendo confirmado esta opinión la venida del cardenal) que Andrea Gritti tenía oculta orden para no permitir que aquella gente pelease. Viéndose que era falso este presupuesto, era necesario apartarse de los primeros consejos, porque ninguno negaba que era superior en fuerzas el ejército de los enemigos, en el cual, demás de la caballería, que era muy poderosa, y de siete mil infantes entre franceses é italianos, había diez mil suizos, y en el ejército del Papa y del Emperador se había disminuído tanto el número de los tudescos y en alguna parte el de los españoles, que apenas llegaban á siete mil y á seis mil italianos; y porque la mayor parte se habían conducido de nuevo, se consideraba más el número que el valor.

Determinaron, pues, Próspero y los otros esperar en aquel lugar la venida de los suizos, los cuales, porque ya habían partido y porque el cardenal Sedunense, que los traía, avisaba que no se detendrían en ninguna parte, se esperaba que no tardarían más que tres ó cuatro días. Por esto la mañana siguiente los capitanes, considerando con diligencia el sitio del lugar redujeron á mejor forma el alojamiento, que se hizo la tarde antes casi alborotadamente, no moviéndoles el peligro de poder ser ofendidos rigurosamente por la artillería de la

villa contraria de Pontevico, porque, siguiendo el cardenal de Médicis las primeras impresiones, tenía por cosa cierta que los venecianos, no teniendo más obligación con el rey de Francia que conceder la gente para la defensa del ducado de Milán, no consentirían nunca que de sus lugares se molestase al ejército de la Iglesia y cesáreo. Oponíase manifiestamente á la determinación de esperar á los suizos en Rebecca la dificultad de las vituallas, porque las que se conducían con el ejército no eran bastantes para muchos días, y por el terror de los daños que hacían, especialmente los expatriados milaneses, y la fuga que había por todo el país, venía muy poca cantidad de ellas y ésta se disminuía cada hora. Por esta causa el comisario Guicciardini había acordado que, impidiendo sustentarse en aquel lugar la falta de las vituallas y pudiendo suceder por muchas razones que tardase la venida de los suizos, era por ventura más útil, no deteniéndose allí, retirarse cinco ó seis millas más atrás sobre el mismo río en los confines del Mantuano, donde, teniendo á las espaldas país amigo, no faltarían vituallas, y que esto que al presente se haría con seguridad, podría ser que, si se acercasen los enemigos, no fuera fácil hacerlo sin gran peligro.

No desagradó interiormente este consejo á los capitanes, pero la infamia fresca de la retirada de Parma les detenía á cada uno en hablar libremente, moviéndoles asimismo la esperanza de que no tardarían en venir los suizos, los cuales, en cinco ó seis días, podían bajar desde Coira al territorio de Bérgamo, de donde había muy corto tránsito para llegar al campo.

Determinados á esperarles en Rebecca, se repartían por medida en todas las compañías del ejército las municiones de la harina, conducida con el mismo ejército; y porque en el campo no había hornos portátiles, y las

casas en que estaban los hornos las ocupaban con los alojamientos de los soldados, cada uno cocía por sí mismo sobre brasas la parte que le tocaba. Esta descomodidad, añadida á la de repartir escasamente la harina, fué causa de que muchos infantes italianos (aunque había mucho vino y carne) huyesen secretamente.

Al tercero día Lautrec, que se había detenido en Bordellano, pasando una parte de la artillería á mediodía de la otra parte del Oglio, la envió á Pontevico, conviniendo en ello el proveedor de Venecia, aunque fingía lo contrario, de donde el mismo día, si bien ya cerca de la noche, comenzaron á tirar á los alojamientos de los enemigos, y conociendo sus capitanes cuán manifiesto era el peligro, aunque podían pasarse á parte donde los cubrían algunas colinas, con todo eso, espantados de la falta de las vituallas y aumentándose el miedo de la tardanza de los suizos, movieron la mañana siguiente antes de amanecer el ejército sin ruido y sin tocar trompetas ni cajas y poniendo los carros delante de la gente, caminando con gran orden y dispuestos para pelear y para caminar. Fueron á alojar á Gabionetta villa distante cinco millas en los confines del Mantuano, confesando todos que se habían librado de grandísimo peligro, parte por beneficio de la fortuna y parte por la imprudencia de los enemigos; porque es cierto que, si el día que estaba señalado para ir á Bordellano no se hubieran detenido en Rebecca, les quedaba poca ó ninguna esperanza de librarse, porque las mismas necesidades ó mayores les obligaban á retirarse, y siendo la retirada más larga, teniendo más cercanos á los enemigos había evidentísimo peligro. También es cierto que Lautrec conseguía sin duda la victoria si el mismo día que envió la artillería á Pontevico hubiera ido á alojar cerca de los enemigos, como muchos se lo aconsejaban, y entre otros los capitanes de los suizos, por-

que si se les acercaba no les quedaba facultad para apartarse con seguridad, mayormente no pudiendo ponerse en orden de batalla por el impedimento que hubieran recibido de la artillería de Pontevico, ni detenerse en aquel lugar más que tres ó cuatro días, por el hambre.

Pero mientras que por su naturaleza despreciaba el consejo de todos los otros, señalando primero el peligro que presentándole, les dió causa de prevenir sus amenazas con la súbita partida; de manera que no sin razón dijeron los capitanes de los suizos á Lautrec, mirando el sitio del lugar (porque moviéndose para arrimarse á los enemigos, hallando que se habían ido fué á alojar á Rebecca) que merecían la paga que se da á los soldados que vencen en una batalla, porque no había quedado por ellos que no consiguiese la victoria en Gabionetta. Fortificando excelentemente el alojamiento, se detuvo el ejército de la liga muchos días; pero, pareciendo que continuamente se alargaba la venida de los suizos y temiendo la vecindad del ejército francés, el cual, mucho más poderoso, hacía demostraciones de quererle acometer, pasando el Oglio, fué á alojar á Ostiano, castillo de Luis de Bozzole, con intención de no moverse de allí hasta la venida de los suizos. Esta determinación, tomada con prudencia, fué acompañada también de la fortuna, porque el ejército hubiera recibido mucho daño en el alojamiento de Gabionetta, puesto en lugar muy bajo, por las grandes lluvias que sobrevinieron luego.

Mientras se detenían ociosamente el un ejército en Ostiano y el otro en Rebecca, el obispo de Pistoia y Vitello, juntando los suizos y los infantes italianos, acometieron á la gente del duque de Ferrara, alojada en Finale, y aunque estaba en lugar fuerte por la naturaleza y por el arte muy fortificado, con todo eso, yendo

los suizos valerosísimamente á encontrar con el peligro, la rompieron y pusieron en huída, matando muchos (entre los cuales perdió la vida peleando el caballero Cavriana), con tanto miedo del duque de Ferrara, que estaba en Bondeno, que, desamparando luego aquel castillo, huyó á Ferrara, retirando con la misma presteza las barcas sobre que había echado el puente en el mismo lugar, porque los enemigos no le siguiesen.

Habían bajado entretanto los suizos al territorio de Bérgamo, pero, llenos de diferencias y dificultades, retardaban el pasar más adelante, habiendo rehusado expresamente volver á acometer el ducado de Milán á pesar de las instancias del cardenal Sedunense y de los agentes del Papa y del Emperador. Dificultaban también el irse á juntar con el ejército que los esperaba en Ostiano, pues estaba apercebido para proceder en ofensa del rey de Francia, ofreciendo que irían á cualquier lugar que pareciese al Papa en el Estado de la Iglesia, para cuya defensa habían aceptado el sueldo; mas con todo eso (como muchas veces entienden las cosas bárbaramente), convenían en ir á acometer á Parma y á Plasencia, como á ciudades pertenecientes manifiestamente á la Iglesia, ó á lo menos que no eran del rey de Francia por derecho cierto. Pedían también que, antes que se moviesen, les enviasen del ejército trescientos caballos ligeros, con cuya ayuda pudiesen recoger las vituallas por el país por donde pasaban.

Finalmente, llegados los caballos, los cuales pasaron luego con gran presteza por la comarca de los venecianos, se movieron para ir á lugar cercano al ejército de donde se pudiese consultar más cómodamente y resolver lo que se hubiese de hacer. Por el camino echaron alguna gente de los franceses y de los venecianos que, para estorbar que pasasen más adelante, se había detenido en Pontoglio ó en el lago Eupilo. Al acercarse

al ejército se comenzó á hacer instancia para disponerles á que se juntasen con él contra los franceses, para lo cual iban y venían muchos mensajeros y embajadas, y fué en nombre del cardenal de Médicis el arzobispo de Capua. Al fin los del cantón de Zurich que, como tienen autoridad mayor, hacen profesión de gobernarse con más gravedad, lo negaron constantemente. Los otros, después de muchas suspensiones, ni lo rehusaron expresamente, ni aceptaron la demanda hecha, no negando que querían seguir al ejército, mas sin declarar si habían de entrar siguiendo sus pasos en el ducado de Milán, de manera que por el consejo del Sedunense y de los otros capitanes cuya voluntad se había ganado con muchas promesas, se determinó pasar más adelante, esperando que, pues no rehusaban seguir el ejército, irían fácilmente á cualquier lugar donde él fuese, y vueltos los de Zurich, que eran cuatro mil, hacia Regio, el ejército, después que se hubo detenido cerca de un mes entre Gabionetta y Ortiano, se juntó en Gambera con los otros suizos, yendo en medio de él dos legados, el Sedunense y Médicis, con las cruces de plata rodeadas de tantas armas, de artillería, de blasfemos, homicidas y ladrones. ¡Tan mal se usa hoy de la reverencia de la Religión!

Fueron en tres alojamientos por lugares de los venecianos á Orcivecchi, castillo de éstos, disculpándose con el Senado con decir que este era un tránsito necesario, y que no se hacía por deseo de ofenderle, así como ellos se habían disculpado de que había sido forzado Andrea Gritti, su proveedor, á consentir que Lautrec enviase la artillería á Pontevico. A Orcivecchi llegaron correos enviados por los señores de los Cantones á mandar á los suizos que se fuesen del ejército, y la misma orden dieron, por otro correo, á los que estaban en el ejército francés, alegando que era cosa indigna de

su nombre que en dos ejércitos enemigos estuviesen sus infantes con banderas públicas; pero fueron los efectos diferentes que estas órdenes, porque los correos que iban al ejército de la Liga, hechos detener con maña en el camino, no llegaron á los que estaban con el Sedunense; mas los suizos que servían á los franceses partieron casi todos de improviso, obligados (como se cree) no tanto por las órdenes recibidas ni por la duración de la campaña, cosa que suelen llevar más impacientemente que todos los otros, cuanto porque á Lautrec le había faltado la facultad para pagarles por no haberle enviado dinero de Francia y por no bastarle el que rigurosamente sacaba del Estado de Milán.

En este lugar se debe considerar juntamente cuánto puede la malicia y la imprudencia de los ministros con los Príncipes que, ó por negligencia no se ocupan en los negocios, ó por incapacidad no disciernen por sí mismos los consejos buenos de los malos; porque habiendo puesto en orden trescientos mil ducados para enviar á Lautrec, según lo que se le había prometido, la Regente, madre del Rey, olvidada del provecho de su propio hijo, por lo que deseaba que no creciese su grandeza, procuró que los generales, sin sabiduría del Rey, invirtiesen esta suma de dinero en otras cosas; por lo cual Lautrec, confuso de ánimo y lleno de gran pesadumbre por ver que, por la ida de los suizos, el suceso de las cosas que primero se prometía feliz se había hecho muy dudoso, dejando guardada á Cremona y á Pizzichittone, fué á Cassano con el resto del ejército, esperando prohibir á los enemigos el paso del Adda, así por las otras dificultades que tienen los ejércitos en pasar los ríos, cuando sobre la orilla contraria hay quien los resista, como porque en aquel lugar está tanto más levantada la orilla hacia Milán, que es mayor la

ofensa que se hace con la artillería á los enemigos que la que se recibe.

Por otra parte, los Legados apostólicos y los capitanes, partidos de Orcivecchi y pasando de nuevo el río Oglio, habían venido á Rivolta en tres alojamientos; no sintiendo ya las descomodidades de las vituallas, porque los lugares de la Ghiaradadda, desamparados por los franceses, les daban gran cantidad.

Atentos allí ambos ejércitos, el uno á ganar el paso del río y el otro á estorbarlo, Próspero y los otros capitanes disponían lo necesario para echar el puente entre Rivolta y Cassano, cosa muy dudosa y difícil por la oposición de los enemigos, y habiendo gastado dos ó tres días en varias disputas y consejos, finalmente Próspero, sin consultar sus pensamientos con el marqués de Pescara, porque no participase de la gloria de esta acción ni llegase á su noticia, excusando el medio de los infantes españoles, quitando ocultamente del río Brembo dos barcas, envió de noche con gran silencio algunas compañías de infantes italianos á pasar el río por enfrente de la villa de Vauri.

Es Vauri lugar descubierto y sin muralla, situado sobre la orilla del Adda, distante cinco millas de Cassano, por donde es á propósito el paso del río, y tiene en el medio un pequeño reducto de muralla, levantado á manera de castillejo. Guardaba este lugar con pocos caballos Ugo de Pépoli, lugarteniente de la compañía de lanzas que tenía al servicio del rey de Francia Octaviano Fregoso, el cual, al oír el ruido, saliendo al encuentro á la orilla, fué fácilmente forzado á dejar paso por la violencia de los arcabuceros. Créese que hubiera hecho resistencia con facilidad si llega á juntarse con los caballos que tenía consigo algún número de arcabuceros, como los había pedido á Lautrec.

Recogíanse los infantes como iban pasando en una

parte levantada con un pedazo de fuerte que está en el lugar dicho, esperando que viniese el socorro que había ordenado Próspero, el cual, luego que tuvo aviso del feliz principio, volvió hacia aquel lugar casi todos los infantes del ejército que estaban alojados en diferentes castillos de la Ghiaradadda, con orden de que los que primero llegasen, y después los otros sucesivamente, pasasen luego el río en las mismas barquillas y en otras dos que llevaba el ejército para echar puente sobre los ríos, las cuales, aquella misma noche se habían traído por tierra á la misma orilla. Fueron él y los demás capitanes con el cardenal de Médicis luego por el mismo camino, dejando orden en Rivolta que, si los franceses se apartaban, se echase luego el puente.

En Vauri estuvo por algunas horas el suceso incierto, porque si Lautrec, luego que tuvo noticia que los enemigos habían pasado, hubiera vuelto hacia aquel sitio con presteza una parte del ejército, no hay duda que los rechazara; mas después que por algún tiempo quedó suspenso en lo que había de hacer, envió á Lescun con cuatrocientas lanzas y con infantes franceses, y en su seguimiento algunas piezas de artillería, las cuales, caminando con presteza, comenzaron con gran furia á combatir el lugar donde se habían resguardado los enemigos, al mismo tiempo que se descubría en la otra orilla la gente que venía al socorro, por cuya esperanza se defendían constantemente, aunque Lescun, habiéndose apeado con todos los hombres de armas, peleaba con gran valor en el estrecho de los dos caminos, y no se duda que, si la artillería hubiera llegado á tiempo, los hubiese vencido. Pero ya por la otra orilla continuaban sin cesar pasando, según lo que sufría la capacidad de las barcas, Tegane, capitán de los suizos, y dos banderas de infantería española, movidos por los consejos del cardenal de Médicis y de los capitanes.

Juan de Médicis, sin consejo de ninguno, incitado por su propia magnanimidad y gran ambición de gloria, pasó llevado por un caballo turco sobre la profundidad del agua, nadando hasta la orilla y dando á un mismo tiempo terror á los enemigos y ánimo á los amigos. Al fin Lescun, aunque en aquel mismo instante llegó la artillería, desesperado de la victoria, habiendo perdido una bandera, se retiró á Cassano, de donde llevó Lautrec todo el ejército á Milán. Al llegar hizo degollar públicamente á Cristóbal Palavicino, ó por no perder la ocasión de satisfacer el odio que primero había concebido, ó por poner terror en los ánimos de la gente con la crueldad de esta vista, que fué miserable por la calidad de su casa, por la grandeza de su persona, por su edad y por haber sido preso muchos meses antes de la guerra.

CAPITULO IV.

El ejército de la Liga en Milán.—Fuga de Lautrec.—Los pontificios toman á Piacenza.—Cremona se rebela contra los franceses y es recobrada por éstos.—Los pontificios toman á Parma.—Muerte del papa León X.—Sospechas de que fué envenenado.—El ejército pontificio se disuelve.—El duque de Ferrara reconquista muchos lugares.—Ataque de los franceses á Parma.—La defiende Francisco Guicciardini.—El duque de Urbino reconquista su Estado.

Levantó hasta el cielo el paso del Adda el nombre de Próspero, que antes, por la retirada de Parma y por la dilación de su proceder, era infame en Roma y en todo el ejército; pero borrándose muchas veces por las últimas cosas la memoria de las primeras, se celebraban

popularmente sus alabanzas que, sin sangre y sin peligro, sino totalmente con el consejo y con la industria digna de capitán muy práctico, había hurtado á los enemigos el paso de aquel río que Lautrec se prometía tanto estorbarles; pues, además de lo que decía públicamente, había escrito al Rey que absolutamente lo impediría. Con todo eso no faltaban algunos que, con razones verdaderas ó aparentes, procuraban extinguir la gloria de aquel hecho, diciendo que no había tenido valor ni industria rara, ni la invención ni la ejecución, porque la naturaleza por sí misma enseña á cualquiera que halla oposición en los ríos ó pasos estrechos que procure pasar más arriba ó más abajo, donde no haya quien lo impida; que el paso de Vauri estaba cerca y muy á propósito y ordinariamente era muy frecuentado, y que Lautrec había sido tan negligente en hacerle guardar, que su descuido no había dado lugar á la industria, porque no se podía alabar en otra cosa la providencia de Próspero, sino en el haber dispuesto ocultamente las barcas y haber gobernado la traza con el silencio necesario. Otros quizá más diligentes en juzgar de las materias y más prontos en reprender los errores dudosos que en alabar las obras ciertas, no contentos con disminuir la fama de su industria, reprendían que no hubiese habido en él ni la providencia, ni la disposición conveniente; porque no habiendo enviado orden para que se moviese la gente que se había señalado para el socorro, la cual estaba alojada en Trevi, Caravagio y otros lugares, hasta que tuvo noticia que los infantes que envió delante habían ocupado á Vauri, tardaron en llegar á la orilla del río los primeros por necesidad hasta mediodía, que fué más de catorce horas después que los primeros infantes habían pasado; de manera que no se duda de que si Lautrec, cuando tuvo noticia hiciera lo que ejecutó muchas horas después,

hubiera recuperado á Vauri y roto á los infantes que habían pasado, porque llegaban tarde para socorrerlos las provisiones ordenadas. Pero no obscurecieron estas interpretaciones la gloria de Próspero, porque comúnmente juzga el mundo las cosas por el suceso, por el cual, según es feliz ó contrario, unas veces con alabanza y otras con infamia, se atribuye siempre á consejo lo que muchas veces procede de la fortuna.

Partido Lautrec de la orilla del Adda, no había duda ninguna de que los enemigos (que al otro día echaron el puente entre Rivolta y Cassano) desearían lo más presto que pudiese ser arrimarse á Milán; con todo esto, Próspero, cuyo consejo, murmurado continuamente por el vulgo, fué aprobado por los prácticos en el arte militar, quiso que el primer día, por largo rodeo, se fuese á alojar á Marignano, lugar igualmente cercano á Milán que Pavía, porque no pudiéndose detener en campaña por los tiempos fríos y muy lluviosos, le parecía más á propósito arrimarse á Milán por aquella parte, desde la cual, si, como se creía, fuese difícil entrar en la ciudad, pudiese luego volver á Pavía, donde Lautrec, por reducir todas las fuerzas á Milán, no había dejado presidio alguno, y por colocar en aquella ciudad la base de la guerra, por ser abundante y muy á propósito.

Por otra parte Lautrec que, reducido á poco número de infantes había estado inclinado desde el principio á guardar solo á Milán, considerando después que si desamparaba los burgos daba comodidad de alojamiento á los enemigos y facultad para atender ociosamente á la expugnación, determinó guardar también los burgos; consejo por cierto valeroso y prudente si hubiera sido acompañado del cuidado que se debía, con el cual, por los accidentes no pensados que sucedieron después de muy pocos días, se hubiera dado á las cosas diferente fin del que tuvieron.

Pero el ejército de la Liga, que la mayor parte de él estaba alojado en Marignano y los suizos más adelante en la abadía Chiaravalle, habiendo estado firmes tres días para esperar la artillería que, por la dificultad de los caminos, no se había podido traer, se enderezó hacia Milán á 19 de Noviembre, con intención, si no entraba el mismo día, de ir el siguiente á Pavía, adonde ya se había enviado para ocuparla una parte de los caballos ligeros.

Sucedió aquella mañana (cosa notable) que habiéndose detenido en un prado cerca de Chiaravalle los Legados y los principales del ejército para dar lugar á que caminasen los suizos, llegó un viejo de presencia y traje de plebeyo, y afirmando que venía inducido por la gente de la parroquia de San Siro de Milán, solicitaba con grandes exclamaciones que se pasase adelante, porque por orden que se había dado, no sólo los hombres de aquella parroquia, sino todo el pueblo milanés, en arriándose el ejército, tomarían las armas al son de las campanas de todas las parroquias contra los franceses, cosa que pareció después milagrosa, porque, por mucha diligencia que se hizo para hallarle, no fué jamás posible saber ni quién era ni de quién venía enviado.

Caminó, pues, el ejército en orden hacia la puerta Romana, habiendo hecho parar la artillería gruesa al fin de un camino que vuelve á Pavía. Iba el marqués de Pescara en la vanguardia con los infantes españoles, y llegándose ya la noche, se arrimó al foso por entre la puerta Romana y la de Pavía, y presentando los arcabuceros contra un bastión que estaba hecho en un sitio que se llama Vicentino, cerca de la puerta llamada Ludovica, más por intentar que por la esperanza de obtener, los infantes italianos y venecianos que estaban en guarda de aquella parte, no sustentando ni aun la sola presencia de los enemigos, volviendo las espaldas con

gran vileza, se pusieron en huída. Lo mismo hicieron los suizos que alojaban cerca de ellos; de manera que, pasando los infantes españoles sin dificultad el foso y el reparo, entraron en el burgo, y al entrar prendieron á Teodoro Trivulcio que acudía al ruido, desarmado, en una mula, recibiendo una pequeña herida cuando le prendieron, y después pagó al marqués de Pescara veinte mil ducados por su libertad. Libróse con gran trabajo Andrea Gritti, y juntándose á la huída con los franceses, se retiraron todos juntos á la ciudad, con largo rodeo, en la cual, no habiendo hecho provisión para defenderse, teniendo muy pocos infantes y estando el pueblo inclinado á la rebelión, hicieron alto alrededor del castillo.

Por otra parte, el marqués de Pescara, siguiendo con solicitud la prosperidad de la fortuna, arrimándose á la puerta Romana (tienen las puertas de la ciudad y las de los burgos el mismo nombre) fué introducido dentro por los principales del partido gibelino, que habían ocupado la puerta, y poco después entraron del mismo modo por la puerta de Pavía el cardenal de Médicis, el marqués de Mantua, Próspero Colonna y una parte del ejército, ignorando casi los vencedores de qué modo ó por qué desorden se había ganado tan gran victoria con tanta facilidad.

La ocasión principal de este suceso procedió de la negligencia de los franceses porque, por lo que después se pudo entender, no había tenido Lautrec noticia que aquel día se hubiese movido el ejército; antes se creyó que el estar los caminos rotos por las grandes lluvias, les dió seguridad de que aquel día no moverían los enemigos la artillería, sin la cual no pensaban que intentarían acometer los reparos, y por ello, en el mismo tiempo que entraban, andaba á caballo ociosamente por Milán, desarmado con otros capitanes, y Lescun, can-

sado de las velas de la noche pasada. dormía en su propio alojamiento. Con todo eso, se cree que, después que, huyendo, hubo recogido la gente en la plaza del castillo, hubiera tenido gran ocasión para ofender á los enemigos, de los cuales una parte estaba alojada en Milán con mucho desorden, otra se había quedado en los burgos, con el mismo desconcierto, y la otra parte estaba alojada afuera confusa y repartida; pero impedido por miedo y por el horror de la oscuridad para discernir en tan breve tiempo el estado de los enemigos, se fué la misma noche el ejército á Como, y de allí, dejando en Como cincuenta hombres de armas y seiscientos infantes, tomó el camino por la Pieve de Inzino, pasó el Adda por Lecco y se fué al territorio de Bérgamo, quedando el castillo de Milán bien guardado y proveído.

Siguiéron el ejemplo de Milán, Lodi y Pavía. En este tiempo, el obispo de Pistoya y Vitello que, dejando á Parma á las espaldas habían ido á la vuelta de Plasencia, fueron recibidos voluntariamente en aquella ciudad, y la misma inclinación siguió la ciudad de Cremona donde, llegando la nueva, no sólo de la mudanza de Milán, sino también de que la gente francesa había sido rota, el pueblo puesto en armas, comenzó á llamar el nombre del Imperio y del Duque de Milán: entendido esto por Lautrec, que ya había llegado al Bergamasco, envió á Lescun con parte de la gente á recuperarla, el cual, rebatido por el pueblo, aunque Lautrec tenía poca esperanza de próspero suceso, por la facilidad que tenían para socorrerla tantos suizos como había en Plasencia, se enderezó á ella con toda la gente, habiendo ordenado (por parecerle que no podría sustentar tantas cosas) que Federico de Bozzole desamparase á Parma.

Sucedíole felizmente el consejo, porque el obispo de Pistoya, si bien el cardenal de Médicis le dió orden lue-

go que entendió la rebelión de Cremona para enviar parte de los suizos á afirmar aquella conquista, con todo eso, no queriendo dividirlos ni emplearse en otros negocios, por el deseo que tenía de ir con ellos á la empresa que se trazaba de Génova, tardó tanto, que Lautrec, estando por él el castillo, y no habiendo otra defensa que la del pueblo, el cual luego le envió embajadores á pedirle perdón del delito, la recuperó fácilmente.

Volviendo á tomar ánimo de este caso, ordenó luego á Federico de Bozzole que no desamparase á Parma; pero habiendo partido ya Federico, había pasado el Pó con la gente, y Vitello, que con la suya iba á Plasencia, estando cerca de Parma cuando Federico partió, llamado con gran voluntad del pueblo, había entrado en la ciudad.

Atendiéndose á conquistar lo restante del Estado con designio de reducirse á gasto más moderado, fué enviado de Milán al mismo tiempo el marqués de Pescara con la gente española, con los tudescos y grisonos, á sitiar á Como, y después de haber comenzado á batir con la artillería esta ciudad, no esperando socorro los de adentro, se rindieron con condición de que la gente francesa y la de la tierra fuese libre con sus haciendas; pero cuando se querían ir los franceses, entrando los españoles la saquearon, con gran infamia del Marqués, al cual poco después le desafió Juan Gabaneo, cabeza de aquella gente, culpándole de haber faltado á la palabra.

Enviaron de Milán al mismo tiempo al obispo de Veruli á los suizos para afirmar sus ánimos, pero al llegar á Bellinzone le pusieron guarda porque, descontentos de que sus infantes hubiesen procedido contra el rey de Francia, se quejaban, no sólo del cardenal Sedunense, del Papa y de todos sus ministros, sino particularmente de Veruli que, siendo Nuncio del Papa

cerca de ellos cuando se levantaron los infantes, había trabajado para inducirles á contravenir en la excepción con que habían sido concedidos.

Estaban reducidas á estos términos las cosas de la guerra, y el Papa y el Emperador tenían gran esperanza de establecer la victoria, porque el rey de Francia no podía sino con largo tiempo, enviar nueva gente á Italia. La fuerza de aquellos que contra él habían conquistado á Milán, y la mayor parte de aquel ducado parecía bastante, no sólo para conservarle, sino para conquistar aquello que todavía quedaba en poder de los enemigos, y el Senado veneciano, espantado de tan gran suceso y temiendo que la guerra comenzada contra otros se pasase á su propia casa, daba esperanza al Papa de que haría que la gente francesa se fuese de su dominio.

Pero de un accidente no pensado tuvieron origen inopinados pensamientos. Murió de muerte no esperada á 1.º de Diciembre el Papa León el cual, habiendo recibido en el caserío de Malliana, donde muchas veces solía ir á entretenerse, la nueva de la conquista de Milán y tenido por ello gran placer, le dió aquella noche una calentura pequeña, y haciéndose llevar á Roma al día siguiente, aunque los médicos decían que era de poca consideración el principio de la enfermedad, murió dentro de muy pocos días, no sin gran sospecha de que le había dado veneno (según se temía) Bernardo Malaspina, su camarero, señalado para darle de beber, pero aunque fué preso por estos celos, no pasó más adelante la materia, porque el cardenal de Médicis, al llegar á Roma, le hizo soltar por no tener ocasión de contraer mayor enemistad con el rey de Francia, por cuyo medio se entendía que Bernardo le había dado el veneno, pero con autores y conjeturas inciertas.

Murió, si se mira la opinión del mundo, en gran glo-

ria y felicidad, habiéndose librado de grandes peligros y gastos por la victoria de Milán, y estando, por lo que había gastado, tan exhausto de dinero, que se veía obligado á hacer provisiones de cualquier manera. Pero pocos días antes de su muerte había sabido la conquista de Plasencia y el mismo día que murió la de Parma, cosa de él tan deseada, que es cierto que cuando determinó hacer guerra á franceses, había dicho al cardenal de Médicis (que le disuadía de este intento) que le movía principalmente el deseo de recuperar para la Iglesia aquellas dos ciudades, y que, cuando lo consiguiese, no le causaría disgusto el morir.

Príncipe en quien eran dignas de alabanza y de vituperio muchas cosas y que engañó mucho la esperanza que se tenía en él cuando subió al Pontificado, pues salió de mayor prudencia, pero de mucho menos bondad de lo que todos habían juzgado.

Por la muerte del Papa se enflaquecieron mucho las cosas del Emperador en Lombardía, porque no se podía dudar de que, tomando ánimo el rey de Francia por haberle faltado aquel enemigo, con cuyo dinero se había comenzado y sustentado toda la guerra, enviaría ejército á Italia, y que los venecianos, por la misma causa, continuarían en la confederación con él, con lo cual se interrumpían los designios de acometer á Cremona y á Génova, y los ministros del Emperador, que con dificultad habían pagado hasta aquel día la gente española, estaban necesitados á disminuir su gente, no sin peligro, por poseerse en nombre del rey de Francia Cremona, Génova, Alejandría, el castillo de Milán, las fortalezas de Novara y de Trezzo, Pizzichittone, Domussola, Arona y todo el Lago Mayor. Había vuelto también á su devoción la fortaleza de Pontremoli que, siendo ocupada primero, fué recuperada por Sinibaldo del Fiesco y por el conde de Noceto.

Tampoco tuvieron feliz suceso las cosas del rey de Francia de la otra parte de los montes, porque, moviendo el Emperador las armas contra él, tomó la ciudad de Tournay y poco después la fortaleza, donde había mucha artillería y municiones.

Por la muerte del Papa se introdujeron muchos gobiernos, consejos y órdenes en el ducado de Milán; los cardenales Sedunense y Médicis fueron luego á Roma para hallarse en la elección de nuevo Pontífice, y quedándose los Imperiales con mil quinientos suizos, todos los otros y la gente tudesca se fueron. La gente de los florentinos volvió hacia Toscana, de la de la Iglesia llevó una parte Guido Rangone á Módena y otra quedó con el marqués de Mantua en el Estado de Milán, más por determinación propia que por orden del Colegio de los cardenales, el cual, dividido entre sí mismo, no podía tomar alguna resolución; de manera que, quejándose Lautrec de que los soldados de la Iglesia se detuviesen en el Estado de Milán en perjuicio del rey de Francia, el cual, por las hazañas de sus predecesores tan piadosas para la Iglesia, alcanzaba el título de su protector, y de su hijo primogénito, no se pusieron de acuerdo para responder otra cosa sino que se remitían á la determinación del Papa futuro.

De los suizos que había en Plasencia se fué una parte con el obispo de Pistoia á Módena, para defensa de aquella ciudad y de Regio contra el duque de Ferrara que, saliendo á campaña, después de la muerte de León, con cien hombres de armas y dos mil infantes y trescientos caballos ligeros y habiendo recuperado por voluntad de la gente á Bondeno, Finale, la montaña de Módena y la Garfagnana y con poca dificultad á Lugo, Bagnacavallo y otros lugares de la Romana, había ido á sitiar á Cento. En Plasencia quedaron los suizos del cantón de Zurich, de los cuales, por no querer dividir-

se, no se pudo alcanzar que fuesen mil á la guarda de Parma. Por haber quedado esta ciudad casi desproveída dtó ánimo á Lautrec, que con seiscientas lanzas y dos mil quinientos infantes estaba en Cremona, para intentar tomarla; mayormente avisándole para ello Federico de Bozzole que, por tener noticia particular de aquellas cosas, alcanzaba gran crédito en esta materia. Para este efecto se determinó que Buonavalle con trescientas lanzas y Marco Antonio Colonna, el uno con los infantes asoldados por los franceses y el otro con los venecianos, que en todos hacían número de cinco mil, acometiesen de repente aquella ciudad, donde había setecientos infantes italianos y cincuenta hombres de armas del marqués de Mantua. El pueblo estaba bien dispuesto en la devoción de la Iglesia, pero mal armado y envilecido por la memoria de los franceses y de las crueldades usadas por Federico, y la parte de la ciudad que había sido batida por el ejército de la Iglesia tenía todavía las murallas por el suelo, sin haberse hecho ninguna fortificación. Añadiase la vacante de la Sede Apostólica, por lo cual los ánimos de los pueblos suelen vacilar y los gobernadores atender más á su propio bien que á la defensa de las villas, no sabiendo por quién se han de poner en peligro.

Con estos fundamentos, enviando de noche la infantería francesa por el Pó abajo hasta Torricella, donde se juntó con ella la gente de armas que había venido de Cremona por tierra, y habiéndose conducido de Cremona muchas barcas, pasaron aquella noche el Pó por la Torricella, que está á doce millas de Parma, con orden que le siguiese Marco Antonio Colonna con la infantería veneciana, que estaba alojada sobre el Oglio. Habiendo tenido noticia de esto la misma noche Francisco Guicciardini, el cual había ido de Milán por orden del cardenal de Médicis á la guarda de Parma, juntando aque-

lla noche el pueblo y animándolo para su propia defensa, y repartiéndoles mil picas que dos días antes había hecho traer de Regio, sospechando los casos que pudiesen suceder, atendía con solicitud á hacer las provisiones necesarias para defenderse, conociendo muchas dificultades por los pocos soldados que había en la ciudad, no bastantes para sustentarla sin la ayuda del pueblo, en el cual, en los casos no pensados y peligrosos, no se puede hacer firme apoyo, por la naturaleza de la multitud, y considerando que no se podía prohibir á los enemigos la entrada en el Codiponte, retiró los soldados y todos los vecinos á la otra parte de la ciudad, pero no sin grande dificultad, porque persuadiéndose vanamente muchos del pueblo que se podía defender, y pareciéndoles duro á los que vivían en aquella parte desamparar sus propias casas, no se podían disponer ni con razones ni con autoridad hasta que se acercaron los enemigos, los cuales, por haber los parmesanos tardado tanto en quererse retirar, faltó poco para que juntos y mezclados con ellos, entrasen en la otra parte de la ciudad. Había allí muchas dificultades, y principalmente la falta de dinero en tiempo que era muy necesario, porque llegaba ya el día en que habían de ser pagados los infantes, que protestaban que si dentro de un día no se les pagaba se saldrían de la ciudad. Entró el primer día Federico de Bozzole con tres mil infantes y algunos caballos ligeros en el Codiponte, que se había desamparado. Al día siguiente llegó Buonavalle con las lanzas francesas, y Marco Antonio Colonna con dos mil infantes venecianos, sin más artillería que dos sacres, porque los caminos malos que hay en aquella sazón en los lugares bajos y llenos de agua vecinos al Pó, hacían imposible ó á lo menos muy difícil el conducir la artillería gruesa para batir los muros, y esto no sin pérdida de tiempo, contraria á

sus esperanzas fundadas en la brevedad, porque si tardaban mucho, temían, aunque vanamente, que se enviase socorro á Parma, ó de Módena, ó de Plasencia. Pero llegó á formar opinión el pueblo por avisos que había recibido de los labradores huídos del país, que venía artillería gruesa; por lo cual, amedrentados grandemente, y mucho más porque, cogiendo Federico de Bozzole en aquel distrito algunos ciudadanos y procurando diestramente que les dijese algunos rebeldes de Parma que traía consigo que con Marco Antonio y con los franceses venía mucha gente y artillería, los dejó ir á Parma, donde refirieron de las fuerzas de los enemigos mucho más de la verdad y llenaron á todo el pueblo de tal espanto, que no sólo en la multitud y por las calles, pero en su consejo y en los magistrados que tenían el cuidado de las cosas de la comunidad, se comenzó descubiertamente á rogar al gobernador que, por librarse á sí y á sus soldados del peligro de quedar presos, y á la ciudad del riesgo de ser saquedada, cediese á que se concertasen. Resistiendo á esto el gobernador con razones y con ruegos, gastándose el tiempo en disputas se acrecentó nueva dificultad; pero siendo ya el tiempo de dar la paga, los infantes sublevados se alborotaron mostrando que querían salirse de la ciudad. Con todo eso alcanzó de esta el Comisario con muchas persuasiones que proveyese una parte del dinero que había prometido, mostrando á los parmesanos que esto sería, en cualquier partido que tomasen, de gran satisfacción en todo tiempo para los futuros Pontífices. Sosegado con este dinero lo mejor que se pudo el alboroto, se aumentaba en el pueblo el temor, y viendo los soldados que, por ser pocos, quedaban á su discreción, entendiendo que vacilaban los ánimos de toda la ciudad, reducidos á gran sospecha de ser á un mismo tiempo acometidos por los de adentro y

por los de afuera, hubieran deseado más que se rindiese la ciudad por acuerdo, librando su salud, que continuar en este peligro. Estando las cosas en este estado, reducidas á mucha estrechez, fué muy necesaria la constancia del gobernador, el cual, asegurando á los soldados unas veces del peligro común y del suyo, otras aconsejando á los principales de la ciudad, que estaban todos juntos en Consejo y disputando con ellos, mostraba que era vano el temor por saber de cierto que los enemigos no traían artillería gruesa, sin la cual era cosa ridícula temer que con solas las escalas hubiesen de entrar por fuerza en la ciudad, cuya juventud unida con los soldados era bastante para resistir á ímpetu mucho mayor; que había enviado á Módena, donde estaban los suizos, Vitello y Guido Rangone con su gente á pedir socorro, y no dudaba que el día siguiente á lo más largo, le tendrían tal que estarían los enemigos obligados á irse, porque el respeto de su honra y el temor de que, perdiéndose Parma, sucediese mayor desorden, les obligaría á adelantarse, teniendo tanta gente como tenían; que había enviado para el mismo efecto á Plasencia, de donde daban gran esperanza por las mismas razones; que debían considerar que, muerto el Papa, por quien había sido honrado y levantado, no le quedaba alguna obligación ó estímulo, por donde si las cosas estuviesen en el estado que imaginaban, se hubiese de sujetar voluntariamente á tan claro peligro; porque no podían (como siempre lo había mostrado la experiencia) esperar los ministros del Papa muerto puesto ni remuneración alguna, antes sucedería fácilmente que el nuevo Pontífice fuese enemigo de Florencia su patria, por lo cual, ni por respetos públicos ni por consideraciones particulares tenía causa para desear la grandeza de la Iglesia, sino que bien podrían suceder muchas cosas por donde le fuese muy agrada-

ble su abatimiento; que no tenía en Parma mujer ni hijos, ni ninguna hacienda que hubiese de temer que, si volvía debajo del dominio de los franceses, hubiesen de estar sujetos á su deshonestidad, insolencia y robos, y que no tocándole por esto esperar hostilidad si se defendía Parma, ni temor si se rindiesen de los males que habían experimentado debajo del áspero yugo de los franceses, y teniendo, si se perdía, sujeta su persona á los mismos peligros que los otros, podían entender ciertamente que el estar constantes no procedía de más que de conocer con evidencia que, no teniendo artillería gruesa los de afuera (como era cierto), no eran bastantes para forzarla; que si dudaban de esto, no contradiría el acuerdo por los deseos que, como todos los otros, tenía del bien común, mayormente que siendo Sede vacante y no hallándose en Parma con tanta gente que pudiese oponerse á la voluntad del pueblo, no le podría resultar alguna culpa ó cargo de esta determinación suya.

Con estas razones, parte hablando separadamente con muchos de ellos, parte disputando con todos juntos y parte quitándoles el tiempo con andar alrededor de las murallas y hacer otras provisiones, los había entretenido toda la noche, porque supo que, aunque deseaban ardientemente concertarse, no era por otra causa que por el gran miedo que tenían de ser forzados y saqueados, pero refrenábales el conocer que si se concertaban sin su voluntad, no podían huir la nota de ser rebeldes.

Habiendo amanecido el día dedicado á Santo Tomás apóstol y comenzándose á conocer ya por las balas que tiraban los dos sacres que habían plantado aquella noche que no había artillería para batir la muralla, creyó el gobernador hallar diferentes y seguros los ánimos de todos, pero encontró totalmente contraria disposi-

ción y tanto más acrecentado el temor, cuanto les parecía que, por haber comenzado ya á amanecer, se acercaba más el peligro; de manera que no oyendo ya las razones, comenzó á apretarle el Consejo á que viniese en el acuerdo, no sólo con descubierta instancia, sino con pretextos y casi con tácitas amenazas, á las cuales respondió resueltamente que, pues no estaba en su mano prohibirles estas pláticas y pensamientos, como lo hiciera si tuviera en Parma mayores fuerzas, no le quedaba otra satisfacción de la injuria que trataban de hacer á la Sede Apostólica y á él, que era ministro suyo, que el ver que, si se resolvían á concertarse, no podían huir la infamia de ser rebeldes y quebrantadores de la fe á su Señor, protestándoles con encendidas palabras el juramento de fidelidad que pocos días antes habían hecho en sus manos á la Sede Apostólica en la Iglesia mayor, y que, aun cuando tuviera manifiestamente delante de los ojos la muerte dada por ellos, tuviesen por cierto que no mudaría de parecer sino cuando ó por llegar nueva gente ó artillería gruesa al ejército de los enemigos ó por otro accidente conociese que era mayor el peligro de perderse que la esperanza de hacer resistencia.

Habiéndose salido del Consistorio después de estas palabras, parte para que se les quedasen en los oídos y pechos con mayor autoridad y parte para poner en orden muchas cosas que eran necesarias si los enemigos (como se creía) quisiesen dar aquel día el asalto, estuvieron suspensos y atónitos por largo rato. Al fin, prevaleciendo el miedo á todos los otros respetos y resueltos en cualquier caso á enviar alguna persona fuera para hablar de rendirse, comisionaron á algunos para protestar al Comisario que, si perseveraba en la obstinación de no convenir en que se librasen, estaban dispuestos á hacerlo por sí mismos, por huir el peligro evi-

dente del saco. Pero al mismo tiempo que querían enviar la embajada se comenzaron á oír voces de aquellos que estaban en guarda de las puertas y del muro y las campanas de la torre más alta de la ciudad que hacían señal que los enemigos, saliendo en orden de Codiponte, se arrimaban á las murallas para dar el asalto; por lo cual el comisario, volviéndose á aquellos que aún no habían hablado, dijo: «Cuando bien quisiésemos todos concertarnos no estamos en tiempo para poderlo hacer. Es necesario defendernos honradamente ó ser vituperiosamente saqueados y presos. Si no queréis sufrir lo que Ravena y Capua, saqueadas cuando se trataban los conciertos, teniendo á los enemigos en las murallas, yo hasta aquí he hecho lo que podía un hombre solo, y llegado por vuestro beneficio á estado que es necesario ó vencer ó morir, y si ahora bastase sólo para defender la ciudad no faltaría en hacerlo, pero no se puede sin vuestra ayuda; por tanto, no seáis menos gallardos ni menos encendidos (pues lo podéis hacer fácilmente) en defender vuestra vida y vuestra hacienda y la honra de vuestras mujeres é hijos, que habéis sido importunos en desear, sin necesidad, ponerlos debajo de la servidumbre de los franceses que, como sabéis, todos son enemigos capitales vuestros.»

Después de estas palabras, habiendo vuelto el caballo á otra parte, quedando cada uno confuso por el temor y por parecerles que no era ya tiempo para intentar otros remedios, dejaron á una parte las pláticas del concierto y fué necesario atender á la defensa, porque una parte de los enemigos, teniendo gran cantidad de escalas que el día antes habían recogido del país, se habían arrimado á un bastión que había hecho hacer Federico de Bozzole á la parte del Pó y lo combatían varonilmente; al mismo tiempo otra parte daba el asalto con gran valor por la puerta que va á Regio, y

asimismo se peleaba en otros dos sitios con tanta mayor dificultad para defenderse los de adentro, cuanto los enemigos estaban más frescos y alentados con palabras de los capitanes, mayormente de Federico.

La gente de la ciudad, llena de espanto, no se acercaba al muro, excepto muy pocos; antes la mayor parte se encerraban en las casas, esperando cada instante el último accidente de la ciudad. Duraron estos asaltos (reforzados muchas veces) cuatro horas, disminuyéndose siempre el peligro de los de adentro, no sólo por el cansancio de los enemigos que, batidos y heridos por muchas partes, les iba faltando el ánimo, sino también porque, viendo los de la ciudad que sucedía felizmente la defensa, tomando ánimo, concurrían continuamente con presteza á la muralla, no faltando el Comisario á hacer con solicitud por todas partes las provisiones necesarias, de tal manera, que antes que cesase el asalto, no sólo había concurrido todo el pueblo y también los religiosos á pelear en la muralla, sino asimismo muchas mujeres atendiendo á llevar vino y otros refrescos á su gente; de modo que, desesperados los de afuera de la victoria y retirándose al Codiponte con pérdida y heridos muchos de ellos, levantaron el sitio á la mañana siguiente y, estando uno ó dos días cerca de Parma, se volvieron de la otra parte del Pó, afirmando Federico que ninguna cosa le había engañado en esta empresa de que había sido autor, sino el no haber creído que un gobernador que no era soldado y que había venido nuevamente á aquella ciudad, hubiese querido más (siendo muerto el Papa) sin ninguna esperanza de provecho, exponerse al peligro que procurar librarse, pudiendo hacerlo sin deshonra ni infamia alguna.

Dañó mucho la defensa de Parma á las cosas de los franceses, porque dió mayor ánimo al pueblo de Milán y á los otros pueblos de aquel Estado á defenderse del

que primero tenían, mayormente sabiéndose que había dentro pocos soldados y que no habían tenido socorro, porque ni de Plasencia se movió nadie, ni los suizos que estaban en Módena, ni Guido Rangone, ni Vitello quisieron enviar gente al socorro de Parma; alegando Guido que aunque el duque de Ferrara, no habiendo podido tomar á Cento, que estaba defendido por los boloñeses, se había retirado á Finale por la venida de los suizos, con todo eso había peligro de que, sacando el presidio de Módena, viniese á acometerla, y el obispo de Pistoia, vacilando y estando confuso y no resuelto entre las demandas que con gran instancia le hacía Guicciardini y las persuasiones de Vitello, el cual, por su propio interés, le provocaba á que pasase con los suizos á la Romaña para impedir el paso al duque de Urbino, tardó tanto en resolverse, que ni hizo lo uno ni lo otro, porque Parma se defendió por sí misma y al Duque no se le hizo ningún impedimento en la Romaña, porque al fin no se quisieron mover los suizos por no ser pagados.

El duque de Urbino iba junto con los hermanos Malatesta y Horacio Baglioni, aquél para recuperar los Estados perdidos, y éstos para volver á Perusa, habiendo recogido en Ferrara doscientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y tres mil infantes que les seguían voluntariamente, parte por amistad y parte por la esperanza de la presa, porque ni de los franceses ni de los venecianos pudieron alcanzar más favor que permitir á cualquiera que fuese su soldado que les siguiese, y los venecianos concedieron al Malatesta y á Horacio que se fuesen de sus sueldos.

Yendo, pues, de Ferrara á Lugo por el Pó y no hallando por el Estado de la Iglesia ningún estorbo, en llegando cerca del ducado de Urbino, llamado el Duque por los pueblos, lo recuperó luego todo, excepto lo que poseían los florentinos, y volviéndose después á Pésa-

ro, recuperó la villa con la misma facilidad y en espacio de pocos días la fortaleza. Siguiendo la prosperidad de la fortuna, habiendo echado de Camerino á Juan María de Varano, su antiguo Señor que, por ilustrarse, había alcanzado de León el título de duque, metió en aquel lugar á Gismundo, mozo de la misma familia, que pretendía que tenía mejor derecho á aquel Estado; mas la fortaleza estaba por el Duque, el que se había retirado á Aquila. Acabadas estas cosas se volvió con Malatesta y Horacio Baglioni á Perusa. De esta ciudad habían tomado la defensa los florentinos, no tanto por consejo propio, cuanto por voluntad del cardenal de Médicis, movido ó del odio y enemistad que tenía con los Baglioni ó de parecerle que su cercanía podía poner en peligro la autoridad que tenía en Florencia ó porque, aspirando al pontificado, quería ganar la reputación de ser el solo defensor del Estado de la Iglesia en Sede vacante, porque el Colegio de los Cardenales estaba descuidado de todo punto de defender en Lombardía ni en Toscana ni en otra parte alguna cosa del dominio de la Iglesia, parte porque los cardenales estaban repartidos en diversos bandos y metido cada uno en los pensamientos de subir al Pontificado, y parte porque ni en el erario pontifical, ni en el castillo de Sant'Angelo se hallaba cantidad alguna de dinero dejada por León, que, por su prodigalidad, no sólo había consumido el dinero de Julio y gran cantidad que había sacado de oficios creados de nuevo, con disminución de cuarenta mil ducados de renta cada año de la Iglesia, sino que había dejado grandes deudas y empeñadas todas las joyas y cosas ricas del Tesoro pontificio, de manera que agudamente dijo alguno, que los otros pontificados acababan á la muerte de los Papas, mas que este de León se había de continuar muchos años después.

Envió solamente el Colegio á Perusa al arzobispo Orsino para que tratarse de concordar á los Baglioni; pero siendo su persona sospechosa á Gentil por el parentesco que tenía con los hijos de Juan Pablo, y proponiéndose condiciones poco seguras para él, se trató en vano; de suerte que el penúltimo día del año, el duque de Urbino, Malatesta, Horacio Baglioni, y Camilo Orsino que, seguido de algunos voluntarios, se había juntado de nuevo con ellos, fueron á alojar al Puente de San Juan, de donde, alargáronse á la Bastia y á los lugares vecinos, molestando de día y de noche la ciudad de Perusa, donde, demás de los cien infantes conducidos por Gentil, habían metido los florentinos, dándoles lugar para proveerla el haberse vuelto el Duque á Pésaro, dos mil infantes, cien caballos ligeros gobernados por Guido Vaina y ciento veinte hombres de armas y cien caballos ligeros debajo del mando de Vitello.

Estábase en este tiempo en el Estado de Milán con gran ocio y sin hacer ninguna de las partes más que robos y correrías, y, para hacerlas también en los lugares que tenía la Iglesia, habían los franceses que quedaban en Cremona con dos mil infantes echado el puente sobre el Pó, y, pasando por él muchas veces al Placentino y al Parmesano, molestaban todos el país. Aunque Próspero, incitado por los otros capitanes, publicó que quería ir á tomar á Trezzo, y que ya había enviado la artillería, con todo eso, no lo puso en ejecución, alegando que no era á propósito que el ejército se empeñase en ningún lugar, para poder socorrer el Estado de la Iglesia si los franceses comenzasen á hacer en él algún progreso, cosa en que parecía que eran diferentes sus pensamientos de sus palabras, porque significándole la ida del ejército á Parma, no dando muestra alguna de quererla socorrer, dijo que era necesario esperar

el suceso; y habiendo quedado Plasencia desamparada de todo el presidio, porque los suizos de Zurich, por orden de sus señores se fueron luego, hizo Próspero gran diligencia para que el marqués de Mantua con su gente no se fuese de Milán, el cual deteniéndose en Plasencia, sustentó con gran alabanza aquella ciudad con los infantes de su dominio y con prestar alguna vez dineros.

No se proveía á tantos peligros con la elección de nuevo Papa, la cual se había diferido con tanto perjuicio del Estado de la Iglesia, para dar tiempo de ir á Roma á los cardenales ausentes, y últimamente porque el cardenal de Ivrea, que de Turín había ido á Roma, había sido detenido por orden de Próspero Colonna en el Estado de Milán porque, como amigo de los franceses no se hallase en el Cónclave. Por esto el Colegio hizo un decreto en que mandaba que se tardase en entrar en el Cónclave tantos días cuantos había estado ó hubiese de estar impedido para pasar adelante el cardenal de Ivrea. Pero habiéndole dado libertad, se cerró el Cónclave á 27 de Diciembre, en el que intervinieron treinta y nueve cardenales, tanto había multiplicado el número la promoción inmoderada que había hecho León, en cuya elección no estuvieron presentes más que veinticuatro cardenales.

CAPITULO V.

Mudanza en el Estado de Perusa.—El cardenal de Tortosa es elegido Pontífice y conserva el nombre de Adriano VI.—Desórdenes en Toscana.—Trincherera hecha por Próspero Colonna contra el castillo de Milán.—Juan de Médicis á sueldo de los franceses.—Francisco Sforza baja de Trento al Milanesado con seis mil tudescos.—Entra en Milán.—Próspero Colonna socorre á Pavia y obliga á Lautrec á levantar el sitio.—Lautrac va á Cremona para defenderla.—Lescun sale de Cremona y la entrega.—Los españoles toman y saquean á Génova.—Vuelve á Francia Lescun.—Movimientos en Boloña y Toscana.

Fué lo primero que se hizo el año 1522 la mudanza del Estado de Perusa sucedida, según el juicio común, no menos por la vileza de los defensores, que por el valor de los asaltantes que la acometían, los cuales, acrecentados de número de soldados voluntarios hasta cantidad de doscientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y cinco mil infantes, y entrando en el burgo de San Pedro que estaba desamparado de los de adentro, al cuarto día del nuevo año dieron el asalto con gran cantidad de escalas por las puertas de San Pedro de Sogli y de Brogni y por otras partes, habiendo plantado primero, para quitar las defensas, en algunos lugares siete piezas de artillería de campaña, que les había dado el duque de Ferrara. Comenzó este asalto al amanecer; refrescóse muchas veces, y se puede decir que duró todo el día, y aunque por dos ó tres partes entrasen en el lugar que estaba defendido sólo por los soldados, porque el pueblo no se movía, fueron siempre echados fuera con muerte de muchos de ellos, por lo cual Gentil y el comisario de Florencia, acrecen-

tados de ánimo, esperaban que no tendrían menos feliz suceso en defenderse otros días, pero el temor de Vitello fué causa que tuviesen las cosas muy diferente fin porque, temiendo que el pueblo, más inclinado á los hijos de Juan Pablo que á Gentil, se moviese en favor de aquéllos, no pareciéndole de poca importancia que se hubiesen alojado en los burgos entre las dos puertas de San Pedro; y, sobre todo, movido de la sospecha de tener en peligro su propia vida si las cosas sucedían mal, por el odio que sabía le tenía el duque de Urbino y los hijos de Juan Pablo, significó á los otros capitanes aquella noche que se quería ir, alegando que no hacía provecho alguno su detención porque, habiendo sido herido el día antes cuando se daba el asalto, de un arcabuzazo en el dedo pequeño del pie derecho, estaba tan sujeto del dolor que la necesidad le había obligado á estarse en la cama, y aunque Gentil y los otros procuraban con muchos ruegos apartarle de esta intención, mostrándole cuánto acobardaría á los soldados y al pueblo de la ciudad su ida, determinaron seguirle viéndole pertinaz, por lo cual aquella noche fueron á Ciudad de Castillo, y Perusa recibió dentro á los hermanos Baglioni con admiración increíble de todos los que, habiendo tenido noticia por las cartas secretas la misma noche del feliz suceso que el día antes tuvieron con los enemigos, entendieron pocas horas después que Vitello y los otros habían desamparado vilmente á Perusa.

No se había acabado en este tiempo la elección del nuevo Papa, habiéndose diferido por la gran discordia de los cardenales, causada principalmente porque, aspirando el cardenal de Médicis al pontificado, y poderoso por la reputación de su grandeza y por las rentas y gloria ganada en la conquista de Milán, había juntado consigo los votos de otros diez y seis cardenales

movidos, ó de los intereses propios, ó de la amistad que tenían con él, ó por la memoria de los beneficios recibidos de León y algunos por esperanza de que, cuando estuviese desesperado de conseguir para sí el pontificado, quedaría protector de aquellos que hubiesen estado prontos para favorecerle. Pero contradecían muchas cosas su deseo, el parecer á muchos pernicioso que sucediese á un Pontífice muerto otro de la misma familia, con ejemplo de dar el pontificado por sucesión, oponiéndose todos los cardenales viejos, que pretendían tan grande dignidad para sí mismos y no podían sufrir que fuese elegido nadie menos de cincuenta años. Todos los que seguían la parte francesa eran contrarios, y algunos de los que seguían la parte imperial, porque el cardenal Colonna, aunque al principio había mostrado que le favorecía, había después descubiertamente significado oposición. Eran crueles enemigos suyos los que habían estado malcontentos de León, y, con todo eso, en estas dificultades le sustentaba una esperanza eficacísima, porque siendo más que la tercera parte del Colegio los que le seguían, no se podía hacer la elección sin su consentimiento mientras estaban juntos, por lo cual esperaba que, con la dilación del tiempo, ó se cansarían ó no valdrían sus contrarios, entre los cuales había muchos inhábiles por los años para sufrir larga descomodidad, y porque estando concordados entre ellos para no crearle, estaban discordes en la creación de otro, pensando cada uno elegirse á sí ó á sus amigos y obstinadísimos muchos de ellos en no ceder el uno al otro.

La mudanza del Estado de Perusa ablandó algó la pertinacia del cardenal de Médicis por la instancia del cardenal Petrucci, uno de los que le seguían, el cual, siendo cabeza del Estado de Siena, temiendo que, por su ausencia, hiciesen mudanza las cosas de aquella ciudad, adonde se entendía que quería volver el duque

de Urbino con aquella gente, solicitaba que se eligiese el nuevo Papa; por cuya instancia y también por el interés del peligro que corría el Estado de Florencia si se mudaba el gobierno de Siena, movido el cardenal de Médicis, comenzó á inclinarse á lo mismo, mas no estaba resuelto totalmente á quién había de elegir. Entretanto que según la costumbre se hacía el escrutinio una mañana, siendo propuesto Adriano, cardenal de Tortosa, de nación flamenco, que había sido maestro del Emperador en su niñez, por cuyo medio le hizo cardenal León, y representaba en España su autoridad (propuesto sin que ninguno tuviese inclinación á elegirle, sino por gastar en vano aquella mañana), y comenzándosele á descubrir algunos votos, el cardenal de San Sixto, casi con razonamiento continuado amplificó sus letras y sus virtudes, por lo cual, comenzando algunos cardenales á nombrarle, les siguieron los otros, más con ímpetu que con deliberación, de manera que con los votos concordes de todos fué creado Sumo Pontífice aquella mañana, no sabiendo los mismos que le habían elegido dar razón por qué causa, en tantos trabajos y peligros del estado de la Iglesia, habían elegido un Papa forastero y ausente tanto espacio de tierra, y á quien no daban favor ni los méritos pasados ni amistad que hubiese tenido con algunos otros cardenales, los cuales apenas conocían su nombre, ni nunca le habían visto en Italia, ni tenían pensamiento ni esperanza de verle.

No pudiendo excusarse de esta extravagancia con ninguna razón, pasaban la causa al Espíritu Santo, acostumbrado, según decían, á llenar los corazones de los cardenales en la elección de los Papas.

Tuvo la nueva de su elección en Vitoria, ciudad de Vizcaya. Al recibirla, sin mudar el nombre que primero tenía, se hizo nombrar Adriano VI.

Mudado el estado de Perugia después que, con mucho daño de los otros designios, hubo tardado la gente en moverse algunos días, partieron para recoger el dinero de los amigos de Perugia y de Lodi (donde Camilo Orsino había vuelto á meter los emigrados) el duque de Urbino y los otros. Dejando á Malatesta en Perugia, caminaban con gran diligencia hacia Siena, estando con ellos Lactanzio Petrucci, á quien León había privado del obispado de Soana, porque á Borghese y á Fabio, hijos de Pandolfo Petrucci, le habían prohibido los ministros cesareos que se fuesen de Nápoles.

Los que regían á Siena no tenían otra esperanza que el socorro de los florentinos por la inteligencia que mantenían con el cardenal de Médicis, á cuya instancia los que gobernaban en su ausencia el estado de Florencia, que eran sus amigos, al saber que había partido de Perugia el Duque, enviaron luego á Siena á Guido Vaina con cien caballos ligeros y dinero para añadir algún número de infantes á los que habían tomado á sueldo los sieneses. Pero el principal fundamento lo hacían en las fuerzas que intentaban procurarse desde muchos días antes, porque al tener noticia del primer movimiento del duque de Urbino y de los Bagliones, temiendo las cosas de Toscana, habían tratado de asoldar á los suizos del cantón de Berna, los cuales, en número de poco más de mil, estaban detenidos en Bolonia con el obispo de Pistoia (despreciando las órdenes que les habían dado sus señores para que se volviesen á Helvecia) aunque esta plática había ido más á la larga de lo que hubiera sido necesario, por muchas dificultades que había puesto el obispo de Pistoia, deseoso de presentar esta gente al Papa futuro. Con todo eso, al fin se concluyó con gran gasto, tomando también á sueldo cuatrocientos infantes tudescos que se juntaron en Bolonia con los suizos.

Habían llamado asimismo de Lombardía á Juan de Médicis, no dudando que con este presidio (como llegase á buen tiempo) asegurarían las cosas de Siena, que estaban reducidas á grandísimo peligro por ser la mayor parte del pueblo enemiga del gobierno presente, y por el odio antiguo que tenían con los florentinos sufrirían todos de mala gana que su gente entrase en Siena. Acrecentaba el peligro la ausencia del cardenal Petrucci, en cuyo lugar, aunque Francisco, su sobrino, hacía todo lo posible para sustentar las cosas, con todo eso, no era de la misma autoridad que el cardenal, por lo cual, no resistiendo los principales, atentos á huir del peligro presente ó á alargarle de cualquier manera, habían enviado ya embajadores al duque de Urbino luego que entró en el territorio de Siena, quien, aunque desde el principio había pedido la mudanza del Estado y treinta mil ducados, había mitigado después de manera las demandas, que se temía mucho que ó por voluntad de los que gobernaban ó por movimiento del pueblo, contra la voluntad de aquéllos, se hiciese composición entre el Duque y los sieneses. Al fin, entrando continuamente en Siena gente de los florentinos y diciendo la fama que estaba ya cerca Juan de Médicis con los suizos, los que estaban ajenos del acuerdo impedían con más ánimo que se concluyese; de suerte que, arriándose el Duque á las murallas de Siena, no teniendo en su ejército más que siete mil infantes, todos gente hecha de rebato, después que se hubo detenido un día, resfriándose las esperanzas del acuerdo y estando ya los suizos no más que una jornada, se levantó de las murallas de Siena para retirarse á su Estado.

Socorrida Siena, se volvió la misma gente hacia Perusa, tomando los florentinos ocasión para lo que deseaban, de habérselo pedido el Colegio de los cardenales, debajo del cual se gobernaba el Estado de la Igle-

sia por la ausencia del Papa. Por esta causa iba personalmente en el ejército el cardenal de Cortona, Legado de la ciudad de Perusa desde el tiempo de León.

En el Colegio no había, después de la creación de Papa, mayor unión ó firmeza que había habido en el Cónclave; antes eran las mudanzas más aparentes, porque establecieron que cada mes se gobernasen las cosas por tres cardenales, debajo de nombre de priores, cuyo oficio era juntar á los otros y despachar lo que se había determinado. Los tres cardenales de estos, entrados nuevamente y opuestos al cardenal de Médicis, el cual se había vuelto luego á Florencia al elegir al Papa, comenzaron á clamar que la gente de los florentinos no molestase los lugares de la Iglesia, y habiendo saqueado ya el lugar de Passignano, que no había querido alojarlos, y después alojándose en el Olmo, á tres leguas de Perusa, con esperanza casi cierta de ganar aquella ciudad, hubieran despreciado estas órdenes de conocer presto la vanidad de estas esperanzas, porque los Baglioni habían llamado muchos soldados á Perusa y era mucho mayor su autoridad con el pueblo que la de Gentil, que seguía el ejército; por lo cual, desesperando de la victoria y habiendo intentado en vano la composición, se fueron, so color de que no querían oponerse á la voluntad del Colegio y entraron en Montefeltro, que todo había vuelto á la obediencia del duque de Urbino (excepto San Leo y la fortaleza de Maiuolo), y habiéndolo recuperado fácilmente, se depusieron las armas en aquella parte como por tácito concierto, porque el Duque no era poderoso para continuar la guerra con los florentinos, ni ellos tenían causa para molestarle ni por comodidad propia ni por satisfacer á otros, porque el Colegio, en donde podían más los contrarios del cardenal de Médicis, había al mismo tiempo concertado con él que, mientras venía el Papa á Roma y

todo el demás tiempo según su beneplácito, retuviese el Estado recuperado, no molestase á los florentinos ni á los sieneses y que no fuese al sueldo ni de otra manera en ayuda de algún príncipe.

Habían procedido hasta ahora quietamente las cosas de Lombardía, faltando á la una parte gente y á la otra dinero, y por esto, no queriendo los soldados imperiales salir de los alojamientos sin ser pagados, fué enviado Juan de Sassatello con su compañía y con algunos otros vasallos del ducado de Milán, el cual, habiendo trocado en el principio de la guerra el bien cierto por las esperanzas dudosas, apartándose del sueldo de los venecianos, se fué con el duque de Milán, que aún estaba desterrado de su Estado, y habiéndose arrimado á aquella ciudad, la temeridad de los güelfos que vivían en ella y de quien fué más defendida que de los soldados franceses, hizo fácil lo que todos tenían por dificultoso porque, no pudiendo sustentar á los enemigos con quien habían salido á escaramuzar, les dió ocasión para entrar en la ciudad mezclados con ellos, quedando robada por los vencedores. Con la misma facilidad fué pocos días después echada de Asti alguna gente francesa que había entrado por introducción de algunos güelfos del lugar.

Pero ya á esta breve y recelosa quietud parecía que se acercaban principios de grandísimos trabajos, porque si bien en las Dietas de los suizos había habido gran diferencia sobre las demandas del rey de Francia, estando obstinados contra él los Cantones de Zurich y Schwyz, el de Lucerna dispuesto totalmente en su favor y los otros divididos entre sí, inquietando las materias públicas la avaricia de los particulares, de los cuales unos pedían al Rey pensiones, otros deudas antiguas, finalmente le habían concedido los infantes que había pedido para la recuperación del ducado de Milán.

Eran más de diez mil y bajaban á Lombardia por las montañas de San Bernardo y de San Gottardo, conducidos por el bastardo de Saboya y por Galeazzo de San Severino, éste Caballerizo Mayor y aquél Gran Maestro de Francia.

Contra este movimiento el Emperador, habiendo recibido gran cantidad de dinero prestado del rey de Inglaterra, que se había apartado de la amistad de Francia, envió á Trento á Jerónimo Adorno para levantar seis mil infantes tudescos y llevarlos á Milán juntamente con la persona de Francisco Sforza. Era su venida en este tiempo estimada por de mucha consideración por tener más firme á Milán y á los otros lugares del Estado, que lo deseaban sumamente, y por facilitar la cobranza del dinero con su autoridad y gracia, por haber gran falta de él.

En este mismo tiempo, no sabiéndose en Milán la provisión que había hecho el Emperador, enviaron los milaneses dinero á Trento para levantar cuatro mil infantes, los cuales, estando ya dispuestos cuando llegó Adorno, se movió luego con ellos hacia Milán, mientras los otros seis mil se levantaban para bajar por el valle de la Valtelina á Como. Pero negándole el paso los grisonos, pasó de repente y con tan grande celeridad al territorio de Bérgamo y de allí á la Ghiaradadda, que los rectores de los venecianos, que estaban en Bérgamo, no llegaron á tiempo para impedirselo, y conduciéndolos á Milán, volvió con la misma presteza á Trento para llevar á Francisco Sforza y á los otros infantes á Milán, en donde se atendía con gran estudio, demás de las otras provisiones, á acrecentar el odio del pueblo, que era grandísimo, contra los franceses, para que estuviesen más prontos en su defensa y en socorrer con su dinero propio las públicas necesidades, cosa muy ayudada de la diligencia y astucia por Morone con cartas

fingidas, con embajadas falsas y con otras muchas mañas é invenciones.

También ayudaron más de lo que se puede creer los sermones de Andrés Barbato, fraile de la orden de San Agustín, el cual, predicando con gran concurso del pueblo, le aconsejaba eficazísimamente á su propia defensa y á conservar su patria libre del yugo de los bárbaros enemiguísimos de aquella ciudad, pues Dios le había concedido facultad para librarse. Alegaba el ejemplo de Parma, ciudad pequeña y débil en comparación de Milán; acordaba los ejemplos de sus pasados, cuyo nombre había sido glorioso en toda Italia; lo que debían los hombres á la conservación de su patria, por lo cual si los gentiles, que no esperaban otro premio que el de la fama, se ponían voluntariamente á morir, ¿qué debían hacer los cristianos, á los cuales, si morían en tan santa obra, tenían puesto por premio, demás de la gloria del mundo, vida inmortal en el reino del cielo? Que considerasen qué desolación traería á aquella ciudad la victoria de los franceses, los cuales, si primero sin causa habían sido crueles y pesados, ¿qué serían ahora que se tenían por tan gravemente ofendidos é injuriados que no podría satisfacer á su crueldad y odio inmenso ningún tormento del pueblo milanés? Que llevaría su avaricia toda la hacienda de aquella ciudad y no estarían contentos si no apagasen de todo punto el nombre y memoria de los milaneses si, con horrible ejemplo, no superaban la fiera atrocidad de Federico Barbarroja. Habían estas razones aumentado de manera el odio de los milaneses y el espanto de la victoria de Francia, que ya era necesario atender más á templarlos que á encenderlos.

Atendía en este medio Próspero con gran diligencia á poner en orden y restaurar los bastiones y reparos de los fosos, con intención de detenerse en Milán en donde,

aun cuando no hubiesen venido los seis mil tudescos, esperaba que se podría sustentar algunos meses, y, pensando en la defensa de los otros lugares, había enviado á Novara á Felipe Torniello, á Alejandría á monseñor Visconti el uno con dos mil y el otro con mil quinientos infantes italianos, los cuales, por no ser pagados, se sustentaban con la sustancia de los pueblos; á Pavía á Antonio de Leiva con dos mil infantes tudescos y mil italianos, y con él quedaban en Milán setecientos caballos ligeros y doce mil infantes.

Quedaba el peligro que amenazaba de que los franceses entrasen por el castillo en Milán, y para proveer á este riesgo y privarlos con una misma acción de la facultad de meter vituallas ni otras provisiones en el castillo hizo, con invención celebrada y casi maravillosa á juicio de todos, que se hiciesen fuera del castillo entre las puertas que van á Verceli y á Como dos trincheras, alzando en cada una un dique con la tierra que se sacaba de ellas. Estaba distante la una de la otra cerca de veinte pasos y tenían de largo casi una milla, que era lo que tomaba el través del jardín que está á las espaldas del castillo entre los dos caminos dichos. En cada una de las cabezas de las trincheras puso un bastión muy alto y fortalecido para poder, con la artillería que se plantase sobre ellos, hacer daño á los enemigos si se arrimasen por aquella parte. Estas trincheras y reparos defendidos por infantería que estaba alojada en medio de ellos, impedían á un mismo tiempo que en el castillo pudiese entrar algún socorro y que ninguno de los asediados pudiese salir.

Que esta invención había de ser no menos feliz que ingeniosa, mostró al principio la fortuna con alegre agüero concediendo que, sin ningún daño, se pudiese ejecutar, porque habiendo caído una nieve muy grande, usando Próspero del beneficio del cielo, hizo antes que

amaneciese que se hiciesen dos diques de nieve de la manera que quería que se hiciesen los reparos, con los cuales quedaban seguros los trabajadores para no ser ofendidos por la artillería del castillo. Dió mayor comodidad para que estas obras llegasen á perfección el estorbo que recibían los suizos para pasar por estar las montañas llenas de nieve.

En este tiempo Lautrec, habiendo hecho desvalijar en Florenzuela con alguna gente que había enviado de la otra parte del Pó la compañía de caballos ligeros de Luis Gonzaga, por haberla hallado durmiendo con negligencia, ponía en orden su gente y la de los venecianos que, gobernada por Andrea Gritti y Teodoro Trivulcio, se recogía alrededor de Cremona, la cual, finalmente, junta con los suizos, pasó río el Adda á 1.º de Marzo, siendo cabeza del ejército Lautrec, cuya autoridad no se había derogado por la venida del Gran Maestre y del Caballerizo Mayor.

Vino al ejército al mismo tiempo Juan de Médicis, el cual, aunque tratando estrechamente de ir al sueldo de Francisco Sforza, que ya se había movido para ir á Milán, donde se aguardaba con gran deseo, por la esperanza grande que se tenía en su valor, con todo eso, incitado de mayores y más ciertos sueldos por el rey de Francia, y alegando que no se le había enviado de Milán el dinero prometido, pasó del Parmesano, donde había saqueado la villa de Busseto, porque rehusaba alojarle, al ejército francés, el cual alojó á dos millas del castillo de Milán, entre los mismos caminos de Vercelli y de Como. Moviéronse en orden, tres días después de haber venido dando muestras de querer dar el asalto al reparo, mas no lo pusieron por obra, ó porque desde el principio era esta la intención de Lautrec, ó porque, considerado el número de los soldados que había dentro, la disposición del pueblo y la prontitud que se veía

en los defensores, se apartase de este intento por la manifiesta dificultad del suceso. Pero este mismo día, las piedras de una casa que habían batido con la artillería de adentro, mataron á Marco Antonio Colonna, capitán de gran esperanza, y á Camilo Trivulcio, hijo natural de Juan Jacobo, que cerca de aquella casa se estaban paseando, dando orden de que se hiciese un bastión para poder tirar con la artillería entre los dos reparos de los enemigos.

No esperando Lautrec expugnar á Milán, pensaba que, con la dilación del tiempo, podría llegar á la victoria, porque por la multitud de sus caballos y de tantos foragidos como le seguían, haciendo que corriesen por la mayor parte del país, causaba mucho impedimento para que entrasen vituallas. Había hecho romper todos los molinos y apartado las aguas de los canales de que aquella ciudad recibe mucha comodidad. Esperaba asimismo que á los soldados de adentro les hubiesen de faltar sus sueldos, los cuales se sustentaban con dinero pagado por los milaneses, porque del Emperador del reino de Nápoles y de otras partes se había enviado muy poca cantidad. Pero era grande el odio del pueblo milanés contra los franceses y grande el deseo del nuevo Duque, y sufriendo, por estas razones, con paciencia cualquier descomodidad, no sólo no mudaban la intención por tantos trabajos, sino que puesta en armas la juventud, y elegidos capitanes por cada parroquia, concurriendo con gran prontitud de día y de noche á las guardas en en lugares apartados del ejército, aliviaban mucho el trabajo de los soldados. Habiendo faltado en este tiempo la harina por la quiebra de los molinos, remediaron presto esta descomodidad con las tahonas.

Reducida así la guerra de esperanza de pronta expugnación á cuidados y trabajos de largo asedio, el duque de Milán, cuya partida se había diferido muchos

días por falta de dinero, y se hubiera detenido más tiempo si el cardenal de Médicis no le socorriera con nueve mil ducados, partió finalmente de Trento con seis mil infantes tudescos, y habiendo ocupado, para abrirse paso, el castillo de Croara, sujeto á los venecianos, pasó sin embarazo por el Veronés, de donde por el Mantuano, pasando el Pó por Casalmagiore, llegó á Plasencia, y siguiéndole desde allá el marqués de Mantua con trescientos hombres de armas de la Iglesia, hizo alto en Pavía, estando atento á la ocasión de pasar á Milán, donde se deseaba su venida con grande extremo, porque, disminuyéndose cada día la facultad de hacer dinero para sustentar la gente, se juzgaba que era necesario juntarse lo más presto que se pudiese con los tudescos para salir á campaña y procurar acabar la guerra.

Pero era muy difícil el pasar, porque Lautrec, al saber que habían llegado á Plasencia, fué á alojar á Casino, á cinco millas de Milán, en el camino de Pavía, habiendo puesto á los venecianos en Binarco, sobre el mismo camino, y ambos ejércitos estaban en alojamiento bien preparado y fuerte.

Después que se hubieron detenido allí algunos días, habiendo en este tiempo tomado á Sant'Angelo y á San Colombano, entendiendo Lautrec que Lescun, su hermano, que había vuelto de Francia con dinero (ó donde había ido á dar cuenta al Rey del estado de las cosas), levantando soldados en Génova, había llegado al Estado de Milán, envió á juntarse con él á Federico de Bozzole con cuatrocientas lanzas y siete mil infantes entre italianos y suizos.

Por la venida de esta gente salió el marqués de Mantua de Pavía y fué á Gambalo para oponérseles; pero habiendo mostrado ellos por la sospecha (como decían) que se retiraban hacia el Tesino, no juzgando ya por

necesaria su estancia en Gambalo ó, cómo mejor creo, temiéndolos por tener más fuerzas de las que se había dicho, se volvió á Pavía. Al llegar esta gente á Gambalo y juntándose con Lescun se fueron á Novara, y tomando la artillería de la fortaleza que estaba por ellos, habiéndola batido, la tomaron por fuerza al primer asalto con muerte de la mayor parte de los infantes que había dentro, y quedando preso Felipe Torniello.

Por este accidente, el marqués de Mantua, movido por las cartas y muchos mensajeros que le enviaba Torniello para que fuese á socorrerle, había salido de nuevo de Pavía luego que tuvo noticia de esto, sacando su gente de Vigevene, y dejando sólo guardia en el castillo volvió á Pavía.

Hizo daño á los franceses para cosa más importante el juntarse con Lescun y la conquista de Novara, porque facilitó la ida de Francisco Sforza con los infantes tudescos á Milán, el cual, concertándose con Próspero, partiendo una noche secretamente de Pavía, en cuya guarda quedaron dos mil infantes y trescientos caballos con el marqués de Mantua, que no queriendo apartarse tanto del estado de la Iglesia rehusó ir más adelante, y yendo por otro camino que por el derecho, fué recibido por Próspero en Sesto quien, saliéndole á recibir con una parte de la gente, le llevó á Milán, donde es increíble decir con cuánta alegría del pueblo milanés fué recibido, representándose delante de los ojos de todos la memoria de la felicidad con que había estado aquel pueblo debajo del gobierno de su padre y de los otros duques Sforzas, y deseando sumamente tener un príncipe propio, como más amador de sus pueblos y más obligado á tener respeto y hacer estimación de sus vasallos, y no despreciarlos por la inmoderada grandeza.

La partida del Duque de Pavía dió esperanza á Lautrec de poder ganar aquella ciudad, por lo cual, recogí-

do con presteza su ejército fué á sitiarla. Por otra parte, conociendo Próspero el peligro manifiesto, envió á ella con gran presteza mil infantes corsos y algunos españoles, los cuales, llegando de repente á los alojamientos del ejército francés, pasando por ellos, parte peleando y parte caminando y matando á muchos, llegaron libres á Pavía, donde, demás de las otras incomodidades, había gran falta de pólvora para la artillería. Batía entretanto Lautrec la muralla de Pavía por dos partes, es á saber: por el burgo de Santa María in Pertica hacia el Tesino y por el Borgoratto, y habiendo derribado treinta brazas de muralla, dió un asalto en vano. Viendo que se reparaban bien los de adentro, y que estaban dispuestos á defenderse, comenzó á desconfiar de la empresa. Añadíanse muchas dificultades: el haberle comenzado ya á faltar el dinero que su hermano había traído de Francia, gran falta de vituallas causada de las grandes lluvias, por las cuales era muy dificultoso traerlas al ejército por tierra y no tenía menos dificultad el Tesino, porque las barcas, rebatidas por agua del río, que era mucha, no podían navegar contra el ímpetu de su curso.

Saliendo en este tiempo Próspero de Milán con todo el ejército para arrimarse á Pavía, impedido por las mismas lluvias se había detenido en Binarco, que está en medio del camino entre Milán y Pavía. De allí fué después á la Cartuja, que está en el Barco, á cinco millas de Pavía (que es un monasterio por ventura el más hermoso de toda Italia), y perdiendo ya las esperanzas Lautrec de tomar á Pavia, se retiró con el ejército á Landriano sin ser molestado por los enemigos en la retirada sino con ligeras escaramuzas.

De Landriano fué á Monza para recibir más fácilmente el dinero que le enviaban de Francia, y se había detenido en Arona, porque Anquises Visconti, enviado

de Milán para este efecto á Busto, cerca de Arona, impedía que pasase más adelante. Esta dificultad redujo á extremo desorden las cosas de los franceses, porque los suizos, cuyas pagas habían tardado ya muchos días, impacientes, según su costumbre, enviaron sus capitanes á Lautrec á quejarse gravemente de que, habiendo sido aquella nación en todo tiempo pródiga de su misma sangre por la exaltación de la corona de Francia, les hubiesen faltado contra toda justicia sus debidas pagas y mostrado á todo el mundo con esta ingratitud y avaricia cuán poco era estimada su fe y su valor, estando determinados, pues habían esperado tantos días en vano, á no esperar más ningún término ni fiarse de las promesas tantas veces hechas y no cumplidas; que por esto querían volverse absolutamente á sus casas, pero haciendo manifiesto á todo el mundo que no les inducía á ello el temor de haber salido á campaña los enemigos ni el deseo de huir de los peligros á que están sujetos los soldados, despreciados siempre por los suizos, como por tantas experiencias se había visto; que le notificaban estar prontos para pelear al día siguiente, con intención de irse después al otro día; que los llevase á buscar á los enemigos y usase de la ocasión de su prontitud, poniéndolos en la delantera de todo el ejército; que esperase que, pues habían vencido con fuerzas mucho menores en su propio alojamiento al ejército francés en Novara, vencerían también en su alojamiento á los españoles, los cuales, si bien se adelantaban á los franceses en astucias, engaños y asechanzas, no los tenían ya por superiores donde se peleaba con el valor del corazón y de las armas.

Procuró Lautrec, considerando con cuánto peligro se iba á acometer á los enemigos en sus fortificaciones, templar este furor, mostrando que no tardaba el dinero por defecto del Rey, sino por los peligros del camino;

pero que, con todo eso, vendría dentro de muy pocos días; mas no pudiendo convencerlos ni detenerlos, ni con su autoridad, ni con ruegos, ni promesas, ni razones, determinó antes intentar la fortuna de la batalla con gran desigualdad, mayormente habiendo de ser de ellos el primer peligro, que, rehusando darla, perder totalmente la guerra, como era manifiesto que se perdía, pues habían resuelto irse los suizos si no determinaba pelear.

Alojaba el ejército de los enemigos en la Bicocca, aldea tres millas poco más ó menos de Milán, donde está un caserío muy espacioso, rodeado de grandes jardines, que tenían por términos muy profundos fosos. Los campos de su contorno están llenos de fuentes y de arroyos traídos, según el uso de Lombardía, para regar los prados. Caminando Lautrec con el ejército hacia este lugar desde Monza, y pensando que los enemigos, teniendo el alojamiento tan fuerte estarían firmes en su defensa, había ordenado el asalto de este modo: que los suizos con la artillería fuesen á asaltar el frente del alojamiento y la artillería de los enemigos (en donde estaban de guarda los infantes tudescos guiados por Jorge Frondsperg); que Lescun por la mano izquierda con trescientas lanzas y un escuadrón de infantes franceses é italianos caminase por el camino que va á Milán hacia el puente, por el cual se podía entrar por el alojamiento de los enemigos. El tomó el asunto de procurar entrar en su alojamiento con un escuadrón de caballos, más con artificio que con fuerza descubierta, porque, para engañarles, mandó que todos se pusiesen sobre las casacas las cruces rojas, seña del ejército cesáreo, en lugar de las blancas, que eran las que traían los franceses por su seña. Por otra parte, Próspero Colonna teniendo, por la fortaleza del sitio, por cierta la victoria, determinó esperar á los enemigos (así lo decía)

en el foso, haciendo armar el ejército luego que entendió su venida. Y habiendo distribuido á los suyos en cada lugar, envió luego á decir á Francisco Sforza que con la multitud del pueblo armado viniese sin dilación al ejército. El Duque, recogiendo al son de las campanas cuatrocientos caballos y seis mil infantes por Próspero, fué puesto, en llegando, en la guarda del puente.

Al acercarse los suizos á los alojamientos, aunque por la altura de los fosos, que estaban más levantados que habían creído, no pudiesen, como era su primera esperanza, acometer la artillería, no faltándoles por esto el atrevimiento, acometieron el foso procurando con gran valor subir arriba, y al mismo tiempo Leskun, que había ido hacia el puente, hallando en él, fuera de su opinión, tan grande guardia, fué obligado á retirarse. Descubrió también con presteza Próspero el ardid de Lautrec, y por esto, dando orden á los suyos que se pusiesen sobre la cabeza unos manojos de espigas y de hierbas, hizo inútiles sus asechanzas, por lo cual, quedando todo el peso de la batalla á los suizos, que por ser tan malo el sitio, y por el valor de los defensores trabajaban sin hacer algún fruto, recibiendo gran daño, no sólo de los que peleaban por la cara, sino de muchos arcabuceros españoles que, escondidos en los trigos ya casi maduros, los herían fieramente por el costado, al fin, después que con muchas muertes hubieron pagado el premio que merecían, fueron obligados á retirarse, y juntos con los franceses, volvieron todos con los escuadrones ordenados y con la artillería á Monza, sin recibir ningún daño en la retirada.

Importunaban el marqués de Pescara y los otros capitanes á Próspero para que, pues los enemigos habían vuelto las espaldas, hiciese señal de seguirlos; pero creyendo él, como era verdad, que se retiraban en orden y no huyendo, y certificado más por la relación de

algunos que, por orden suya, se subieron sobre unos árboles altos, respondía siempre que no quería poner en manos de la fortuna la victoria que ya tenía sin duda ganada, ni borrar con su temeridad la memoria de la temeridad de los otros. El día de mañana, dijo, os mostraré lo que se ha hecho hoy, porque los enemigos, sintiendo más las heridas resfriadas, pasarán los montes, perdidos de ánimo, y así, sin peligro, conseguiremos lo que hoy intentaríamos alcanzar con riesgo.

Murieron de los suizos junto al foso cerca de tres mil y veintidós capitanes de aquellos que por ser más valerosos y feroces se metieron más prontamente en el peligro. De los enemigos murieron muy pocos y ninguna persona de calidad, excepto Juan de Cardona, conde de Culisano, herido de un arcabuzazo en la cabeza.

Al día siguiente Lautrec, perdida de todo punto la esperanza de la victoria, se levantó de Monza para pasar el río Adda por cerca de Trezzo de donde, tomando el camino los suizos por el territorio de Bérgamo, volvieron á sus montañas, muy disminuidos de número, y mucho más de osadía, porque es cierto que el daño que recibieron en la Bicocca los afligió de manera que por muchos años después no mostraron su acostumbrado valor.

Partieron juntamente con ellos el Caballerizo Mayor y el Gran Maestre y muchos de los capitanes franceses. Lautrec con la gente de armas fué á Cremona para poner en orden la defensa de aquella ciudad, y dejando allí á su hermano, pasó pocos días después los montes, no llevando al rey de Francia ni victorias ni triunfos, sino justificación de sí mismo y quejas de otros por la pérdida de tal Estado, perdido parte por culpa suya, parte por negligencia y consejos imprudentes de aquellos que estaban junto á él, y parte (si es lícito decir la verdad) por la malignidad de la fortuna.

Ordenó también Lautrec, antes de salir de Cremona, que en la ciudad de Lodi, la cual había estado por el Rey toda la guerra, entrasen con seis compañías de hombres de armas, y con suficiente presidio de infantes Buonavalle y Federico de Bozzole, porque á los capitanes cesáreos les había estorbado para no volver luego las armas á aquella ciudad un alboroto de los infantes tudescos que, juntamente con Francisco Sforza, habían venido de Trento, los cuales pedían que, en premio de la victoria, se les diese el sueldo de un mes, cosa que los capitanes decían que era demanda injusta, porque era diferente el defenderse de quien acomete que vencer á los que acometen, y que no se podía decir que habían sido rotos ni vencidos los enemigos, los cuales se habían retirado sin huir, sino con los escuadrones ordenados y librando la artillería y el bagaje. Pero pudiendo más la insolencia de los tudescos que las razones y la autoridad de los capitanes, fueron al fin obligados éstos á convenir en ello, prometiendo pagarles á cierto plazo.

Habiéndose gastado en esto muchos días, sucedió que el mismo día que las lanzas entraron en la ciudad de Lodi, en cuyo seguimiento iban los infantes, venía por la otra parte el ejército imperial, y delante de todos el marqués de Pescara con la infantería española. No habiendo todavía los franceses distribuido sus guardas; antes llenos de confusión y alboroto, como sucede cuando entra á alojar en un lugar gente de armas, usando el Marqués de esta ocasión con gran presteza, acometió un burgo de la ciudad ceñido de murallas, y entrando en él con poco trabajo, por haber hecho poca resistencia, espantados de esto casi todos los franceses que había en la ciudad, y no habiendo entrado aún sus infantes, se pusieron en huida con gran alboroto hacia el puente que habían echado sobre el Adda, y entrando

los españoles al mismo tiempo en la ciudad por las murallas y por los reparos, les siguieron hasta el río, prendiendo en la huida muchos soldados, y casi todos los capitanes, excepto Federico y Buonavalle, y con la misma furia, saquearon aquella infeliz ciudad. De Lodi fué el marqués á Pizzichittone, y la ganó por ciertos.

Poco después pasó Próspero con todo el ejército el río Adda para ir á sitiar á Cremona, y al acercarse á esta ciudad inclinó Lescun el ánimo á la paz, porque no teniendo otra esperanza de sustentarse que la venida del Almirante, al que enviaba á Italia el Rey (deseoso de conservar lo que estaba todavía por él en aquel Estado de Milán con cuatrocientas lanzas y diez mil infantes), proveía muy bien sus cosas por versi, no poniéndose en peligro, podía ociosamente esperar su venida; y Próspero, por otra parte, deseaba desembarazarse presto de las cosas de Cremona para poder intentar meter en Génova á los hermanos Adornos antes que el socorro de los enemigos llegase á Italia.

Concertaron, pues, que Lescun se fuese de Cremona con todos los soldados dentro de cuarenta días, teniendo facultad para salir con las banderas desplegadas y con la artillería, si dentro del dicho tiempo, que se acababa á veintiséis de Junio, no viniese socorro que pasase por fuerza el río del Pó ó tomara una de las ciudades del Estado de Milán que tuviese presidio; que procurase asimismo que se desamparase todo lo que estaba en nombre del Rey en el ducado de Milán, exceptuando de esta promesa las fortalezas de Milán, de Cremona y de Novara; que diese cuatro rehenes para la observancia de estas cosas; que se restituyesen en el caso dicho los prisioneros de ambas partes, y se les concediese á los franceses el pasar á Francia seguramente con su hacienda y artillería.

Hecha la paz y recibidos los rehenes, el ejército cesáreo se movió luego hacia Génova, adonde se arrió por dos partes; el marqués de Pescara con los infantes españoles é italianos por la parte del Codifaro, Próspero con la gente de armas y con los infantes tudescos por la parte contraria de Bisagna.

Regíase la ciudad de Génova debajo del gobierno del Dux Octaviano Fregoso, Príncipe ciertamente de virtud excelentísima, y por su justicia y otras notables partes, tan amado en aquella ciudad quanto lo puede ser ningún Príncipe en los lugares llenos de bandos, en donde aún no estaba perdida de todo punto en el pensamiento de la gente la memoria de la antigua libertad. Había tomado á sueldo dos mil infantes italianos, en solos los cuales puso la esperanza de defenderse, porque el pueblo de la ciudad, dividido en sus bandos, aunque se veía cercado de un ejército tan poderoso y mezclado de naciones tan varias, miraba ociosamente el progreso de las cosas con los mismos ojos que acostumbraba por lo pasado á mirar los otros trabajos, en los cuales sin peligro ni daño de aquellos que no tomaban las armas, pasándose la autoridad pública de una familia á otra, no se veía más mudanza en el palacio del Dux que ver otros moradores y otros capitanes y soldados en la guarda de la plaza. Al arriarse el ejército á la ciudad, comenzó luego el Dux á tratar de concordia, enviando á los capitanes á Benedicto Vivaldi, genovés; pero resfrióse algo la plática por la venida de Pedro Navarro, enviado por el rey de Francia con dos galeras sutiles para el presidio de Génova, entró al mismo tiempo en el puerto. Con todo eso, habiendo comenzado el de Avalos á batir con la artillería los muros, se volvió con más eficacia á las pláticas del concierto y, estando ya ajustados, no se veía dificultad alguna, cuando los infantes españoles que aquel día habian batido una torre

junto á la puerta, siendo negligentes los de adentro de su guarda, quizá por la esperanza del acuerdo, la ocuparon y parte por ella y parte por el muro arruinado, comenzaron á entrar sin tardanza en la ciudad, por lo cual, concurriendo allí toda aquella parte del ejército, puso el Marqués los soldados en orden, y enviando á significar á Próspero el suceso, haciendo la señal, entró en la ciudad, en donde, atendiendo todos los soldados y ciudadanos unos á huir y otros á encerrarse en las casas, no se hacía ninguna resistencia. El arzobispo de Salerno y el capitán de la guardia con muchos ciudadanos, embarcándose en las naves, se hicieron á la mar. El Dux (que, por estar enfermo, no se podía mover) hizo cerrar el palacio y envió á ponerse en manos del marqués de Pescara. Murió de allí á pocos días. Fué preso Pedro Navarro, y toda la hacienda de la ciudad quedó en presa de los vencedores. Muchas familias ricas rescataron sus casas del saco, obligándose unas á dar gran cantidad de dinero, quién á esta compañía de soldados, quién á aquella, asegurándolas con prendas ó con letras de los mercaderes. Libróse de la misma manera el *Catino* (1), que con tanto cuidado se conserva en la iglesia catedral. El saco fué grande de plata y joyas, dinero y de riquísimas alhajas, estando aquella ciudad, por la frecuencia de los tratos, llena de infinitas riquezas. Hizo en esto menos áspero el trabajo el mandar los capitanes, por los ruegos de los hermanos Adornos, porque la ciudad no había hecho señal alguna de ene-

(1) El *Sacro Catino* es un vaso labrado de una sola esmeralda, de forma exagonal, de un pie de diámetro y cinco pulgadas de profundidad; vaso que se supone usado por Jesús en casa de Nicodemus, quien lo llevó consigo á Cesarea cuando huía de sus perseguidores. En esta ciudad se apoderaron de él los genoveses durante la primera cruzada, como botín de guerra, y lo trajeron á su país.

mistad y porque se podía decir que ya estaba hecho el concierto, que ningún genovés fuese preso y no se ofendiese á ninguna mujer. Fué elegido por Dux de Génova Antonio Adorno, el cual, en partiendo el ejército, puso sitio al Castillejo con la artillería que le habían prestado los florentinos y tomó al tercero día la ciudadela y la iglesia de San Francisco y el día siguiente el Castillejo, entregándole el castellano con algunas condiciones.

La mudanza de Génova privó enteramente al rey de Francia de la esperanza de poder socorrer las cosas de Lombardía, por lo cual el ejército que había enviado de nuevo, el cual había llegado al Astigiano, se volvió de la otra parte de los montes, y Lescun, si bien se detuvo algunos días más del tiempo concertado por ciertas dificultades que nacieron sobre las fortalezas de Trezzo, Lecco y Domussola, al tomarse resolución sobre ellas, pasó con la gente á Francia, guardándole, no sólo la palabra, sino que por todas las partes por donde pasó fué recibido y tratado con grande honra.

En el mismo tiempo que estas cosas sucedían en Lombardía, no había estado de todo punto quieta la Romana por sus trabajos y por la ausencia del Papa; mas mucho menor quietud había habido en la Toscana, porque Aníbal Bentivoglio y con él Anibal Rangone, recogiendo secretamente cerca de cuatro mil hombres, una mañana al amanecer se arrimaron á Bolonia por la parte de los montes con tres piezas de artillería, y no sintiendo que los de adentro hiciesen algún ruido, pasaron el foso y arrimaron las escalas á la muralla; pero los de adentro, que el día antes habían entendido su venida, comenzando á hacer ruido cuando pareció tiempo, dando fuego á la artillería y saliendo muchos afuera para acometerles, los pusieron con presteza en huída, dejando la artillería, y al huir fué herido por los de adentro Aníbal Rangone.

Creyóse casi por cierto que esto se intentó con sabiduría del cardenal de Médicis, el cual, temiendo que el Papa, ó por propio consejo ó, por instigación de otros, procurase, en viniendo á Italia, disminuir su grandeza, había deseado que, turbado por tan grave pérdida del Estado eclesiástico, no solamente tuviese necesidad de entender en otras cosas que en perseguirle, sino que estuviese obligado á recurrir á sus consejos y ayudas.

Pero mucho mayores y más largos habían sido los trabajos y peligros de la Toscana porque, apenas asegurado del duque de Urbino el Estado de Siena y sosegadas las cosas de Perusa y de Montefeltro, se dieron nuevas órdenes por consejo del cardenal de Bolterra y del rey de Francia, para que Renzo de Ceri, que estaba ocioso en tierra de Roma, intentase mudar el Estado de Florencia, volviendo á meter en aquella ciudad á los hermanos y sobrinos del cardenal de Bolterra, declarado por todos los suyos por amigo y confederado del Rey. Para esta empresa había de dar el cardenal el dinero necesario, porque el Rey se hallaba entonces con gran necesidad, prometiéndole el Rey que se lo restituiría á cierto tiempo. Llegando estas cosas á noticia del cardenal de Médicis, mientras Renzo se disponía para moverse, le obligaron por temor de que también se moviese el duque de Urbino á concertar que, sin perjuicio de los derechos que los florentinos y el Duque pretendían sobre los lugares del Montefeltro, fuese el Duque capitán general de aquella República por un año preciso y otro á beneplácito, comenzando su compromiso al principio del próximo mes de Septiembre. Condujo por las mismas causas al sueldo de los florentinos á Horacio Baglione, pero con pacto que su servicio no comenzase antes del mes de Junio, porque hasta aquel tiempo estaba obligado con los venecianos. Si bien este concierto se hizo asimismo en

nombre de Malatesta su hermano, con todo eso, no lo ratificaba porque, habiendo recibido primero dinero para juntarse con dos mil infantes y cien caballos ligeros con Renzo de Ceri, no quería faltar descubiertamente á su honra propia, ni por otra parte provocar contra sí, con causas nuevas, la enemistad del cardenal ni de los florentinos; por lo cual, fingiendo que había enfermado, envió á Renzo (que había venido á Castillo de la Pieve) dos mil infantes, cien caballos ligeros y cuatro falconetes, disculpándose que por la enfermedad no podía ir personalmente, y al Cardenal daba esperanza de que no tomaría de los enemigos más dinero y de que ratificaría el compromiso hecho en acabándose el tiempo por que estaba pagado, y que en aquel ínterin procedería con la mayor moderación que pudiese en las cosas que no podía rehusar hacer por el dinero recibido.

Entró después Renzo con quinientos caballos y siete mil infantes en el territorio de Siena para intentar la mudanza de aquel gobierno, siguiéndole los mismos expatriados que habían seguido al duque de Urbino y, si le sucedía bien su intento, no se duda que, teniendo por esto facultad para entrar en las entrañas del dominio florentino, le sucediera lo mismo en las cosas de Florencia.

Por otra parte, los florentinos, conociendo este peligro y deseando que los enemigos no se acercasen á Siena, habían enviado al Sienés toda su gente, debajo del gobierno de Guido Rangone, elegido por gobernador general del ejército para esta empresa. Era su intención procurar hacer que perdiesen tiempo los enemigos, porque se sabía que, si no tenían algún próspero suceso, les faltaría presto el dinero, y al mismo tiempo procurar cuanto pudiese impedir las vituallas; por lo cual, gobernándose según los progresos de los enemigos, atendía á poner guarda unas veces en unos lugares y

otras en otros de los más cercanos de los dominios sienés y florentino.

Sucedió que, mientras se mudaban unos soldados de un lugar á otro, yendo la compañía de caballos de Vitello desde Torrita á Asinalunga, encontrándose con trescientos caballos de los enemigos, fué roto y preso Jerónimo de Pepoli, lugarteniente de Vitello, con veinticinco hombres de armas y dos banderas.

Fué el primer acometimiento de Renzo contra la ciudad de Chiusi, ciudad más noble por la memoria de su antigüedad y de los excelentes hechos de su rey Porsena que por las calidades presentes. No ganó este lugar, porque sin tener más artillería que cuatro falconetes, era muy difícil expugnar villas defendidas por soldados. Entró después más adelante, entre Torrita y Asinalunga, para acercarse á Siena; pero no teniendo comodidad de vituallas en medio de los lugares enemigos, acometió al castillo de Torrita para ganarle por fuerza, el cual estaba guardado por cien hombres de armas del conde Guido Rangone y por ciento ochenta infantes.

Levantóse de allí sin efecto, y siguiendo su camino fué á Montelifre, y de aquel lugar al Bagno de Rapolano, que está á doce millas de Siena, en donde habían metido los florentinos desde el principio al conde de Pitigliano.

Interrumpiendo el conde Guido Rangone con su inteligencia y presteza todos sus designios, entró el mismo día en Siena con doscientos caballos ligeros, dejando á sus espaldas el ejército que continuamente le seguía, por lo cual la vecindad del socorro, el haberse disminuído mucho en esta empresa la reputación de Renzo con los suyos mismos y con los contrarios, y el saberse que estaba reducido á gran necesidad de vituallas, quitaba el ánimo á los que hubieran deseado mudanza en Siena; mas con todo eso, se presentó á media milla de

las murallas, y viendo que no había sublevación, se levantó de aquel sitio al cabo de un día. Después de haberse levantado, entró en Siena la gente de los florentinos, y aunque comenzaron á seguirle, desesperados de poderle alcanzar, porque había tomado mucha ventaja, hicieron alto, dejando que le siguiesen los caballos ligeros y algún número de infantes que primero estaban en Siena, de los cuales recibió poco daño; pero caminando con presteza, no menos por el hambre que por el miedo, dejó la artillería por el camino que, con gran infamia suya llegó al poder de los enemigos.

Detúvose para poner en orden su gente, que estaba muy disminuída, en Acquapendente, seguro porque sabía que los florentinos tenían respeto á entrar en en el dominio de la Iglesia, pero habiéndole faltado el dinero y despreciándole los cardenales Bolterra, del Monte y de Como, con los cuales, por orden del rey de Francia, se trataban sus cosas, corrió con la poca gente que le había quedado á hacer presas en la marisma de Siena, donde dió un asalto en vano á Orbatello; por lo cual los florentinos que habían sacado su ejército al puente de Centina, que está el confín del Estado de los sieneses y de la Iglesia, viendo que Renzo no deshacía totalmente su gente, le amenazaban que asaltarían sus lugares.

Por esta causa se interpuso para la paz el Colegio de cardenales por serle molesto que se encendiese este fuego en el Estado eclesiástico, lo cual fué igualmente agradable á todos, á los florentinos por quitarse el gasto que se hacía sin fruto, y á Renzo porque se hallaba con pocas provisiones y sin esperanza de juntar mayores fuerzas; mayormente declinando en Lombardía las cosas de Francia. No contenía el acuerdo más que promesas de no ofenderse de una parte florentinos y sieneses y Renzo de la otra. Para la guarda de esto se dió

seguridad en Roma de diez mil ducados y que, en lo tocante á las presas hechas, se estuviese á la declaración del Papa cuando llegara á Italia.

Había sucedido en Luca este invierno un accidente peligroso, porque Vicentino de Poggio, de familia noble, y Lorenzo Totti, debajo de color de discordias particulares, pero incitados acaso más de ambición y de pobreza, tomando las armas, mataron en el pueblo públicamente al Alférez Mayor de aquella ciudad, y después, corriendo por la ciudad, mataron algunos ciudadanos, sus contrarios, con miedo tan universal que nadie osaba oponérseles; mas cesando la primera furia, comenzando á temer los que habían espantado á los otros por la grandeza del delito cometido, é interponiéndose muchos ciudadanos, se salieron fuera de la ciudad con ciertas condiciones, y al salir de ella fueron perseguidos por los luqueses rigurosamente por todas partes.

Sosegadas, como he dicho, las cosas de Lombardía y de Toscana, pero estando por la ausencia del Papa y por las discordias y ambición de los cardenales despreciado totalmente por el Colegio el cuidado del Estado de la Iglesia, Segismundo, hijo de Pandolfo Malatesta, antiguo señor de Rímíni, ocupó aquella ciudad casi solo con flacas inteligencias que tenía en ella, y si bien por instancia del Colegio fué el cardenal de Médicis á Boloña como Legado de aquella ciudad, para recuperar á Rímíni y poner en orden las otras cosas de la Romana, que estaban muy turbadas, prometiéndole el Colegio que el marqués de Mantua, capitán general de la Iglesia, iría en su ayuda, con todo eso, no se puso en ejecución nada por falta de dinero y porque los cardenales, que eran sus contrarios, impedían cualquier determinación por donde se hubiese de aumentar su gloria.

LIBRO XV.

SUMARIO.

Aunque los franceses habían partido de Italia vencidos, con todo eso, se sospechaba que teniendo todavía el Rey casi enteras todas sus fuerzas en el reino, pasaría de nuevo á Italia por las cosas de Milán, y por ello se deseaba la venida del Papa, el cual, si bien procuraba el Emperador que se detuviese en el camino, llegó á Roma por el mes de Agosto. Fué deseada esta su venida por juzgarse que era instrumento á propósito para tratar la paz universal entre los Príncipes cristianos. Sucedió en este año la pérdida de la isla de Rodas con gran nota de los Príncipes de la cristiandad, tomada por el otomano Solimán, Príncipe de los turcos. Al llegar á Roma el Papa, donde halló peste, no sólo no se empleó en tratar de la paz, sino hizo liga con el Emperador y con los venecianos contra Francia. No desmayó el rey Francisco por esta liga ni tampoco porque el duque de Borbón se le hubiese rebelado y pasado al servicio del Emperador, sino que en el tiempo que murió Adriano VI y fué hecho Pontífice Clemente VII, hizo liga con Clemente; por lo cual el Emperador, para distraer á los franceses de las cosas de Italia, movió la guerra en Francia, por cuya causa se volvió á llamar la gente francesa de la otra parte de los montes. Acabada aquella guerra pasó el rey Francisco en persona á Italia, y deteniéndose en Pavía (donde fué el asiento de la guerra), vino á batalla con los imperiales en el parque de Pavía donde, demás de la muerte de muchos señores franceses, fué también preso el rey Francisco.

CAPÍTULO PRIMERO.

Adriano en Roma.—Peste en aquella ciudad.—Carlos V confirma los privilegios de los florentinos.—Los turcos se apoderan de Rodas.—El duque de Urbino recibe de nuevo la investidura de su Estado.—El duque de Milán reconquista el castillo.—Discurso de Gritti en el Senado veneciano para mantener la liga con Francia.—Discurso de Cornaro para que se haga liga con Carlos V.—Muerte del dux Grimani.—Liga de los venecianos con Carlos V.

Aunque había sosegado las cosas de Lombardía la nueva victoria contra los franceses, no por eso se había disminuído la sospecha de que el rey de Francia, estando pacífico y entero su reino y habiendo vuelto libres los capitanes y la gente de armas que envió á Italia, dejara de acometer de nuevo al Estado de Milán antes de mucho tiempo, mayormente estando, como al principio, dispuestos los suizos á su servicio y perseverando el Senado veneciano en la antigua confederación con él.

Por considerar este peligro estaban obligados los capitanes del Emperador á sustentar y pagar el ejército, cosa muy difícil porque no recibían dinero ni del Emperador ni del reino de Nápoles, y el Estado de Milán estaba tan exhausto que no podía por sí solo sustentar tantos alojamientos ni tantos gastos; por lo cual, reclamando en vano de los pueblos y del Colegio de los cardenales, habían enviado la mayor parte de la gente á alojarse en el Estado de la Iglesia, y, pasando por Roma don Carlos de Lannoy que, por muerte de D. Ramón de Cardona, había sido nombrado nuevamente virrey de Nápoles, determinó juntamente con D. Juan Manuel, que por tres meses próximos pagase el Estado de Milán

veinte mil ducados en cada uno de ellos, los florentinos quince mil, los genoveses ocho mil, Siena cinco mil y Luca cuatro mil, y aunque cada uno se quejó de esta tasa, con todo eso, por el miedo que se tenía de aquel ejército, fué necesario que todos la aceptasen, alegando ellos que era cosa necesaria, porque de la conservación de aquel ejército dependía la defensa de Italia. Después de este tiempo se renovó la imposición, pero en mucho menor cantidad.

Estando las cosas en este estado, oprimida Italia de tantos males y temerosa de que los futuros fuesen mayores, esperaba con deseo la venida del Papa como instrumento á propósito, por la autoridad pontificia, para componer muchas discordias y remediar muchos desórdenes y, suplicándole el Emperador (el cual en los mismos días había pasado por mar á España y hablado en el camino con el rey de Inglaterra) que le esperase en Barcelona, donde quería ir personalmente á reconocerle y á adorarle por Pontífice, rehusó hacerlo, temiendo que, por la distancia del Emperador, que estaba todavía en la última parte de España, perdería tanto tiempo que hubiese de navegar después en sazón contraria, ó por sospecha de que el Emperador procurase hacerle diferir su pasaje á Italia, ó, como muchos dijeron, por no acrecentar más la opinión que se tenía de él desde el principio de que había de ser de la parte del Emperador y que esto le dificultaría el tratar la paz universal de los cristianos, como había determinado hacerlo.

Pasó, pues, por mar á Roma, adonde entró á 29 de Agosto con gran concurso del pueblo y de toda la corte, y aunque era deseada excesivamente su venida (porque Roma, sin la presencia de los Papas, tiene más semejanza á desierto que á ciudad), con todo eso, conmovió este espectáculo los ánimos de todos, considerando que tenían un Papa de nación extranjera, sin ninguna

práctica de las cosas de Italia ni de la corte, y que ni aun había nacido en algunas de aquellas naciones que por largo trato eran familiares á Italia. Acrecentó la tristeza de estos pensamientos el ver que la peste, que había comenzado en Roma á su venida (tenida por mal agüero de su Pontificado) hizo gravísimo daño durante todo el otoño.

Fué la primera determinación de este Papa atender á la recuperación de Rímíni y componer las diferencias que el duque de Ferrara había tenido con sus dos próximos antecesores. Por esta causa envió á la Romana mil quinientos españoles que había traído consigo para poder pasar el mar seguramente.

Mientras atendía á esto, pareciendo al Emperador que para el establecimiento de las cosas de Italia importaba mucho la separación de los venecianos del rey de Francia, y esperando que aquel Senado, disminuída la esperanza de las cosas francesas, tendría el ánimo inclinado á la quietud y que no querría, por los intereses de otro, ponerse en peligro de que la guerra se pasase á su dominio, comunicados los consejos con el rey de Inglaterra, el cual, habiendo prestado primero ocultamente dinero al Emperador contra el rey de Francia, después las disimulaciones, concurría ya descubiertamente en la causa, enviaron embajadores á Venecia á pedirles que se confederasen con el Emperador para la defensa de Italia, los cuales fueron, por el emperador Jerónimo Adorno, y por el rey de Inglaterra Ricardo Paccio.

También se esperaban en aquella ciudad embajadores de Fernando, hermano del Emperador y archiduque de Austria, cuya intervención, por haber entre los venecianos y él muchas diferencias, era necesaria en cualquier acuerdo que se hiciese con ellos. Envió también el rey de Inglaterra un rey de armas á declarar la gue-

rra á Francia en el caso de que no hiciese tregua general por tres años con el Emperador por todas las partes del mundo, en la cual se incluyese la Iglesia, el duque de Milán y los florentinos, quejándose también de que hubiese dejado de pagarle los cincuenta mil ducados cada año á que estaba obligado.

Negó el Rey el querer hacer la tregua, y respondió claramente que no es justo pagar dinero á quien ayudaba con él á sus enemigos; por lo cual, aumentándose entre ellos el enojo, se despidieron los embajadores de cada una de las partes.

Partió este año de Italia D. Juan Manuel, embajador que había sido del Emperador en Roma con gran autoridad el cual, á su partida, dió una cédula de su mano á los florentinos, donde refería que el Emperador, por una cédula, escrita por Septiembre del año de 1520, prometió al Papa León que volvería á confirmar y concedería de nuevo á los florentinos los privilegios del Estado, de la autoridad y de las tierras que poseían, dentro de seis meses después de la primera Dieta que tuviesen, en haciéndose la coronación que se celebraba en Aquisgrán; porque los había prometido dentro de cuatro meses de su elección y diciendo que no podía despacharlos entonces por justas causas. Prometió don Juan en nombre del Emperador todo lo referido, y el César ratificó esta cédula por Marzo del año de 1523 é hizo el despacho para la Bula en forma amplísima.

Pasó el Emperador, como he dicho arriba, este año á España, donde procedió severamente en llegando contra muchos que habían sido autores de la sedición. A todos los otros absolvió y libró de todas las penas, y por juntar con la justicia y con la clemencia los ejercicios de la remuneración, considerando que Fernando, duque de Calabria, rehusó ser capitán de la multitud concitada, ni quiso irse de la fortaleza de Játiva, le lla-

mó con gran honra á la corte, dándole por mujer poco después á Germana, que lo había sido del Rey Católico, rica, pero estéril, para que en él, por ser último sucesor de los descendientes de Alfonso el viejo, rey de Aragón, se extinguiese aquella familia; porque dos hermanos suyos menores de edad habían muerto antes, el uno en Francia y el otro en Italia.

La causa que hizo infeliz este mismo año, con infamias grandes de los Príncipes cristianos, fué que, en el fin de él, tomó el otomano Solimán la isla de Rodas, guardada por los caballeros de Rodas, á quienes llamaban primero caballeros jerosolimitanos que, residiendo en aquel lugar, después que fueron echados de Jerusalén, aunque estaba entre el imperio de los tureos y el de los sultanes de Egipto, Estados de tan gran poder, la habían conservado largo tiempo, con gran gloria de su orden y sido en aquellos mares como un propugnáculo de la religión cristiana; si bien tenían alguna nota de que, andando siempre en corso á hacer presas de los bajeles infieles, se desmandaban á veces contra los cristianos.

Estuvo un gran ejército muchos meses alrededor de aquella isla, y el Turco en persona, no perdiendo nunca un mínimo punto de tiempo en atormentarles, unas veces con dar atroces asaltos, otras con minas y trincheras y otras con hacer bastiones muy grandes de tierra y de madera que sobrepujasen las murallas del lugar. Por estas obras adelantadas, con gran matanza de los suyos, se había disminuído también grandemente el número de los de adentro, tanto que, cansados de los continuos trabajos, faltándoles la pólvora para la artillería y no pudiendo resistir más á tantas molestias, derribada por la artillería gran parte de los muros y pasadas las minas en muchas partes de la ciudad, en la cual se iban continuamente apretando por estar rendidos los primeros puestos, reducidos finalmente á la última

necesidad, capitularon con el Turco que el Gran Maestro le dejase el lugar y que él con todos los caballeros y vecinos de aquella isla pudiesen salir libres con facultad de llevar consigo toda la hacienda que pudiesen y, para tener alguna seguridad, que el Turco hiciese que su armada se fuese de aquellos mares y que el ejército de tierra se apartase de Rodas cinco millas.

Por virtud de esta capitulación quedó Rodas á los turcos, y siéndoles guardada la palabra á los cristianos, pasaron á Sicilia y después á Italia, habiendo encontrado en Sicilia una armada de algunos bajeles que se ponían en orden (pero tarde por culpa del Papa) para meter en Rodas, en teniendo viento favorable, refresco de vituallas y de municiones.

Al partir de Rodas los caballeros, Solimán, para mayor desprecio de la religión cristiana, hizo su entrada en aquella ciudad el día de Pascua de Navidad, en el cual, celebrado en las iglesias de los cristianos con infinitos cánticos y músicas, hizo convertir todos los templos de Rodas que estaban dedicados al culto de Cristo en mezquitas que, según su uso, fueron dedicadas al culto de Mahoma, desterrando todas las ceremonias de los cristianos.

Este fin ignominioso para el nombre cristiano y este fruto de las discordias de nuestros Príncipes tuvo el año 1522: tolerable el ejemplo del daño pasado si hubiera servido de escarmiento por lo menos para el tiempo futuro; pero continuándose las discordias entre los Príncipes, no fueron mejores los trabajos del año de 1523, en cuyo principio, conociendo los Malatestas que no tenían poder para resistir á las fuerzas del Papa, vinieron, por interposición del duque de Urbino, en dejar á Rímimi y á la fortaleza, teniendo intención, aunque incierta, de algún sustento durante la vida de Pandolfo, lo cual no tuvo algún efecto.

Fué después el duque de Urbino á la presencia del Papa y, favoreciéndole con él y con la mayor parte de la corte la gloriosa memoria del papa Julio, alcanzó la absolución de las censuras y el ser restituído al ducado de Urbino, pero con la cláusula de sin perjuicio de los derechos del Montefeltro, por no perjudicar á la aplicación que se había hecho á los florentinos, los cuales decían que habían prestado á León para defensa de aquel Ducado trescientos mil ducados y que habían gastado después de su muerte en diferentes lugares, para conservación del Estado de la Iglesia más de setenta mil ducados. Recibió también en su gracia el Papa al duque de Ferrara, volviéndole á dar la investidura, no solamente de Ferrara y de todo lo que poseía perteneciente á la Iglesia, antes de la guerra que León movió contra los franceses, pero dejándole también, con gran nota suya ó de los ministros que usaban mal de su poca práctica, los castillos de San Felice y de Finale, los cuales, conquistados por él cuando rompió la guerra á León y después vueltos á perder antes de su muerte, había ganado de nuevo por la ocasión de la Sede vacante. Obligóse el duque de Ferrara á ayudar á la Iglesia con cierto número de gente cuando fuese menester para la defensa de su Estado, y se obligó con gravísimas penas, sujetándose también á volver á caer de la investidura y á la privación de todos sus derechos, en caso de que, en lo venidero, ofendiese más á la Sede Apostólica.

Dióle también el Papa gran intención de restituírle á Módena y á Regio, aunque de esto se apartó su ánimo cada día más, habiéndosele mostrado después la importancia de la materia, y por el ejemplo de sus antecesores, la infamia que causaría á su nombre.

En este tiempo, apretado el castillo de Milán de falta de todo, excepto de pan, y lleno de enfermedad, concer-

tó rendirse, libres las haciendas y las personas, si por todo el día 14 de Abril no era socorrido. Observóse el concierto al tiempo señalado, y se vió que era muerta la mayor parte de la gente que había dentro. Consintió el Emperador, con grande alabanza de los italianos, que se entregase en poder del duque Francisco Sforza, y no había ya por los franceses en Italia otra cosa que el castillo de Cremona, proveído abundantemente de lo necesario.

Con todo eso, estos sucesos no aliviaban la infelicidad de los pueblos de aquel Ducado, agravado excesivamente del ejército cesareo por no recibir las pagas, el cual, habiendo ido á alojar á Asti y el Astigiano, alborotándose por la misma causa, robó todo el país hasta Vigevene, de manera que los milaneses, por huir el daño y el peligro del país, fueron obligados á prometerles las pagas de ciertos tiempos, que importaban cerca de cien mil ducados.

No se mitigaba por esta crueldad en ninguna parte el odio de aquel pueblo contra los franceses, teniéndoles firmes, parte el temor por la memoria de las ofensas que les habían hecho, y parte la esperanza de que, si en algún tiempo cesase el peligro de que el rey de Francia acometiese de nuevo aquel Estado, cesarían tantas cargas, porque no sería necesario que tuviese el Emperador más soldados en aquel Ducado.

Tratábase en este mismo tiempo continuamente la concordia entre el Emperador y los venecianos, la cual, por muchas dificultades que nacían y por varias dilaciones interpuestas por ellos, tenía suspensos los ánimos de todos sobre lo que sucedería. Aumentó la dilación, y quizá también las dificultades de esta plática, la muerte de Jerónimo Adorno que, siendo persona de gran espíritu y esperanza, aunque mozo, la trataba con mucha autoridad y con singular destreza, en cuyo lu-

gar fué enviado de Milán en nombre del Emperador Marino Caracciolo, protonotario apostólico, que muchos años después fué promovido á la dignidad del cardenato por el papa Paulo III. Tratáronse estas cosas en Venecia muchos meses, porque, por otra parte, el rey de Francia hacía continuamente por sus embajadores gran diligencia en contrario, prometiendo unas veces y otras con personas propias que pasaría presto á Italia con poderoso ejército. Por esto causaba entre los senadores gran variedad de pareceres y continuas disputas, porque muchos aconsejaban que no se desamparase la confederación del rey de Francia, confiándose en que presto había de enviar el ejército á Italia.

Procurando el Rey con grandísima diligencia sustentar esta esperanza, había enviado de nuevo á Venecia, entre otros muchos, á Renzo de Ceri para prometer esto mismo y mostrar que ya estaban dispuestas las cosas. Considerando otros, por la experiencia de lo pasado, las negligentes ejecuciones de aquel Rey, desconfiaban de que hubiese de pasar y aumentábase esta opinión por las cartas de Juan Baduero, su embajador en Francia, el cual, dando crédito á lo que le refería el duque de Borbón (que estando ya conjurado secretísimamente contra el Rey, deseaba que los venecianos se uniesen con el Emperador), afirmaba que no pasaría el rey de Francia por aquel año ni enviaría ejército á Italia. Espantaba á otros la mala fortuna del rey de Francia, la próspera del Emperador y el considerar que en Italia le seguían el duque de Milán, los genoveses y los florentinos con toda la Toscana, y se creía que había de hacer lo mismo el Papa; y fuera de Italia estaban unidos con él el Archiduque su hermano, vecino de los venecianos, y el rey de Inglaterra, el cual continuamente hacía guerra en Picardía.

En esta variedad de pareceres, no menos entre los

principales del Senado que entre los otros, no pudiéndose diferir más el tomar determinación por la madurez de la materia y por la grande instancia de los embajadores del Emperador, convocado, finalmente, para determinar el Consejo de Pregadi, Andrea Gritti, hombre, por importantes administraciones y hechos muy excelentes de suma autoridad en aquella república y de nombre muy esclarecido por toda Italia y con todos los Príncipes extranjeros, habló, según se dice, en esta manera:

«Aunque conozca, prestantísimos senadores, que si aconsejare que no nos apartemos de la confederación del rey de Francia, corre riesgo que declaren algunos que puede más en mí el respeto del largo trato que he tenido con los franceses que el del provecho de la República, no me abstendré por esto de declarar con libertad mi parecer, por ser oficio propio de buenos ciudadanos; antes es inútil ciudadano y senador aquel que, por cualquier causa, se abstiene de persuadir á los otros lo que en sí mismo siente que es beneficio de la República, aunque yo me persuado que entre los hombres prudentes no tendrá lugar esta interpretación, porque considerarán, no sólo cuáles han sido en todo tiempo mis acciones y costumbres, pero que no he tratado con el rey de Francia ni con su gente, sino como persona vuestra y por vuestra comisión y orden y, si no me engaño, me justificará, demás de esto, la probabilidad de las razones que me hacen venir en este parecer.

»Nosotros tratamos si se debe hacer nueva confederación con el Emperador, contraria á la palabra que hemos dado y á las obligaciones de la confederación que tenemos con el rey de Francia, cosa que á mi juicio no quiere decir más que establecer de manera el poder del Emperador (terrible ya para todos) que, no quedándonos ya medio de moderarle ó de abatirle, crezca continuamente en nuestro perjuicio manifiesto.

»No tenemos causa alguna que pueda justificar esta determinación, porque el Rey ha guardado siempre nuestra confederación, y si los efectos no han sido tan pronto en renovar la guerra en Italia, se conoce claramente que, pues le incitaban á esto sus propios intereses, no ha procedido de otra causa que de los estorbos que ha tenido y tiene en el reino de Francia, los cuales han podido alargar sus designios, pero no podrán aniquilarlos, porque la voluntad es tan ardiente para la recuperación del Estado de Milán, y el poder tan grande, que en habiendo sustentado esta primera furia de los enemigos (cosa que hará fácilmente), no le detendrá ninguna cosa á enviar de nuevo grandes fuerzas de esta parte de los montes.

»Vimos muchas veces en ambas cosas el ejército del rey Luis el cual, siendo acometida Francia con armas mucho más poderosas que estas que al presente la molestan y conjurado contra él casi todo el mundo, con lo grande de sus fuerzas, con la fortaleza de los lugares que hay en los confines y con la fe de los pueblos se defendió fácilmente, y cuando creían todos que por el cansancio de la guerra le era necesario reposar algún tiempo, envió luego á Italia poderosos ejércitos.

»¿No hizo esto mismo en los primeros años de su reinado el presente Rey cuando creían todos que, por ser Rey nuevo, por haber hallado exhausta la corona y por los gastos infinitos de su antecesor estaba necesitado á diferir para otro año la guerra? No nos debe pues espantar esta tardanza, ni sería suficiente excusa de nuestras variaciones, porque el confederado que no es detenido por la voluntad, sino por los impedimentos sobrevenidos, no da justa causa de quejarse al compañero ni color honesto de apartarse de su amistad.

»Esta determinación nos pide el respeto á lo justo y á la dignidad del Senado veneciano, y no lo pide menos

el respeto de nuestra utilidad y bien; porque ¿quién hay que no conozca de cuánto provecho nos es y de cuánto peligro nos libra si el rey de Francia recupera el Estado de Milán y cuanto reposo producirá por muchos años para nuestras cosas? Amonéstanos el ejemplo de las cosas que han sucedido pocos años antes; porque el haberle recuperado este Rey fué causa que nosotros, que antes con grandes gastos y peligros defendíamos á Padua y á Treviso, recuperásemos á Brescia y á Verona; fué causa de que, mientras tuvo pacífico aquel Ducado, poseyésemos con gran paz y seguridad todo nuestro imperio; ejemplos que nos han de mover mucho más que la antigua memoria de la liga de Cambray, porque los reyes de Francia comprendieron por la experiencia (no habiéndolo alcanzado por las razones) cuánto detrimento recibían de haberse apartado de nuestra amistad, cosa que sin comparación conocieran mejor en el tiempo presente, en el cual tiene este Rey por émulo á un Emperador, príncipe de tantos reinos y grandeza, cuyo poder le necesita á desear y á estimar mucho nuestra confederación; pero por el contrario, ¿quién hay que no vea y conozca en cuánto peligro quedarán nuestras cosas, si se viese excluído totalmente el rey de Francia de las empresas de Italia? Porque ¿quién puede estorbar al Emperador que tome para sí ó para su hermano el ducado de Milán, del cual no ha concedido hasta ahora la investidura á Francisco Sforza? Y si, como está claro, tuviere poder para hacerlo, ¿quién se podrá asegurar su voluntad? ¿Quién es aquel que pueda prometer que, siendo el ducado de Milán una escala para subir al Imperio de toda Italia, haya de poder más en el Emperador el respeto de la justicia y de lo honesto que la ambición y codicia propia y natural de todos los Príncipes grandes? ¿Asegurarános por ventura la moderación y templanza de los ministros que tie-

ne en Italia, que son casi todos españoles, gente infiel, amiga de robar, insaciable más que ninguna nación?

»Si el Emperador ó Fernando su hermano toman á Milán, ¿de qué manera queda nuestro Estado rodeado de ellos por la parte de Italia y de Alemania? ¿Qué remedio podemos esperar para nuestros peligros, estando en su mano el reino de Nápoles, el Papa y los otros Estados de Italia dependientes de él y todos nuestros amigos tan exhaustos y faltos de fuerzas que no podemos esperar ningún favor suyo? Pero si el rey de Francia posee el Estado de Milán, quedando las cosas contrapesadas entre dos Príncipes tales, quien temiese el poder del uno sería defendido por el del otro. Sólo el temor de la venida del rey de Francia asegura todos los otros, porque obliga á los imperiales á no moverse ni á empeñarse en ninguna empresa, por lo cual me parece más ridícula que espantosa la variedad de sus amenazas de que, si no nos confederamos con el Emperador, volverán contra nosotros el ejército. ¿Como si fuese empresa fácil mover la guerra al Senado veneciano y esperar presto la victoria, y como si este fuese el remedio para hacer que no pase el rey de Francia y no antes causa de lo contrario! Porque ¿quién duda que, provocados por ellos, propondremos por necesidad tales condiciones al Rey, cuando por ventura tuviese el ánimo ajeno de pasar, que le indujésemos á hacerlo? ¿No sucedió esto mismo en tiempo del rey Luis, que las injurias y traiciones que nos hicieron nos indujeron á provocar de tal manera á aquel Rey, cuando yo, de su prisionero, quedé hecho vuestro embajador, que al tiempo que más temía ser acometido poderosamente en Francia envió su ejército, aunque contra la fortuna, á Italia? No creáis que si los imperiales pensasen que el camino de hacernos sus amigos ó de asegurarse de la venida del rey de Francia era acometernos, lo hubieran

diferido hasta este día. ¿Acaso no tienen sus capitanes codicia de enriquecerse con las presas y ganancias de las guerras? ¿Acaso no tienen necesidad de descargar el país de los amigos y, descargándole, tener medio de sacar dinero para sustentar el ejército en los países de otros? Pero han conocido que, por nuestro poder, es muy dificultoso el forzarnos; que no les conviene, temiendo cada día la venida del rey de Francia, enredarse en otra guerra y dar causa á un Estado poderoso de fuerzas y de dinero para provocar con grandes ofertas á los franceses á que pasen á Italia. Mientras estén en estos recelos no ocuparán para sí el Estado de Milán ni tratarán de ofenderos sino con vanas amenazas. Si les aseguráremos de este temor estará en su mano el hacer lo uno y lo otro, y si lo hacen, como es verosímil, ¿de quién nos podremos lamentar sino es de nosotros mismos, de nuestro mucho miedo y del deseo inmoderado de la paz? Esta es deseable y grata cuando induce á los hombres á que puedan reposar y á aligerarse de los gastos; pero cuando produce contrarios efectos, es perniciosa guerra debajo de traidor nombre de paz, y debajo de medicina saludable, pestífero veneno.

»Si el hacer nosotros confederación con el Emperador excluye al rey de Francia de las empresas de Italia, da á aquél disposición para ocupar á su albedrío el Estado de Milán y, en ocupándolo, pensar en oprimirnos. De esta suerte nosotros ayudaríamos, con gran infamia de nuestro nombre y mancha de la fe de esta República, á la grandeza de un Príncipe que no tiene menos extendida la ambición que el poder; que pretenden él y su hermano que todo lo que poseemos en tierra firme les pertenece, y excluiríamos de Italia á un Príncipe que, con su grandeza, asegura la libertad de todos los otros y que estará obligado á unirse mucho con nosotros.

»Quien propone estas razones tan evidentes y ciertas, no puede ser imputado de que le mueve más la afición que la verdad, ni más intereses propios que el amor del bien de la República, de la cual no tenemos que temer, si Dios concede tanta felicidad á vuestras deliberaciones, cuanta sabiduría ha concedido á este excelentísimo Senado.»

Opúsose en contrario de este consejo Jorge Cornaro, ciudadano de igual autoridad y de celebrado nombre de prudencia, con la oración siguiente:

«Grande es verdaderamente, prestantísimos Senadores, y muy difícil la presente determinación; mas cuando considero cuál es en nuestros tiempos la ambición é infidelidad de los Príncipes y cuán disforme su naturaleza de la de las Repúblicas, las cuales, no gobernándose con el apetito de uno solo, sino con el consentimiento de muchos, proceden con mayor moderación y mayores respetos y no se apartan jamás atrevidamente, como muchas veces lo hacen ellos, de aquello que tiene alguna apariencia de justo y honesto.

»Yo no puedo dejar de resolverme en que nos es dañoso que el ducado de Milán sea de un Príncipe más poderoso que nosotros, porque una vecindad semejante nos necesita á estar en continuas sospechas y tormentos y, aunque estemos en paz, convendrá casi siempre estar con pensamientos de la guerra, no obstante cualquiera confederación ó concierto que tengamos juntos. De esto se ven infinitos ejemplos en las historias antiguas, y en las nuestras algunos. Pero ¿cuál es mayor y más ilustre que aquel que, con cruel memoria, está esculpido en nuestros corazones? Introdujo este Senado al rey Luis de Francia en el ducado de Milán, y á esta deliberación nos hallamos presentes muchos de nosotros. Conservósele siempre entera la fe de las capitulaciones, aunque con grandes premios y ocasiones va-

rias; fui mos forzados á apartarnos de él por los españoles y tudescos, y aunque estuvimos ciertos que se trataban por él muy á menudo muchas cosas contra nosotros, ni el beneficio recibido, ni la palabra dada, ni tantos oficios perpetuos nuestros, bastaron á torcer su ánimo lleno de tanto deseo de ofendernos que, reconciliándose finalmente, por esta causa, con sus antiguos y crueles enemigos, contrajo contra nosotros la unión perniciosa de Cambray. Por tanto, por huir los peligros que de la traidora y engañosa vecindad de grandes Príncipes nos amenazan continuamente, estamos necesitados (si no me engaño) á enderezar todas nuestras determinaciones á que el ducado de Milán no sea del rey de Francia, ni del Emperador, sino de Francisco Sforza ó de otro alguno que no tenga reinos ni imperios mayores, de lo cual depende al tiempo presente nuestra seguridad y puede depender en el venidero, si variaran las condiciones de estos tiempos, grande aumento y exaltación de nuestro Estado.

»Nosotros consultamos si se debe continuar la amistad con el rey de Francia ó confederarnos con el Emperador: la una de estas dos determinaciones excluye totalmente del dudado de Milán á Francisco Sforza y da paso para entrar en él al rey de Francia, Príncipe mucho más poderoso que nosotros: la otra mira á confirmar y asegurar á Francisco Sforza en aquel Ducado, al cual promete el César incluir como principal en nuestra liga y promete su conservación al rey de Inglaterra; por lo cual, cuando intentase despojarle de aquel Estado, no sólo nos ofendería á nosotros y á los otros Príncipes de Italia, dándonos causa de volver de nuevo el ánimo á los franceses, pero ofendería al rey de Inglaterra, á quien le conviene tener gran respeto, como todos saben, y provocará contra sí á todos los pueblos del ducado de Milán, que están muy inclinados á Francisco

Sforza; sujetándose á muchas dificultades y peligros y, con grande infamia, contravendría á su palabra, no habiéndose visto señal alguna, hasta ahora, de que la haya despreciado, cosa que no podemos decir de los franceses; antes, habiendo restituido, después de la muerte del Papa León, á Francisco Sforza en aquel Estado y entregádole las fortalezas sucesivamente según se conquistaron y últimamente el castillo de Milán, contra la opinión de muchos, no se puede decir que haya dado señales contrarias, y nosotros debemos tomar antes aquella determinación en que hay gran esperanza de conseguir nuestro intento, que la que manifiestamente á contrarios fines de nuestras necesidades.

»A esto se opondrá que sería de mayor peligro para esta República que estuviese el ducado de Milán en poder del Emperador que si estuviera en el del rey de Francia, porque aquel Rey, por la grandeza del Emperador y por la emulación que tiene con él, tendría casi necesidad de perseverar en nuestra unión; pero en el Emperador sería todo al contrario por su poder y por los derechos que pretenden él y su hermano contra nuestro Estado, y creo que quien siente esto del Emperador no se engaña, por la naturaleza y costumbres de Príncipes tan grandes, y pluguiera Dios que no se engañara quien siente lo mismo del rey de Francia.

»Militaban en su antecesor muchas de las mismas razones, y con todo eso pudo más la codicia y la ambición que lo útil y justo, sin lo cual no son perpetuas las causas que lo han de conservar unido con nosotros, sino variables cada día, según la naturaleza de las cosas humanas, porque el Emperador es hombre mortal como los otros hombres y está sujeto á infinitos accidentes de la fortuna, según el ejemplo de muchos Príncipes que han sido mayores que él; y ¿cuánto tiempo

ha que, alterada contra él una gran parte de España, parecía más digno de tenerle lástima que envidia? A lo menos no hay tanta diferencia de un peligro al otro cuanto hay de una determinación que nos excluye seguramente de nuestro fin á una que más verosímilmente nos lleva á él.

»Demás de esto, estas razones miran al tiempo futuro y distante; pero si considerásemos el presente estado de las cosas, no hay duda que el rehusar la confederación del Emperador nos pondrá por ahora en mayores molestias y peligros porque, separándonos del rey de Francia, se debe creer que reservará el hacer la guerra para mejores tiempos y ocasiones; pero si estamos unidos con él, podría ser que la hiciese al presente, cosa que por necesidad nos traerá pesadumbres y gastos.

»Pero veamos ahora en qué caso es más peligroso para nosotros el suceso de la guerra. Confederándonos con el Emperador se puede tener casi por cierto que la victoria será de esta parte, cosa que ño se puede esperar tanto si estuviésemos unidos con el rey de Francia; y confederándonos con el Emperador no nos causará tanto peligro la victoria del Rey como sería por el contrario, porque, en tal caso, todas las armas de los vencedores se volverían contra nosotros, y el Emperador, no sólo tendría menor freno y menos estorbos, sino casi necesidad de ocupar el ducado de Milán.

»A lo que se dice del vínculo de la confederación es fácil responder, porque prometimos al rey de Francia ayudarle á defender los Estados que poseía en Italia, no á recuperarlos después de haberlos perdido. No dice esto la escritura de nuestras capitulaciones, ni militan en nosotros las mismas causas. Cumplimos nuestras obligaciones cuando en la pérdida de Milán, causada por la falta de sus provisiones, recibió más daño nues-

tra gente de armas que la francesa: cumplímoslas cuando, volviendo Lautrec con los suizos á la guerra, le enviamos más ayudas: hemos hecho más que ofrecimos; pues sustentados por él con vanas esperanzas y promesas, esperamos tantos meses su ejército. Si la voluntad le detiene, ¿por qué sufrimos la pena de sus culpas? Y si es la necesidad, aunque estuviésemos obligados, nos basta esta razón para justificarnos.

»No sé de qué otra cosa somos deudores del rey de Francia, pues primero hemos sido desamparados de él. No sé á qué más está obligado un confederado por el otro, ni qué le puedan ayudar nuestros peligros. No afirmo que los capitanes del Emperador piensen en movernos la guerra al presente, pero no me atreveré á afirmar lo contrario, considerando la necesidad que tienen de sustentar el ejército en Estados de otros y la esperanza que podrían tener de llevarnos por este camino á su unión, mayormente si el rey de Francia no pasa á Italia (pues quien lo duda no lo hace á mi juicio sin razón) por su negligencia y por estar exhausto de dinero y por la guerra que tienen de la otra parte de los montes con dos Príncipes tales. Ni puede ser reprendido quien da crédito en esto á vuestro embajador, porque los embajadores son los ojos y los oídos de los Estados.

»Replico, en suma, que con gran estudio debemos procurar que sea el Estado de Milán de Francisco Sforza, de lo cual nace en consecuencia que es más útil la determinación que nos puede conducir á este efecto que la que totalmente nos excluye de él.»

La autoridad de dos hombres semejantes y la eficacia de las razones, había dejado más dudosos que resueltos los ánimos de los senadores, por lo cual alargaba el Senado cuanto podía el determinarse, induciéndole á esto la naturaleza, la gravedad del negocio, el

deseo de ver más adelante los progresos del rey de Francia y también eran causa muchas dificultades que de necesidad nacían de la concordia con el Archiduque.

Aumentaba la suspensión de sus ánimos el ver que el rey de Francia, previniéndose con solicitud para la guerra, había enviado al obispo de Bayeux á rogarles que difriesen el tomar resolución por todo el mes próximo, afirmando que antes del fin de este término pasaría con mayor ejército que nunca hubiese visto en Italia la edad presente.

Habiendo muerto Antonio Grimani, Dux de aquella ciudad, mientras estaban en esta duda, fué elegido en su lugar Andrea Gritti, lo cual causó más daño que provecho á las cosas francesas porque, constituido en aquel lugar y dejada absolutamente la deliberación al Senado, no quiso jamás, ni con palabras, ni con obras, mostrarse inclinado á ninguna parte.

Finalmente, enviando el Rey al Senado nuevas personas con grandes ofertas, y entendiéndose que por la misma causa venían Ana de Montmorency, que fué después gran condestable de Francia, y Federico de Bozole, los embajadores cesáreos é ingleses, á los cuales era muy sospechosa la dilación, protestaron al Senado que partirían pasados los primeros tres días, dejando imperfectos todos los negocios.

Necesitado por esta causa el Senado veneciano á determinarse, y desacreditando que las promesas del rey de Francia tendrían efecto el haber sido sustentados tantos meses con vanas esperanzas y mucho más lo que afirmaba en contrario el embajador que residía cerca de su persona, determinó abrazar la amistad del Emperador, con el cual se concertó con estas condiciones: Que entre el Emperador, Fernando, archiduque de Austria y Francisco Sforza, duque de Milán, de una par-

te, y el Senado veneciano de la otra, hubiese perpetua paz y confederación; que debiese enviar el Senado cuando fuese menester para la defensa del ducado de Milán, seiscientos hombres de armas, seiscientos caballos ligeros y seis mil infantes y los mismos para la defensa del reino de Nápoles; pero esto en caso que fuese molestado por los cristianos, porque los venecianos rehusaban obligarse generalmente por no irritar contra sí las armas de los turcos; que tuviese la misma obligación el Emperador para la defensa de cualquier cosa que los venecianos poseían en Italia y que pagasen al Archiduque en ocho años, por cuenta de antiguas diferencias y por la concordia hecha en Vorms, doscientos mil ducados.

Concertadas estas cosas, habiendo apartado ya el Senado veneciano de su servicio á Teodoro Trivulcio, eligió por gobernador general de su milicia, con las mismas condiciones, á Francisco María, duque de Urbino.

Fué juicio casi común por toda Italia que, viendo el rey de Francia que le serían contrarias aquellas ayudas que primero le debían ser favorables, desistiría de acometer por aquel año el ducado de Milán; mas entendiéndose que no sólo continuaba en prevenirse, pero que comenzaba ya á moverse el ejército, los que tenían su victoria hicieron juntos nueva confederación para resistirle, induciendo al Papa á ser cabeza y principal de ella.

CAPITULO II.

Vuelve á Roma el cardenal de Médicis.—El cardenal Soderini es arrestado en el castillo de Saint'Angelo.—Alianza entre Adriano VI y Carlos V.—Conjura del duque de Borbón contra Francisco I.—Llega á Italia Bonnavet, almirante de Francia.—Antonio de Leiva es enviado á guardar Pavía.—Muerte del Papa Adriano.—Combates en Lombardia.—Declinación de las cosas de los franceses en Italia.—El ejército francés se retira de las inmediaciones de Milán.

Había el Papa pedido (deseoso de la paz común) cuando llegó á Italia, al Emperador, al rey de Francia y al de Inglaterra que, atento á los prósperos sucesos de los turcos, depusiesen las armas tan dañosas para la república cristiana y que cada uno enviase á Roma embajadores, dándoles plena autoridad sobre estas cosas, lo cual ejecutaron todos prontamente en la apariencia; pero comenzando después á tratarse con particularidad las cosas, se conoció presto que eran trabajos vanos, porque para hacer la paz se hallaban infinitas dificultades. La tregua por breve tiempo no agradaba al Emperador, fuera de que parecía cosa de ningún provecho, y el rey de Francia la rehusaba por largo tiempo, por lo cual el Papa, volviéndose á despertar en él la antigua amistad con el Emperador ó pareciéndole que los pensamientos del rey de Francia eran ajenos á la paz, comenzó más de lo que solía á inclinar los oídos á aquellos que le aconsejaban que no permitiese que poseyera de nuevo aquel Rey el ducado de Milán. De estas causas el cardenal de Médicis que, temiendo las persecuciones de sus émulos y especialmente del cardenal de Volterra, á quien parecía que el Papa daba mucho crédito, vivía antes en Florencia, tomó ánimo

para venir á Roma, donde fué recibido con grande honra casi de toda la corte y juntamente con el duque de Sesa, embajador del Emperador, y con los embajadores del rey de Inglaterra favorecía esta misma causa con el Papa.

En este tiempo la mala fortuna del cardenal de Volterra, que casi siempre perturbaba su prudencia, astucia y artificios, le causó daño y peligro y al cardenal de Médicis facultad para ganar mayor gracia y autoridad con el Papa, el cual antes había estado muy inclinado al de Volterra, porque con su sagacidad y palabras, no menos sustanciales que adornadas, le había impreso en el ánimo que deseaba mucho la paz universal de la cristiandad; siendo así que, detenido, por medio del duque de Sesa, en Castilnuovo, junto á Roma, Francisco Imperial, desterrado de Sicilia, que iba á Francia, le hallaron unas cartas escritas por dicho Cardenal al obispo de Santes, su sobrino, en las cuales aconsejaba al rey de Francia que acometiese con armada de mar la isla de Sicilia, porque, volviéndose las armas del Emperador á defenderla, le sería más fácil recuperar el ducado de Milán, de lo cual, maravillándose mucho el Papa y teniéndose por engañado de sus fingimientos, incitándole también ardientemente el duque de Sesa y el cardenal de Médicis, llamóle á su presencia y le hizo prender en el castillo de Saint'Angelo y después señaló jueces para examinarle como reo de haber violado la majestad Pontificia, concitando al rey de Francia á acometer con armas á Sicilia, feudo de la Sede Apostólica, y aunque en este conocimiento se procedió lentamente y, acabados los exámenes, se le dió facultad para defenderse por abogados y procuradores, con todo eso no se procedió con la misma moderación en la hacienda, porque el mismo día que el Cardenal fué arrestado ocupó el Papa todas las riquezas que había en su

casa. Descubrióse también, por la prisión del mismo Imperial, un trato que se tenía en Sicilia por el rey de Francia, por lo cual fueron descuartizados el conde de Camerata, el maestro Portulano y el Tesorero de aquella isla.

Conmovido tanto más el Papa por estas cosas contra el rey de Francia, comenzando continuamente á consultar con el cardenal de Médicis y oyéndose más cada día la fama de la venida de los franceses, determinando oponérseles, refirió en el Colegio de los cardenales (haciendo primero el acostumbrado prefacio de los peligros que amenazaban del Príncipe de los turcos) que sólo el rey de Francia era causa de que no se apartase de la cristiandad tan gran peligro, porque rehusaba pertinazmente venir en la tregua que se trataba, y que tocándole á él, como á Vicario de Cristo y sucesor del Príncipe de los Apóstoles, hacer cuanto pudiese para la conservación de la paz, le obligaba el celo del bien común á unirse con aquellos que trabajaban por que no se turbase Italia, pues de su quietud ó turbación nacía el reposo ó la quietud de todo el mundo.

En conformidad de esta plática, y habiendo venido para este efecto el virrey de Nápoles á Roma, se concertó á 3 de Agosto la liga y confederación para la defensa de Italia entre el Papa, el Emperador, el rey de Inglaterra, el archiduque de Austria, el duque de Milán, el cardenal de Médicis y el Estado de Florencia juntos y los genoveses, que había de durar cuanto viviesen los confederados y un año después de la muerte de cada uno de ellos, reservando lugar á cualquiera para entrar en esta liga como fuese aceptado por el Papa, por el Emperador, por el rey de Inglaterra y por el archiduque de Austria, y diese caución de que usaría en sus quejas el camino del derecho y no el de las armas; que se juntase un ejército para oponerse á quien quisiese

acometer en Italia á algunos de los confederados, en el cual enviase el Papa doscientos hombres de armas, el Emperador ochocientos, los florentinos doscientos, el duque de Milán doscientos y doscientos caballos ligeros; que proveyesen el Papa, el Emperador y el duque de Milán la artillería y las municiones con todos los gastos pertenecientes; que para levantar los infantes necesarios para el ejército y para hacer los otros gastos que son menester para la guerra, pagase el Papa cada mes veinte mil ducados, otros tantos el duque de Milán y la misma suma los florentinos, el Emperador treinta mil, y entre Génova, Siena y Luca diez mil, pero quedando los genoveses obligados á la armada y á los otros gastos necesarios para su defensa; que fuesen todos obligados á esta contribución por tres meses y más por el tiempo que declarasen el Pontífice, el Emperador y el rey de Inglaterra, y que estuviese en mano del Papa y del César declarar quién había de ser capitán general de toda la guerra, el cual se trataba que fuese el virrey de Nápoles: mayormente procuraba esto, por el odio que tenía contra Próspero Colonna, el cardenal de Médicis, cuya autoridad con los imperiales era grandísima.

Juntóse á esta confederación por modo indirecto el marqués de Mantua, porque el Papa y los florentinos lo condujeron por su capitán general á costa de ambos.

Mas ni la liga del Emperador con los venecianos, ni la unión de tantos Príncipes, hecha con tantas provisiones, entibió el ardor del Rey, el cual, habiendo venido á Lyon, se disponía para pasar personalmente con gran ejército á Italia, donde ya, por la fama de su venida, comenzaban á descubrirse nuevos alborotos. Lionello, hermano de Alberto Pío, recuperó por sorpresa la villa de Carpi, que estaba guardada con descuido por Juan Coscia, puesto allí por Próspero Colonna, á quien el Emperador se la había dado, quitándosela á Alberto

como á rebelde del Imperio. Pero mayor accidente hubo de suceder en el Estado de Milán porque, yendo Francisco Sforza en una mula francesa desde Monza á Milán y habiéndose alejado de él, como lo hacían de ordinario los caballos de su guarda, porque el Príncipe tuviese menos polvo, que por ser verano le levantaban muy grande los caballos en el llano de Lombardía, Bonifacio Visconti, mozo conocido más por la nobleza de su familia que por las riquezas, honras ú otras cualidades, movido del enojo concebido de que pocos meses antes había sido muerto monseñor Visconti en Milán, por mano de Jerónimo Morone y, como se creía, no sin voluntad del Duque, arrimándose á él sobre un caballo turco, en llegando á una encrucijada, moviendo con furia el caballo, le acometió con un puñal para herirle en la cabeza; pero espantándose la mula y no estando tampoco firme el caballo por su ferocidad, por ser Bonifacio de mayor estatura y sobrepujándole mucho por la altura del caballo, el golpe destinado para la cabeza le hirió en la espalda. Sacó después la espada para darle otro golpe, pero la herida fué pequeña y de tajo y, habiendo concurrido ya muchos, se puso en huída, siguiéndole los caballos de la guarda; pero adelantándoseles por la velocidad del suyo, se libró en el Piamonte. Cosa (si al atrevimiento y á la industria hubiera correspondido la fortuna) sucedida pocas veces y por ventura jamás que un hombre solo hubiese muerto á mediodía en el camino público á un Príncipe tan grande, acompañado de tantas armas y de tantos soldados, en medio de su Estado y que hubiera huído libre.

Retiróse el Duque así herido á Monza, no pudiendo creer que no hubiese conjuración en Milán, en donde Próspero y Morone hicieron prender al obispo de Alejandría, hermano del Monseñorino, el cual, poniéndose voluntariamente en las manos de Próspero, debajo de

su palabra y siendo eximido, fué enviado después preso á la fortaleza de Cremona; siendo varios los juicios de la gente sobre si había sido sabedor de este hecho ó no.

Sucedió casi en los mismos días que Galeazzo de Bírigo, seguido de otros muchos desterrados del Estado de Milán, con ayuda de algunos soldados franceses que ya estaban en el país del Piamonte, fué introducido por el castellano de la fortaleza de Valenza, de nación saboyano, en el lugar, lo cual, sabido por Antonio de Leiva que, con una parte de los caballos ligeros y de los infantes españoles estaba en Asti, fué luego á visitar aquel lugar, y siendo flaco, no habiendo los enemigos tenido tiempo de repararlo, plantada la artillería, le tomó al segundo día y, batiendo después la fortaleza, tuvo el mismo suceso, quedando muertos en ambas expugnationes cerca de cuatrocientos hombres y muchos presos, éntre los cuales lo fué Galeazzo, cabeza de este movimiento.

Pasaba continuamente los montes el ejército francés, en cuyo seguimiento había pensado pasar el Rey, pero turbó su dictamen la conjuración que se descubrió del duque de Borbón, el cual, por la nobleza de la sangre real, por la grandeza de su Estado, por la dignidad del oficio de Gran Condestable y por la esclarecida fama de su valor, siendo el mayor y más estimado Señor del reino de Francia, no estaba algunos años hacía en la gracia del Rey, y por esto no fué promovido á los puestos ni introducido en los secretos que merecía tanta grandeza. Habíase añadido que la madre del Rey, despertados ciertos derechos antiguos, le pedía su Estado en el parlamento de París; por lo cual, viendo que no ponía el Rey ningún remedio de esto, lleno de indignación, había confederado pocos meses antes con secreto por medio de Beuren, gran camarero y muy confidente del Emperador, con su majestad cesárea y con el rey de

Inglaterra, con condición de que, para establecer las cosas con vínculo más fiel, se casase con Leonor, hermana del César, que había quedado viuda por la muerte de Manuel, rey de Portugal.

La ejecución de sus consejos estaba fundada en haber determinado el rey Francisco ir personalmente á la guerra y, porque perseverase en esta determinación, le había dado el rey de Inglaterra artificiosamente esperanza de no molestar á Francia por aquel año. Debía Borbón, luego que el Rey hubiese pasado los montes, entrar en la Borgoña con doce mil infantes que se preparaban secretamente con el dinero del Emperador y del rey de Inglaterra, y no dudaba, por la ocasión de la ausencia del Rey y por la gracia universal que tenía con todo el reino de Francia, que haría grandísimos progresos. De lo que se ganase había de retener para sí la Provenza, permutando el título de Conde en título de rey de la Provenza; pues pretendía que este Condado le pertenecía por derechos dependientes de los Anjovinos; todas las otras cosas habían de ser del rey de Inglaterra; por tanto, para excusarse de seguir al Rey, detenido en Molins, villa principal del ducado de Borbón, fingía que estaba enfermo, y pasando el Rey por aquel lugar cuando iba á Lyon (á quien había llegado ya algún indicio ligero de su trato), no disimulando con él, le dijo que otros habían procurado ponerle en esta sospecha, pero que podía más con él la opinión experimentada tantas veces de su virtud y fe, por lo cual el Duque, dándole gracias eficazísimamente de que con tanta libertad y sinceridad de ánimo hubiese hablado con él y dando gracias á Dios por haberle dado tal Rey, cuya gravedad no habían tenido fuerza para alterarla las acusaciones y calumnias falsas, le prometió luego que estuviese con salud (lo cual por lo ligero de la enfermedad esperaba que sería dentro de pocos días) ir

á Lyón para acompañarle á cualquier parte que fuese, pero al llegar el Rey á Lyón, entendiendo que en los confines de la Borgoña se juntaban infantes tudescos y añadida esta sospecha á los individuos que primero tenía y el haberse tomado unas cartas que daban más clara luz hizo encarcelar á San Valerio, á Boisy, hermano de La Paliza, al Correo Mayor y al obispo de Autum, sabedores de esta conjuración, y envió luego al Gran Maestre con quinientos caballos y cuatro mil infantes á Molins á prender á Borbón, pero fué tarde porque, sospechoso ya y temiendo le fuesen tomados los pasos, había pasado ocultamente al Franco Condado en hábito desconocido.

Por este caso tan importante determinó el Rey no proseguir su jornada, y detuvo cerca de sí parte de la gente que estaba dispuesta para la nueva guerra. Envió á Italia á monseñor de Bonnavet, almirante de Francia, con mil ochocientas lanzas, seis mil suizos, dos mil grisonos, dos mil valesanos, seis mil infantes tudescos, doce mil franceses y tres mil italianos. Habiendo pasado los montes con este ejército, y arrimándose á los confines del Estado de Milán, hizo demostración de querer enderezarse á Novara, por lo cual aquella ciudad, falta de soldados y de reparos suficientes, se rindió, con licencia del duque de Milán, quedándose por él la fortaleza; lo mismo y por la misma causa lo hizo Vigevane, por lo cual toda la provincia que está de la otra parte del río Tesino, vino á poder de franceses.

No había creído Próspero Colonna (que estaba con una larga enfermedad) que el rey de Francia, habiéndose confederado contra él los venecianos, y descubriéndose después la conjuración del duque de Borbón, perseverase en la determinación de acometer por aquel año el ducado de Milán, por lo cual no pudo recoger con la diligencia y celeridad conveniente los soldados

que estaban alojados en diferentes lugares, ni hecho las provisiones necesarias para tan gran movimiento, y acercándosele ahora los enemigos, llamaba con solicitud la gente, atento á impedir el paso del Tesino. No acordándose de lo que le había sucedido á él contra Lautrec en el río Adda, se prometía con tanta confianza que lo podría hacer, que no empleaba ninguna solicitud en volver á poner en orden los bastiones y reparos de los burgos de Milán, de los cuales la mayor parte estaban casi por el suelo, por no haberse cuidado de ella. Juntaba el ejército sobre el río entre Biagrassa, Bufaloro y Turbico, sitio acomodado para aquel efecto, y á propósito también para Pavía y para Milán.

Mas los franceses que habían venido á Vigevane, habiendo hallado el agua del río más baja de lo que había pensado Próspero, comenzaron á pasar, parte vadeando y parte en barcas, cuatro millas distantes del ejército imperial, echando también un puente para la artillería en lugar donde no hallaron guarda ni embarazo alguno, por lo cual Próspero, mudando necesariamente por este accidente no pensado todos los consejos de la guerra, envió luego á Antonio de Leiva con cien hombres de armas y tres mil infantes á la guarda de Pavía, y él con el resto del ejército se retiró á Milán, en donde, entrando en consejo con los capitanes, vinieron todos concordemente en este parecer: que no era posible, si se arrimaban los franceses con presteza, defender á Milán, porque los bastiones y los reparos de los burgos estaban la mayor parte por el suelo por no haberse tenido cuidado de ellos después de la última guerra, y la mucha confianza que había tenido Próspero en defender el paso del Tesino, había sido causa de que no se trabajase en repararlos, ni era posible ponerlos en estado de poderlos defender sino en tres días de tiempo; que se debía determinar (esperando ambos casos), que se tra-

bajase con gran prisa en los reparos, y con todo eso estar prevenidos para irse si los franceses viniesen en el primero, segundo ó tercer día, y para retirarse á Como si venian los franceses por el camino de Pavía, y á Pavía si por el de Como; pero el hado, contrario á los franceses, obscureciendo, como otras veces lo había hecho, sus entendimientos, no permitió que usasen de tan dichosa ocasión, porque, ó por negligencia ó por recoger todo el ejército, del cual había quedado atrás una gran parte, se detuvieron tres días sobre el río Tesino, de donde, juntándose después todos entre Milán, Pavía y Binasco, vinieron á San Cristóbal, que está á una milla de Milán, entre la puerta de Pavía y la Romana, y habiendo hecho las explanadas y pasado la artillería á la vanguardia, mostraron que querían combatir el lugar pero, sin intentar más, hicieron en aquel sitio su alojamiento, y levantándose de él pocos días después, alojaron en la abadía de Chiaravalle, donde arruinaron los molinos y quitaron el agua á Milán, pensando más en asediarse que en acometerle, porque estaban entonces en Milán, demás de la multitud abundantísima de armas, y con la acostumbrada disposición contra el nombre del rey de Francia, cerca de ochocientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros, cuatro mil infantes españoles, seis mil quinientos tudescos y tres mil italianos.

Estando las cosas en este estado, pasó á la otra vida, á 14 de Septiembre, el papa Adriano, no sin descomodidad de los coligados, por faltarles, demás de la autoridad pontificia, la contribución del dinero, á la cual estaba obligado por los capítulos de la confederación. Murió dejando de sí corta fama, ó por la brevedad del tiempo que reinó, ó por ser poco práctico en los negocios, y con gran gusto de toda la Corte, deseosa de ver en aquella Silla á un italiano, ó á lo menos criado en Italia.

Por la muerte del Papa comenzaron á turbarse los lugares de la Iglesia, en los cuales se habían comenzado á ver, antes de su enfermedad, centellas pequeñas de futuro incendio, dispuesto para ampliarse en su vida si, por una parte el suceso, y por otra la diligencia de otros, no lo hubieran estorbado; porque dando el Colegio de los cardenales, antes que pasase á Italia el Papa, comisión á Alberto Pío para la guarda de Regio y de Rubiera, tenía todavía las fortalezas de aquellos lugares, habiendo con varios colores y diversas excusas, y por ocasión de la poca experiencia de Adriano, hecho burla muchos meses de la instancia que hacía para que se la restituyese. Habíase tratado por él, demás de esto, que luego que se viera el principio de la guerra, Renzo de Ceri, seguido de algunos caballos y de mucha infantería, hiciese alto en Rubiera, para correr con la oportunidad de aquel lugar al camino de Roma, entre Módena y Regio, á efecto de impedir el dinero y los despachos que iban á Milán de Roma, Nápoles y Florencia, y proceder á mayores empresas, según las ocasiones; pero sabiendo á buen tiempo Francisco Guicciardini, gobernador de aquellas ciudades, este designio, y mostrado al Papa el fin á que miraban las mansas palabras y ruegos de Alberto, y el peligro que corría todo el Estado eclesiástico por aquella parte, había obrado tanto, que enojado el Papa, con amenazas y demostraciones de querer usar de la fuerza, obligó á Alberto á restituírse los, el cual, por no estar todavía tan adelantadas las cosas francesas, no tuvo osadía para oponérsele. Mas recuperando después los Píos la villa de Carpi, deseoso Próspero de recobrarla, fué autor de que en nombre de la Liga se condujese á Guido Rangone con cuatrocientos hombres de armas, cien caballos ligeros y mil infantes, y que se ordenara que mil infantes españoles que el duque de Sesa había asoldado en Roma para

que fuesen á Milán á juntarse con los otros, se detuviesen en Módena por la misma causa.

Mientras se disponían estas cosas, Renzo de Ceri, con quien se juntaban muchos infantes y caballos por su autoridad y por la esperanza de la presa, comenzó á correr el camino y á perturbar todo el país. Acometió también una noche de repente, siendo ya muerto el Papa, con dos mil infantes á Rubiera; pero defendiéndola valerosamente la gente, y siendo muy dificultoso tomarla por asalto, no la ganó. Allí fué preso Tristán Corso, uno de los capitanes de su infantería. Recogidas estas fuerzas por diversas causas en estos lugares, dieron ocasión á mayores cosas, porque muerto el Papa, el duque de Ferrara, cansado de las esperanzas que le habían dado de la restitución de aquellos lugares, considerando, por la absolución que había alcanzado de Adriano, que era menos difícil alcanzar el perdón de lo que había tomado, que la restitución de lo perdido, y persuadiéndose á lo mismo que comúnmente creían muchos, que por las discordias de los cardenales, aumentadas continuamente después de la muerte de León, se había de diferir mucho la elección del futuro Pontífice, determinó atender á la recuperación de Módena y de Regio, á lo cual le convidaba, demás de otras oportunidades, la comodidad de unir consigo á Renzo de Ceri que ya había juntado doscientos caballos y más de dos mil infantes; por lo cual el Duque, tomando á sueldo tres mil y enviando á Renzo tres mil ducados, se movió hacia Módena, en donde no había más presidio que el conde Guido Rangone con la gente con que había sido conducido por la Liga. Y aunque en el pueblo era odioso el dominio de la casa de Este, con todo eso, siendo flacas las murallas, y fabricadas sin traveses, al modo antiguo, los fosos llenos y habiendo ya mucho tiempo que no se hacía ningún

reparo, parecía que había menester mayor presidio. Por esta causa el gobernador y el Conde (que, dejadas algunas diferencias que había entre ellos, procedían unidamente) hacían gran diligencia para que, según lo que primero se había determinado, entrasen en Módena los infantes españoles, los cuales, llegados ya á Toscana, caminaban lentamente, dando varias y dudosas respuestas sobre el querer detenerse en Módena ó pasar adelante, si bien con muchos ruegos, vinieron al fin en entrar en la ciudad. Entendido esto por el duque de Ferrara, que con doscientos hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros y tres mil infantes, había venido á Finale, casi se detuvo en pasar adelante; pero habiéndose pasado la ocasión y esperando que por lo menos con la unión de Renzo de Ceri, le podría suceder el tomar á Regio, no desesperando tampoco de que, por la dificultad de las pagas, hubiese de nacer algún desorden en la infantería de los enemigos, determinó pasar más adelante.

No había concebido ligeramente estas esperanzas, porque no haciendo el colegio de los Cardenales, á quien el gobernador había significado con brevedad los peligros que amenazaban, provisión alguna, no respondiéndole á los mensajeros ni á las cartas que recibían, no había disposición para poder con el dinero público pagar á los soldados. Llegó el día en que los españoles debían recibir el sueldo del segundo mes, y aunque se pudiera pagar á todos, no había ninguna esperanza de levantar mayor número; y si éstos se dividían entre Módena y Regio, no quedaba segura ninguna de las dos ciudades, ni en Regio había soldados, ni la disposición del pueblo era diferente del de Módena.

Habiendo en estas dificultades determinado el gobernador y el conde Guido conservar principalmente á Módena, como lugar más importante por la vecindad

de Bolonia, más unido al Estado de la Iglesia, y adonde más fácilmente se podían conducir los socorros y las provisiones, enviaron á Regio quinientos infantes, debajo del gobierno de Vicente Maiato, boloñés, soldado del conde Guido, al cual cometieron que, si no se podía defender el lugar, se retirase á la ciudadela, y porque esperaban que se defendería á lo menos algunos días, enviaron dinero á Juan Bautista Smeraldo, de Parma, su castellano, para que llamase trescientos infantes, y rogaron, aunque en vano, á la comunidad de Regio, que tratándose no menos de su seguridad que de la del estado de la Iglesia, prestasen alguna cantidad de dinero para levantar otros infantes.

No pudiendo el gobernador remediar de otra manera el peligro de Módena por falta de dinero, juntando muchos ciudadanos, les refirió que las cosas se habían reducido á tal estado que, si no se pagaba á los infantes españoles, ni había dinero para proveer á muchos gastos, era necesario dejar caer el lugar en manos del duque de Ferrara; pero que si hubiese provisión de dinero se defendería, y que no había otro modo de proveerle, si ellos mismos no socorrían la presente necesidad, porque era cierto que para lo que ocurriese en lo venidero ó el nuevo Papa ó el Colegio de los Cardenales le proveerían; que no había en aquella junta alguno que no hubiese probado el dominio del duque de Ferrara y el de la Iglesia, por lo cual era superfluo mostrar con argumentos ó con el discurso de razones á aquellos á quien se lo había enseñado la memoria, cuál de los dos era más amable ó más cruel; que sólo les rogaba que no les arredrase aquella pequeña cantidad de dinero que se les pedía prestada, porque esto, en cuanto al interés público y al provecho de los particulares, era de poco momento en comparación de tener un señor que les agradaba más.

Recibidas estas palabras de buena gana en los ánimos de aquellos que tenían la misma inclinación, proveyeron el mismo día cinco mil ducados con distribución hecha entre ellos mismos, y habiendo pagado con ellos á los españoles y hecho otras provisiones, no tenían algún temor de las armas del duque de Ferrara, el cual, no presumiendo de sus fuerzas propias más de lo justo, dejando á Módena á mano izquierda y habiéndose juntado con él en el camino Renzo de Ceri, se arrió á Regio. Recibióle luego esta ciudad y el día siguiente le entregó la ciudadela el castellano, habiendo aguardado pocos tiros de artillería, alegando para su justificación que Vicente Maiato, á quien había llamado, rehusó entrar dentro y que el dinero que les enviaba el gobernador se lo habían tomado cerca de Parma, adonde lo envió para levantar infantes.

Fuése de con el Duque, luego que hubo ganado á Regio, Renzo de Ceri, llamado por el Almirante de Francia, y quedando por esta causa con poca infantería, después que se hubo detenido algunos días sobre el río de la Secchia, sitió el lugar de Rubiera, para cuya defensa había puesto el conde Guido al Viejo de Coviciano con doscientos infantes. Tenía el Duque poca esperanza de ganarla, porque el castillo es pequeño y muy reparado, por lo ancho y profundo del foso y porque se junta por todas partes con las murallas que le rodean un gran terrado; mas con todo, habiendo comenzado el día siguiente á batir el muro que está junto á la puerta con la artillería, el capitán de la infantería, ó concertado secretamente ó espantado de que se comenzaba ya á inquietar la gente del castillo, echándose de las murallas, se presentó delante del Duque, poniendo en su mano la plaza y su persona, y entrando luego en ella, arrimando la artillería á la fortaleza, espantó de manera al castellano que se llamaba Tito Tagliaferro,

de Parma, que aunque la fortaleza era fuerte y suficientemente proveída de gente, de artillería y de todas las cosas necesarias, sin esperar un cañonazo, la entregó antes de anochecer. Al recibirla el Duque detuvo el ejército, esperando que los infantes que había en Módena se desharían por la larga vacante de la Sede apostólica y sustentándose al mismo tiempo (como abajo se dirá) con esperanza de otras cosas.

En este tiempo, desesperado Bonnivet de poder tomar por fuerza á Milán, estando alojado en San Cristóbal entre las puertas de Pavía y Romana, lugar rodeado de agua y de fosos, habiendo ocupado á Monza, envió á monseñor Bayardo y con él á Federico de Bozzole con trescientas lanzas y ocho mil infantes á apoderarse de Lodi, adonde había venido el marqués de Mantua con quinientos caballos y quinientos infantes de las fuerzas que mandaba de la Iglesia y de los florentinos, el cual, temeroso de sí mismo, se retiró á Pontevico, y desamparada la ciudad, recibió dentro á los franceses. Tomada Lodi, echando Federico el puente sobre el Adda, pasó con aquella misma gente el Cremonés, para socorrer el castillo de Cremona, que apretado del hambre y no sabiendo los de adentro que hubiese pasado á Italia el ejército del Rey, habían concertado en estos mismos días que el Almirante se acercó á Milán, que se rendiría si hasta 26 de Septiembre no era socorrido. Arrimóse sin dificultad Federico al castillo, y después que le hubo metido refresco de vituallas y de otras cosas necesarias, determinó acometer el lugar, confiándose en haber dejado en él Próspero Colona poca guarnición (aunque el marqués de Mantua había enviado, por este miedo, cien hombres de armas, otros tantos caballos ligeros y cuatrocientos infantes); pero no pareciéndole que podía entrar en la ciudad por la parte del castillo por las grandes fortifi-

caciones que habían hecho los de adentro que dividían la ciudad del castillo, resolvió, volviendo sobre la mano izquierda, batir la muralla por donde estaba más flaca. Batida la muralla con la artillería, dió Federico el asalto en vano y haciendo después mayor rutura, dió otro, pero con el mismo suceso, por lo cual se fué á San Martino, esperando á Renzo de Ceri que, con doscientos caballos y dos mil infantes venía del Regiano. Cuando llegó volvieron á la muralla y la batieron por muchas horas con gran progreso, mas impidiéndoles grandes lluvias y conociendo que con dificultad podían alcanzar la victoria, no intentaron más. En este día Mercurio con los caballos ligeros de los venecianos, cuya gente se juntaba en Pontevico, pasando el Oglio, corrió hasta los alojamientos.

Intentadas estas cosas en vano y habiendo en el ejército estrechez de vituallas y deshaciéndose los infantes que conducía Renzo de Ceri porque no habían recibido más dinero que el que dió á Renzo el Duque, partiendo de Cremona fueron á sitiar á Sonzino, pero con suceso semejante al pasado.

Saquearon después el lugar de Caravagio, donde se detuvieron algunos días. De esta detención nació ó excusa ó impedimento al Senado veneciano para no enviar á Milán las ayudas á que estaba obligado, porque disculpada la tardanza del recoger la gente por lo que comúnmente creían los capitanes cesáreos, de que por haberse separado los venecianos del rey de Francia, no pasarían los franceses aquel año, afirmaban que enviarían, en pasando el río Adda, la que estaba en el Cremonés. Estando las cosas en este estado, desconfiando cada parte de dar fin á la guerra con brevedad, ninguno intentaba poner en peligro el resto de las cosas.

No pensando el Almirante en la expugnación de Milán, había puesto su esperanza en que los enemigos se

hubiesen de deshacer por la falta de dinero, ó que se vieran obligados á desamparar á Milán por falta de vituallas adonde, aunque había cantidad de trigo, era casi innumerable la multitud de los que se habían de sustentar en ciudad tan populosa, y habiendo quitado las aguas y estorbado las moliendas, había gran falta de harina. Por esta causa volvió á llamar la gente de la Ghiaradadda, y la hizo detener entre Monza y Milán, para que los milaneses, que estaban privados de las vituallas que solían venir por los caminos de Lodi y de Payía, lo quedasen también de las que recibían del monte de Brianza. Mas no bastaban estas cosas para hacer el efecto que el Almirante deseaba.

Por otra parte, por consejo de Próspero Colonna, aunque tenía oprimido el cuerpo de una grave enfermedad y no menos trabajado el espíritu, no pudiendo sufrir la venida del virrey de Nápoles por la codicia de conservarse en el primer lugar, se hacía diligencia para estorbar las vituallas á los enemigos que venían por la parte del río Tesino; porque la fortaleza del sitio en que alojaban no dejaba esperanza alguna de echarlos con las armas. Por esto procuró Próspero que entrase en Pavía el marqués de Mantua y teniendo su puente los franceses, por su venida, echaron otro en Torligo, distante veinticinco millas de Pavía. Solicitaba demás de esto que Vitello, con la compañía de la gente de armas que tenía de los florentinos (los cuales al principio de la guerra le habían enviado á Génova), y con tres mil infantes pagados por los genoveses, con los cuales había ocupado todo el país de la otra parte del Pó, excepto Alejandría, pasase el río para inquietar las vituallas que se traían á los franceses de la Lomellina; mas no lo consintió el Dux de Génova, temiendo sus cosas propias, por la vecindad del arzobispo Fregoso que estaba en Alejandría. Y

porque los venecianos, cuya gente había pasado el Oglio, rehusaban pasar el Adda por el peligro de Bérgamo, mientras aquella parte de los franceses que había partido de Caravagio se detenía cerca de Monza, alcanzó Próspero que enviasen á Trezzo cuatrocientos caballos y quinientos infantes, para impedir las vituallas con que se sustentaban.

Mientras se atendía á estas cosas de cada parte, no se hacían otras acciones de guerra que ligeras escaramuzas, correrías y presas, en las cuales siempre quedaban inferiores los franceses, y tal vez con daño de consideración; porque, habiendo salido para escoltar las vituallas que venían á Milán de Trezzo Juan de Médicis con doscientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y mil infantes, encontrándose con ochenta lanzas francesas, la mayor parte de la compañía de Bernabé Visconti, comenzó á seguirlas y después, retirándose astutamente, las metió en una emboscada que había hecho de quinientos arcabuceros, rompiéndolas con poca dificultad, con muerte ó prisión de la mayor parte. Asimismo en otro encuentro Zucchero, borgoñón, rompió sesenta hombres de armas de la compañía del Caballérizo Mayor.

Acometieron también muchas veces los infantes españoles á los infantes franceses que estaban en guarda de las trincheras que se hacían para ir cubiertos hacia los reparos y mataron gran número de ellos. Al mismo tiempo Pablo Luzzasco que, con ciento cincuenta caballos ligeros había quedado en Pizzichittone, corriendo todo el país circunvecino, causaba gran molestia á los que estaban en Cremona.

No sucedían al Almirante más felizmente las asechanzas que las demás acciones, porque, concertado secretamente con Morgante de Parma, uno de los cabos de escuadra de Juan de Médicis, sabiéndolo sólo Juan Ni-

colás de Lanzi, uno de sus caballos ligeros y otros cuatro, que en tocándole la guardia del bastión de una puerta que salía fuera de los reparos, recibiese dentro su gente, sucedió la noche señalada que, pareciéndole á Morgante que tenía necesidad de más compañeros para ejecutar el designio, le confirió con otro de los suyos, el cual, fingiendo que venía en esta traición, le aconsejó que fuese á mandar en nombre de Próspero Colonna á los centinelas que no se moviesen aunque sintiesen algo, para que no detuvieran á la persona que enviaría á llamar á los soldados del ejército que habían de venir al bastión, porque el Almirante había arrimado aquella misma noche por aquella parte cinco mil infantes para que estuviesen dispuestos cuando recibiesen la señal de moverse, y había puesto en arma todo el ejército. Pero mientras Morgante iba á dar esta orden, corrió el otro luego á revelar el trato á Juan de Médicis, el cual fué al bastión y prendió á los que lo sabían, y siendo examinados, según la justicia militar, fueron pasados por las picas.

Pero ya parecía que por todas partes comenzaban á declinar las cosas de los franceses porque, por la fertilidad del país circunvecino de Milán y por haber con molinos caseros aliviado la dificultad de las moliendas, se disminuía continuamente la esperanza de que en aquella ciudad hubiesen de faltar las vituallas, y por los muchos daños recibidos alrededor de Milán, se creía que habían perdido mil quinientos caballos entre útiles é inútiles, por lo cual espantados, no salían de los alojamientos sino por necesidad de hacer escolta á las vituallas y á los forrajes y siempre muy gruesa. Convirtiendo el Almirante la infamia de esta vileza en gloria suya, acostumbraba á decir que no gobernaba la guerra según la furia de los otros capitanes, sino con la moderación y madurez italiana; mas cualquier vez que

sus caballos ó sus infantes se encontraban con los enemigos, mostraban mucha mayor prontitud en huir que en resistir. Asegurados, pues, los capitanes del Emperador del miedo de las armas y del hambre y esperando poner en dificultad de vituallas á los enemigos, no les atormentaba ninguna cosa más que la falta del dinero, sin el cual era difícil sustentar los soldados en Milán y casi imposible sacarlos cuando lo pidiesen las ocurrencias de la guerra. Procuraron remediar esta dificultad por muchos caminos, y entre otros había comenzado á tratar Próspero, casi luego que murió el Papa (viniendo en ello el virrey de Nápoles y el duque de Sesa) con el duque de Ferrara, el cual, rehusando muchas ofertas que le hacía el Almirante para que, en tomando á Regio, fuese á la expugnación de Cremona, concertó finalmente con Próspero que, recuperando por su medio á Módena, pagase luego treinta mil ducados y otros veinte mil dentro de dos meses. Parecía fácil de ejecutar este negocio, porque ordenando Próspero al conde Guido Rangone, soldado de la Liga, y á los infantes españoles que se fuesen de Módena, no había ningún remedio para que, desamparada aquella ciudad, no inclinase luego el cuello al Duque.

Obligaba á Próspero con mayor osadía esta materia, demás de lá causa pública, su codicia particular, la amistad con Alfonso de Este, el deseo de todos los barones romanos de oprimir la grandeza de los Papas y la esperanza de que, enajenadas Módena y Regio de la Iglesia, vendrían más fácilmente al duque de Milán Parma y Plasencia. Mientras se trataba esto con gran secreto, llegado á noticia del conde Guido y manifestándolo él á Guicciardini, conoció que no se podía impedir de ninguna manera si no se persuadía á los infantes españoles (los cuales estaban de buena gana en aquella ciudad por estar bien tratados y pagados

largamente) que, alegando que no estaban sujetos á la autoridad de Próspero Colonna hasta que hubiesen llegado al ejército, rehusasen salir de Módena, sino por orden del duque de Sesa, por quien habían entrado en aquella ciudad, y aunque el gobernador tenía por cierto que se trataba esta materia con sabiduría del Duque, se persuadía que, siendo embajador del Emperador en Roma y reclamando el Colegio, no sólo se avergonzaría de dar tal orden, sino que no podía negarse á la petición de los cardenales de mandar descubiertamente lo contrario.

Sucedió el caso puntualmente según el designio, porque Próspero mandó al conde Guido y á los españoles que fuesen á Milán por la necesidad de la guerra, el Conde se excusó con muchas razones, alegando que era vasallo de la Iglesia y modenés, y persuadidos por él y por el gobernador los capitanes españoles, respondieron que no debían obedecer en caso semejante á ninguna otra persona que al duque de Sesa. Significado esto por el gobernador al Colegio de los cardenales, llamaron éstos luego al duque de Sesa al Cónclave, el cual, no queriendo hacerse sospechoso y consiguientemente al Emperador, no pudo negar el ordenar por sus cartas á aquellos capitanes que no se fuesen, antes, como muchas veces suceden las cosas contrarias á los pensamientos de los hombres, ocurrió que, leyéndose en el Colegio unas cartas de Próspero que tomó el gobernador, por las cuales se descubría todo el progreso de la materia, los cardenales parciales del rey de Francia, por cuya oposición se dificultaban primero las provisiones de dinero que por medio del cardenal de Médicis se habían comenzado á enviar á Módena, conociendo que era dañoso para el Rey que semejante cosa tuviese efecto, se hicieron descubiertamente fautores de que á Módena se enviase dinero, y lo mismo hizo el cardenal

Colonna, para mostrar á los otros que anteponía á cualquier otro respeto la utilidad de la Sede Apostólica.

Aunque bastó esta diligencia para diferir la ejecución de los concertos hechos con Alfonso de Este, con todo eso, no habiéndose quitado por esto el fundamento de tales pensamientos, creían que el virrey de Nápoles que (aunque caminando lentamente) venía á Milán con cuatrocientas lanzas, quitaría los infantes de Módena cuando pasase por aquella ciudad.

En este mismo tiempo se aumentó en Milán la copia de las vituallas, porque, temiendo el Almirante que los soldados que estaban en Pavía ocupasen el puente que él había hecho sobre el Tesino, por donde venían al ejército las cosas necesarias, apartó de Monza el ejército menor, para enviar á la guarda del puente tres mil infantes. De los otros llamó una parte á sí y los otros los distribuyó parte en Marignano y parte en Biagrassa, cerca del puente, por lo cual, recobrada Monza, les venían á los imperiales muy copiosamente los bastimentos. Tenía el ejército de los franceses en este tiempo el alojamiento muy fuerte, el cual se extendía desde la abadía de Chiaravalle hasta el camino de Pavía, arriándose por aquella parte á Milán un tiro de artillería. Había trescientos caballos ligeros, seis mil suizos, dos mil infantes italianos y diez mil entre gascones y franceses. Tenían en el puente del Tesino mil infantes tudescos y mil italianos y el mismo número en Biagrassa, donde estaba Renzo de Ceri; en Novara doscientas lanzas, y entre Alejandría y Lodi dos mil infantes.

En Milán había ochocientos caballos ligeros, cinco mil infantes españoles, seis mil tudescos y cuatro mil italianos, demás de la multitud del pueblo, ardentísima contra los franceses con el ánimo y con las obras. En Pavía estaba el marqués de Mantua con quinientas lanzas, seiscientos caballos ligeros, dos mil infantes espa-

ñoles y tres mil italianos. En Castelnuovo del Tortonés estaban con Vitello tres mil infantes, aunque poco después, habiendo pasado alguna gente francesa hacia Alejandría, se retiró á Serravalle por miedo de que le estorbasen el paso para volverse á Génova. Los venecianos tenían seiscientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y cinco mil infantes, de los cuales enviaron mil á Milán á petición de Próspero, deseoso de servirse de la fama de sus ayudas, y poco después otra parte á Cremona, por recelos de un trato.

Al fin el Almirante, obligado por la dificultad de las vituallas, de los tiempos fríos, de las grandes nieves y de la instancia y pretextos que le hacían los suizos, porque no querían sufrir más tantas descomodidades, determinó apartarse de Milán; pero antes que publicase su consejo, procuró que Galeazzo Visconti pidiese licencia para ir á ver á madama Clara, famosa por la excelente hermosura de su cuerpo, pero mucho más por el amor que le tenía Próspero Colonna. Entrando en Milán, introdujo pláticas de tregua, por las cuales se concertaron que al día siguiente se juntasen al lado de los reparos Alarcón, Pablo Vettori, comisario florentino, y Jerónimo Morone, y por el Almirante, Galeazzo Visconti y el general de Normandía, los cuales propusieron que se suspendiesen las armas por todo Mayo, obligándose á distribuir el ejército por los lugares, y hubieran venido al fin en reducirse á la otra parte del Tesino; pero, contradiciendo los capitanes del Emperador el interrumpir con la tregua la esperanza que tenían de la victoria, respondieron que no podían determinar ninguna cosa sin la voluntad del Virrey, por lo cual el Almirante, dos días después, al amanecer volvió la artillería hacia la ribera del Tesino y, en aclarando el día, siguió con todo el ejército con tal orden que parecía no rehusaba la batalla. Al ver esto la ciudad, no sólo los sol-

dados y el pueblo pedían con grandes voces que los sacasen á acometerles, pero los capitanes y la gente de mayor autoridad hacían instancia con Próspero Colonna sobre lo mismo, mostrándole la facilidad de la victoria, porque en fuerzas no se tenían por inferiores á los enemigos, y de ánimo serían superiores, siendo cierto que la retirada habría puesto gran temor en la mayor parte de aquel ejército, y referían esto mismo muchos infantes italianos que se apartaban de él en aquel momento. Acordábanle la gloria infinita, la perpetuidad eterna de su nombre, si confirmaba tantas victorias con esta última gloria y triunfo.

Pero en el ánimo de Próspero estaba siempre fija la resolución de huir cuanto pudiese el sujetarse al albedrío de la fortuna, y por esto estaba inmóvil en su parecer, como un edificio firmísimo, al contraste de los vientos, respondiendo que no era oficio de sabio capitán dejarse mover de las voces populares, ni llevar sus soldados á acometer á los enemigos cuando no les quedaba otra esperanza que el defenderse; que se había vencido mucho y ganado gran gloria habiendo, sin peligro y sin sangre, obligado á los enemigos á irse; que no debía ser infinita la codicia de los hombres; que podría conocer fácilmente cada uno que sería mayor sin comparación la pérdida, si sucedieran las cosas mal, que la ganancia si sucediesen bien; que siempre con estas artes había conducido á fin honrado sus cosas, siempre había conocido por la experiencia que dañaba más á los capitanes la infamia de la temeridad que les ayudaba la gloria del vencer; porque en aquélla ninguno tenía parte, toda entera se atribuía al capitán, pero la alabanza de los prósperos sucesos de la guerra (á lo menos según la opinión de la gente), á muchos; que no quería, cuando estaba cerca de morir, tomar nuevos consejos y desamparar aquellos que, seguidos por él

toda la vida pasada, le habían dado gloria, provecho y grandeza.

Dividiéronse los franceses en dos partes: el Almirante con la mayor, hizo alto en Biagrasa, villa distante de Milán catorce millas; los demás los envió á Rosa, apartada de Milán siete.

CAPITULO III.

El cardenal Médicis es elegido Pontífice y toma el nombre de Clemente VII.—Tumultos en la Romaña.—Muerte de Próspero Colonna.—El duque de Borbón lugarteniente del César en Italia.—El marqués de Pescara derrota á Bayardo.—Los franceses son derrotados en la Stradella.—Peste de Milán.—El ejército francés se dirige á Novara.—Bayardo cae prisionero y los franceses son echados de Italia.—Novara se rinde á los imperiales.—El ejército del César entra en Francia.—Fundamentos de las pretensiones de Enrique VIII, rey de Inglaterra, al reino de Francia.—Convenio entre Carlos V y el rey de Inglaterra.—El ejército imperial sitia á Marsella.—Animosa defensa de los franceses.—Retirada de los imperiales.

Muy pocos días después que el Almirante se levantó de aquel alojamiento, sucedió la creación del nuevo Papa, habiendo estado reunido el Cónclave cincuenta días, en el cual, entrando desde el principio treinta y seis cardenales, y llegando después tres, gastaron todo este tiempo con varias diferencias, dividiendo sus ánimos, no sólo las voluntades diversas del Emperador y del rey de Francia, sino también la grandeza del cardenal de Médicis, el cual, opugnado por todos los que seguían la autoridad del Rey, y también por alguno de los que dependían del Emperador, tenía en su arbitrio

los votos concordes de diez y seis cardenales, dispuestos absolutamente á elegirle y no á otro ninguno sin su voluntad, y ocultas promesas de otros cinco de dar su voto á la elección que se hiciese de él. Demás de esto, le favorecían el embajador del Emperador y todos los otros que seguían su autoridad, y aunque había tenido casi todos estos fundamentos en la muerte del Papa León, con todo eso había entrado ahora en el Cónclave con más constante determinación de no desamparar sus esperanzas ni por la dilación del tiempo, ni por cualquier otro accidente, pues principalmente las tenía fundadas en ser necesario que en la elección del Pontífice concurren los dos tercios de los votos de los cardenales presentes.

No les apartaba de estas divisiones ni el peligro común de toda Italia ni el propio del Estado de la Iglesia, antes, según variaban los progresos de la guerra, andaba cada parte difiriendo la elección, esperando ayuda de la victoria de aquellos que eran parciales suyos, y se hubiera diferido mucho más tiempo si en los cardenales contrarios del de Médicis, que eran casi todos los más viejos del Colegio, hubiese la misma unión en elegir á cualquiera, que había en no elegirle á él, y depuestas las codicias particulares, se contentaran con que no subiese al Pontificado el cardenal de Médicis. Mas es muy dificultoso que, mediante la concordia en que está mezclada la discordia y la ambición, se llegue al fin que comúnmente se procura.

El cardenal Colonna, asperísimo enemigo del de Médicis, y por su naturaleza furioso y soberbio, enojado con los cardenales que estaban unidos con él, porque rehusaban elegir por Pontífice al cardenal Yago Baccio, romano, hombre de la misma facción y muy dependiente suyo, fué espontáneamente á ofrecer al cardenal de Médicis que le ayudaría al Pontificado, el cual, por

una cédula secreta de su mano, le prometió con grande secreto el oficio de la Vicecancillería que estaba en su persona, y el suntuoso palacio que edificó en tiempos pasados el cardenal de San Jorge, y que había dado al de Médicis el Papa León; por lo cual, más encendido el cardenal Colonna, indujo á su parecer al cardenal Cornaro y á otros dos.

Al descubrirse la inclinación de éstos, comenzaron algunos de los otros, llevados (como muchas veces sucede en los Cónclaves) de cobardía ó de ambición, á porfiar en no ser de los últimos en favorecerle, de manera que la misma noche fué adorado por Papa de común acuerdo de todos, y á la mañana siguiente, que fué á 18 de Noviembre, se hizo la elección, según la costumbre, por solemne escrutinio; el mismo día precisamente que dos años antes había entrado victoriosamente en Milán.

Creyóse que, entre otras cosas, le había ayudado la gran renta que tenía de los beneficios y oficios eclesiásticos, porque los cardenales, cuando entraron en el Cónclave, hicieron concordemente una constitución para que las rentas del que fuese elegido por Papa se distribuyesen con igual división entre los otros.

Quería continuar con el nombre de Julio; pero diciéndole algunos cardenales que se había observado que aquellos que, elegidos por Papas, no mudaron sus nombres, habían muerto todos dentro de un año, tomó el nombre de Clemente VII, ó por estar cerca la festividad de aquel Santo, ó porque aludiese al haber perdonado y recibido en su gracia, luego que fué elegido, al cardenal de Volterra con todos los suyos, el cual, aunque Adriano en los últimos días de su vida le había declarado por inhábil para entrar en el Cónclave; entró en él por concesión del Colegio y estuvo pertinaz hasta lo último en que no fuese elegido Julio.

Grande era verdaderamente por todo el mundo la estimación del nuevo Papa, y así parecía que la tardanza de la elección (que fué mayor que mucho tiempo atrás había sucedido), se recompensaba con haber puesto en aquella Silla una persona de suma autoridad y valor; porque tenía unido á su arbitrio el poder del Estado de Florencia con el poder grande de la Iglesia; porque había gobernado tantos años en tiempo de León el Pontificado; porque era tenido por persona grave y constante en sus determinaciones, y porque, habiéndosele atribuído muchas cosas que procedían de León, afirmaban todos que era hombre lleno de ambición, de ánimo grande, inquieto y deseoso de cosas nuevas, y añadiéndose á estas cosas el no gustar de deleites y acudir continuamente á los negocios, no había nadie que no esperase de él hechos extraordinarios y grandes.

Su elección redujo luego á suma seguridad el Estado de la Iglesia, porque, espantado el duque de Ferrara de que hubiese subido á aquella silla un Pontífice tal, no esperando ya ganar á Módena por la venida del virrey de Nápoles y confiando menos en los franceses, los cuales por medio de Teodoro Trivulcio, que había venido á su ejército, le hacían grandes promesas para que fuese su amigo, dejando suficiente guarda en Regio y en Rubiera, volvió á Ferrara.

Sosegáronse asimismo las cosas de la Romaña, en donde, debajo de nombre de oprimir la facción enemiga (pero verdaderamente provocado por los franceses) había entrado, seguido de los güelfos, Juan de Sassatello, echado por el poder de los gibelinos en el pontificado de Adriano.

Al dividirse el ejército francés entre Biagrassa y Rosa, el Almirante, con quien sólo quedaron cuatro mil suizos, despidió como inútiles á los infantes del Delfinado y del Languedoc y envió la artillería gruesa

á la otra parte del Tesino, con intención de esperar en aquel alojamiento la gente que disponía el rey de Francia para socorrerle, porque no temía que allí fuera forzado y tenía abundancia de vituallas. Mas por no perder el tiempo de todo punto, envió á Renzo de Ceri con siete mil infantes italianos á tomar á Arona, villa muy fuerte en los confines del lago Mayor, poseída por Anquises Visconti, en cuyo socorro envió Próspero de Milán mil doscientos infantes.

La fortaleza de Arona señorea todo el lugar y es inútil poseer éste sin ser dueño de ella, por lo cual Renzo atendía á batirla, y habiéndola dado muchos asaltos en que fueron muertos hartos de los suyos, después que hubo gastado en vano cerca de un mes se fué, confirmando la opinión que hacía muchos años se había extendido por toda Italia de que ya no correspondían en nada sus acciones á la fama que ganó en la defensa de Crema.

Caminaba en este tiempo á la muerte Próspero Colonna, habiendo estado enfermo ocho meses, no sin sospecha de veneno ó de hechizos, por lo cual, siéndole primero muy molesta la venida del Virrey, no pudiendo ya regir los cuidados de la guerra, la había solicitado continuamente. Vino, pues, el Virrey y acercándose á Milán, por mostrar reverencia á la virtud y fama de tal capitán, se detuvo algunos días sin entrar; al fin, entendiendo que había llegado á lo último y que estaba ya ajeno del entendimiento, entró por deseo de verle, á tiempo que vivió pocas horas después, si bien dicen otros que tardó en entrar hasta después de su muerte, que sucedió el penúltimo día de aquel año.

Capitán ciertamente en todo su tiempo de esclarecido nombre y que en los últimos años de su vida había subido á gran reputación y autoridad; práctico en el arte militar y muy experimentado en él, mas no era

activo en valerse de las ocasiones que le podían dar los desórdenes y la flaqueza de los enemigos; como también, por su proceder cauto, no les dejaba fáciles las ocasiones de oprimirle. Era tardo por su natural en sus acciones y á quien justamente puede dársele el título de Contemporizador; pero débesele la alabanza de haber administrado las guerras más con los consejos que con la espada y enseñado á defender los Estados sin exponerse, sino por necesidad, á la fortuna de una batalla.

Porque en nuestro tiempo ha tenido muchas mudanzas el gobierno de la guerra, siendo así que, antes que Carlos, rey de Francia, pasase á Italia, sustentándose la guerra mucho más con caballos de armaduras pesadas que con infantes, y siendo las máquinas que se usaban contra los lugares muy desacomodadas de llevar y de manejar, si bien entre los ejércitos se daban muchas veces las batallas, eran muy pocas las muertes, rarísima la sangre que se derramaba y las villas que se acometían se defendían tan fácilmente (no por saberse defender, sino por no saber ofenderlas), que no había ningún lugar tan pequeño ó tan flaco que no resistiese muchos días á los ejércitos de los enemigos, de manera que con gran dificultad se ocupaban los Estados que otros poseían. Pero al venir el rey Carlos á Italia, el terror que inspiraba gente extranjera, la ferocidad de los infantes ordenados para pelear de otra manera, y sobre todo la furia de la artillería, llenó de tan gran espanto á toda Italia que, á quien no era poderoso para resistir en la campaña, no le quedaba esperanza alguna de defensa. Porque la gente que no sabía defender los lugares los rendía luego que se acercaban los enemigos, y si alguno por ventura quería hacer resistencia, lo tomaban en pocos días. Así el reino de Nápoles y el ducado de Milán fueron casi en un mismo día asaltados y vencidos; así los venecianos, vencidos en

una batalla sola, desampararon luego todo el imperio que tenían en Tierra Firme; así los franceses, aun sin ver á los enemigos, dejaron el ducado de Milán.

Comenzaron después los ingenios de los hombres, espantados de la violencia de las ofensas, á sutilizarse en los modos de defenderse, fortificando las villas con diques, con fosos, con traveses, con reparos y bastiones; por lo cual, ayudando también mucho para este efecto la multitud de la artillería, dañosa más en las defensas que en las expugnaciones, se han reducido á gran seguridad, los lugares que son bien defendidos, de no poder ser expugnados.

A estas invenciones dió principio en tiempo de nuestros pasados en Italia la recuperación de Otranto, que había sido ocupado por los turcos, donde, entrando después Alfonso, duque de Calabria, halló hechos por los turcos muchos reparos no conocidos por los italianos, que quedaron más en la memoria de los hombres que en el ejemplo.

Próspero defendió dos veces ilustremente con estas artes el ducado de Milán primero que otro alguno, sólo ofendiendo y defendiendo con impedir á los enemigos las vituallas, con alargar la guerra tanto, que el enfado, la dilación, la pobreza y los desórdenes los consumían. Venció y defendió sin intentar batallas, sin pelear ni desenvainar la espada, ni romper sola una lanza, por lo cual, abriendo el camino á aquellos que siguieron muchas guerras continuadas muchos meses, se han vencido más con la industria, con los ardides y con la elección pródida de las ventajas que con las armas.

Estas cosas pasaron en Italia el año 1523 y dispusieron para el mismo año otras muchas de la otra parte de los montes con grande expectación, las cuales no produjeron efectos dignos de tan grandes Príncipes; porque el Emperador y el rey de Inglaterra habían con-

certado y prometido al duque de Borbón que romperían con armas poderosas la guerra el uno en Picardía y el otro en Guyena; mas los movimientos del rey de Inglaterra fueron en la Picardía de casi ningún fruto, y lo que intentó el duque de Borbón en la Borgoña se mostró luego vano, porque, faltándole el dinero para pagar á los infantes tudescos, algunos de los capitanes concertados con el rey de Francia se llevaron parte de ellos, por lo cual, desesperado de las cosas de Francia, fué á Milán, donde el Emperador, no agradándole que pasase á España, quizá por no dar perfección al matrimonio, como era su deseo, enviándole con Beuren el título de su lugarteniente general en Italia, le aconsejó que se detuviese.

No sucedieron por la parte de España felizmente las cosas al Emperador, porque, aunque ardiente en la guerra, había venido á Pamplona para entrar en Francia personalmente y había enviado el ejército de la otra parte de los montes Pirineos, habiendo ocupado á Salvatierra que no está muy distante de San Juan de Pie del Puerto; con todo, fué mayor la presteza que el poder porque, por falta de dinero, no podía sustentar tantas fuerzas como hubiera sido necesario para tan gran empresa, ni había por la misma causa podido recoger el ejército sino casi al fin, por lo cual, en los lugares fríos les multiplicaba las dificultades la sazón del año y les impedía la falta de las vituallas, difíciles de traer por tan largo camino; y así, por estas causas, fué obligado á deshacer el ejército que había juntado contra el consejo de casi todos, tanto que D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, príncipe viejo y de autoridad, decía en el fervor de la guerra que el Emperador parecía en muchas cosas al rey D. Fernando, su abuelo materno, pero que en esta determinación representaba más á Maximiliano, su abuelo paterno.

Síguese el año 1524, en cuyo principio, invitando las dificultades de los franceses á los capitanes del Emperador á que pensasen en poner fin á la guerra, llamaron á Milán al duque de Urbino y á Pedro de Pésaro, proveedor veneciano, para consultar cómo se hubiese de proceder en la guerra. En el consejo se determinó unidamente que, en llegando á Milán seis mil infantes tudescos que el Virrey había enviado á levantar, el ejército del Emperador y el de los venecianos juntos se acercasen á los enemigos para echarlos de aquel Estado, con las armas ó por el hambre, y juzgando que tenían fuerzas suficientes para esto, no había otro estorbo que la dificultad del dinero porque, debiéndose grande cantidad á los soldados de sus sueldos corridos, no se esperaba que los podrían hacer mover de Milán ni de los otros lugares si primero no se les pagaba. Ni era menos necesario, habiendo de estar en campaña el ejército, disponer que en adelante corriese por orden las pagas de tiempo á tiempo. Aliviaron en parte estas dificultades los milaneses, deseosos de librarse de las molestias de la guerra, los cuales prestaron al Duque noventa mil ducados, disponiéndoles á esto más fácilmente el ejemplo del dinero prestado cuando Lautrec estuvo á los contornos de Milán, el cual se había restituído después prontamente de las rentas del Duque.

Puso asimismo el Papa la mano en esta dificultad, el cual, teniendo muchos recelos de las victorias del rey de Francia por la memoria de las cosas pasadas, aunque mostraba lo contrario con sumo artificio á las personas que el Rey le había enviado, pagó secretamente al embajador del Emperador veinte mil ducados, y quiso que los florentinos (á los cuales pedía el Virrey nueva contribución en virtud de la confederación hecha en vida de Adriano), pagasen, como por último se recibieron, treinta mil ducados.

No por esto tenía el Papa intención de mostrarse en lo venidero más favorable á la una parte que á la otra, antes, aunque el Emperador y el rey de Francia, enviándole luego que fué asumpto al Pontificado, el uno á Beuren y el otro á Saint Massau, procuraban unirle á sí, determinaba, en apartándose los peligros presentes, usando de la moderación que en las discordias de los cristianos conviene á los Papas, atender á procurar la paz, como quien no estaba inclinado á ninguna de las partes. Esta determinación era agradable para el Rey, que había temido tuviese el Papa contra él la misma disposición que tuvo cuando era cardenal. Desagradaba, por el contrario, al Emperador, pareciéndole que, por la pasada unión y por haberle favorecido después de la muerte de León y en su asunción al Pontificado, era conveniente que no se apartase de él, por lo cual le causó mucho disgusto lo que le significó de parte del Papa que, aunque no despojaba el ánimo del amor que le había tenido hasta aquel día, con todo eso, por haber depuesto la parte de persona particular y representar sólo la de padre común, estaba obligado en lo futuro á no hacer oficios sino comunes.

Mientras el Virrey se disponía para ir contra los enemigos, envió á Juan de Médicis á sitiar á Marignano, que, juntamente con la fortaleza, se rindió; y pocos días después el marqués de Pescara (que, dispuesto á no militar debajo del gobierno de Próspero Colonna, no había venido al ejército hasta los últimos días de su vida), teniendo noticia de que en la villa de Rebecco alojaban con monseñor Bayardo trescientos caballos ligeros y muchos infantes, llamando para que le acompañase á Juan de Médicis, les acometió de repente, y prendiendo la mayor parte de las personas y de los caballos, deshechos y puestos en huída los otros, volvió luego á Milán, por no dar tiempo para seguirle á los

enemigos que estaban en Biagrassa, siendo alabado en este hecho de industria y de valor, pero mucho más de presteza, porque Rebecco, que no está distante más de dos millas de Biagrassa, está apartada de Milán (de donde partieron) diez y siete.

Reducidas á estado las cosas de la guerra que la esperanza de los franceses consistía en que faltase el dinero á los enemigos, y la de los imperiales en que faltasen las vituallas á los franceses, porque no creían que les pudieran echar por fuerza del fuerte alojamiento de Biagrassa, esperaban cada uno socorro, éstos de infantes tudescos y aquéllos de suizos y de otros infantes.

El Almirante, haciendo quemar á Rosa, retiró aquella gente á Biagrassa, atendiendo á hacer correrías y á abrasar todo el país para incomodar á los enemigos; pero viniendo al fin los infantes tudescos al ejército imperial, en el cual eran los principales el duque de Milán, el duque de Borbón, el virrey de Nápoles y el marqués de Pescara, con mil seiscientos hombres de armas, seiscientos caballos ligeros y siete mil infantes españoles, doce mil tudescos y mil quinientos italianos, dejando en guarda de Milán cuatro mil infantes, fueron á alojar á Binasco donde, pocos días después, se juntó con ellos el duque de Urbino con seiscientos hombres de armas, seiscientos caballos ligeros y seis mil infantes venecianos.

En este tiempo, no pudiendo resistir más el hambre el castillo de Cremona, y habiendo Federico de Bozzole, que estaba en Lodi, intentado socorrerle en vano, se rindió á los imperiales.

Fué después el ejército á Casera, villa cinco millas de Biagrassa, donde el Almirante, habiendo distribuído entre Lodi, Novara y Alejandría doscientas lanzas y cinco mil infantes, estaba firme con ochocientas lanzas, ocho mil suizos (á los cuales pocos días después se jun-

taron más de otros tres mil) y con cuatro mil infantes italianos y dos mil tudescos, y sin falta de vituallas, porque tenían en el ejército y en los lugares cercanos cantidad para dos meses. Era imposible acometerle en alojamiento tan fuerte sin grandísimo peligro.

Pero los imperiales, habiendo intentado muchas veces pasar el Tesino para estorbar que de aquella parte pasasen vituallas, para apoderarse de los lugares que tenían de la otra parte del Tesino y para impedir que, si venía socorro de Francia, se juntase con ellos, y sobre todo por temor de que Milán quedase en riesgo, determinaron pasar, juzgando que, por la confianza que tenían en el pueblo de Milán, no era necesario mucho presidio de soldados. Sin embargo, volvió el duque de Milán, y con él Juan de Médicis, y quedaron allí seis mil infantes.

De esta forma pasaron el Tesino por debajo de Pavía en tres puentes á 2 de Marzo. Alojó la batalla en Gambalo, y lo restante del ejército en las aldeas cercanas, por cuyo pasaje envió luego el Almirante á Renzo de Ceri á la guarda de Vigevane, y temiendo perder aquel lugar y los otros de Lomellina, pues si los perdía se vería casi asediado, pasó á 5 del mismo mes con todo el ejército, dejando en Biagrassa cien caballos y mil infantes, y alojó su vanguardia alrededor de Vigevane, y la batalla en Mortara, á dos millas de Gambalo, donde estaba el Virrey. En este alojamiento, que era muy seguro, había comodidad de vituallas, porque tenían seguro el camino de Monferrato, Vercelli y Novara, y venían las vituallas de lugar en lugar, todos cercanos el uno al otro, y casi por conducto.

Presentó el almirante dos días continuos la batalla á los enemigos, los cuales, aunque se conociesen superiores en número y valor de los soldados, rehusaron darla, no queriendo poner en peligro la esperanza casi cier-

ta del vencimiento porque, por cartas que habían tomado, entendieron que les comenzaba á faltar el dinero.

Pasado por el ejército imperial el Tesino, fué el duque de Urbino con la gente veneciana á sitiar á Garlasco, villa fuerte de sitio, de fosos y de reparos, donde había cuatrocientos infantes italianos, la cual por estar puesta entre Pavía y Trumello de la otra parte del Tesino, donde se había trazado alojar, le interrumpía las vituallas, no sólo á él, sino á lo restante del ejército, y haciendo una batería, les dió aquel mismo día el asalto, siendo al principio casi rebatido. Pero pasando muchos de los suyos los fosos con el agua hasta la garganta, y habiendo allí también algunos infantes de Juan de Médicis, la asaltaron con tan gran furia, que entraron por fuerza, con gran matanza de los de adentro.

Acercóse después el ejército á San Jorge, hacia la Pieve del Cairo, para arrimarse á Sartirano, villa fuerte situada sobre la orilla de esta parte del Pó, y á propósito para impedirles las vituallas, en cuya guarda estaban Hugo de Pépoli y Juan de Birago con algunos caballos ligeros y con seiscientos infantes; pero yendo Juan de Urbina con la artillería y con dos mil infantes españoles, ganó primero la villa y después el castillo, matando casi todos los infantes y prendiendo los capitanes.

Moviéronse los franceses para socorrer á Sartirano; mas prevenidos por la presteza de los enemigos, entendiendo en el camino lo que había sucedido, detuvieron el ejército en Monza.

Tampoco procedían felizmente sus cosas en las otras partes del ducado de Milán. Los soldados que se habían quedado en Milán obligaron á que se rindiese la villa de San Jorge, sobre Monza, de donde iban vituallas á Biagrassa. Vitello recuperó la villa de Stradella, cuyos vecinos, oprimidos por la maldad de los soldados, ha-

bían llamado infantes de Lodi. Paulo Luzzasco, encontrándose con muchos caballos de los franceses, los puso en huída, y Federico de Bozzole, yendo de Lodi á asaltar á Pizzichittonne llevó, en lugar de la victoria, heridas y muertes de muchos de los suyos. Solamente algunos caballos franceses, corriendo por entre Plasencia y Tortona, quitaron catorce mil ducados que se enviaban al ejército del Emperador.

En estas dificultades eran dos las esperanzas del Almirante: una el entretener á los enemigos, y otra el socorro, porque el Rey enviaba por la montaña de Montginebra cuatrocientas lanzas, con las cuales se habían de juntar diez mil suizos, y Renzo de Ceri conducía por el camino de Valdisasina al territorio de Bérgamo cinco mil infantes grisonos, de donde debían pasar á Lodi á juntarse con Federico de Bozzole, con el cual estaban muchos infantes italianos; persuadiéndose el Almirante que el ejército del Emperador estaría obligado á volver á pasar el río Tesino por la seguridad de Milán.

En oposición de éstos envió el duque de Milán á Juan de Médicis con quinientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y tres mil infantes, y juntándose con trescientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y cuatro mil infantes venecianos, se arrimó á los enemigos que habían venido á Cravina, aldea puesta entre los ríos Adda y Brembo y apartada ocho millas de Bérgamo, y corrió con una parte de la gente hasta sus alojamientos, la cual tres días después, quejándose de que no había en Cravina ni dinero, ni caballos, ni infantes, como decían que lo había prometido Renzo, se volvió á su país.

Deshecho el movimiento de los grisonos ganó Juan de Médicis á Caravagio y después, pasado el Adda, echó á fondo con la artillería el puente que los franceses tenían sobre el Tesino en Bufaloro.

Quedaba todavía en poder de los franceses entre Milan y el Tesino la villa de Biagrassa, donde había mucha cantidad de vituallas y en su guarda mil infantes debajo del gobierno de Jerónimo Caracciolo, napolitano. Moviéndose á su expugnación Francisco Sforza (porque, por estar puesta sobre el canal grande, impedía las muchas vituallas que solían conducir á Milán por aquel canal), llamando á Juan de Médicis y siguiéndole, demás de los soldados, toda la juventud del pueblo milanés. Dieron el asalto al lugar, habiéndole batido primero con la artillería desde la salida del sol hasta mediodía y le ganaron antes de anochecer, con singular alabanza de Juan de Médicis, en el cual se vió aquel día, no sólo el valor con que se adelantaba á los otros, sino prudencia y madurez digna de gran capitán. Fué preso Caracciolo, muchos infantes fueron muertos y á muchos hizo ahorcar Juan de Médicis en castigo de haberse huído primero de él. Ganada la villa, se rindió el castillo, habiendo concertado la libertad de los de adentro.

Fué muy alegre esta victoria para el pueblo milanés, pero sin comparación mayor la infelicidad que la alegría, porque de Biagrassa, donde había comenzado la peste, fueron, por el comercio de lo que se había saqueado y llevado á Milán, esparcidas en aquella ciudad las semillas de aquella peste fiera contagiosa, la cual se extendió tanto pocos meses después, que sólo en Milán quitó la vida á más de cincuenta mil personas.

De la otra parte del Tesino, donde estaba la suma de las cosas, el Almirante, después de la pérdida de Sartirano, acercándosele los enemigos, desamparó á Mortara y se retiró á Novara en dos alojamientos; muy disminuído de fuerzas, porque, no sólo infantería, sino muchos de los caballos se habían vuelto á Francia á la desfilada, por lo cual no tenía ningún otro intento sino contemporizar hasta que viniese el socorro de los sui-

zos, los cuales estaban ya cerca de Ivrea en número de unos ocho mil.

Por otra parte los capitanes del Emperador, atentos á impedir su venida y á reducir los enemigos á dificultad de vituallas, ocupaban los lugares cercanos á Novara, matando á los franceses que habían dejado en guarda de las villas donde los hallaban, y habiendo puesto presidio en Vercelli para quitar á los suizos la facultad de entrar en aquel lugar, hicieron alto en Biandra, entre Vercelli y Novara, en un alojamiento rodeado por cada parte de fosos, de árboles y de aguas. Finalmente, entendiendo el Almirante que los suizos, pasando de Ivrea, se habían detenido junto al río Sesia, el cual no habían podido pasar por la mucha agua que llevaba aquellos días, deseoso de juntarse con ellos y, como se creía, más para volverse seguro que para pelear, fué de Novara á alojar á Romagnana, sobre el mismo río, y padeciendo allí de vituallas, disminuyéndosele siempre el número de los suyos, hizo echar el puente entre Romagnana y Gattinara. De la otra parte, viniendo los enemigos de Biandra á Briona, fueron á alojar á dos millas de Romagnana.

Con estos trabajos pasaron los franceses el río el día siguiente, y si hubieran velado con cuidado su partida los enemigos, se cree que aquel día ganaran una gran victoria. Pero eran diferentes los pareceres de los capitanes, deseando algunos que se pelease y otros que se les dejase ir sin molestarles. Ni parecía que había en el ejército la providencia ni el gobierno conveniente; sólo el marqués de Pescara, procediendo en todas las ocasiones con su acostumbrado valor, parecía digno de que se pusiese en él el cargo de todo. Los otros, envidiosos de su valor y gloria, procuraban obscurecerla más con murmurarle y contradecirle que con parecérsele en las obras.

Llegó tarde al ejército imperial la noticia de la partida de los franceses, y al saberla, vadeando el río, le siguieron sin orden y sin banderas muchos caballos ligeros y mucha infantería, los cuales llegando á los últimos escuadrones, comenzaron á escaramuzar, y aunque los franceses, peleando y caminando, se sustentaron largo rato, finalmente dejaron siete piezas de artillería y gran copia de municiones y vituallas, demás de muchas banderas de infantería y caballería y murieron hartos de ellos en el combate.

Hicieron los franceses demostración de alojar en Gattinara, villa distante una milla de Romagnana, y entretanto hacían con secreto que caminase adelante el bagaje y la artillería; pero al comenzar los enemigos á retirarse, creyendo que se alojaban, fueron más adelante cerca de seis millas á alojarse en Ravisingo, hacia Ivrea.

Alojaron aquella misma tarde los imperiales sin ningún estorbo sobre el río y lo pasaron al comenzar á dar luz la luna. No siguiéndoles los venecianos, á los cuales parecía (por haber entrado en el territorio del duque de Saboya) que habían pasado las obligaciones de la confederación, por la cual no estaban obligados á más que á la defensa del ducado de Milán.

Caminaban los franceses en batalla bien ordenada con lento paso, habiendo puesto en la retaguardia á los suizos, los cuales rebatieron los primeros infantes y caballos que les acometieron por venir desordenadamente, estando ya los franceses apartados de Ravisingo cerca de dos millas; pero sobreviniendo el marqués de Pescara con los caballos ligeros, se renovó la batalla no de manera que detuviese á los franceses, de los cuales mataron en este último encuentro á Juan Cabaneo y prendieron á monseñor Bayardo, herido de un arcabuzazo, de que murió poco después.

Pareció al Marqués que, aunque habían llegado ya muchos soldados, no se siguiese más adelante á los enemigos, porque no tenía consigo artillería ni más que una parte sola del ejército. Desde entonces se volvieron los franceses sin molestia á sus casas, juntamente con los suizos, habiendo dejado en Bauri, de la otra parte de Ivrea, quince piezas de artillería guardadas por trescientos suizos y por un Señor del país; pero ni éstas se libraron, porque, teniendo noticia de ello los capitanes del Emperador, enviaron á tomarlas.

Dividiéronse después los vencedores en dos partes, el duque de Urbinó fué enviado á Lodi y el marqués de Pescara á Alejandría, las únicas ciudades que estaban en nombre del Rey, porque Novara, arrimándose á ella el duque de Milán y Juan de Médicis, se había rendido. Al Virrey le quedó el cuidado de ir á buscar al marqués de Rotellino, que había pasado los montes con cuatrocientas lanzas; pero cuando supo éste la partida del Almirante, se volvió luego á Francia. No hicieron resistencia alguna Boisy y Julio de San Severino, que estaban en guarda de Alejandría. Asimismo Federico, pidiendo tiempo de pocos días para certificarse si era verdad que el Almirante hubiese pasado los montes, concertó dejar á Lodi, reservándose facultad, como también había sido concedida á los de Alejandría, para llevar á Francia los infantes italianos, los cuales en número de cerca de cinco mil (que tantos estaban en ambas ciudades) fueron después de gran ayuda para las cosas del Rey.

Este fin tuvo la guerra hecha contra el ducado de Milán, gobernada por el Almirante, y no siendo enflaquecido el poder del rey de Francia ni arrancadas las raíces de los males, no se apartaban tantos trabajos, sino sólo se diferían para otro tiempo, quedando en esta sazón Italia libre de las molestias presentes, mas no

de las sospechas de las futuras. Intentóse, con todo eso, por el Emperador, provocado por el duque de Borbón y alentado por la esperanza de que la autoridad de aquel Duque sería de gran consideración, pasar la guerra á Francia, mostrándose pronto para lo mismo el rey de Inglaterra. Había enviado el Emperador su ejército al principio del año presente á Fuenterrabía, villa de corto espacio, situada en el confín que divide el reino de Francia del de España, y aunque aquel lugar estaba muy provisto de gente, de artillería y de vituallas y no faltaba tiempo á los que le defendían para repararlo, con todo eso, por la poca experiencia de los franceses, se hicieron los reparos con tan poca advertencia que, quedando expuestos á las ofensas de los enemigos, les obligó la necesidad á salir libres.

Recuperada Fuenterrabía, pasaban más adelante sus pensamientos, desechando los consejos y la autoridad del Papa, el cual, habiendo en el principio del año enviado para tratar paz ó suspensión de armas al Emperador, al Rey de Francia y al de Inglaterra, había hallado sus ánimos mal dispuestos, porque conviniendo el Rey en la tregua por dos años, rehusaba la paz, no pudiendo alcanzar en ella condiciones que le satisficiesen. El Emperador, contradiciendo la tregua, por la cual se daba tiempo al rey de Francia á ponerse en orden para nueva guerra, deseaba la paz, y al rey de Inglaterra le era molesto cualquier concierto que se hiciese por medio del Papa, por el deseo que tenía de que se refiriese á él el tratar en todo de la concordia, induciéndole á esto los ambiciosos consejos del cardenal Eboracense, el cual, ejemplo verdaderamente en nuestros días de inmoderada soberbia, aunque nacido de infame calidad y de sangre no limpia, había subido con aquel Rey á tan gran autoridad que sabían todos que no era de algún momento la voluntad del Rey sin la

aprobación del Eboracense, y por el contrario, que era de gran valor todo lo que el Eboracense determinaba solo.

Pero disimulaban el Rey y el Cardenal con el Emperador este pensamiento, mostrándose ardientes para mover la guerra contra el reino de Francia, por pretender el rey de Inglaterra que le tocaba legítimamente por varias razones, tomando el primer origen de Eduardo III, rey de Inglaterra, quien, habiendo muerto sin hijos varones en el año de nuestra salud de 1328 Carlos IV, llamado el hermoso, rey de Francia, de cuya hermana era hijo Eduardo, había hecho éste instancia, como el más próximo de los parientes varones del Rey muerto, para ser declarado por rey de este reino; pero excluido por el Parlamento universal de todo el Reino, en el cual se determinó que, en virtud de la ley Sállica, ley antiquísima de aquel reino, fuesen inhábiles para la sucesión, no sólo las hembras, mas cualquier nacido por línea femenina, tomando Eduardo poco después el título de rey de Francia, acometió el reino con ejército poderoso donde, alcanzadas muchas victorias contra Felipe de Valois que, con voluntad de todos, había sido declarado sucesor de Carlos el hermoso, y contra Juan su hijo, el cual, preso en una batalla, lo trajo prisionero á Inglaterra, hizo finalmente paz con él, y quedándole por ella muchas provincias y Estados del reino de Francia, renunció el título real. Pero sucedieron á esta paz, que no se observó mucho tiempo, unas veces largas guerras y otras largas treguas. Últimamente Enrique V, rey de Inglaterra, confederándose con Felipe, duque de Borgoña, enajenado de la Corona de Francia por la muerte del duque Juan, su padre, tuvo tan prósperos sucesos contra el rey Carlos VI (que era falto de juicio), que juntamente con la ciudad de Paris ocupó casi todo el reino de Francia, y habiendo hallado en

esta ciudad al Rey con su mujer y con Catalina su hija, se casó con ésta, haciendo al Rey mentecato que viniese en que, no obstante vivir Carlos su hijo, se pasase á ella y á sus hijos el reino después de la muerte de su padre.

En virtud de este título inhábil é inválido fué coronado solemnemente en París, después de la muerte de Enrique, su hijo Enrique VI, rey de Francia y de Inglaterra. Pero aunque Carlos, después de la muerte de su padre, llamado Carlos VII, por ocasión de haberse levantado en Inglaterra entre los de la sangre Real gravísimas guerras, echase á los ingleses de la otra parte del mar Océano, excepto del lugar de Calais, con todo eso, no omitieron por esta causa los reyes de Inglaterra usar del título de reyes de Francia.

Estas causas podían mover para la guerra á Enrique VIII, estando más seguro en su reino que ninguno de sus antecesores porque, habiendo sido oprimidos por los reyes de la familia de York (este era el nombre de un bando) los reyes de la familia de Lancaster (que así se llamaban los otros) los secuaces de la casa de Lancaster, por no quedar heredero alguno de aquella sangre, alzaron por rey á Enrique de Richmond, como más cercano pariente, el cual, venciendo y extinguendo á los reyes sus contrarios, para reinar con mayor firmeza y autoridad se casó legítimamente con una hija de Eduardo, penúltimo Rey de la casa de York, por lo que parecía que se habían pasado á Enrique VIII (que había nacido de este matrimonio) todos los derechos de ambas familias, las cuales por las armas que traían, se llamaban vulgarmente la Rosa roja y la Rosa blanca.

Pero principalmente no incitaba tanto al rey de Inglaterra la esperanza de conseguir con las armas el reino de Francia (porque conocía en esto innumerables

dificultades) cuanto lo codicia del Eboracense, por juzgar que la continuación de los trabajos y la necesidad de las guerras había finalmente de producir que se remitiese á su Rey el artículo de la paz; la cual, sabiéndose que dependía de su autoridad, haría resonar gloriosamente por todo el mundo su nombre y al mismo tiempo se procuraría la benevolencia del rey de Francia, á quien se inclinaba ocultamente. Pero no proponía obligarse á las condiciones que fueran convenientes si tuviera el ánimo resuelto para tan gran guerra.

Esta ocasión incitaba al Emperador á la guerra y mucho más la esperanza de que el afecto, autoridad y gran séquito que el duque de Borbón solía tener en aquel reino, hubiese de inquietar mucho al país. Por esta causa, aunque muchos de los suyos le aconsejaban que, faltándole el dinero y teniendo compañeros de fe incierta, dejados los pensamientos de comenzar una guerra tan difícil, viniese en que el Papa tratase la suspensión de armas, concertó con el rey de Inglaterra y con el duque de Borbón que pasase el duque al reino de Francia con parte del ejército que estaba en Italia y que, en habiendo pasado los montes, le pagase el rey de Inglaterra diez mil ducados para los gastos de la guerra del primer mes, quedando en su arbitrio continuar cada mes esta contribución ó pasar á Francia con ejército poderoso para hacer la guerra desde el primer día de Julio hasta fin de Diciembre, recibiendo de los Estados de Flandes tres mil caballos y mil infantes con suficiente artillería y municiones; que, si se ganaba la victoria, se restituyese al duque de Borbón el Estado que le había quitado el rey de Francia y se ganase para él la Provenza, la cual pretendía por la cesión que hizo, después de la muerte de Carlos VIII, el duque de Lorena en Ana, duquesa de Borbón, y que tuviese esta provincia con título de Rey; que se jurase al rey de In-

glaterra por rey de Francia y se le prestase homenaje, lo cual, de no hacerse, anularía esta capitulación; que no pudiera el Borbón tratar con el rey de Francia sin licencia de ambos; que rompiese el Emperador la guerra al mismo tiempo por los confines de España, y que los embajadores del Emperador y del rey de Inglaterra procurasen que los potentados de Italia concurriesen con dineros en esta empresa, para asegurarse para siempre de la guerra de los franceses, cosa que salió vana, porque el Papa, no sólo rehusó contribuir, sino que desaprobó expresamente esta empresa, diciendo que no sólo no tendría en Francia próspero suceso, mas que también sería causa de que volviese á Italia la guerra más poderosa y con mayor peligro que antes.

En haciéndose esta liga, aunque aconsejó el duque de Borbón (el cual rehusó constantemente reconocer al rey de Inglaterra por rey de Francia) que se fuese con el ejército hacia Lyon para arrimarse á su Estado, con todo eso, se determinó que se pasase á la Provenza, por la facilidad que tendría el Emperador en enviar los socorros de España y por servirse de la armada que por orden y con el dinero del Emperador se preparaba en Génova.

Los progresos de esta jornada fueron que Borbón y el marqués de Pescara, declarado para aquella guerra capitán general del César, porque se ofendía de obedecer á Borbón, pasaron á Niza con fuerzas mucho menores de las que se habían destinado; porque á quinientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros, cuatro mil infantes españoles, tres mil italianos y cinco mil tudescos, se debían añadir trescientos hombres de armas del ejército de Italia y otros cinco mil infantes tudescos; pero éstos no vinieron por la falta de dinero, y el Virrey, imposibilitado de levantar nuevos infantes, como se había determinado en los primeros

consejos, retenía los hombres de armas para la guarda del país, por tener cortas fuerzas, y para oponerse á Miguel Angel, marqués de Saluzzo que, habiendo partido de su Estado, estaba con mil infantes sobre la montaña. Añadíase que la armada del Emperador (una de las mayores esperanzas) guiada por D. Hugo de Moncada, hechura del Valentino, hombre de dañado ingenio y de pésimas costumbres, parecía inferior á la armada del rey de Francia, la cual, saliendo de Marsella, se había detenido en el puerto de Villafranca.

Entró, con todo eso, la gente imperial en la Provenza, donde estaban La Paliza, La Fayette, Renzo de Ceri y Federico de Bozzole, capitanes del Rey, reducidos á los lugares, porque no tenían fuerzas suficientes para oponerse. Caminando una parte de esta gente por el lado del mar ganó la torre que está sobre el puerto de Tolón, de la cual se llevaron al ejército dos cañones; rindióse Aix, ciudad principal de la Provenza por su dignidad y por residir en ella el Parlamento, y otros muchos lugares del país.

Deseaba el duque de Borbón que de Aix, apartándose del mar, se procurase pasar el río Ródano para entrar más en las entrañas del Estado del rey de Francia, mientras estaban flacas sus provisiones porque su gente de armas, habiendo padecido mucho y sido maltratada en las pagas, por estar el Rey muy exhausto de dinero y sin esperar que los enemigos de Lombardía pasasen á Francia, se había reducido á tal desorden que no se podía componer tan presto; y desconfiando, como siempre, del valor de los infantes de su reino, estaba necesitado á esperar, antes que saliese á campaña, la venida de los suizos y de los tudescos. Pensaba Borbón en este espacio de tiempo poder hacer algún progreso importante si se pasaba el Ródano.

Fué otro el parecer del marqués de Pescara y de los

otros capitanes españoles, los cuales, por la oportunidad del mar, y por saber que era este el dictamen del Emperador, deseaban que se tomase á Marsella, puerto muy importante, para dominar con las armadas marítimas á Francia y para pasar de España á Italia.

No pudiendo el duque de Borbón repugnar la voluntad de los capitanes españoles, sitiaron á Marsella, donde había entrado Renzo de Ceri con los infantes italianos que se había traído á Francia de Alejandría y de Lodi.

Alrededor de Marsella se detuvieron sin fruto cuarenta días porque, aunque batían por muchas partes la muralla con la artillería é intentaban hacer minas, se oponían á la expugnación muchas dificultades; la muralla muy fuerte y de antigua obra, el valor de los soldados, la disposición del pueblo devotísimo al rey de Francia y muy enemigo del nombre español por la memoria de Alfonso el viejo de Aragón que, volviendo de Nápoles á España con armada marítima, había saqueado de repente aquella ciudad; la esperanza del socorro, así de la parte del mar como porque el rey de Francia, que había venido á Aviñón, ciudad del Papa, situada sobre el Ródano, recogía continuamente grande ejército. Añadíase el faltar dinero al ejército: también faltaban las esperanzas de que el rey de Francia, acometido por otras partes, fuese impedido para volver á una sola; porque el rey de Inglaterra, aunque había enviado cerca de Borbón á Ricardo Paccio, rehusaba pagar los cien mil ducados para el segundo mes y no daba muestra de mover la guerra en Picardía; antes habiendo recibido en la isla á Juan Joaquín de la Spezia, enviado por el rey de Francia, y respondiendo mal el cardenal Eboracense á los embajadores del Emperador, cansaba mucha sospecha su ánimo.

Ni de la parte de España correspondía la prontitud

á la voluntad porque, habiendo las Cortes de Castilla (así llaman la congregación de los diputados en nombre de todo el Reino) negado al Emperador ayudarle con cuatrocientos mil ducados, como lo solían hacer en los casos graves del Rey, no había podido enviar dinero al ejército que estaba en la Provenza, ni hacer por sus confines contra el rey de Francia sino débiles provisiones y de poca reputación. Por tanto, los capitanes imperiales, desesperados de tomar á Marsella y temiendo, por acercarse el Rey, incurrir en gran peligro, levantaron el ejército de Marsella el mismo día en que el Rey, habiendo recogido seis mil suizos, se movió de Aviñón con todo el ejército.

CAPITULO IV.

Marcha del rey de Francia con el ejército hacia Italia.—Llega á Milán y sitia el castillo.—Débil ayuda de los confederados italianos en favor de Carlos V.—Francisco I sitia á Pavia.—Tratado con el Papa, que finge ser neutral.—El rey de Francia encarga al duque de Albania pasar al reino de Nápoles.—Publica el Papa la confederación con el rey de Francia.—Quejas de Carlos V contra el Papa.—Respuesta del embajador florentino en defensa del Pontífice.

Levantado el sitio de Marsella, los capitanes del Emperador volvieron luego el rostro hacia Italia, caminando con toda diligencia, porque conocían á cuánto peligro se reducirían si en el país enemigo se les hubiese arrimado ó todo ó parte del ejército del rey de Francia, y por otra parte el Rey, juzgando que tenía ocasión muy á propósito para recuperar el ducado de

Milán, por el ejército poderoso que mandaba, porque sabía que estaban débiles las cosas de los enemigos y porque esperaba que, yendo por el camino derecho, llegaría á Italia antes que el ejército que partió de Marsella, determinó seguir el beneficio que la fortuna le daba, lo cual manifestó á su gente con estas palabras:

«Yo he determinado pasar con presteza personalmente á Italia; cualquiera que me aconseje lo contrario, no sólo no será oído por mí, sino que me dará gran disgusto. Atiendan todos á ejecutar con solicitud lo que yo les ordenare y lo que toca á su oficio. Dios, amador de la justicia, y la insolencia y temeridad de los enemigos nos han abierto al fin el camino para recuperar lo que tan injustamente se nos había quitado.»

A estas palabras correspondió la constancia en la determinación y la presteza en ejecutarla.

Movió luego el ejército, en el cual había dos mil lanzas y veinte mil infantes, habiendo huído de verse con su madre que venía de Aviñón para aconsejarle que, sin pasar los montes, administrase la guerra por sus capitanes.

Cometió á Renzo de Ceri que con los infantes que estaban con él en Marsella se embarcase en la armada y por no dar oídos á las pláticas de la concordia, desconfiando del Papa, estorbó que pasase más adelante el obispo de Capua, que venía á él para pasar después al Emperador; pero ordenóle que tratase con él por cartas, esperando en Aviñón cerca de su madre, ó que se volviese á Roma; siguiendo en este medio á los enemigos con la mayor presteza que podía.

Despreciando éstos las molestias que les hacían los paisanos y caminando con gran orden por la orilla del mar, fueron á Mónaco, de donde, haciendo pedazos la artillería y cargándola sobre acémilas para llevarla más fácilmente, llegaron á Finale, y entendiendo allí el

movimiento del Rey, doblaron la presteza que primero habían usado para librarse y para llegar á tiempo de defender el ducado de Milán, donde no habían quedado fuerzas suficientes para resistir.

Caminando así ambos ejércitos hacia Italia, llegaron en un mismo día el rey de Francia á Vercelli y el marqués de Pescara con los caballos ligeros y los infantes españoles á Alba, siguiendo el duque de Borbón con los infantes tudescos una jornada más atrás, el cual, sin darse lugar para respirar, fué al día siguiente de Alba á Voghiera, camino de cuarenta millas, para ir al otro día á Pavía, donde se juntó con el Virrey, que había venido á Alejandría, dejando con gran presteza en guarda de aquella ciudad dos mil infantes, al tiempo que ya el ejército del Rey caminaba á tocar las orillas del Tesino. Consultaron allí entre ellos y con Jerónimo Morone las cosas comunes, y su primer pensamiento fué que, dejando suficiente guarda en Pavía, se detuviesen en Milán, como las otras veces lo habían hecho, para lo cual ordenaron que fuese luego Morone á aquella ciudad para proveer las cosas necesarias y que el duque de Milán (al cual habían enviado á llamar) le siguiese. Dejaron á Antonio de Leiva en Pavía con trescientos hombres de armas y cinco mil infantes todos tudescos, excepto algunos españoles, y ellos se movieron hacia Milán; pero aquella ciudad, afligida de la gran peste que aquel verano la había maltratado, no parecía semejante á sí misma, porque del pueblo había muerto mucho número; de los que habían huído de tan gran trabajo estaban muchos ausentes; no había dentro la cantidad de vituallas que solía; estaban dificultosos los modos de proveer dinero; los reparos, por no haber atendido nadie á conservarlos, estaban la mayor parte por el suelo, y con todo eso, hubiera en tantas dificultades la antigua prontitud de la gente para los

mismos trabajos y peligros; mas conociendo Morone que el llevar ejército á Milán causaría antes su ruina que su defensa, tomando otra determinación, y poniéndose en medio de la multitud, habló así:

«Nosotros podemos decir hoy, y no con menor disgusto, las mismas palabras que en sus angustias dijo el Salvador: «El espíritu verdaderamente está pronto, pero la carne enferma.» Vosotros tenéis el mismo ardimiento que siempre para conservaros por Señor á Francisco Sforza; á él le traspasan el corazón, como siempre, los peligros y las calamidades de su amado pueblo, y está dispuesto á exponer su propia vida por libraros. Vosotros la expondríais al presente con no menos prontitud que muchas veces la habéis expuesto por lo pasado; pero no corresponden en parte alguna las fuerzas á la voluntad, porque por estar la ciudad casi vacía de habitantes, haber estrechez de vituallas, falta de dinero y los bastiones casi por tierra, no hay modo de estorbar á los franceses la entrada. Duele al Duque tanto como la muerte el estar obligado á desampararos, y mucho más que la muerte le dolería que el que-
reros defender fuese causa de vuestra última desolación, como sin duda alguna lo sería. En los males de tanta gravedad es tenido por prudente el que elige el menor y quien no desespera tanto que desampare con sola una determinación todas las esperanzas, por lo cual os aconseja el Duque que cedáis á la necesidad, que obedezcáis al rey de Francia para reservarnos á mejores tiempos, los cuales tenemos grandes causas para esperar que volverán presto. No se desampara al presente el Duque á sí mismo, ni en lo venidero desamparará á vosotros. El poder del Emperador es muy grande, la fortuna inestimable, la causa es justísima y los enemigos los mismos que tantas veces han sido vencidos por nosotros. Mirará Dios vuestra piedad con el

Duque y la suya con la patria, y debemos tener por cierto que, permitiendo ahora para algún buen fin aquello á que nos obliga la necesidad presente, nos dará presto tal victoria contra el soberbio enemigo, que nos restauraremos felizmente con larga paz de tantas molestias.»

Después de estas palabras salió de la ciudad, habiendo hecho meter vituallas en el castillo. Iba el duque á Milán, no sabiendo lo que había hecho Morone; pero apenas salió de Pavía cuando halló á Ferrando Castriota, que guiaba la artillería, del cual fué advertido que había pasado el Tesino una gran parte de los enemigos, y que, habiendo hallado sobre el río al borgoñón Zuccherò con sus caballos ligeros, le habían roto, y temiendo hallar el camino impedido, se volvió á Pavía. Aunque habían procedido sinceramente en estas cosas el Duque y Morone, con todo eso los capitanes del César, que estaban con el ejército en Binasco, sospechosos de que secretamente se hubiesen concertado con el rey de Francia, enviaron á Alarcón con doscientas lanzas á Milán para seguirle ó no, según los avisos que recibiesen de él; á su llegada el pueblo (que ya se acordaba con algunos expatriados que concertaban en nombre del Rey), tomando ánimo, llamó el nombre del Emperador y de Francisco Sforza; pero conociendo Alarcón que era vana la esperanza de defenderse, y oyendo que se acercaba ya la vanguardia francesa, salió por la puerta Romana al camino de Lodi, adonde también se había vuelto todo el ejército imperial, al mismo tiempo que los enemigos comenzaban á entrar por las puertas de Pavía y de Vercelli, los cuales, si hubieran atendido, sin volverse á Milán, á seguir el ejército del Emperador, cansado por lo largo del camino, en donde habían perdido muchas armas y caballos, se cree por cierto que lo hubieran deshecho con suma presteza, y si por ven-

tura, después que se habían arrimado á Milán, hubieran ido hacia Lodi, no se atrevieran á detenerse los capitanes del Emperador, y quizá, si pasaran con presteza el río Adda, pusieran con la misma facilidad en gran desorden las reliquias de los enemigos; pero el Rey, pareciéndole de mucha importancia establecer en su devoción á Milán, en donde se le había hecho siempre la principal resistencia, ó no conociendo la ocasión ó moviéndole otra causa, no solamente se arrimó á Milán, donde no entró él ni quiso que entrase el ejército, pero se detuvo para meter en la ciudad el presidio necesario y ordenar el asedio del castillo donde estaban setecientos infantes españoles; habiendo provisto, con grande alabanza de modestia y de benignidad, que no se hiciese alguna molestia á los milaneses.

En poniendo en orden las cosas de Milán, volvió el ejército á Pavía, juzgando que era perjudicial á sus cosas dejarse á las espaldas una ciudad en que había muchos soldados. Tenía el Rey, según se decía, contando la gente que quedaba en Milán, dos mil lanzas, ocho mil infantes tudescos, seis mil suizos, seis mil aventureros y cuatro mil italianos, que después se aumentaron mucho en este tiempo.

Había hecho alto el marqués de Pescara en Lodi con dos mil infantes, y dejando el Virrey guardadas Alejandría, Como y Trezzo, había ido á Sonzino juntamente con Francisco Sforza y con Carlos de Borbón, los cuales, entre tantas dificultades y aprietos, tomando algún ánimo por la ida del Rey á Pavía, y pensando ponerse en orden si la defensa de aquella ciudad les daba tiempo (porque de otra manera no conocían algún remedio), enviaron á levantar á Alemania seis mil infantes, para cuyo sueldo y para otros gastos necesarios se proveía con cincuenta mil ducados que el Emperador había enviado á Génova para que se gastasen en la

guerra de Provenza. Turbaba sus consejos sobre todas las cosas la falta de dinero, no teniendo facultad para sacarle del ducado de Milán, ni esperando tener del Emperador, por su corto poder, otras provisiones que órdenes para que se vendiese en Nápoles lo más que se pudiese de las rentas del reino.

De los antiguos confederados esperaban poca ó ninguna ayuda de soldados ni dineros, pues del Papa y de los florentinos, á los cuales habían pedido dinero, alcanzaban palabras generales; porque el Papa, determinado de todo punto, después de la partida del Almirante de Italia, á no mezclarse en las guerras entre el Emperador y el rey de Francia, no había querido jamás renovar la confederación hecha con su antecesor, ni hacer nueva liga con algún Príncipe; y aunque se mostraba inclinado al Emperador y al rey de Inglaterra, había prometido primero secretamente al rey de Francia que no se le opondría cuando acometiese el ducado de Milán, y los venecianos, habiéndoles pedido el Virrey que pusiesen en orden la gente que estaban obligados por los capítulos de la liga, aunque no lo negaban, respondían friamente, como aquéllos, que tenían en el ánimo acomodar sus consejos con los sucesos de las cosas, ó porque en muchos de ellos se resucitaba la memoria de la unión antigua con el rey de Francia, ó porque creían que, habiendo pasado el Rey á Italia con tantas fuerzas contra enemigos desapercibidos, debería alcanzar la victoria, ó porque tuviesen más sospecha que solían de la ambición del Emperador, pues con admiración y casi queja de toda Italia no había dado la investidura á Francisco Sforza del ducado de Milán. Moviales, demás de esto, la autoridad del Papa, cuyos consejos y ejemplos miraban mucho en esta sazón.

Mas habiéndose arrimado el rey de Francia á Pavía por la parte de arriba, entre el río Tesino y el cami-

no por donde se va á Milán, deteniendo la vanguardia en el burgo de San Antonio, de la otra parte del Tesino sobre el camino que va á Génova, alojando él en la Abadía de San Franco, á una milla de los muros, batió dos días con la artillería por dos partes la muralla, y después, con el ejército en orden, caminó á dar el asalto; pero, pareciendo que la ciudad estaba bien reparada por dentro, y mostrándose los enemigos muy valerosos para defenderse, y por el contrario, advirtiendo en los suyos señales manifiestas de temor, y habiendo ya muerto muchos, hizo señal de retirarse. Al ver cuán dificultoso era expugnar una ciudad defendida por tanta gente de guerra contra la furia de los asaltos, resolvió hacer trincheras y bastiones con gran número de gastadores, atento á cortar los traveses para que los soldados se arrimasen más seguramente á esta obra que se mostraba larga y difícil. Añadió las minas para tomarla palmo á palmo si no pudiese de otra manera, y al fin, haciéndole desconfiar mucho el valor y número de los defensores, entrando en consejo con muchos ingenieros y gente práctica del curso del río, el cual se divide en dos brazos á dos millas sobre Pavía, y después una milla más abajo se junta antes que éntre en el Pó, determinó encauzar el brazo que pasa por el lado de Pavía en el otro menor llamado Gravalone, esperando que después le sería fácil expugnarla por aquella parte donde no tenía el muro ningún reparo por la seguridad que daba la profundidad del agua.

En esta obra, tratada con gran cantidad de gente, con gran gasto y no sin miedo de los de adentro, gastó muchos días, unas veces arruinando la furia del agua (la cual era mucha por las grandes lluvias) los diques que se hacían en la madre por donde el río se divide para forzarle á que se volviese al brazo menor, y otras esperando el Rey vencer la violencia del río con el po-

der de la gente y del dinero. Al fin mostró la experiencia lo que casi siempre se ve, que puede más lo rápido del río que el trabajo de la gente y la industria de los prácticos. Con todo eso el Rey, privado de la esperanza, de la fuerza y de las obras, determinó perseverar en el asedio, esperando, con alargarle, reducir á necesidad de rendirse á los de adentro.

Mientras estas cosas se hacían y preparaban, el Papa, cuando supo que el Rey había ocupado á Milán, conmovido de tan próspero principio, y por esto deseoso de asegurar sus cosas propias, le envió á Juan Mateo Giberto, obispo de Verona, su Datarío, hombre muy confidente suyo, que también era grato al Rey, ordenándole que fuese antes á Sónzino á aconsejar al Virrey y á los otros capitanes que hiciesen paz, mostrando que había de ir al rey de Francia sobre la misma causa, los cuales, aumentados ya de esperanza por la resistencia de Pavía, le respondieron ferozmente que no querían dar oídos á ninguna composición por la cual hubiese de retener el Rey un palmo de tierra en el Estado de Milán.

Semejante y por ventura más dura disposición halló en el rey de Francia, soberbio por lo grande del ejército y por la facultad que tenía, no sólo para sustentarle, sino para crecerle; fundamento con que principalmente afirmaba que había pasado á Italia, y no con sola la esperanza de prevenir á los enemigos; aunque decía que esto le había sucedido en buena parte, y que esperaba de cierto ganar á Pavía (á la cual continuaba todavía batiendo áasperamente), por las obras que hacía alrededor de las murallas, las cuales esperaba que no podrían resistir los enemigos, habiendo falta de municiones, como se echaba de ver por lo poco que se tiraba, por apartar el agua del Tesino, que aún no estaba desesperado de ello, y por la falta del pan que había dentro; y que no estimaba por premio digno de tantos trabajos y de gas-

to tan grande la recuperación sola del Estado de Milán y de Génova, sino que esperaba no menos acometer el reino de Nápoles.

Tratóse después entre ellos, y con poca dificultad se dió perfección á la causa principal á que el Datarío había venido, porque el Papa se obligó á no dar ayuda pública ni secreta contra el Rey, y que lo mismo harían los florentinos, y el Rey recibió en su protección al Papa y á los florentinos, incluyendo en ella especialmente la autoridad que tenía en Florencia la familia de los Médicis. Concertaron que no se publicase esta concordia hasta que le pareciese al Papa; pero aunque no llegó entonces á noticia de los capitanes del Emperador, crecía en ellos continuamente la sospecha que habían concebido contra él, por lo cual, para certificarse de todo punto de su intención, le enviaron á Marino, abad de Nájera, comisario del ejército, á proponerle juntamente esperanza y temor; porque por una parte le ofrecían cosas muy grandes, y por otra le mostraban que, habiendo venido el Emperador y el Rey á la última diferencia, no podía juzgar el Emperador sino que estaba contra él cualquiera que fuese neutral.

Respondía el Papa que ninguna cosa le convenía menos que apartarse de la neutralidad en la guerra entre Príncipes cristianos, porque lo pedía así el oficio pastoral y porque podría tratar la paz con mayor autoridad; la cual trataba con el Emperador al mismo tiempo el obispo de Capua que, con licencia de la madre del Rey, había pasado de Lyon á España, después de la conquista de Milán, y disculpándose el Papa con las mismas razones de no haber querido renovar la liga (como el Emperador, que se lo había pedido con instancia al tener noticia de que iba hacia Italia el Rey), le aconsejó eficazmente que dejasen las armas ó con tregua ó con paz.

Inclinaban su ánimo á la concordia las dificultades en que veía se había reducido; no tener modo cómo hacer en España alguna provisión de dinero para las cosas de Italia; la prosperidad que se veía en el rey de Francia; la sospecha de que el rey de Inglaterra estuviese concertado secretamente con el enemigo, porque aquel Rey, no sólo rehusaba que cincuenta mil ducados que al fin había proveído en Roma para la guerra de la Provenza, se enviasen al ejército de Lombardía, sino que (lo que causaba mayor sospecha) pedía al Emperador, estando éste en tantos aprietos, el dinero prestado y que le pagase todo el que estaba obligado; porque el Emperador, cuando pasó á España, deseoso de su unión, por apartar todas las dificultades que le podían tener suspenso, se obligó á pagarle la pensión que cada año le daba el rey de Francia y veinte mil ducados para las pensiones que el mismo Rey pagaba al cardenal Eboracense y á algunos otros, y treinta mil ducados que se pagaban á la reina Doña Blanca, que había sido mujer del rey Luis. De estas promesas no había pagado cosa alguna hasta aquel día, y, con todo eso, el Emperador, aunque se añadía á la aflicción del ánimo la enfermedad del cuerpo, pues el dolor concebido cuando comenzaron á verse dificultades en la expugnación de Marsella le había causado quartanas, ó porque su mente, no dispuesta á ceder al enemigo, no se doblase naturalmente por alguna dificultad, ó porque confiaba en el valor de su ejército si se llegaba alguna vez á dar batalla al enemigo, ó prometiéndose que en lo venidero sería no menos favorecido de la fortuna que había sido por lo pasado, respondía que no era conforme á su dignidad hacer ningún concierto mientras el rey de Francia maltrataba con las armas el ducado de Milán.

Había en este medio deliberado el rey de Francia acometer el reino de Nápoles, esperando que el Virrey, mo-

vido del peligro, porque no había quedado en él ningún presidio, desampararía el Estado de Milán para ir á defenderlo, ó á lo menos vendría en deponer las armas con malas condiciones, lo cual el Rey comenzaba casi á desear, movido por las dificultades de ganar á Pavía.

Señaló para que fuese á esta guerra á Juan Stuardo, duque de Albany, de la sangre real de Escocia, con doscientas lanzas, seiscientos caballos ligeros y cuatro mil infantes que se sacasen del ejército, la mitad italianos, cuatrocientos suizos y los demás tudescos, y que para juntarse con él, desembarcase Renzo de Ceri en Liorna con los infantes destinados para la armada que estaba todavía en el puerto de Villafranca, retrasada por falta de las provisiones necesarias, y que el mismo Renzo y los otros Orsini asoldasen en el país de Roma cuatro mil infantes.

Dió á entender esta determinación al Papa por medio de Alberto, conde de Carpi, su embajador, pidiéndole que permitiese que se levantasen en Roma los infantes y consintiesen que el ejército pasase por el Estado de la Iglesia. Pesada era esta demanda para el Papa, al cual hubiera sido muy molesto que ganase el rey de Francia el reino de Nápoles demás del ducado de Milán; pero no teniendo osadía para negarla descubiertamente, aconsejaba al Rey que no hiciese por entonces esta empresa ni le pusiese en necesidad de no concederle aquello que por justos respetos no podía consentir; mostrándole con prudentes discursos que este pensamiento era contra su propio provecho, porque si la codicia de recuperar el ducado de Milán le había por lo pasado concitado tantos enemigos, ¿cuántos le concitaría el verse que también aspiraba al reino de Nápoles? Que no sería maravilla moviese esto á los venecianos á tomar las armas en favor del Emperador, traspasando también las obligaciones de su liga; que considerara que

si por desgracia se dificultasen sus progresos en Lombardía, con qué reputación podrían proceder en el reino de Nápoles, y que la declinación de cualquiera de estos lugares produciría la caída en el otro; que últimamente se acordase de que le había alabado el haberse limitado al oficio de Papa, por lo cual no convenía que le obligase ahora á hacer lo contrario. Pero decíanse en vano estas cosas, porque el Duque, sin esperar la respuesta, había pasado el Pó (cierto de que el Papa se lo concedería) por el paso de la Stellata, que está en el Estado de Milán, aunque cinco días después volvió atrás porque, teniendo noticia el Rey que comenzaban á llegar á los enemigos los infantes tudescos y de que el duque de Borbón había ido á Alemania para mover mayor número, quiso reservar entero el ejército hasta que viniese nueva ayuda de suizos y grisonos que había enviado á asoldar.

Procedían en este tiempo las cosas de ambas partes casi ociosamente. El Rey continuó el asedio de Pavía sin dejar las obras de las trincheras ni de molestar con la artillería. Los imperiales estaban quietos esperando la vuelta de Borbón, excepto el marqués de Pescara (en cuya providencia y osadía estaban la mayor parte de los consejos y todas las ejecuciones), que, saliendo una noche de Lodi con doscientos caballos y dos mil infantes, y entrando de repente en el lugar de Melzi, que estaba guardado con descuido por Jerónimo y por Juan Trivulcio con doscientos caballos, prendió á los capitanes con la mayor parte de los soldados y Jerónimo murió poco después de una herida recibida en el combate.

Llegaron después al ejército del Rey los suizos y grisonos, por cuya venida, movido de nuevo el duque de Albany, pasó el Pó por la Stellata en el Placentino.

No pudiendo el Papa apartar al Rey de esta inclina-

ción y quizá por no darle recelos, no haciendo mucha instancia, le pareció tiempo á propósito para mostrar á los imperiales los conciertos que primero había hecho con él, y para renovar la mención de la concordia, en la cual esperaba hallar menos dureza en cada una de las partes por la dificultad de ganar á Pavía y por el peligro del reino de Nápoles. Para estos efectos envió á Pablo Vettori, capitán de sus galeras, á significar al Virrey que no había podido jamás (aunque había hecho gran diligencia) apartar al Rey de la determinación de acometer el reino de Nápoles, ni podía estorbarle el paso por no pasar la guerra contra sí, á la cual no podría resistir; antes estaba necesitado á asegurarse de él con nuevos conciertos, en los cuales nunca consentiría condición dañosa para el Emperador, respecto al cual conocía que nada le era más útil en tantas dificultades que la paz y porque se pudiese tratar antes que los desórdenes pasasen más adelante, aconsejaba al Virrey que conviniese en que las armas se depusieran, dejando en manos de persona no sospechosa (porque de otra manera no condescendería en ello el Rey) lo que en nombre del Emperador y del Duque estaba todavía en el ducado de Milán, que esperaba que, hecho esto, se convendría en algún modo honesto de la paz; para la cual proponía que el ducado de Milán, separándose de todo punto de la corona de Francia, se concediese al hijo segundo del Rey con investidura del Emperador, el cual en recompensa recibiese conveniente suma de dinero; que con honesto modo se proveyese al duque de Milán y al de Borbón, y que el Papa, los venecianos y los florentinos, se obligasen á juntarse con el Emperador contra el Rey en caso que no observase lo prometido.

Conocían los capitanes del Emperador cuán grandes eran las dificultades y los peligros, habiendo de susten-

tar á un mismo tiempo en tanta falta de dinero la guerra en Lombardía y pensar en el reino de Nápoles, desamparados manifiestamente de las ayudas del Papa y de los florentinos, y ciertos de que los venecianos harían lo mismo, los cuales, si bien levantado nueva infantería, procuraban dar esperanza de querer observar la liga, diferían con varias excusas la ejecución, por lo cual el Virrey, no ajeno en el ánimo de la concordia, se inclinaba, por la seguridad del reino de Nápoles, á retirarse á él con el ejército. Mas prevaleció en el Consejo el parecer del marqués de Pescara, el cual, procediendo igualmente con osadía y prudencia mostró que era necesario, despreciando los otros peligros, limitarse á la guerra de Lombardía, de cuya victoria dependían todas las otras cosas; que no estaban señaladas tales fuerzas para acometer el reino de Nápoles ni podían llegar con tal presteza allá donde había muchas villas fuertes y donde harían resistencia aquellos cuyo bien consistía en defenderlo; que á lo menos se debería sustentar por muchos meses y en este tiempo verosíblemente se pondría á la guerra de Milán la última mano; y si se vencía, ¿quién podría dudar que se libraría luego al reino de Nápoles aunque no se sustentase por el Emperador más que una sola torre? Estando firmes en Lombardía, posible es vencer en Milán y Nápoles, y yendo á Nápoles se perderá de cierto Milán y no se librárá aquel reino del peligro, adonde luego se pasaría toda la guerra. ¿Con qué esperanza, decía, será esto si volvemos allí como vencidos? Cuanta mayor sea la reputación con que entren en aquel reino los enemigos, tanto mayor será la inclinación de los pueblos que por naturaleza, por odio y por miedo salen á recibir la fortuna del vencedor; que no se defendería más el reino de Nápoles que el ducado de Milán; que no movía otra causa al rey de Francia, dudoso aún de los suce-

sos de Lombardía, que dividir el ejército y comenzar una guerra nueva mientras la primera estaba pendiente, con la esperanza de que, por mucha solicitud por el reino de Nápoles, le dejasen en presa todo el Estado de Milán; que el determinarse este ejército, tantas veces vencedor, por los propósitos del enemigo y moverse por sus señales, no era otra cosa sino conceder, con eterna infamia, á las amenazas de los vencidos, la gloria que tantas veces se había ganado contra ellos con las armas.

Siguiendo al fin este parecer el Virrey, envió á Nápoles al duque de Traietto, con orden de que, recogiendo el más dinero que pudiese, atendieran Ascanio Colonna y los otros barones del reino á defenderle, y aunque á la embajada que tuvo en nombre del Papa había respondido modestamente, escribió con mucha aspereza á Roma, rehusando el querer oír alguna plática de paz.

Por tanto el Papa, mostrando que le llevaba la necesidad, porque el duque de Albany se adelantaba continuamente, publicó (no como cosa que se había hecho antes) que estaba concertado con el rey de Francia con una simple promesa de no ofenderse el uno al otro, lo cual significó también por un Breve á los agentes del Emperador, alegando las causas y especialmente la necesidad que le había inducido. Presentado este Breve por Juan Corsi, embajador florentino, y añadidas las palabras que convenía para semejante negocio, el Emperador, que primero mostraba que no se podía persuadir de que el Papa le desampararía en tan grande peligro, con ánimo muy conmovido respondió que ni odio, ni ambición, ni codicia alguna particular le había inducido á entrar desde el principio en la guerra contra el rey de Francia, sino las persuasiones y autoridad del papa León, aconsejado en esto (como decía) del presente Papa, que entonces era cardenal de Médicis, mos-

trándole que importaba mucho para el bien público que no poseyese aquel Rey cosa alguna en Italia; que el mismo Cardenal había sido autor de la confederación que antes de la muerte del papa Adriano se hizo por la misma causa, y que por esto le causaba sumo disgusto que aquél, que estaba más obligado que nadie á no apartarse de él en los peligros de que había sido autor, hubiera hecho una mudanza que tanto le dañaba, y sin necesidad alguna; porque ¿á qué otra cosa se podía atribuir, sino á demasiado temor, mientras Pavía se defendía? Recordó lo que había hecho siempre por su grandeza después de la muerte de León, y especialmente en dos Cónclaves, y el deseo que había tenido de que fuese asumpto al Pontificado, por cuyo medio había creído que se había de establecer la libertad y el bien común de Italia, y que no se persuadía que se hubiese olvidado el Papa de la poca fe del rey de Francia y de lo que de su victoria podía temer ó esperar. Concluyó que, ni por la determinacion del Papa, aunque no debida ni esperada, ni por otro ningún accidente, se desampararía á sí mismo, ni confiase nadie de que, por falta de dinero, hubiese de mudar de parecer, porque pondría antes en cualquier peligro todos sus reinos y su propia vida: y estaba tan firme en esto, que suplicaba á Dios no fuese causa de la condenación de su alma.

A estas quejas replicaba el embajador de Florencia que el Papa, después que había sido elegido á la suprema dignidad, estaba obligado á proceder, no ya como cardenal de Médicis, sino como Pontífice romano, cuyo oficio era pensar y trabajar por la paz de los cristianos; que por esto no había recordado jamás otra cosa que la necesidad que se tenía de ella; que le había escrito muchas veces y enviádole dos al arzobispo de Capua, y protestado que su obligación era no seguir á

ninguno; que había acordado lo mismo cuando el Almirante partió de Italia, no pudiéndose tratar en tiempo alguno con mayor honra suya, y que no había llegado otra respuesta sino que no se podía hacer sin voluntad del rey de Inglaterra; que se acordase el Emperador cuánto había disuadido el Papa el pasar á la Provenza, porque se turbaba de todo punto la esperanza de paz, y porque, como adivino de las cosas que habían sucedido, había dicho antes de acontecer que la necesidad en que se ponía al rey de Francia de armarse, podía ser ocasión de resucitar en Italia incendio de mayores peligros; que había aconsejado al Rey por medio del obispo de Verona, poseyendo ya á Milán, y al Virrey la concordia, mas en ninguno había hallado inclinación á la paz; que después había negado con muchas razones y con grande eficacia el conceder el paso por el Estado de la Iglesia á la gente que iba contra el reino de Nápoles, pero que el Rey, no sólo había estado sordo á sus palabras, sino que, sin esperar sus respuestas, lo había hecho pasar al Placentino; que por esto había enviado últimamente á Pablo Vettori á aconsejar al Virrey la suspensión de armas, proponiéndole las condiciones conformes al tiempo, y á certificarle de la necesidad que tenía de asegurarse del peligro que le amenazaba, mayormente viendo que estaban suspensos los venecianos y el rey de Inglaterra ajeno de concurrir en la defensa del ducado de Milán, si al mismo tiempo por el Emperador y por él no se movía la guerra de la otra parte de los montes; mas viendo que el Virrey rehusaba todos los modos propuestos, y que la gente del Rey se adelantaba siempre, había estado oprimido á procurar su seguridad, sin obligarse á más que á no ofenderle.

Quejábase el Emperador de que la condición propuesta al Virrey había sido muy dura, pues se había de de-

positar de su parte lo que poseía, sin hacer mención de que el rey de Francia hiciese lo mismo, y finalmente, aunque el marqués de Pescara, aconsejándole la paz le había significado que había en el ejército muchos desórdenes y que estaban las cosas en grande peligro, con todo eso no inclinaba el ánimo á la paz, esperando la victoria por el valor de sus soldados, si los ejércitos llegasen á pelear el uno contra el otro.

CAPITULO V.

D. Hugo de Moncada cae prisionero. — Fabio Petrucci, señor de Siena es expulsado de esta ciudad. — Angustia del ejército imperial en Pavía. — Estratagema para meter dinero en la plaza. — Movimiento del ejército imperial para socorrer á Pavía. — Consejo de los franceses. — Juan de Médicis va á alojarse al Barco, cerca de Pavía. — Los dos ejércitos se encuentran junto á Pavía. — Juan de Médicis es herido y parte del ejército. — Batalla de Pavía. — Derrota del ejército francés. — Prisión del rey Francisco.

Perseveraba en este tiempo el asedio de Pavía, aunque había cesado algo el molestarla con la artillería por falta de municiones, y para remediar el Rey esta dificultad convino en que el duque de Ferrara, al cual había recibido nuevamente en su amparo, con obligación de pagarle en dinero de contado setenta mil ducados, convirtiese veinte mil en el valor de tantas municiones que se conducían por el Parmesano y por el Placentino con bestias y carros de los del país, prestados por orden del Papa, no sin gran queja del Virrey, como si esto fuera dar expresamente ayuda al rey de

Francia. Para que se condujesen seguramente estas municiones, había enviado á encontrarlas á Juan de Médicis con doscientos caballos y mil quinientos infantes, el cual, quejándose desde el principio de la guerra de que le miraba con malos ojos el Virrey, y por no dársele tanto dinero que bastase para mover los soldados, se había pasado del sueldo del Emperador al del Rey. Parecía que para asegurar las municiones bastaba este presidio por la cercanía del duque de Albania, que al mismo tiempo había pasado el Pó.

Pero el Virrey y el marqués de Pescara, echando el puente cerca de Cremona para impedir las, pasaron el Pó con seiscientos hombres de armas y ocho mil infantes, alojando en Monticelli el primer día; mas volvieron presto de la otra parte del río, habiendo oído que enviaba el Rey para oponérseles á Tomás de Foix con una parte del ejército.

Después de su partida pasó el duque de Albania el Apenino por el territorio de Regio y por la Cafarnana, pero caminando tan despacio, que confiaba la opinión de que el Rey intentaba esta empresa, más por inducir con este medio á los capitanes del Emperador á la paz ó á que desamparasen las cosas de Lombardía, que por esperanza de hacer progresos.

Juntóse con él cerca de Luca Renzo de Ceri con tres mil infantes que habían venido en la armada, al cual, cuando pasaba, se le había rendido Savona y Varagine, y volviendo esta armada á la ribera occidental de Génova, tenía en sospecha aquella ciudad.

Síguese el año de 1525, en cuyo principio D. Hugo de Moncada, que había partido con la armada de Génova, desembarcó en Varagine con tres mil infantes, donde había de guarda algunos infantes franceses; pero viniendo á socorro de éstos la armada francesa, de la cual era capitán el marqués de Saluzzo, se retiró la

armada enemiga, por haber quedado sin infantes, por lo cual, desembarcando la infantería francesa, acometió y prendió á D. Hugo.

En el principio del mismo año, el duque de Albania apretó á los luqueses á que le pagasen doce mil ducados y á que le prestasen unas piezas de artillería, y después, pasando más adelante, por el dominio de los florentinos, de los cuales fué acogido como amigo, hizo alto con el ejército junto á Siena, rogádoselo el Papa, el cual, pues ni con la autoridad ni con las armas podía estorbar lo que le era molesto, procuraba que tuviesen ejecución sus designios con el arte y con la industria.

No le desagradaba al Papa que el rey de Francia ganase el ducado de Milán, pareciéndole que mientras estuvieran en Italia el Emperador y el Rey estaría segura la Sede Apostólica y su Pontificado de la grandeza de ambos. Esta misma razón causaba que le fuese molesto que el rey de Francia ganase el reino de Nápoles, porque no estuviese á un mismo tiempo en manos de un Príncipe tan poderoso aquel reino y el ducado de Milán, por lo cual, buscando ocasión para diferir la ida del duque de Albany, hizo instancia con el Rey para que, al pasar, pusiese en orden el gobierno de Siena, el cual deseaba sumamente el Papa (por estar aquella ciudad situada en mitad del camino de Roma y Florencia) que estuviese en manos de sus amigos, como por medio suyo había estado pocos meses antes, porque habiendo muerto en el pontificado de Adriano el cardenal Petrucci, y pretendiendo sucederle en el gobierno Francisco, su sobrino, se le opusieron por su insolencia los principales del Monte de los Nueve, aunque eran del mismo bando, haciendo instancia con el duque de Sessa, embajador del Emperador y con el cardenal de Médicis para que se diese otra forma en el gobierno, ó reduciéndole á libertad, ó volviendo aquella autoridad á

Fabio, hijo de Pandolfo Petrucci, aunque poco antes había huído de Nápoles ocultamente.

Tratóse este negocio despacio, y al fin, en llegando Clemente al Pontificado, por voluntad suya y del Emperador fué restituído Fabio en el lugar de su padre; mas no teniendo la autoridad que él había tenido, la ciudad, casi inclinada toda á la libertad, los de Monte de los Nueve, no muy unidos con él ni muy concordados entre sí mismos, la flaqueza que tiene el poder de uno cuando no está fundado en el amor de los ciudadanos, ni se rige totalmente y sin respeto como tirano, ocasionó, no obstante que en la plaza estaba la guarda dependiente de él, que levantando un día un alboroto popular sus contrarios, sin ayuda de los forasteros, fué echado de la ciudad muy fácilmente, por lo cual el Papa, que no confiaba en la multitud ni en otro bando, determinó volverles la autoridad para hacer después cabeza á Fabio ó á cualquier otro de los que le agradasen, cosa que á los imperiales (como la sospecha concebida hace que todas las cosas se echen á mala parte) les acrecentó la opinión de que los capítulos entre el Papa y el rey de Francia contenían de cada parte mayores efectos y obligaciones que de neutralidad.

Del detenerse el duque de Albany alrededor de Siena procedió que los sieneses, por librarse de las molestias del ejército, dieron amplia autoridad á los ciudadanos que eran confidentes del Papa para poner en orden el gobierno. Hecho esto y recibida de los sieneses artillería y cierta cantidad de dinero, pasó más adelante; pero, caminando con su acostumbrada tardanza, fué de Montefiascone á Roma á hablar con el Papa, y después, pasando el Tíber por Fiano, se detuvo en los lugares de los Orsini, donde se recogían los infantes que se levantaban en Roma con permiso del Papa, el cual permitía asimismo que los Colonnas (los cuales para la de-

fensa del reino de Nápoles juntaban la gente en Marino) levantasen infantes en Roma; mas por la tardanza del caminar y porque en todas partes se veía muy poco dinero estaba este movimiento en poca reputación.

Los ojos, los oídos y los ánimos de la gente estaban todos atentos á las cosas de Lombardía, las cuales, comenzando á apresurarse á su fin, acrecentaban por varios accidentes á cada parte unas veces la esperanza y otras el miedo. Estaban los asediados en Pavía afligidos por la falta del dinero, tenían estrechez de municiones para la artillería, comenzaba á faltar el vino, y excepto el pan, todas las vituallas, por lo cual los infantes tudescos, ya casi con alboroto, pedían dinero, excitados por sus capitanes, demás de lo que ellos por sí mismos hacían; por lo cual se temía que secretamente estuviesen concertados con el rey de Francia.

Por otra parte el Virrey, acercándose el duque de Borbón con quinientos caballos borgoñones y seis mil infantes tudescos que traía de Alemania, levantados con el dinero del Rey de Romanos, había ido á Lodi, donde pensaba recoger todo el ejército, creyendo que no sería inferior al de los enemigos. Mas para mover los soldados y para sustentarlos no tenían dinero ni facultad alguna para proveerlo; de las ayudas del Papa y de los florentinos estaban desahuciados de todo punto, asimismo de las de los venecianos porque, después de haber interpuesto varias excusas y dilaciones, habían respondido al fin al protonotario, embajador del Emperador cerca de ellos, que querían proceder como procediese el Papa, por cuyo medio se creía que habían concertado secretamente con el rey de Francia estar neutrales; antes aconsejaban ocultamente al Papa que hiciese bajar á Italia á sueldo de ambos diez mil suizos para no temer la victoria de ninguno de los dos ejércitos, cosa que él aprobaba; mas por falta de dinero y

por su carácter indeciso se ejecutó tan lentamente, que envió muy tarde á Suiza al obispo de Veruli á disponer sus ánimos.

Alivió algo las dificultades de Pavía la industria del Virrey y de los otros capitanes porque, enviando al ejército francés algunos á vender vino, Antonio de Leiva, teniendo ya la señal, mandó escaramuzar por aquella parte y alborotándose los vendedores, rompieron el vaso grande y corrieron á Pavía con un vasillo pequeño dentro del cual había tres mil ducados. Por esta cantidad que dieron á los tudescos estuvieron en lo futuro con más paciencia. También quitó el fomento de los alborotos la muerte del capitán de los tudescos, sucedida en tiempo tan á propósito que se creyó que había sido muerto con veneno por medio de Antonio de Leiva.

En este tiempo el marqués de Pescara, yendo á sitiarse á Casciano, en cuya guarda estaban cincuenta caballos y cuatrocientos infantes italianos, les obligó á rendirse sin ningún pacto, y habiendo venido el duque de Borbón con los soldados tudescos, ninguna otra cosa detenía á los capitanes (ansiosos del peligro de Pavía), sino la falta tan grande de dinero, que no sólo no podían pensar en los sueldos del ejército, pero les faltaba el necesario para conducir las municiones y la artillería. En esta necesidad proponían á los infantes la gloria y las riquezas que ganarían de la victoria, trayéndoles á la memoria lo que, vencedores, habían conseguido por lo pasado y encendiéndolos con los estímulos del odio contra los franceses, indujeron á los infantes españoles á que prometiesen que seguirían un mes entero en el ejército sin recibir dinero, y á los tudescos á contentarse con la cantidad que bastase á comprar las vituallas necesarias. Mayor dificultad había en la gente de armas y en los caballos ligeros que estaban alojados por los

lugares del Cremonés y de la Ghiaradadda porque, haciendo ya mucho tiempo que no recibían dinero, alegaban que no podrían sustentarse á sí ni á los caballos, habiendo de seguir el ejército donde sería necesario comprar todas las vituallas. Quejábanse de que eran menos gratas y menos estimadas sus obras que las de los infantes, en los cuales al fin se había distribuído tal vez alguna cantidad de dinero, y en ellos hacía ya tanto tiempo que no se distribuía ninguna cosa, y que no eran inferiores á ellos en valor ni en fe, sino muy superiores en nobleza y méritos pasados. Mitigó sus ánimos el marqués de Pescara, que había ido á sus alojamientos, unas veces disculpándoles, otras consolándoles y otras reprendiéndoles que cuanto eran más esclarecidos de virtud, cuanto era más manifiesto su valor, tanto más debían procurar no ser sobrepujados por los infantes ni en fe ni en afición al Emperador, pues no solamente se trataba de su honor y gloria, sino de todos los Estados que tenía en Italia; que no deberían tener jamás mayor ocasión para mostrar cuánto amaban su grandeza y cuánto deseaban servirle; y si tantas veces habían expuesto su propia vida por el Emperador, ¿qué vergüenza y novedad sería que rehusasen ahora exponer por él una vil cantidad de dinero? Movidos por estas persuasiones y por la autoridad del Marqués, vinieron en recibir por un mes muy pequeña cantidad de dinero.

Recogido todo el ejército, en el cual se decía que había setecientos hombres de armas, igual número de caballos ligeros, mil infantes italianos y más de dieciséis mil entre españoles y tudescos, partió de Lodi á 25 de Enero y fué el mismo día á Marignano, mostrando que quería ir hacia Milán, ó porque, movido el Rey del peligro de aquella ciudad se levantase de Pavía, ó por dar causa de que se fuesen de Milán los soldados que estaban en su guarda. Mas pasando después el río Lambro

por cerca Vidigolfo, se enderezaron manifiestamente hacia Pavía.

Pagaba el Rey en el ejército mil trescientas lanzas, diez mil suizos, cuatro mil tudescos, cinco mil franceses y siete mil italianos, si bien, por los engaños de los capitanes y por la negligencia de sus ministrós, era mucho menor el número de los infantes. En guarda de Milán estaba Teodoro Trivulcio con trescientas lanzas, tres mil infantes entre grisonos y vallesanos y tres mil franceses; pero cuando los imperiales se volvieron hacia Pavía, vino al ejército toda la gente, menos dos mil infantes.

A la salida de los imperiales á campaña se disputaba en el ejército del Rey lo que se debía hacer, y La Tremouille, la Paliza, Tomás de Foix y otros muchos capitanes aconsejaban que el Rey se levantase con el ejército del asedio de Pavía, y se detuviese ó en el monasterio de la Cartuja ó en Binasco, alojamientos fuertes, como hay muchos en el país, por los canales de las aguas hechos para regar los prados. Mostraban que de esta manera se ganaría presto la victoria sin sangre y sin peligro porque, no teniendo dinero el ejército enemigo, no podía sustentarse junto muchos días, sino que estaría necesitado á deshacerse ó alojar esparcido por los lugares; que los tudescos que estaban en Pavía (los cuales por no ser culpados de que encubrían el miedo con la excusa de no ser pagados, sufrían con paciencia ser acreedores del sueldo de muchos meses) luego en levantándose el sitio pedirían la paga, y no teniendo los capitanes modo para dársela ni esperanza aparente con que poderlos sustentar, causarían algún peligroso alboroto; que sólo se conservaban juntos los enemigos con la esperanza de dar presto la batalla, y en viendo que se les alargaba la guerra y que les faltaba la oportunidad de pelear, se llenarían de dificultades y de

confusiones. Mostraban cuán peligroso era estar con el ejército en medio de una ciudad donde había cinco mil infantes de nación muy belicosa y de un ejército que venía á socorrerla, poderoso de número, de gente de valor y de experiencia de los capitanes y de los soldados, feroz por las victorias alcanzadas en lo pasado y que había puesto todas sus esperanzas en pelear; que no era infamia alguna el retirarse cuando se hace por prudencia y no por miedo, cuando el intento es no poner en duda lo cierto y cuando el fin cercano de la guerra ha de mostrar á todo el mundo la madurez del consejo; que ninguna victoria es más útil, más esclarecida ni más gloriosa que la que se gana sin daño y sin sangre de sus soldados, y la primera alabanza de la disciplina militar consiste más en no oponerse sin necesidad á los peligros y en hacer con la industria, con la paciencia y con el arte que sean vanos los esfuerzos de los enemigos, que en el pelear valientemente.

Lo mismo aconsejaba al Rey el Pontífice, al cual el marqués de Pescara, temiendo tanta pobreza, había significado primero que las dificultades del ejército del Emperador eran tales, que le quitaban casi todas las esperanzas de prósperos sucesos.

Mas el Rey, cuyas deliberaciones se regían solamente por el consejo del Almirante, teniendo más delante de los ojos los vanos rumores y variables por cualquier ligero accidente, que la sustancia firme de los efectos, tenía por gran afrenta que el ejército en que él personalmente se hallaba, cediese á la venida de los enemigos, mostrando temor; é incitábale (cosa la más imprudente que pueden hacer los capitanes) el creerse obligado á confirmar con los hechos las palabras dichas vanamente; porque había afirmado con publicidad muchas veces en Francia y significado por toda Italia que elegiría antes la muerte que moverse de Pavía sin

la victoria. Esperaba en la facilidad de poder fortificar su alojamiento de manera que ninguna acometida repentina le pudiese desacomodar; esperaba también que, por la falta de dinero, desordenaría á los enemigos cualquier pequeña dilación, los cuales no teniendo facultad para comprar vituallas y estando necesitados á ir robando la comida por el país, no podrían estar firmes en los alojamientos; esperaba asimismo impedir las vituallas que se habían de traer al ejército imperial, de las cuales sabía que la mayor parte se traían de Cremona, por lo cual había asoldado de nuevo á Juan Luis Palavicino para que ocupase aquella ciudad, donde había poco presidio, ó á lo menos estorbase que se llevasen de allí seguramente las vituallas.

Estas razones confirmaron al Rey en la pertinacia de perseverar en el asedio de Pavía, y para impedir á los enemigos la entrada en aquella ciudad, redujo á otra forma el alojamiento del ejército. Alojaba antes el Rey á la parte de Borgoratto, en la abadía de San Lanfranco, situada cerca de una milla de la otra parte de Pavía, mas allá del camino por donde se va de esta ciudad de Pavía á Milán y sobre el río Tesino, cerca del lugar donde se intentó la separación de las aguas; la Paliza con la vanguardia y con los suizos en las Roncas, en el burgo, junto á la puerta de Santa Justina, fortificándose en las iglesias de San Pedro, Santa Apolonia y San Jerónimo; alojaba Juan de Médicis con los caballos y sus infantes en la iglesia de San Salvador, pero en sintiendo que los enemigos habían salido de Lodi, fué á alojar al Parque en el palacio de Mirabello, que está situado de esta parte de Pavía, dejando en San Lanfranco los infantes grisonos, mas no mudando el alojamiento de la vanguardia. Ultimamente pasó el Rey á alojar en los monasterios de San Pablo y Santiago, lugares acomodados y eminentes y que dominaban la campaña,

muy cercanos á Pavía y algo fuera del Parque. Pasóse á alojar á Mirabello monseñor de Alenzón con la retaguardia y, para poder socorrerse el uno al otro, rompieron por aquella parte el muro del Parque, ocupando el espacio del campo hasta el Tesino de la parte de abajo y de la de arriba hasta el camino de Milán, de manera que teniendo rodeada á Pavía y estando en poder del Rey el Gravalone, el Tesino y la Torretta, que está en frente de la Darsina, no podrían los imperiales entrar en Pavía si no pasaban el Tesino ó no entraban por el Parque.

Estaba el peso del gobierno en el Almirante y el Rey, gastando la mayor parte del tiempo en ocios ó en placeres vanos, no admitiendo negocios ni pensamientos pesados, despreciando á todos los otros capitanes, se aconsejaba de él, oyendo también á Ana de Montmorency y á Felipe Chavot de Brión, personas agradables al Rey, pero de poca experiencia en la guerra. Ni correspondía el número del ejército del Rey á lo que divulgaba la fama ni á lo que él mismo creía, porque, habiendo ido una parte de la caballería con el duque de Albany, quedado otra con Teodoro Trivulcio en guarda de Milán y alojando muchos repartidos por las aldeas y villas circunvecinas, no alojaban más en el ejército que ochocientas lanzas y de los infantes, de los cuales se pagaba, por los fraudes de los capitanes y por la negligencia de los ministros del Rey, immoderado número, era muy diferente la verdad, de la opinión; engañando más que los otros los capitanes italianos que recibían sueldo para muchos infantes y tenían muy pocos. Lo mismo sucedía con los infantes franceses.

Dos mil vallesanos que alojaban en San Salvador entre San Lanfranco y Pavía, acometidos de repente por los de adentro, habían sido deshechos.

Estando las cosas en este estado, pasando los capi-

tanos imperiales el Lambro, se arrimaron al castillo de Sant'Angelo por estar situado entre Lodi y Pavía, porque causaría, si no estuviera en su poder, gran estorbo para conducir las vituallas desde Lodi al ejército. Guardábale Pirro, hermano de Federico de Bozzole con doscientos caballos y ochocientos infantes, y el Rey, por no poner temerariamente en peligro á los suyos, había enviado pocos días antes á reconocer el lugar al mismo Federico y á Jacobo Cabaneo, los cuales refirieron que el presidio era bastante para defenderlo. Pero la experiencia mostró el engaño de sus discursos porque, habiéndosele arrimado Fernando de Ábalos con los infantes españoles y derribado con la artillería algunas defensas, temerosos los de adentro, se retiraron el mismo día á la fortaleza, y pocas horas después concertaron que, quedando presos Pirro, Emilio Cavriana y tres hijos de Febus de Gonzaga, se fuesen todos los otros, dejando las armas y los caballos y prometiendo no militar por un mes contra el Emperador.

Llamó en este tiempo el Rey dos mil infantes italianos de los de Marsella que estaban en Savona, y habiendo llegado al Alejandrino cerca del río de Urbé Gaspar Maino, que con mil setecientos infantes estaba en guarda de Alejandría, salió fuera con poca gente, los acometió, y hallándoles cansados del camino y sin guardas, porque no tenían recelos de ser acometidos, les rompió con poco trabajo. Huyendo al Castellaccio, se rindieron poco después con diez y siete banderas.

No tuvo mejor suceso el cuidado que se había puesto en Juan Luis Palavicino pues, entrando con cuatrocientos caballos y dos mil infantes en Casalmaggiore, donde no había muralla ni hecho ningún reparo, y ocupando después á San Juan en Cruz, comenzó desde aquel lugar á correr el país, atendiendo cuanto podía á inte-

trumpir las vituallas, por lo cual Francisco Sforza, que estaba en Cremona, juntando con dificultad mil cuatrocientos infantes, los envió con pocos caballos de Rodolfo de Camerino y con los de su guarda hacia Casal Maggiore debajo del gobierno de Alejandro Bentivoglio, y acercándose al dicho lugar el Palavicino á 18 de Febrero, confiando en que tenía más gente, sin esperar á Francisco Rangone que debía venir con más infantería y caballería, salió fuera y peleó con ellos, y queriendo detener á los suyos, que ya se retiraban, derribándole el caballo fué preso y todos los suyos rotos y deshechos.

Añadióse á las cosas del rey de Francia otra dificultad de gran consideración, porque Juan Jacobo de Médicis, de Milán, castellano de Mus, donde había sido enviado por el duque de Milán, por haber muerto á monseñor Visconti, puso de noche una celada cerca de la fortaleza de Chiavena, que está situada sobre un cerro al fin del lago y distante de las casas del castillo, y prendiendo al castellano que había salido fuera á pasear, le llevó luego á la puerta de la fortaleza y, amenazando que le mataría, indujo á su mujer á que le diese la fortaleza. Hecho esto, descubrió otra celada con trescientos infantes, y entrando por el castillo á la villa la tomó, por lo cual, sospechosas las Ligas de los grisonos de este accidente, volvieron á llamar, pocos días antes de la batalla, seis mil grisonos que había en el ejército del Rey.

Llegó á este tiempo al ejército imperial el caballero de Casale, enviado por el rey de Inglaterra, con promesas grandes porque, comenzando aquel Rey á tener envidia de la prosperidad del rey de Francia y movido también de que en el mar de Escocia habían sido tomadas por los franceses unas naves inglesas, amenazaba que rompería la guerra en Francia, y deseaba sus-

tentar el ejército cesareo, por lo cual ordenó á Pacceo, que estaba en Trento, que fuese á Venecia á protestar en su nombre la observancia de la liga. Esperábase que les había de inducir á ella más fácilmente el haber enviado el Emperador á manos del Virrey la investidura de Francisco Sforza, con orden que dispusiese de ella conforme á las ocurrencias de las cosas.

Hizo también el rey de Inglaterra que rogase su embajador al Papa que ayudase las cosas del Emperador, de lo cual se excusó el Papa por la capitulación hecha con el rey de Francia para su seguridad, sin ofensa del Emperador, resintiéndose también de que, después que volvió el ejército de la Provenza, había estado veinte días sin haber podido entender sus designios y si tenían ánimo de defender ó de desamparar el Estado de Milán.

Eran ya de poca consideración los tratados y pláticas de los Príncipes y las diligencias y solicitudes de los embajadores porque, acercándose los ejércitos, se reducía la suma de toda la guerra y de las dificultades y peligros que se habían sustentado muchos meses á la fortuna de pocas horas; porque el ejército imperial, después de la toma de Sant'Angelo, caminando adelante, fué á alojar á 1.º de Febrero en Vistarino y el segundo día en Lardirago y San Alejo, pasando el Lolona, pequeño río, este alojamiento estaba á cuatro millas de Pavía y tres del ejército francés. El 3 de Febrero alojó en los prados, hacia la puerta de Santa Justina, extendiéndose entre los prados Trelevero y la Motta y en un bosque al lado de San Lazzero, alojamientos que estaban dos millas y media de Pavía, una de la vanguardia francesa y milla y media de los reparos y fosos de su ejército y tan cercanos que se hacían mucho daño con la artillería.

Habían ocupado los imperiales á Belgiojoso y todos

los lugares y país que tenían á las espaldas, excepto San Colombano, en donde perseveraba la guarda francesa, pero estaba asediado de manera que ninguno podía salir. Encontraron en Sant'Angelo y Belgiojoso gran cantidad de vituallas, y procuraban, por tener más cantidad, ganar el Tesino, como habían ganado el Pó, de donde las impedían á los franceses. Tenían á Santa Cruz, y habiendo desamparado el Rey á la Cartuja cuando fué á alojar á Mirabello, no iban á ella los imperiales porque no les impidiesen las vituallas. Tenían á San Lazzero los franceses, mas por la artillería de los enemigos, no osaban estar en aquel lugar.

Corría por medio de ambos alojamientos un arroyo de agua corriente, llamado la Vernacula, que nace en el Parque, el cual, pasando por entre San Lazzero y San Pedro de Verge, entra en el Tesino que, como muy importante, le procuraban pasar los imperiales para poder caminar más adelante con menos dificultad, y los franceses lo defendían valerosamente, ayudados de tener la madre profunda con las orillas altas, de manera que no se podía pasar sin mucha dificultad y cada uno fortificaba solícitamente su propio alojamiento.

Tenía el ejército del Rey grandes reparos por el frente, por las espaldas y por el costado izquierdo, rodeados con fosos y fortificados con bastiones y, por el costado derecho, la muralla del parque de Pavía, de modo que se consideraba muy fuerte. Semejante era la fortaleza del alojamiento de los imperiales, los cuales poseían todo el país de San Lazzero hacia Belgiojoso hasta el Pó, de suerte que el ejército tenía gran abundancia de vituallas. Los reparos de ambos alojamientos estaban á cuarenta pasos y tan cerca de bastiones que se tiraban con los arcabuces.

En esta forma estaban alojados los ejércitos á 8 de Febrero y escaramuzaban á cada hora, pero ambos te-

nían sus campos en sus fortificaciones, no queriendo dar la batalla con desigualdad, y parecía á los capitanes imperiales que habían ganado mucho hasta aquel día, pues que se habían arrimado tanto á Pavía que, si se diese la batalla, podrían ser ayudados por la gente de adentro. Había en Pavía falta de municiones, y por esta causa los imperiales enviaron cincuenta caballos, cada uno con un saco lleno de pólvora en la grupa, los cuales, entrando de noche por el camino de Milán, esperando que, por orden de los del ejército, se hiciese tocar alarma de los franceses, llegaron libres á Pavía, por lo cual, haciendo muchas salidas Antonio de Leiva y molestando á los enemigos por diversos modos, acometiendo un día á los que estaban en guarda de Borgoratto y de San Lanfranco, los rompió y quitó tres piezas de artillería y algunos carros de municiones.

Estando en este estado las cosas era increíble la vigilancia, la industria y el trabajo del cuerpo y del espíritu del marqués de Pescara, el cual no cesaba de día ni de noche, con escaramuzas, con tocar alarma, con hacer muchas obras para molestar á los enemigos, adelantándose siempre con trincheras, con fosos y con bastiones. Hicieron un reducto sobre el canal, y causando mucho daño los franceses á los que trabajaban con dos piezas de artillería que estaban plantadas en San Lazzeró, volviendo hacia aquel lugar las suyas, le arruinaron y les obligaron á desampararle. Causaba mucho daño á los franceses la artillería del dicho reducto y asimismo la de otro que estaba hecho en Pavía. Los españoles se habían fortificado de manera con bastiones y con reparos y hecho tales prevenciones que ofendían mucho al campo francés, recibiendo poco daño. Por esto los franceses mudaban la artillería para batirles por el costado.

Trabajaban continuamente los españoles por adelan-

tarse palmo á palmo. Eran también en tanta cercanía muy frecuentes las escaramuzas en las cuales casi siempre quedaban los franceses inferiores.

No dejábanse por esto las negociaciones para la tregua que trataban continuamente los nuncios del Papa, que estaban en ambos ejércitos.

Tampoco faltaban muchos de los más íntimos del Rey á aconsejarle, y el Papa lo hizo muchas veces que, por huir tan gran peligro, se apartase de Pavía con el ejército, siendo necesario que, por la falta de dinero que tenían los enemigos, alcanzase la victoria en breve tiempo y sin sangre.

A 17 de Febrero, saliendo fuera los de Pavía, escaramuzaron con la compañía de Juan de Médicis, el cual honradamente los metió dentro, y volviendo después á mostrar al Almirante el lugar y lo que había sucedido en la acción, habiéndose escondido algunos arcabuceros en una casa, fué herido de un arcabuzazo en el talón y roto el hueso, con grande disgusto del Rey, por lo cual le fué forzoso hacerse llevar á Plasencia: Por haber sido herido se perdió luego toda la ferocidad del ejército francés en los asaltos y escaramuzas.

Los de Pavía, saliendo cada día fuera con mayor atrevimiento y habiendo abrasado la abadía de Lanfranco, batían siempre á los franceses, los cuales parecía que estaban muy acabados.

El 19 en la noche, al amanecer del 20, el marqués de Pescara con tres mil infantes españoles acometió los bastiones de los franceses y, subiendo sobre los reparos, mató más de quinientos infantes y enclavó tres piezas de artillería.

Finalmente, no siendo posible sustentar más su ejército en aquel alojamiento á los capitanes imperiales por la falta de dinero, y considerando que si se volvían, no sólo se perdía Pavía, sino que quedaba sin esperan-

za de defenderse lo demás que poseían en el Estado de Milán, teniendo también gran confianza de ganar la victoria por el valor de sus soldados y porque en el ejército francés había muchos desórdenes, y además de haberse ido muchos infantes, no correspondía el número con mucho á los que se pagaban, la noche antes de 25 de Febrero, día dedicado según el rito de los cristianos al apóstol San Matías y el mismo en que nació el Emperador, determinaron ir á Mirabello, donde alojaban algunas compañías de caballos y de infantes, con intención de librar á Pavía del asedio si no se movían los franceses y, si se movían, intentar la fortuna de la batalla; por lo cual, habiendo hecho á primera noche tocar muchas veces alarma para cansar á los franceses, fingiendo que les querían acometer por el Pó, por el Tesino y por San Lazzero después de media noche, habiéndose puesto todos los soldados, por orden de los capitanes, una camisa blanca sobre las armas para reconocerlos de los franceses con esta señal, hechos dos escuadrones de caballos y cuatro de infantes, en el primero seis mil, divididos en partes iguales entre tudescos, españoles é italianos debajo del gobierno del marqués del Vasto, el segundo sólo de infantes españoles, gobernado por el marqués de Pescara, el tercero y el cuarto de tudescos guiados por el Virrey y el duque de Borbón, llegando al muro del Parque con albañiles y ayuda de soldados, habiendo derribado sesenta brazas de muralla algunas horas antes de amanecer y entrando en el parque fué el primer escuadrón á la vuelta de Mirabello y lo restante del ejército hacia el campo. En entendiendo el Rey la entrada en el Parque, pensando que fuesen hacia Mirabello, salió de los alojamientos para pelear en la campaña descubierta y llana, deseoso de que se peleasé antes allí que en otra parte por la ventaja de los caballos, ordenando al mismo

tiempo que la artillería se volviese hacia los enemigos, y batiéndoles por el costado hicieron algún daño en la retaguardia. Acometió en este medio ferozmente la batalla imperial con el escuadrón del Rey (que de ordinario era batalla), pero según caminaban los españoles fué la vanguardia donde, peleando él valerosamente, sustentaba la furia de los enemigos, de los cuales fueron obligados los suyos á rendirse por el furor de los arcabuces, hasta que, llegando los suizos, los españoles fueron rebatidos por ellos y por la caballería, que les acometió por el costado, pero llamando al Virrey el marqués de Pescara y viniendo con los infantes tudescos, rompieron fácilmente y con mucha matanza á los suizos, quienes no correspondieron aquel día en nada al valor que solían mostrar en las otras batallas, y estando el Rey en medio de la batalla con gran número de gente de armas, procurando detener los suyos, después de haber peleado mucho, le mataron el caballo, y herido en la cara y en la mano, aunque ligeramente, cayó en el suelo y fué preso por cinco soldados que no le conocían; pero llegando el Virrey se le dió á conocer, y besándole la mano con mucha reverencia, le recibió preso en nombre del Emperador. En este tiempo el del Vasto con el primer escuadrón había roto los caballos que estaban en Mirabello, y Antonio de Leiva, saliendo de Pavía, había acometido á los franceses por las espaldas de manera que todos se pusieron en fuga y casi todos fueron desvalijados, excepto la retaguardia de la caballería que, gobernada por Alenzón, se retiró entera al principio de la batalla. Fué constante opinión que murieron en esta batalla á hierro y ahogados al huir en el Tesino más de ocho mil franceses y cerca de veinte de los primeros señores de Francia, entre los cuales perdieron la vida el Almirante, Jacobo Cabaneo, La Paliza, La Tremouille, el Caballerizo Mayor,

Aubigny, Bussy y Lescun, el cual, llegando herido al poder de los enemigos, expiró luego; fueron presos el rey de Navarra, el bastardo de Saboya, Montmorency, Saint-Paul, Brion, La Val, De Chartres, Armagnac, Galeazzo Visconti, Federico de Bozzole, Bernabé Visconti, Nevers é infinitos gentiles hombres, y casi todos los capitanes que no fueron muertos. También fué preso Jerónimo Leandro, obispo de Brindis, nuncio del Papa, mas por orden del Virrey se le dió libertad. De los presos, Saint-Paul y Federico de Bozzole, llevados al castillo de Pavía, sobornando á los que les guardaban, se libraron huyendo. Murieron de los imperiales cerca de setecientos, pero ningún capitán, excepto Fernando Castrioto, marqués de Sant'Angelo, y la presa fué tan grande que jamás hubo en Italia más ricos soldados. El marqués de Pescara recibió dos heridas, una de un arcabuzazo, y Antonio de Leiva fué herido ligeramente en una pierna. Libróse de tan gran ejército la retaguardia, guiada por Alenzón, de cuatrocientas lanzas, el cual, sin pelear, sin ser acometido ni seguido se retiró entero con gran presteza al Piamonte, aunque dejando el bagaje. Luego que llegó el ruido de la victoria á Milán, Teodoro Trivulcio, se fué hacia Musocco, siguiéndole todos los soldados á la desfilada, de manera que el mismo día de la batalla quedó libre de franceses todo el ducado de Milán.

El Rey fué llevado, el día después de la victoria, á la fortaleza de Pizzichittone, donde, excepto en la libertad, porque estaba guardado con mucha diligencia, fué tratado y honrado como Rey en todas las otras cosas.

LIBRO XVI.

SUMARIO.

La victoria de Carlos V contra el rey de Francia puso gran miedo á todos los príncipes de Italia, por lo cual muchos, por acomodar sus cosas, muchos por darle la enhorabuena y otros por miedo de sus Estados, tenían estrechas pláticas.—Gran temor experimentaron los venecianos y el Papa Clemente, quienes pensaban que tan gran victoria levantaría el ánimo del Emperador á desear hacerse señor de toda Italia. Por esto procuraron primero hacer liga juntos para defensa común. Finalmente el Papa se concertó con el Emperador.—Por diversas causas nació en Siena por esta misma victoria algún tumulto ocasionado por el gobierno, pues los libertinos se levantaron contra el Monte de los Nueve.—Muchas Repúblicas y príncipes de Italia dieron dinero al Emperador por estar seguros en sus Estados.—Llegada la nueva al Emperador, no quiso que se hiciese alguna señal de alegría, y después de muchas consultas se enviaron algunos capítulos al Rey para su libertad que, por no firmarlos, fué necesario que pasase preso á España.—Conjuráronse en este tiempo muchos príncipes de Italia contra el Emperador, cuya cabeza fué Francisco Sforza, duque de Milán, que había sido puesto por él en aquel Estado, y porque el marqués de Pescara había manejado esta conjuración con designio de quitar el Estado de Milán al Duque, sacó de esto poco honroso nombre.—Estuvo algún tiempo preso el rey de Francia. Enfermó de pesadumbre en poder del César. Al fin, concertando que le daría la Borgoña y algunos

otros lugares dependientes de ella, con dar las promesas y hacer las ceremonias acostumbradas en semejantes casos, fué libre el rey Francisco y puesto en libertad en Fuenterrabia, que está á los confines de su reino, y escribiendo de su mano al rey de Inglaterra su libertad y significándole que la reconocía de su diligencia, confirmó la paz que había hecho su madre con él.

CAPITULO PRIMERO.

Gestiones del Pontífice para mitigar el enfado del César.—Los venecianos proponen la liga al Papa.—El arzobispo de Capua en Roma enviado por Carlos V.—El duque de Albany vuelve á Francia.—Confederación entre el Papa y Carlos V.

Habiendo sido en la batalla del parque de Pavía no sólo roto por el ejército cesáreo el francés, sino quedado también preso el Rey Cristianísimo y muertos ó presos con su Rey la mayor parte de los capitanes y de la nobleza de Francia, y habiendo asimismo procedido los suizos tan vilmente, los cuales en lo pasado habían militado en Italia con tanto nombre, el resto del ejército, despojado de los alojamientos, no se detuvo hasta el pie de los montes. Y lo que maravillosamente acrecentó la reputación de los vencedores fué que, habiendo ganado los capitanes imperiales victoria tan memorable con poca sangre de los suyos, no se podría referir cuán atónitos quedaron los potentados de Italia, á los cuales, hallándose del todo desarmados, les daba gran miedo el haber quedado las armas del Emperador poderosísimas en campaña, sin embarazo alguno de enemigos.

No les aseguraba tanto de este miedo lo que muchos divulgaban de la buena intención del Emperador y de su inclinación á la paz y á no usar ó usurpar los Estados de otros, cuanto los espantaba el considerar que era muy peligroso que movido ó de la ambición (que suele ser natural en todos los Príncipes) ó de la insolencia (que comúnmente acompaña á las victorias), incitado también por el calor de aquellos que gobernaban en Italia sus cosas, y finalmente por las persuasiones del Consejo y de toda la corte, volviese en tan grande ocasión (bastante para inflamar cualquier espíritu frío) sus pensamientos á hacerse señor de toda Italia; mayormente conociéndose cuán fácil es á cualquier Príncipe grande, y en particular á un Emperador romano, justificar sus empresas con títulos que parezcan honestos y justos.

No se hallaban trabajados solamente de este miedo los de menor autoridad y fuerzas, pero aun más que los otros el Papa y los venecianos, no sólo por conocer que, sin justa causa, habían faltado á los capítulos de su confederación, sino mucho más por la memoria de los odios antiguos y de las muchas injurias que había entre ellos y la casa de Austria, y de las graves guerras que pocos años antes habían tenido con Maximiliano, su abuelo, por los cuales se habían refrescado grandemente en el Estado que poseen en Tierra Firme el nombre y la memoria de los derechos casi olvidados del Imperio, y por conocer que cada uno que tuviese en su mano establecer grandeza en Italia estaba necesitado á tratar de abatir su poder demasiado grande. El Papa porque, demás de la majestad del Pontificado, la cual aun en los tiempos de la antigua reverencia que tuvo el mundo á la Sede Apostólica, estuvo muchas veces mal segura en la grandeza de los Emperadores, se hallaba por cualquier otra razón descubierto á las

injurias, porque estaba desarmado, sin dinero y con el Estado de la Iglesia muy flaco, en el cual hay muy pocas villas fuertes; los pueblos no estaban unidos ni firmes en la devoción de su Príncipe, sino dividido casi todo el dominio eclesiástico en los bandos güelfo y gibelino, y los gibelinos, por antigua y casi natural impresión, inclinados al nombre de los Emperadores; la ciudad de Roma más flaca y corrompida por estas semillas que todas las otras. Añadíase el respeto de las cosas de Florencia, pues, dependiendo de él y siendo grandeza propia y antigua de su casa, no las tenía menos en el corazón que las de la Iglesia, ni era menos fácil el alterarlas, porque aquella ciudad, después que al pasar el rey Carlos fueron echados los Médicis, habiendo, debajo de nombre de libertad, experimentado diez y ocho años el gobierno del pueblo, sintió su vuelta de manera que había en ella muy pocos que en verdad les agradase su poder.

Temía sumamente el Papa que á estas ocasiones tan poderosas se añadiese no poca voluntad de ofenderle. No tanto porque jamás está seguro de la ambición de los más poderosos quien puede menos, cuanto porque juzgaba que, por diversas causas, fuese en este tiempo odioso al Emperador su nombre; discurriendo consigo, que si bien en vida de León y después, siendo Cardenal, había trabajado mucho por la grandeza del Emperador, que León y él con grandes gastos y peligros le habían abierto en Italia el camino para tan gran poder y que en siendo asumpto al Pontificado, había dado dinero á sus capitanes mientras el Almirante estaba en Italia y hecho que se le diesen los florentinos, sin quitar del ejército la gente de la Iglesia y de aquella República, con todo eso, ó considerando que pertenecía á su oficio ser padre y pastor común entre los Príncipes cristianos y antes autor de paz que fomentador de gue-

rra, ó comenzado tarde á temer de tanta grandeza, se había retraído presto de seguir la misma fortuna, de manera que no había querido renovar la confederación que su antecesor hizo para defensa de Italia, y cuando el año antes entró su ejército en la Provenza con el duque de Borbón, no había querido ayudarle con dinero; lo cual si bien no dió justa queja á los ministros del Emperador, por no estar obligado por la liga de Adriano á concurrir contra los franceses, sino en las guerras de Italia, con todo eso hubo principios para entender que esto disgustó á los embajadores del Emperador y disminuyó mucho la fe que hasta aquel día habían tenido en él; como sucede á aquellos que llevados sólo ó del apetito ó de la necesidad, tenían casi por ofensa que en las empresas particulares hechas para ocupar la Francia, no pusiesen también los otros las espaldas como primero se había hecho en las universales, comenzadas debajo de título de asegurar á Italia del poder de los franceses.

Pero comenzaron y se descubrieron las quejas y disgustos cuando el rey de Francia pasó á la empresa de Milán, porque si bien el Papa, según lo que después escribió en su Breve de quejas al Emperador, dió oculta-mente alguna cantidad de dinero á los imperiales á la vuelta de Marsella, con todo eso después no se había estrechado ni entendía con ellos; mas luego que hubo ganado el Rey la ciudad de Milán, pareciéndole que sus cosas procedían prósperamente, había capitulado con él, aunque se disculpaba con el Emperador, alegando que no habiéndole significado en aquel tiempo sus capitanes por espacio de veinte días ninguno de sus designios, desesperado después de la defensa de aquel Estado, temiendo asimismo por el de Nápoles y adelantándose el duque de Albany con la gente hacia Toscana, había estado necesitado á pensar en su seguridad;

pero que no había podido en él tanto el respeto de su propio peligro que no hubiese concertado con condiciones por las cuales no se acudía menos á las cosas del Emperador que á las suyas, y que había despreciado grandes partidos que ofreció el Rey para que entrase con él en confederación.

No obraron tanto sus excusas que dejaran de turbar mucho al Emperador y sus ministros, no tanto porque se vieron privados de todo punto de recibir ya ninguna ayuda suya, cuanto porque temieron que en la capitulación se comprendiese más que la obligación de neutralidad, porque les pareció que, en cualquier caso, habían dado mucha reputación á la empresa de los franceses y porque temieron también que el Papa fuese medio para que los venecianos siguiesen su ejemplo. Certificáronse después que esto había sido verdad por las cartas y breves que, alcanzada la victoria, se hallaron en la tienda del Rey preso. Finalmente aumentaron estas sospechas y mala satisfacción ver que consintió el Papa que pasasen por su dominio y se ayudase á conducir las municiones que el duque de Ferrara dió al rey de Francia cuando estaba en el sitio de Pavía, pero mucho más la ida del duque de Albany á la empresa del reino de Nápoles, porque no sólo fué recibido y honrado como amigo por todo el Estado de la Iglesia y de los florentinos, sino también se detuvo muchos días cerca de Siena para reformar, mientras se detenía, el gobierno de aquella ciudad; lo cual, si bien alargaba la ida del Duque al reino de Nápoles, y aunque el Papa por este fin principalmente lo había procurado (por serle molesto que uno mismo fuese señor de Nápoles y de Milán), con todo eso los imperiales interpretaron por esta causa que entre el rey de Francia y él se había hecho mayor concierto que el de una simple promesa de no ofenderse; por lo cual temía justamente el Papa

no sólo ser ofendido por los imperiales con el tiempo y las ocasiones, como lo temían los otros, sino que también, sin esperar mayor oportunidad, acometiesen luego ó el Estado de la Iglesia ó el de los florentinos.

Acrescentóle el temor el ver que, en sabiendo el duque de Albany el trabajo del Rey, se había retirado, para librarse, de Monte Ritondo hacia Bracciano, y ordenando también que fuesen allí ciento cincuenta caballos que estaban en Roma (á los cuales el Papa hizo que acompañasen hasta aquel lugar los de su guarda, porque el duque de Sesa y los imperiales se disponían para romper esta gente). Y su cedió que, viniendo de Sermoneta cerca de cuatrocientos caballos y mil doscientos infantes de la gente de los Orsini, seguidos por Julio Colonna con mucha caballería é infantería, fueron rotos por éste en la Abadía de las tres Fuentes y entraron huyendo en Roma por la puerta de San Pablo y San Sebastián, y mezclada precipitadamente con ellos la gente de Julio, que mató muchos en el *Campo de las Flores* y en otras partes de la ciudad, la cual, con grande alboroto se armó toda, primero con mucho miedo y después con grande indignación del Papa, porque no se hubiese tenido á su autoridad respeto ni reverencia alguna.

En esta suspensión y gran congoja de ánimo le llegaron los consejos y ofrecimientos de los venecianos, los cuales, constituidos en el mismo temor, procuraban persuadirle con eficaz instancia que, confederándose ambos entre sí, hiciesen bajar luego á Italia diez mil suizos y levantando una tropa de gente italiana, se opusieron á tan graves peligros, prometiendo (como acostumbraban) mucho más de lo que después solían cumplir. Alegaban que los infantes tudescos que habían estado en la defensa de Pavía no habían recibido dinero en muchos meses, y viendo que después de la vic-

toria continuaban las mismas dificultades que antes en las pagas, se habían amotinado, tomando la artillería haciéndose fuertes en Pavía; que por la misma causa todo lo restante del ejército del Emperador estaba inquieto, y para inquietarse cada día más, no teniendo los capitanes facultad para pagarles; de manera que armándose ellos y él poderosamente, se aseguraban los Estados comunes y se sustentaba la ocasión de que los imperiales, empeñados en estas dificultades y necesitados á tener continuamente grandes fuerzas en la guarda del Rey preso, se desordenasen por sí mismos. Añadiase que no se debía dudar que Madama la Regente, en cuya mano estaba el gobierno de Francia, deseosísima de esta unión, no sólo haría luego que saliese á su instancia el duque de Albany con su gente y con las cuatrocientas lanzas de la retaguardia que se habían retirado libres de la batalla, sino también concurriría, con voluntad de todo el reino de Francia, con gran suma de dinero para el bien de Italia, conociendo que de él dependía en gran parte la libertad del Rey su hijo; que era excelente sin duda esta determinación si se ejecutase con presteza, pero que la tardanza daría á los imperiales disposición para volverse á ordenar, tanto más, porque quien no se resolvía á armar, estaba necesitado á confederarse con ellos y á darles dinero, que no era otra cosa que ser instrumento de librarles de todas las dificultades y de establecerse por sí mismos en perpetua sujeción.

Daban también esperanzas de que serían seguidos por el duque de Ferrara, el cual, por la dependencia antigua de los franceses y por las ayudas que había dado en esta guerra al Rey, no estaba sin mucho miedo. Parecía su unión de gran momento por la oportunidad grande de su Estado para las guerras de Lombardía, por ser la ciudad de Ferrara muy fuerte y estar él

abundantísimo de municiones y de artillería, y, según se decía, muy rico de dinero.

No hubiera inclinado á Clemente á dar oídos á estas pláticas ni la esperanza de haber de vencer una empresa tan difícil, ni la consideración de los peligros apartados, á los cuales suele muchas veces el tiempo dar remedios no pensados, si no le hubiera inducido el miedo de ser acometido al presente á quererse exponer antes al peligro menos cierto que al que parecía mayor; y más por esta causa se estrecharon tanto las pláticas entre ellos que, habiendo llegado á tratar los capítulos, se esperaba cada hora que se ajustasen; de manera que persuadiéndose el Papa de que se concluiría, despachó por la posta al rey de Inglaterra, á Jerónimo Ghinuccio, sienés, auditor de la Cámara Apostólica, para procurar diestramente disponerle á que se opusiese á tanta grandeza del Emperador.

A esta sazón llegó el arzobispo de Capua, su antiguo secretario y consejero y que muchos años había tenido con él gran autoridad, el cual, luego que oyó la victoria de los imperiales, había ido de Piacenza al campamento de Lannoy, virrey de Nápoles, y sabiendo su intención, fué luego por la posta al Papa, llevándole esperanzas ciertas de acuerdo; porque el Virrey y los otros capitanes tenían por entonces dos pensamientos, el uno proveer dinero para satisfacer al ejército, con el cual, por no haber modo para pagarle, se hallaban en gran confusión; el otro llevar la persona del Rey de Francia á lugar que la dificultad de guardarle no los tuviese en continuo trabajo, y establecidas bien estas dos cosas, juzgaban que quedarían en estado que podrían siempre poner en ejecución sus designios; por lo cual deseaban el acuerdo con el Papa, presuponiendo que sacarían de él gran cantidad de dinero, y para disponerle mejor con el miedo y también para descargar

de los alojamientos de los soldados al Estado de Milán, que estaba muy gastado, habían enviado á alojar á Piacentino cuatrocientos hombres de armas y ocho mil tudescos, no como enemigos, sino diciendo unas veces que el ducado de Milán no podía sustentar tan gran ejército y otras amenazando que los querían hacer pasar á tierra de Roma á buscar al duque de Albany, en caso que la gente conducida por los Orsini no se disolviera.

Eran superfluas estas diligencias, porque, al certificarse el Papa que podía huir los peligros presentes, dejando los otros pensamientos, se volvió con todo el ánimo á la paz, por lo cual, luego que oyó al arzobispo, hizo parar en el camino al auditor de la Cámara y, para quitar todas las ocasiones que pudiesen interrumpirla, ordenó que el duque de Albany, excepto los caballos y los infantes ultramontanos, deshiciese lo restante del ejército, y les dió alojamiento en Corneto, recibiendo promesa de los ministros del Emperador que también ellos despedirían la gente que tenían cerca de Roma y detendrían á Ascanio Colonna y á la otra gente que venía del reino de Nápoles. Asimismo se interpuso con los Colonnas (que comenzaban á molestar los lugares de los Orsini) para que dejaran las armas.

Deseaba el Papa y hacía todo lo que podía para que en la concordia que trataba con el Virrey se incluyese á los venecianos; pero la dificultad estaba en que ellos rehusaban querer pagar el dinero que les pedía el Virrey, porque pedía que le pagasen todo lo que habrían gastado en la guerra, conforme á lo que debían contribuir y que en lo futuro no contribuyesen con gente, sino con dinero; pidiendo también lo mismo á todos los comprendidos en la confederación hecha con Adriano. Pero la dureza de los venecianos beneficiaba al Papa, dando sospecha al Virrey de que pensaban en nuevos movimientos.

Mientras se trataban estas cosas con esperanza cierta de que se concluirían, dieron los florentinos por orden del Papa al marqués de Pescara veinte mil ducados para sustentar el ejército, prometiendo al Papa Juan Bartolomé de Gattinara (el cual trataba por el Virrey cerca de su persona) que esta cantidad se contaría en la mayor suma que hubiesen de pagar en virtud de la nueva capitulación.

Pocos días antes que se concluyese, el duque de Albany que, para volverse á Francia, había esperado la armada, llegando ésta al puerto de San Esteban y enviándole las galeras, se embarcó en Civitavecchia en ellas y en las del Papa, que se las había prestado, con voluntad del Virrey, si bien ni á la armada ni á las galeras dieron salvoconducto. Embarcóse con él Renzo de Ceri con la artillería que había recibido de Siena y de Luca con cuatrocientos caballos, mil infantes tudescos y pocos italianos, porque el resto de la gente se había ido á la desfilada y de los demás caballos se había vendido una parte y otra deshecho.

Los progresos del Duque fueron tales, que se entendió claramente que había sido enviado, ó porque temiendo los imperiales lo del reino de Nápoles, se fuesen del ducado de Milán á socorrerle, ó para que por este medio se inclinasen á la paz, y por tal causa se había procedido despacio, faltando al Rey fuerzas bastantes para enviarle con ejército poderoso.

Mas al fin, dejando aparte á los venecianos, á 1.º de Abril, entre el Papa y el virrey de Nápoles, como lugarteniente general cesareo en Italia, por el cual estaba en Roma con plena orden Juan Bartolomé de Gattinara, sobrino del gran canciller del Emperador, se concluyó en Roma la liga por sí y por los florentinos de una parte y por los imperiales de la otra. La suma de los capítulos más importantes fué que entre el Papa y César hubiese

perpetua amistad y confederación, por la cual el uno y el otro estuviesen obligados á defender de todos, con cierto número de gente, el ducado de Milán, poseído entonces, debajo del amparo de César, por Francisco Sforza, el cual fué nombrado como principal en esta capitulación, y que el Emperador tuviese en su amparo todo el Estado que tenía la Iglesia, el que poseían los florentinos y particularmente la casa de los Médicis, con la autoridad y preeminencias que tenía en aquella ciudad; pero pagándole los florentinos al presente cien mil ducados en recompensa de lo que hubieran de haber contribuído en la guerra próxima en virtud de la liga hecha con Adriano, la cual pretendía que no se había acabado por su muerte, por estar especificado en los capítulos que durase un año después de la muerte de cada uno de los confederados; que los capitanes del Emperador sacasen la gente del Estado eclesiástico y no enviasen á alojar en él de nuevo más gente sin el consentimiento del Papa. A los venecianos se les dejó lugar para entrar en esta confederación en término de veinte días, con honestas condiciones que hubiesen de ser declaradas por el Papa y por el Emperador y que el Virrey estuviese obligado á hacer venir, dentro de cuatro meses, la ratificación del Emperador á todos estos capítulos.

Obligáronse las personas que había enviado el Virrey en un capítulo aparte, confirmado con juramento, que, en caso de que el Emperador no ratificase estos capítulos dentro de este tiempo, restituyera el Virrey los cien mil ducados; pero debiéndose cumplir enteramente la liga hasta que el dinero se restituyese.

Fueron añadidos á esta liga tres capítulos que no se pusieron en la capitulación, sino en una escritura aparte, confirmándolos también con juramento, que contenían que en todas las cosas beneficiables del reino de

Nápoles se permitiese á los Pontífices usar de la autoridad y jurisdicción que se disponía por las investiduras del reino; que el ducado de Milán tomase en lo venidero la sal de las salinas de Cervia por el precio y modos que otras veces se concertó entre León y el presente rey de Francia y confirmó en la capitulación que el año 1521 hizo el mismo León con el Emperador, y que el Virrey estuviese obligado á hacer de manera que el duque de Ferrara restituyese inmediatamente á la Iglesia Regio, Rubiera y los otros lugares que había tomado, estando vacante la Sede Romana por la muerte de Adriano; que asimismo el Papa, luego que estuviese hecha esta restitución, pagara al Emperador cien mil ducados y, á cualquier petición suya, absolvería al Duque de las censuras y privaciones en que había incurrido, pero no de la pena de cien mil ducados que había prometido, en caso de contravenir al instrumento hecho con Adriano; mas que, en recobrando el Papa la posesión, se hubiese de ver en derecho si aquellos lugares y Módena pertenecían á la Iglesia ó al Imperio; que si pertenecían al Imperio se reconocieran en feudo del Emperador, y si á la Iglesia, quedasen libres á la Sede Apostólica.

Interpretó el vulgo variamente esta determinación del Papa, según son varias las pasiones y juicios, mayormente de la multitud, á la cual suelen agradar más los consejos hermosos que los maduros, y muchas veces tiene por generosos aquellos que no miden las cosas prudentemente. También la murmuraron todos aquellos que hacían profesión de desear la libertad de Italia, como si, por vileza de ánimo, hubiese dejado la ocasión de unirla contra el César y de ayudar con su dinero propio á su ejército para librarse de todos los desórdenes. Pero la mayor parte de los hombres de más prudencia juzgaron muy diferentemente, porque consideraban que el quererse oponer con nueva gente á un

ejército tan grande y vencedor, no era consejo prudente; que no podía dejar de ser cosa larga la venida de los suizos, y cuando acaso estuviesen prontos para venir (de lo cual no se tenía certeza alguna, atento su natural y la herida nuevamente recibida), sería muy fácil que fuese después de pasada la necesidad; que no se debía esperar cosa mejor del reino de Francia, en donde, por tan gran rota, no había quedado ni ánimo, ni consejo, ni había pronta provisión de dinero ni de gente de armas, y aquella poca que se había librado el día de la batalla, habiendo perdido el bagaje tenía necesidad de tiempo y de dinero para ponerse en orden, por lo cual no tenía esta unión otro fundamento probable sino la esperanza de que no se movería el ejército por no estar pagado, y cuando por ventura sucediese así, no por esto quedaban privados del Estado de Milán, pues mientras se gobernaba á devoción del Emperador, tendría siempre el Papa gran causa de temor; pero esto era también esperanza muy incierta, porque de los capitanes se debía temer que con su autoridad y maña y con proponer el saco de alguna ciudad rica de la Iglesia ó de la Toscana, le dispondrían á caminar. Que ya se había visto que una parte de los tudescos, por tener más útiles alojamientos, había pasado el Pó y venido al Parmesano y al Placentino, de manera que si se hubieran determinado á pasar más adelante, no podía haber ningún remedio sino tarde; y que se fundaba con mucho peligro una determinación tan grande sobre la esperanza de los desórdenes de los enemigos, de cuya voluntad dependía al fin el desordenarse.

Fué, pues, el consejo de Clemente, según el tiempo que corría, prudente y bien considerado, mas por ventura hubiera tenido mayor alabanza si en todos los capítulos de la confederación usara de la misma prudencia, vuelto el ánimo antes á curar todas las llagas de

Italia que á abrir ó exasperar alguna de momento, imitando á los sabios médicos, los cuales cuando los remedios que aplican para sanar la indisposición de los otros miembros acrecientan la enfermedad de la cabeza ó del corazón, dejando todo pensamiento de curar los males más ligeros y que dan tiempo, atienden con toda diligencia á aquel que es más importante y necesario para la salud del enfermo. Y para que esto se entienda mejor, es necesario repetir parte de las cosas referidas antes más á la larga, reduciéndolas á un lugar mismo.

CAPÍTULO II.

Derechos del duque de Ferrara á Módena y Regio.—El Papa manda al obispo de Pistoya para consolar al rey de Francia prisionero.—Tumultos en Siena.—Efectos de la victoria de Pavia en el ánimo del César.—Respuesta del César al embajador veneciano.—Discursos del obispo de Osma y del duque de Alba á Carlos V.—Condiciones puestas por el César al rey de Francia para su libertad.—Respuesta del Rey.

La casa de Este, demás de haber tenido largamente debajo de título de Vicario de la Iglesia el dominio de Ferrara, había poseído mucho tiempo á Regio y á Módena con las investiduras de los Emperadores, no dudando entonces que aquellas dos ciudades fuesen de la jurisdicción imperial, y las poseyó pacíficamente hasta que Julio II, resucitador de los derechos ya muertos de la Iglesia y, debajo de piadoso título, autor de muchos males, por reducir totalmente á Ferrara al dominio de la Sede Apostólica, rompió la guerra al duque Alfonso, en la cual, habiendo tenido ocasión de quitar-

le á Módena, la retuvo al principio para sí, como cosa que, juntamente con todos los otros lugares hasta el río del Pó, pertenecía á la Sede Apostólica, por ser parte del Exarcado de Ravena. Pero después, por miedo á los franceses, la dió al emperador Maximiliano.

No cesó por esto la guerra contra Alfonso, antes tomando poco después también á Regio, se cree que si hubiera vivido más tiempo le tomara á Ferrara; siendo cruelísimo enemigo de Alfonso, así por la piedad con que cubría la ambición de querer recuperar para la Iglesia aquello que se decía que jamás había sido suyo en tiempo alguno, como por el enojo de que hubiese seguido antes la amistad de los franceses que la suya, y quizá también por el odio implacable que tenía á la memoria y á las reliquias de Alejandro, su predecesor, cuya hija Lucrecia estaba casada con Alfonso y habían nacido ya de este matrimonio algunos hijos.

Dejó Julio en su muerte á sus sucesores, no sólo la herencia de Regio, sino la misma codicia de conquistar á Ferrara, provocándoles la memoria gloriosa que parecía había dejado de sí á la posteridad, por lo cual fué más poderosa en León, su sucesor, esta ambición que el respeto de la grandeza que tenía en Florencia la casa de los Médicis, para la cual parecía mejor que se disminuyese el poder de la Iglesia que, añadiéndola Ferrara, hacerla más formidable á todos sus vecinos; antes habiendo comprado á Módena, enderezó totalmente su ánimo á conquistar á Ferrara más con pláticas y asechanzas que con descubierta fuerza, porque esto se había hecho muy difícil, habiendo Alfonso, después que se vió en tantos peligros y atendiendo á ponerla muy fuerte, labrado gran número de artillería y de municiones, por hallarse como se cría con grande cantidad de dinero.

Fueron sus enemistades por ventura mayores (si bien tratadas más secretamente) que las de Julio y, de-

más de muchas pláticas que tenía para tomarla ó de repente ó por engaños, obligó también á los Príncipes con los cuales se unió de manera que á lo menos no le podían impedir aquella empresa, no sólo mientras vivieron su hermano Julián y Lorenzo su sobrino, por cuya exaltación se creía que había tenido este deseo, pero también después de su muerte. Tan ardiente era en él este deseo, que muchos se persuadieron de que aquella su última deliberación, más desesperada que prudente, de unirse con el Emperador contra el rey de Francia, fué en gran parte adelantada por esta causa; de manera que la necesidad obligó á Alfonso, para satisfacer al rey de Francia, que era su único fundamento y esperanza, á romper la guerra en el Modenés, cuando el ejército de León y del Emperador estaba alojado alrededor de Palma y, teniendo mal suceso en ella, se hubiera reducido presto á grandísimas dificultades si en los mismos días no hubiera muerto León impensadamente, en el curso de las victorias; muerte verdaderamente para él no menos saludable que la del Papa Julio.

No sé si había faltado en Adriano totalmente esta codicia, si bien por ser nuevo y poco práctico en las cosas de Italia le había absuelto, en los primeros meses que vino á Roma, de las censuras; concediéndole de nuevo la investidura y permitiéndole que poseyese, también todo lo que había ocupado en la vacante de la Iglesia y también le dió esperanza de restituírle á Módena y á Regio. Mas informado después mejor de las cosas, apartó su ánimo de esto cada día más.

Entró el duque de Ferrara en gran temor, por la creación de Clemente, de que volverían para él los tiempos antiguos, y con razón, porque de suceder á este Papa prósperamente las cosas, hubiera en él la misma disposición que hubo en Julio y en León; pero no teniendo aún ocasión para Ferrara, estaba todo atento en vol-

ver á recobrar á Regio y á Rubiera, como cosa más fácil y más justificada, por la posesión fresca que había tenido la Iglesia, y como si, por esto, le resultara grande ignominia de no recuperarlas.

De esto nació que primero en otros muchos modos y últimamente en la capitulación con el Virrey tuvo más memoria de tales cosas de lo que deseaban muchos, los cuales, conociendo el peligro que amenazaba á todos por la grandeza del Emperador y que ningún medio era más saludable que una unión de toda Italia muy sincera y muy pronta y que cada día podían suceder ocasiones ó necesidad de tomar las armas, hubieran juzgado que era mejor que el Papa no exasperase ni pusiese en necesidad de echarse en los brazos del Emperador al duque de Ferrara, Príncipe que, por la riqueza, por la oportunidad del sitio y por otras calidades suyas se debía tener en tales tiempos en mucha cuenta, sino que antes le debía halagar y hacer cualquier diligencia para quitarle el odio y el miedo; si el hacer beneficio á quien se persuade que ha recibido tantas injurias es bastante para borrar de los ánimos tan dispuestos y embravecidos la memoria de las ofensas, mayormente cuando el beneficio se hace en tiempo que parece causado más de necesidad que de voluntad.

Hecha la capitulación, el Papa, por no faltar á los oficios tan justos con tan gran príncipe, envió con permiso del Virrey al obispo de Pistoia á visitar y consolar en su nombre al rey de Francia, el cual después de palabras generales, teniendo juntamente presente al capitán Alarcón y de haber suplicado el Rey al Papa que hiciese por él buenos oficios con el Emperador, le preguntó en voz baja lo que había del duque de Albany, oyendo con gran disgusto la respuesta de que, deshecha una parte del ejército, había pasado con la otra á Francia.

Concertaron en este mismo tiempo los luqueses con el Virrey (el cual los recibió en la protección del Emperador) pagar diez mil ducados. Los sieneses concertaron pagarle quince mil, sin obligarle á mantener más una forma de gobierno que otra; porque de una parte los del Monte de los Nueve, á instancia del Papa, por medio del duque de Albany, habían tomado otra vez la autoridad, aunque no la tenían bien segura, por otra los que, por hacer profesión de desear la libertad, se llamaban vulgarmente los libertinos, tomando ánimo por la batalla de Pavía, contra el gobierno introducido por las fuerzas del rey de Francia, habían enviado diversamente personas al Virrey para tenerle propicio para sus designios y, no dándoles resolución cierta sobre la forma del gobierno, habían solicitado todos con grande prontitud la composición. Una vez hecha y venido las personas del Virrey por el dinero, al mismo tiempo que se contaba en presencia suya, Jerónimo Severini, ciudadano sienés que había estado cerca del Virrey, mató á Alejandro Bichi, principal del nuevo regimiento, y á quien el Papa había señalado que, por entonces, se volviese toda la reputación; por lo cual, tomadas las armas por otros ciudadanos que estaban unidos con él y armado todo el pueblo que estaba malcontento de que el gobierno volviese á la tiranía, echados los principales del Monte de los Nueve, reformaron la ciudad á gobierno del pueblo, enemigo del Papa y confederado del Emperador; habiendo procedido estas cosas, como se creyó, no sin sabiduría del Virrey, ó á lo menos con suma aprobación de lo que se había hecho, por considerar cuán á propósito era para las cosas del Emperador tener á su devoción aquella ciudad poderosa, que posee puertos mansísimos, fértil de país, cercana al reino de Nápoles y situada entre Roma y Florencia; no obstante haber dado el Virrey y el duque de Sesa espe-

ranza al Papa de no alterar el gobierno introducido con su favor.

Siguieron otros muchos de Italia la inclinación de los sobredichos y la fortuna de los vencedores, con los cuales se compuso el marqués de Monferrato en quince mil ducados, y el duque de Ferrara, no pudiéndose establecer tan presto sus cosas, por los respetos que tenían á la capitulación hecha con el Papa, y porque era necesario entender antes la voluntad del Emperador, vino en prestar al Virrey cincuenta mil ducados, con promesa de volverlos á recibir si no hicieran capitulación.

Con este dinero, con cien mil ducados que les prometió el Estado de Milán, con el que prometieron los genoveses y luqueses, y con aquel que remitió el Emperador á Génova para el sustento de la guerra, aunque llegó después de la victoria, atendían los capitanes según venía el dinero, á pagar los sueldos corridos del ejército, enviando consecutivamente los tudescos á Alemania al ser pagados, de manera que, no viéndose señales de que tuviese intención de seguir por entonces contra nadie el curso de la victoria, antes habiendo el Virrey ratificado la capitulación hecha por su orden con el Papa, y tratando al mismo tiempo de hacer nuevo concierto con los venecianos (lo cual deseaba mucho), se volvieron los ojos de todos á mirar de qué modo recibía el Emperador tan alegres nuevas y á qué fines se enderezarían sus pensamientos.

En el Emperador, por lo que se pudo comprender de las demostraciones exteriores, se vieron grandes indicios de ánimo muy moderado y pronto para resistir fácilmente á la prosperidad de la fortuna, y tal que no era de creer en un príncipe tan poderoso, mozo, y que nunca había probado sino felicidades; porque al recibir aviso de tan gran victoria, que le llegó á 10 de Marzo, y

con él cartas de mano propia del rey de Francia, escritas humildemente, y más con ánimo de preso que de Rey, fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios con mucha solemnidad de tan grande suceso, y con señales de mucha devoción comulgó luego la mañana siguiente, y fué en procesión á la iglesia de Nuestra Señora, fuera de Madrid, donde entonces se hallaba con la corte, y no consintió que, según la costumbre de los otros, se hiciese ninguna demostración de alegría, ni con campanas, ni con fuegos, ni de otra manera, diciendo que era justo hacer alegría de las victorias habidas contra los infieles, mas no de las que se ganasen contra cristianos; y sin mostrar en las acciones ni en las palabras señal de mucha alegría ni de ánimo soberbio, respondió á las enhorabuenas de los embajadores y de las personas grandes que estaban cerca de él, que se había holgado, porque el ayudarle Dios tan manifestamente le parecía indicio quizá de estar en su gracia (aunque no lo merecía), porque esperaba que tendría ahora ocasión de poner en paz la cristiandad y de aparejar la guerra contra los infieles, y porque tendría mayor facultad para hacer merced á sus amigos y perdonar á sus enemigos; añadiendo que, si bien esta victoria le podía parecer justamente toda suya, por no haber estado con él al ganarla ninguno de sus amigos, quería con todo eso que fuese común á todos, y habiendo oído al embajador veneciano, que le justificaba las cosas que había hecho su República; dijo después á los que estaban allí que sus disculpas no eran verdaderas, pero que quería aceptarlas y tenerlas por ciertas.

Después de continuar algunos días en estas palabras y demostraciones que significaban suma sabiduría y bondad, para proceder maduramente, como acostumbraba, llamó un día al Consejo y propuso que le aconsejase de qué forma se había de gobernar con el rey de

Francia, y á qué fines se debía enderezar esta victoria Mandó que todos aconsejasen libremente en su presencia, y después de esta orden el obispo de Osma, que era su confesor, habló así:

«Si bien, gloriosísimo Príncipe, todas las cosas que suceden en este mundo inferior proceden de la providencia de Dios nuestro Señor, y de ella reciben cada día su movimiento, tal vez se ve esto en algunas más claramente, pero en ninguna con más claridad que en la presente victoria, porque por su grandeza, por la facilidad con que se ganó, y por haber vencido á enemigos poderosísimos y mucho más abundantes que vos de las provisiones necesarias para la guerra, no puede negar nadie que haya sido expresa voluntad de Dios y casi milagro, por lo cual, cuanto ha sido más manifiesto y mayor su beneficio, tanto más está obligado Vuestra Majestad á reconocerle y á mostrar el debido agradecimiento, lo cual principalmente consiste en enderezar la victoria á lo que fuere más en servicio de Dios y al fin para que se debe creer que la ha concedido.

»Y verdaderamente, cuando considerado el Estado á que se ha reducido la cristiandad, no veo cosa alguna que sea más santa, más necesaria, ni más agradable á Dios que la paz universal entre los Príncipes cristianos, siendo cierto que se toca con las manos, que sin ella la religión, la fe y la buena vida de los hombres van á manifiesta ruina.

»Tenemos de una parte los turcos que, por nuestras diferencias, han hecho tantos progresos contra los cristianos y ahora amenazan á Hungría, reino del marido de vuestra hermana, y si lo toman (como sin duda lo harán, si los príncipes cristianos no se juntan) tendrán abierto el camino para Alemania y para Italia. De otra parte está que la herejía luterana, tan enemiga de

Dios, tan afrentosa á quien la puede oprimir, y tan peligrosa para todos los príncipes ha tomado ya tal pie que, si no se remedia, se llenará el mundo de herejes; y no se puede remediar sino con vuestra autoridad y poder, el cual, mientras estáis empeñado en otras guerras, no puede emplearse en extirpar este dañado veneno. Demás de esto, aunque no se temiese al presente ni de los turcos ni de los herejes, ¿qué cosa hay más fea, más indigna, ni más pestífera que derramar por vuestras pasiones, sin provecho, tanta sangre de cristianos que se podría derramar gloriosísimamente para aumentar la fe de Cristo, ó á lo menos para reservarla para tiempos más necesarios, acompañada de tantos estupro, de tantos sacrilegios y de tantas obras nefandas? Males que quien voluntariamente los causa no puede esperar de Dios ningún perdón; y quien los causa por necesidad no merece ser perdonado, si á lo menos no tiene intención determinada de remediarlo lo más presto que pudiere.

»Debe, pues, ser vuestro fin y vuestra mira primera la paz universal de los cristianos, como cosa justa sobre todas las otras, santa y necesaria. Veamos ahora de qué manera se podrá conseguir.

»Tres son las determinaciones que Vuestra Majestad puede tomar respecto al rey de Francia; una tenerle siempre preso, otra librarle amorosa y paternalmente, sin más condiciones que las que pertenecieren á afirmar entre vosotros perpetua paz y amistad y sanar los males de la cristiandad; la tercera librarle, pero procurando sacar de él el mayor provecho que fuere posible. De las tres, si yo no me engaño, dos alargan y acrecientan las guerras; la libertad amorosa y fraternal es sola la que las extirpa para siempre; porque ¿quién puede dudar que el rey de Francia, usando con él tanta generosidad y tan singular liberalidad no quede, por tan

gran beneficio, más ligado con el ánimo y más en nuestro poder que está al presente con el cuerpo? Y si entre vuestra Majestad y él hubiere verdadera unión y concordia, todo el resto de la cristiandad irá por el camino que vosotros le mostraréis.

»El resolverse á tenerle siempre preso, demás de que sería grande infamia de crueldad y señal de ánimo que no conoce el poder de la fortuna, causaría que nazcan guerras de guerras, porque presupone que se quiere conquistar ó toda ó parte de Francia, que sin nuevas y grandes guerras no se puede hacer.

»Si se toma el partido de en medio, que es librarle, pero con las más ventajosas condiciones que se pueda, creo que será el más enredado y más peligroso que los otros porque, hágase el casamiento, los capítulos, las obligaciones que se quisieren, quedará siempre enemigo y no le faltará la compañía de todos aquellos que temen vuestra grandeza, de manera que se verán nuevas guerras más sangrientas y peligrosas que las pasadas.

»Conozco cuán diferente es esta opinión del gusto de la gente, cuán nueva es y sin ejemplos, pero si convienen al Emperador deliberaciones extraordinarias y singulares, no es de maravillar que el ánimo cesáreo sea capaz de aquello á que los conceptos de los hombres no llegan, y cuanto se les aventaje en dignidad, tanto se les debe aventajar en magnanimidad; y por esto conocer más que los otros cuán llena está de verdadera gloria tan gran generosidad, cuanto es más oficio de César el perdonar que el conquistar, que no en vano Dios le ha dado, casi milagrosamente, el poder para hacer paz en el mundo; que á él le pertenece, después de tantas victorias, después de tantas mercedes que Dios le ha hecho, después de ver arrodillados á sus pies á todos, no proceder ya como enemigo, sino como padre común, disponer el bien de todos. Más glorioso hizo el

nombre de Alejandro Magno y el de Julio César la magnanimidad de perdonar á los enemigos y de restituir los reinos á los vencidos, que tantas victorias y tantos triunfos; cuyo ejemplo debe seguir mucho más quien, no teniendo por fin único la gloria (aunque sea premio grande), desea verdaderamente hacer lo que es propio y verdadero oficio de cualquier príncipe cristiano.

»Pero consideremos más adelante, para convencer á los que miden las cosas humanas solamente con fines humanos, cuál determinación es más conforme también á éstos. Yo juzgo que en toda la grandeza de Vuestra Majestad no hay más maravillosa ni más digna parte que esta gloria de haber sido hasta hoy invicto y de haber conducido á felicísimo fin todas vuestras empresas, con tanta reputación y con tanta prosperidad. Esta es sin duda la más preciosa joya y el más singular tesoro que hay entre todos los vuestros; pues ¿cómo se establece mejor, cómo se asegura más bien, cómo se conserva con mayor seguridad, que con dejar las guerras con fin tan generoso y tan magnánimo, con olvidar la gloria alcanzada del poder de la fortuna y con reducir desde la mitad del mar á puerto seguro este navío cargado de mercaderías de inestimable valor? Pero digamos demás de esto, ¿no se debe desear más la grandeza que se conserva voluntariamente que la que se mantiene con violencia? Ninguno lo duda, porque es más firme, más fácil, más agradable y más honrada.

»Si el Emperador obliga al rey de Francia con tan gran liberalidad y beneficio, ¿no será siempre dueño suyo y de su reino? Si da tan manifiesta certeza al Papa y á los otros Príncipes de contentarse con el Estado que tiene, y que no abriga otro pensamiento, sino el del bien universal, ¿no quedarán sin sospecha? Y no

teniendo ya que temer ni que contender con él, no sólo amarán tan gran bondad, sino la adorarán.

»Así con voluntad de todos les dará leyes y sin comparación dispondrá más de los cristianos, con la benevolencia y autoridad, que con las fuerzas y el imperio. Tendrá facultad, ayudado y seguido de todos, para volver las armas contra los luteranos y contra los infieles, con más gloria y más ocasión de mayores ganancias, las cuales, no sé por qué, no se deban desear también en el África, ó en la Grecia, ó en Levante, cuando por ventura el extender el dominio entre los cristianos tuviese la facilidad que muchos á mi juicio imaginan vanamente; porque el poder de Vuestra Majestad se ha aumentado tanto, que es muy formidable á todos, y que en viendo que se trazan mayores progresos, todos por necesidad se unirán contra Vuestra Majestad.

»Teme el Papa, temen los venecianos, teme toda Italia, y, por las señales que muchas veces se han visto, es de creer que vuestra grandeza es molesta también al rey de Inglaterra.

»Podráse entretener á los franceses algunos meses con esperanza y pláticas vanas, pero será necesario á lo último que el Rey se libre ó que se desesperen. En viéndose desesperados, se unirán con todos estos otros.

»Si el Rey se libra con condiciones de poco provecho para Vuestra Majestad, ¿qué ganancia se habrá hecho perdiendo la ocasión de usar de tan grande magnanimidad? la cual, si no se muestra en este principio, aunque se mostrase después no tendría consigo alabanza, gloria ni gracia igual; si con condiciones que sean útiles, no las observará, porque ninguna seguridad que haya de dar le podrá importar tanto como que su enemigo no se haga tan grande que después le pueda oprimir. Así tendremos ó una inútil paz ó una peligrosa guerra, cuyos fines son ciertos, y debe temer más la

mudanza de la fortuna quien ha tenido tan larga felicidad, y darle más disgusto cuando suceden mal las cosas á quien ha tenido poder para establecerlo bien todo.

»Pienso, gran Emperador, que he satisfecho á vuestra orden, si no con la prudencia, á lo menos con la afición y con la fe; ni me queda otra cosa sino rogar á Dios. que os dé entendimiento y facultad para tomar la deliberación que sea más conforme á su voluntad, á vuestra gloria y al bien de la república cristiana, de la cual por la dignidad suprema que tenéis y porque se ve que es así la voluntad divina, os toca ser padre y protector.»

Oyó el Emperador este consejo con gran atención y sin hacer señal alguna de despreciarle ó de aprovecharle; pero después que estuvo algún rato callando, hizo señal de que los otros dijeran los suyos, y D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, hombre cerca del Emperador de gran autoridad, dijo así:

«Excusado es en mí, invictísimo Emperador, confesar que no tengo diferente juicio que el común, ni capacidad para llegar con el entendimiento adonde los otros hombres no llegan; antes por ventura seré más alabado si aconsejo que se proceda por los mismos caminos que han procedido siempre vuestros padres y abuelos; porque los consejos nuevos y no usados pueden á primera vista parecer quizá más gloriosos y más magnánimos, pero son después sin duda más aventurados y dañosos que aquellos que en todo tiempo ha aprobado entre todos los hombres la razón y la experiencia.

»La voluntad de Dios principalmente y después el valor de vuestros capitanes y de vuestro ejército, os ha dado la mayor victoria que ha ganado ningún Príncipe cristiano de gran tiempo á esta parte; pero todo

el fruto de haber vencido consiste en usar bien de la victoria, y el no hacer esto es tanto mayor infamia que el no vencer; cuanto es más culpa ser engañado de las cosas que están en poder de quien se engaña, que de las que dependen de la fortuna. Así, pues, es tanto más de advertir el no tomar determinación que os haya al fin de causar vergüenza entre los otros y para con vos mismo arrepentimiento; y cuanto más grave es la importancia de aquello que se trata, tanto se debe proceder con más circunspección y tomar maduramente las determinaciones que, erradas una vez, no se pueden corregir más y acordarse que si se libra al rey de Francia, no se le puede detener más, pero mientras está preso, está siempre en vuestra mano el librarle. Ni debería la tardanza causarle admiración porque, si no me engaño, él conoce por sí mismo lo que haría si el Emperador fuera su prisionero.

»Ha sido por cierto cosa grande prender al rey de Francia; pero quien lo considere bien, hallará que es sin comparación mayor el librarle; ni jamás se tendrá por cosa prudente tomar una determinación de tanto momento sin largas consultas y sin pasarla infinitas veces por el entendimiento.

»No estuviera quizá en este parecer si me persuadiera de que, libre el Rey al presente, reconociese tan gran beneficio con el debido agradecimiento y que el Papa y los otros de Italia dejasen, juntamente con los reuelos, la codicia y la ambición; mas ¿quién no conoce cuán peligroso es fundar una resolución tan importante sobre un presupuesto tan engañoso y tan incierto? Antes quien considera bien la condición y costumbres de los hombres ha de juzgar más presto lo contrario, porque por su naturaleza ninguna cosa es más breve ni ninguna tiene menos vida que la memoria de los beneficios, y cuanto son mayores, tanto más (como lo dice

el proverbio) se pagan con la ingratitud; porque quien no quiere ó no puede borrarlos con la remuneración, procura muchas veces hacerlo ó con el olvido ó con persuadirse á sí mismo de que no han sido tan grandes; y los que se avergüenzan de haberse reducido á estado que hayan tenido necesidad del beneficio, se corren también de haberle recibido; de manera que puede más en ellos el odio por la memoria de la necesidad en que han caído, que la obligación por considerar la benignidad que se ha usado con ellos.

»Demás de esto, ¿de quién es más natural la insolencia ni más propia la ligereza que de los franceses? Y donde está la insolencia y la ceguedad, donde está la liviandad no hay conocimiento de la virtud ajena, ni juicio para discernir las acciones de los otros, ni gravedad para medir lo que conviene á sí mismo. ¿Qué se puede esperar, pues, de un rey de Francia tan lleno de presunción? ¿Qué puede caber en un Rey de los franceses, sino que arda de enojo y de rabia por ser prisionero del Emperador en el tiempo que pensaba que había de triunfar de él? Siempre tendrá delante de los ojos la memoria de esta infamia; ni, libre, creará jamás que el modo de extinguirla será el agradecimiento, antes el procurar siempre seros superior, le hará que se persuada que le habéis dejado por la dificultad de detenerle y no por bondad ni magnanimidad. Así es casi siempre la naturaleza de todos los hombres y así siempre la de los franceses, de los cuales, quien espera gravedad y magnanimidad, espera orden y regla nueva en las cosas humanas.

»En lugar, pues, de la paz y de ordenar el mundo, se levantarán mayores y más peligrosas guerras que las pasadas, porque vuestra reputación será menor y vuestro ejército, que espera el fruto debido de tan gran victoria, engañado en sus esperanzas, no tendrá ya el mis-

mo valor ni fuerza, ni vuestras cosas la misma fortuna, la cual dificultosamente está con quien la retiene cuanto más con quien la desecha. Ni será mayor la bondad del Papa y de los venecianos, antes arrepentidos de haberos dejado conseguir la victoria pasada, procurarán impedirlos las futuras. El miedo que os tienen ahora les esforzará á hacer todo lo posible para no volver á nuevo temor, y cuando está en vuestra mano tener á todos atados y atónitos, vos mismo con una desmedida bondad, los haréis libres y osados.

»No sé cuál es la voluntad de Dios, ni creo que la saben los otros, porque se suele decir que sus juicios son ocultos y profundos; pero si se puede conjeturar de lo que tan claramente se muestra, creo que es favorable para vuestra grandeza. No creo que da tan copiosas gracias para que vos las desperdiciéis por vos mismo, sino para haceros superior á los otros, así en el efecto, como lo sois en título y en derecho; por lo cual perder tan rara ocasión que Dios os envía no es más que tentarle para haceros indigno de su gracia.

»Ha mostrado siempre la experiencia y lo muestra la razón que jamás suceden bien las cosas que dependen de muchos; por lo tanto, quien cree, con la unión de muchos Príncipes, extinguir los herejes ó domar los infieles, no sé si mide bien la naturaleza del mundo. Son empresas que han menester un Príncipe tan grande que dé regla á los otros porque, sin esto, se tratará y hará en lo venidero con el mal suceso que se ha tratado y hecho en lo pasado; por esto creo que Dios os envía tantas victorias para este fin. Entiendo que os abre el camino á la monarquía, con la cual sola se pueden hacer tan santos efectos, y es mejor que se tarde en darles principio para hacerlos con mayores y más ciertos fundamentos.

»No os aparte de esta deliberación el miedo de tantas

uniones que os amenazan, porque es muy grande la ocasión que tenéis en la mano. Si las cosas se dispusieren bien, la madre del Rey, por la piedad de madre y por la necesidad de recobrar á su hijo, nunca se apartará de las esperanzas de alcanzarle de vos por acuerdo ni jamás los Príncipes de Italia se unirán con el gobierno de Francia, conociendo que siempre está en vuestro poder, con dar al Rey libertad, separarle y aun volverle contra ellos. Es necesario que estén atónitos y suspensos, y que al fin porfien sobre recibir de vos las leyes. Será glorioso usar con ellos de clemencia y de magnanimidad cuando las cosas queden en estado que no puedan menos de reconocer por superior. Así lo usaron Alejandro y César, que fueron liberales en perdonar las injurias y no inconsiderados en ponerse por sí mismos en las dificultades y peligros que habían ya vencido. Débese alabar á quien hace esto, porque tiene pocos ejemplos, pero acaso es imprudente quien ejecute lo que no tiene ninguno.

»Por tanto, gran Emperador, mi parecer es que de esta victoria se saque el mayor fruto que se pudiere, y que por esto el Rey, tratándole siempre con las honras convenientes á su dignidad, sea llevado (si no se pudiese á España) á lo menos á Nápoles; que en respuesta de su carta se le envíe una persona con benignas pláticas, por la cual se propongan las condiciones de su libertad, tales que, como más particularmente se podrá consultar, sean premios dignos de tan gran victoria.

»Afirmados así estos fundamentos y fines de vuestro proceder, el tiempo y los accidentes que se descubrieren abreviarán ó alargarán la libertad del Rey y el estar en paz ó en guerra con los italianos, á los cuales se den por ahora buenas esperanzas y se aumente cuanto se pueda el favor y la reputación de las armas con industria, para no haber de tentar la fortuna de nuevo cada

día y estemos dispuestos para concertarnos con éste ó con aquél, con todòs juntos ó con ninguno, según aconsejaran las ocasiones.

»Estos son los caminos por donde han caminado siempre los sabios Príncipes y particularmente los que han fundado grandeza, los cuales nunca han desechado los fundamentos de crecer, ni desviado, cuando le han tenido propicio, el favor de la fortuna. Así lo debéis hacer vos, pues os pertenece por justicia lo que, en alguno de ellos, podría parecer ambición.

»Acordaos, señor, que sois Príncipe, que es vuestro oficio proceder por el camino de los Príncipes, y que ninguna razón divina ni humana os aconseja omitir la buena ocasión para hacer resucitar la autoridad usurpada y oprimida del imperio; antes solamente os obliga á tener ánimo é intención de recuperarla rectamente; y acordaos sobre todo de cuán fácil es perder las grandes ocasiones y cuán difícil ganarlas, y así, mientras que se tienen, es necesario hacer lo posible para retenerlas; y no os fundéis en la bondad ni en la prudencia de los vencidos, porque el mundo está lleno de imprudencia y de malicia; y juzgando que por vuestra grandeza sola, sin intervenir otro medio, se ha de defender la religión cristiana, no faltéis á acrecentarla cuanto se pueda; no por el interés de vuestra gloria y autoridad, sino por el servicio de Dios y el del bien común.»

Imposible sería decir cuán gratamente oyó todo el consejo al duque de Alba, habiéndose ya propuesto á todos en el ánimo el imperio de toda la cristiandad, por lo cual no hubo ninguno de los otros que no confirmase sin réplica el mismo parecer, aprobándole también el Emperador, mas debajo de color de no querer apartarse del consejo de los suyos y sin declarar cuál era su inclinación. Despachó á Beaurain, su camarero íntimo y muy acepto, á significar á los capitanes su

determinación, á visitar en su nombre al rey de Francia y á proponerle las condiciones con que podría alcanzar la libertad, el cual, caminando por tierra, porque la madre del Rey, para que se pudiesen tratar más cómodamente las cosas de su hijo, no impedía ya el paso á las personas ni á los correos que iban y venían del Emperador, fué juntamente con Borbón y con el Virrey á Pizzichittone, donde estaba todavía el Rey, y le ofreció la libertad, pero con tan graves condiciones, que las oyó el Rey con grande disgusto porque, demás de las cesiones de los derechos que pretendía tener en Italia, le pedía la restitución del ducado de Borgoña como cosa propia; que diese al duque de Borbón la Provenza, y para el rey de Inglaterra y para sí otras condiciones de gran momento.

Respondió el Rey constantemente á estas demandas que había determinado morir antes preso que privar á sus hijos de parte alguna del reino de Francia, mas que aun cuando hubiera tomado otra determinación, no estaba en su mano ejecutarla, no sufriendo las antiguas constituciones de Francia que se enajenase cosa alguna perteneciente á la corona sin el consentimiento de los Parlamentos y de los otros en quienes residia la autoridad de todo el reino, y estaban acostumbrados á anteponer, en casos semejantes, el bien universal al interés particular de las personas de los Reyes; que se le pidiesen condiciones que fuesen posibles, porque hallarían en él gran prontitud para juntarse con el Emperador y favorecer su grandeza, y propuso diferentes condiciones, sin dificultar conceder largamente de los Estados de los otros, como alcanzase la libertad, sin promesa de los suyos. La suma fué que se casaría con la hermana del Emperador que había quedado viuda por la muerte del rey de Portugal, confesando que tendría la Borgoña en nombre de su dote y que sucediesen en

ella los hijos que naciesen en este matrimonio; que restituiría al duque de Borbón el Estado que se le había confiscado y le añadiría algún otro y en recompensa de la hermana del Emperador, que le había sido prometida, le daría á su hermana recién viuda por la muerte de Alenzón; que satisfaría al rey de Inglaterra con dinero y al Emperador pagaría por su rescate gran cantidad; que le cedería los derechos del reino de Nápoles y del ducado de Milán, y le prometía hacerle acompañar con armada marítima y con ejército de tierra, cuando fuese á Roma á tomar la corona del imperio, que era como prometer darle en prisión á toda Italia.

Con esta forma de capítulos volvió Beaurain al Emperador y vino con él monseñor de Montmorency, persona hasta entonces muy acepta al Rey, al cual promovió en adelante al oficio de Gran Maestre y después á la dignidad de Gran Condestable de Francia.

CAPITULO III.

Confusión en el reino de Francia.—D. Ugo de Moncada es puesto en libertad.—El rey de Inglaterra desea ser árbitro en las diferencias entre los Príncipes cristianos.—Confederación entre Francia é Inglaterra.—El cardenal Salviati es enviado al Virrey en nombre del Papa.—El rey de Francia es conducido á España prisionero.—El marqués de Pescara es nombrado general del emperador en Italia.—Sus quejas contra el Emperador.—Intrigas de Morone con el marqués de Pescara.—Leiva descubre al César la trama.—Los Príncipes italianos conspiran contra el César.—Traición del marqués de Pescara.

Al llegar á Francia la nueva de la rota del ejército y de la prisión del Rey, sería casi imposible imaginar cuánta fué la confusión y desesperación de todos, por-

que, al dolor grande que daba á aquella nación el miserable caso del Rey, por ser aficionadísima naturalmente y devotísima del nombre real, se añadían infinitos disgustos particulares y públicos; particulares, porque en la corte y en la nobleza eran muy pocos los que no habían perdido en la batalla hijos, hermanos ú otros parientes ó amigos de estimación; públicos, por haberse disminuído tanto la autoridad y esplendor de tan glorioso Rey, cosa tanto más molesta para ellos cuanto por naturaleza son arrogantes y presuntuosos y porque temían que tan gran calamidad fuese principio de mayor ruina, hallándose preso el Rey y con él presos ó muertos en la batalla las cabezas del gobierno y casi todos los capitanes de la guerra; faltó el reino de dinero y rodeado de poderosos enemigos; porque el rey de Inglaterra, aunque había tenido diversas pláticas y mostrado en muchas cosas variación de ánimo, con todo eso, pocos días antes de la batalla, excluidos todos los tratos que había tenido con el Rey, publicó que quería pasar á Francia si sucediese en Italia alguna prosperidad, por lo cual era grande el miedo de que, en tan buena sazón, rompiesen la guerra en Francia él y el Emperador, donde, por no haber otra cabeza que una mujer y los hijos pequeños del Rey (de los cuales el mayor aún no había cumplido ocho años) y por tener con ellos al duque de Borbón, señor de tan gran poder y autoridad en el reino de Francia, era peligrosísimo cualquier movimiento que hiciésen.

No faltaban á la madre, entre tantos disgustos como tenía por el amor de su hijo y por los peligros del Reino, sus pasiones propias, porque ambiciosa y sin querer dejar el gobierno, temía que, si se alargaba la libertad del Rey y sobrevenía en Francia alguna nueva dificultad, fuese obligada á ceder la administración en los que fuesen diputados del reino; pero teniendo en tanta tur-

·bación el ánimo atento ella y los que tenía cerca de sí, demás de proveer lo más presto que pudieron las fronteras de Francia, y de ordenar gallardas provisiones de dinero, escribió madama la Regente (por cuyo orden y nombre se despachaban todos los negocios) al Emperador cartas humildes y llenas de compasión, introduciendo y después solicitando cuanto pudo las pláticas del acuerdo, para las cuales libertó también poco después á D. Hugo de Moncada, y le envió al Emperador á ofrecer que su hijo renunciaría los derechos del reino de Nápoles y del ducado de Milán; que vendría en que se viese en derecho á quién pertenecía la Borgoña, y en caso que perteneciese al Emperador, la reconocería en nombre del dote de su hermana; que restituiría á Borbón su Estado con muebles de gran valor y los frutos ocupados por la cámara Real; que le daría por mujer á su hermana y consentiría que tuviese la Provenza si se juzgase que tenía mejor derecho á ella, y más porque estas pláticas tuviesen mayor facilidad que por tener vuelto el ánimo y los pensamientos á la guerra, envió luego Madama á Italia á encomendar al Papa y á los venecianos el bien de su hijo, ofreciendo, si para su seguridad propia querían juntarse con ella y tomar las armas contra el Emperador, quinientas lanzas y gran contribución de dinero.

Pero su principal deseo y de todo el reino de Francia hubiera sido mitigar el ánimo del rey de Inglaterra, juzgando, como era verdad, que no teniéndole por enemigo, no sería molestado el reino de Francia, pero que si él por una parte y por otra el Emperador moviesen las armas, teniendo consigo á Borbón y tan grandes ocasiones, se llenaría todo de dificultades y peligros.

Comenzó presto á ver la Regente alguna esperanza de esta materia, porque si bien el rey de Inglaterra, luego que entendió la nueva de la victoria, había dado gran-

des muestras de alegría y publicado que quería pasar á Francia personalmente, enviando también al Emperador embajadores para tratar y solicitar que se moviese comúnmente la guerra, procediendo en este tiempo con el mismo estilo que otras veces, pidió también á Madama que le enviase una persona propia, la cual la despachó luego con amplias comisiones, usando de todas las humildades y artes posibles para mitigar el ánimo de aquel Rey, el cual, no apartándose del consejo del cardenal Eboracense, parecía que tenía por fin principal quedar de tal manera juez de las diferencias entre los otros Príncipes, que todo el mundo pudiese conocer que dependía de él lo sustancial de la suma de las cosas, por lo cual ofrecía al mismo tiempo al César que pasaría á Francia con ejército poderoso, y que daría perfección al casamiento concluído otras veces entre ellos y, para quitarle todo escrúpulo, que entregaría al presente al Emperador su hija, que no era aún de edad para casarse. Tenían estas cosas grandes dificultades, unas dependientes de él mismo, y otras del Emperador, que no estaba pronto para concertarse con él, como lo había estado el tiempo de antes, porque aquel Rey pedía para sí casi todos los premios de la victoria, la Picardía, la Normandía, la Guyena y la Gascuña, con título de rey de Francia, y que el Emperador, aunque los premios no fuesen iguales, pasase personalmente á Francia, siendo partícipe igualmente de los gastos y de los peligros.

Turbaba el ánimo del Emperador lo desigual de estas condiciones, y mucho más el acordarse de que en los años pasados había en los mayores peligros del rey de Francia aflojado siempre las armas contra él; por esto se persuadía que no podía hacer fundamento en esta unión, y estando con gran falta de dinero y cansado de tantos trabajos y peligros, esperaba que podía

conseguir más del rey de Francia por el medio de la paz que por el de las armas si se movía en compañía del rey de Inglaterra.

No tenía ya con él tanta estimación como solía el matrimonio de su hija, que era de pocos años, y en la dote se había de contar lo que el Emperador había recibido prestado del rey de Inglaterra, y obligado del deseo de tener hijos y de la codicia de dinero, tenía más inclinación á casarse con la hermana de D. Juan, rey de Portugal, de edad á propósito y que esperaba recibir de ella en dote gran cantidad de dinero. También le ofrecían mucha cantidad de él sus pueblos en caso que hiciese este matrimonio, deseosos de tener una reina de la misma lengua y nación, y que tuviese presto hijos.

Dificultáronse por estas cosas cada día más las pláticas entre ambos Príncipes, añadiéndose á la inclinación que ordinariamente tenía al rey de Francia el cardenal Eboracense las quejas que ya descubiertamente mostraba del Emperador, así por los intereses de su Rey, como porque le parecía que comenzaba á despreciar á éste; pues acostumbrado antes de la batalla de Pavía á enviarle cartas escritas todas de su mano, firmándose *vuestro hijo y primo Carlos*, ganada aquella victoria, comenzó á hacerle escribir de mano ajena sin más que la firma de la suya, y sin títulos de tanta reverencia y sumisión, sino solamente con su propio nombre Carlos.

Estas cosas fueron causa de que, acogida por el rey de Inglaterra con humanas palabras y demostraciones la persona que le enviaba Madama la Regente, y aconsejándole que esperase bien de las cosas futuras, concluyese poco después confederación con Madama, en nombre de su hijo, teniendo el ánimo completamente ajeno á las cosas del Emperador; en la cual quiso que se pusiese condición expresa que no se pudiera conce-

der al Emperador, ni aun por la libertad del Rey, cosa alguna que poseyese entonces el reino de Francia.

Esta fué la primera esperanza de salud que comenzó á tener el reino de Francia, y este el primer respiro de tantas adversidades, aumentado después continuamente por los actos de los capitanes del César en Italia, los cuales, llegando á ser insolentes por tan grande victoria, y persuadiéndose que cederían á su voluntad todos los honores y todas las dificultades, perdieron la ocasión de concertarse con los venecianos, no cumplieron al Papa lo que le habían prometido, y llenaron á él, al duque de Milán y á toda Italia de recelos, esparciendo semillas de nuevas turbaciones que al fin pusiesen en necesidad al Emperador de tomar resolución arrojada, con gran peligro de su Estado de Italia, si no hubiera podido más su antigua felicidad y el hado adverso del Papa: cosas verdaderamente dignísimas de particular noticia, porque de accidentes tan memorables se sepan los consejos y los fundamentos, los cuales muchas veces son ocultos y ordinariamente se divulgan diferentísimos de la verdad.

Apenas, pues, había capitulado el Papa con el Virrey, cuando llegaron las grandes ofertas de Francia para incitarle á la guerra, y aunque no le faltaban para el mismo efecto consejos de muchos ni se le había disminuído la desconfianza que tenía primero de los Imperiales, determinó proceder de tal manera en todo, que no tuviesen causa de entrar en recelo alguno de sus acciones; por lo cual, luego que entendió que el Virrey había aceptado y publicado el tratado hecho en Roma, lo hizo también publicar en San Juan Laterano, sin esperar que viniese antes la ratificación prometida del Emperador, honrando con su presencia y con la solemnidad de su coronación, por señal más eficaz de su ánimo, la publicación que se hizo á 1.º de Mayo.

Solicitó que los florentinos pagasen el dinero prometido, y se interpuso cuanto pudo para que los venecianos se concertasen también con el Emperador; pero por otra parte le dieron muchas causas para quejarse, porque en la paga del dinero prometido no quisieron aceptar como parte de ella los veinticinco mil ducados que pagaron por su orden los florentinos mientras se trataba el acuerdo, alegando el Virrey imprudentemente que, si de otra manera se prometió, lo había sido sin su orden; no quitaron los soldados del dominio de la Iglesia, antes llenaron de guarniciones el Placentino.

Añadieron á estas cosas que quizá se podían disculpar por la falta que tenían de dinero y de alojamientos, no sólo las sospechas que dieron de tener el ánimo ajeno del Papa en la mudanza del Estado de Siena, sino tolerando también después que los ciudadanos del Monte de los Nueve fuesen maltratados y despojados de sus bienes por los libertinos; no obstante que muchas veces, quejándose ellos, les dieron esperanza de remediarlo. Pero lo que sobre todo le causó grande disgusto fué el haber dado luego el Virrey oídos al duque de Ferrara, y esperanzas de que no le obligaría á dejar á Regio ni á Rubiera, y que haría que el Emperador tomase en su protección su Estado, aunque cada día prometía al Papa que, acabada la paga de los florentinos le pondría en posesión de aquellos lugares; y aunque el Papa, por solicitar el efecto de esto, y por alcanzar que se sacase la gente del Estado de la Iglesia, le envió al cardenal Salviati, su Legado en Lombardía, y nombrado por Legado al Emperador, al cual dió intención el Virrey de hacerle restituir á Regio con las armas, si el Duque rehusase hacerlo voluntariamente; pero los efectos no correspondían á las palabras; cosa que no pudiendo disculpar con la necesidad del dinero, porque recibían más cantidad con la restitución de estos luga-

res, daba materia para interpretar probablemente que procedía del deseo que tenían de su abatimiento, ó de ganar al duque de Ferrara, ó porque se andaban disponiendo continuamente para la opresión de Italia.

Daban estas cosas al Papa casi increíble sospecha y molestia de ánimo; pero mucho mayor la recibía de parecerle que no estaba diferente de estas operaciones la intención del Emperador, el cual, habiendo enviado al Papa las cartas de la ratificación y de la confederación hecha en su nombre por el Virrey, difería el ratificar los tres artículos concertados separadamente de la capitulación, alegando que en cuanto á la restitución de los lugares que poseía el duque de Ferrara no tenía facultad para perjudicar los derechos del Imperio ni para forzar al Duque, que afirmaba tenerlos en feudo del Imperio, por lo cual ofrecía que se tratase esta diferencia por el camino de justicia ó de composición amigable. Entendíase que su deseo hubiera sido que le quedasen al Duque debajo de su investidura, por la cual le pagase cien mil ducados, pagando también al Papa cien mil ducados por la investidura de Ferrara y por la peña puesta en el contrato hecho con Adriano. Alegaba que había sido importante concertarse con sus ministros sobre el dar la sal al Estado de Milán, porque el dominio útil de aquel Ducado, por la investidura concedida, aunque no entregada, pertenecía á Francisco Sforza y que por esto el Virrey no se había obligado simplemente en el artículo á hacer que la tomase, sino á procurar que viniese en ello, y que esta promesa, por contener el hecho del tercero, era inválida notoriamente en cuanto al efecto de obligarse á sí ó á los otros; pero que, con todo eso, por el deseo de gratificar al Papa, hubiera procurado hacer venir en ella al Duque, si como el interés era ajeno fuera suyo; porque ya el duque de Milán, en recompensa de las ayudas recibidas

del Archiduque, había concertado que tomaría de él la sal y que se interpondría para que, recibiendo su hermano justa recompensa de dinero, viniese en ello; no perpetuamente, como decía el artículo, sino durante la vida del Papa. Tampoco admitía el artículo de las cosas beneficiables si, con lo que se refería en la investidura, no se juntaba lo que se había observado por los Reyes sus antecesores.

Por estas dificultades rehusó el Papa aceptar las cartas de la ratificación y enviar al Emperador las suyas, pidiendo que, pues no había ratificado en el tiempo de cuatro meses, según las promesas del Virrey, se restituyesen á los florentinos los cien mil ducados. Respondíase á esta demanda, con más cautela que fundamento, que la condición de la restitución de los cien mil ducados no se había puesto en los instrumentos, sino prometiéndola los agentes del Virrey con juramento por un artículo aparte, y que no se refería á la ratificación de la confederación que el Emperador había hecho en el término de cuatro meses, y que había enviado las cartas en la forma debida.

Llegaba también á noticia del Papa que las palabras de toda la corte del Emperador estaban llenas de mala disposición contra las cosas de Italia, y supo asimismo que los capitanes de su ejército procuraban persuadirle de que, para asegurarse totalmente de Italia, era bien que hiciese restituir Módena al duque de Ferrara, que volviese á meter en Bolonia á los Bentivogli y que tomase el dominio de Florencia, de Siena y de Luca, como de lugares pertenecientes al imperio. Hallándose por esto el Papa lleno de congoja y sospecha, sin tener donde poder estribar, y sabiendo que los franceses ofrecían al Emperador hacerle señor de Italia, andaba contemporizando y fingiendo por necesidad.

Tratábase continuamente en este tiempo el acuerdo

entre los venecianos y el Virrey, el cual, demás de obligarles en lo futuro á la defensa del ducado de Milán, les pedía gran cantidad de dinero en satisfacción de la inobservancia de la confederación pasada. Muchas eran las razones que inclinaban á los venecianos á ceder á la necesidad y muchas las que por el contrario los tenían suspensos, de manera que sus consejos estaban llenos de irresolución y variedad; pero al fin, después de muchas disputas, atónitos como los otros por tan gran victoria del Emperador y viendo que se quedaban solos por todas partes, cometieron á su embajador Pedro de Pésaro, que estaba con el Virrey, que volviese á confirmar la liga del modo que primero se había hecho, pero pagando al Emperador en recompensa de lo pasado ochenta mil ducados; é instando determinadamente el Virrey en que no renovarían la confederación si no pagaban cien mil ducados, sucedió como suele muchas veces en las cosas que se determinan de mala gana, que en disputar sobre esta cantidad corta se interpuso tanto tiempo, que llegó noticia á los venecianos de que estaba ya el rey de Inglaterra sin aquel ardimiento contra los franceses que había tenido primero, y que, por haber recibido las pagas, habían sido despedidos del ejército imperial tantos infantes tudescos que, asegurado el Senado veneciano de que no sería molestado por entonces, determinó estarse todavía suspenso y reservar en sí lo más que pudiese la facultad de tomar las deliberaciones que pareciesen mejores para el suceso de las cosas universales.

Provocaban estas causas al Virrey y á los otros capitanes (demás del deseo que habían tenido continuamente) á pasar la persona del rey de Francia á lugar seguro, y juzgando que, por la mala disposición de todos los otros, no se guardaría sin peligro en el ducado de Milán, determinaron llevarle á Génova y de allí por

mar á Nápoles, para guardarle en Castelnuovo, en donde se disponían ya habitaciones para él. Sentía esto grandemente el Rey, porque desde el principio había deseado mucho ser llevado á España, persuadiéndose (no sé si por medir á otros por su mismo natural ó quizá por los engaños que fácilmente reciben los hombres por sí mismos en lo que desean) que si una vez era llevado á la presencia del Emperador, se le daría libertad fácilmente ó por su benignidad ó por las condiciones que él pensaba proponer.

Deseaba mucho lo mismo el Virrey, por amplificar su gloria; pero deteniéndose por el miedo de la armada francesa, envió de común consentimiento á Montmorency á Madama la Regente y, recibiendo de ella seis galeras sutiles de las que estaban en el puerto de Marsella, con promesa que luego que hubiese llegado á España se las restituirían, volvió con ellas á Portofino, donde había sido ya llevada la persona del Rey, las cuales juntas con 16 galeras del Emperador, con que habían determinado primero llevarle á Nápoles, armándolas todas con infantería española y tomando el camino de España á 7 de Junio, en tiempo que no sólo los príncipes de Italia, pero todos los otros capitanes del Emperador y Borbón tenían por cierto que se le llevaba al reino de Nápoles, llegaron con próspera navegación el día octavo á Rosas, puerto de Cataluña, con alegría del Emperador, ignorante hasta aquel día de esta determinación, el cual, luego que tuvo noticia de ella, mandando que por todas las partes que pasase fuese recibido con grandes honras, ordenó, con todo eso, que, hasta que se determinase otra cosa, fuese guardado en la fortaleza de Játiva, junto á Valencia, castillo en que antiguamente usaban los reyes de Aragón tener presos los grandes hombres y donde últimamente había estado muchos años el duque de Cala-

bria; pero pareciendo al Virrey esta determinación inhumana y muy ajena de las promesas que en Italia le había hecho, alcanzó del Emperador por cartas que, hasta otra nueva deliberación, se detuviese en una aldea cerca de Valencia, donde había comodidad de caza y entretenimientos, y después que le tuvo puesto allí con suficientes guardas, dejando con él al capitán Alarcón que siempre le había guardado, fué juntamente con Montmorency á la presencia del Emperador á referirle el estado de Italia y las cosas tratadas con el Rey hasta aquel día, aconsejándole con muchas razones que volviese el ánimo á hacer paz con él, porque con los italianos no podía tener segura amistad ni unión.

En oyendo el Emperador al Virrey y á Montmorency, determinó que se trajese el rey de Francia á Castilla al alcázar de Madrid, lugar muy apartado del mar y de los confines de Francia donde, honrado con las ceremonias y reverencias debidas á tan gran Príncipe, estuviese detenido con diligente y estrecha guardia, teniendo facultad para salir alguna vez de día fuera del alcázar, paseándose en una mula.

No quería el Emperador ver al Rey antes que se hiciese la paz ó que estuviese en estado de hacerse, y para que se tratase por persona de calidad que fuese casi la misma que el Rey, fué despachado á Francia Montmorency con gran presteza para hacer que viniese la duquesa viuda de Alenzón, hermana del Rey, con suficiente poder para hacer conciertos; y para que no obstasen nuevas dificultades, se hizo poco después entre el Emperador y el gobierno de Francia tregua por todo Diciembre venidero.

Ordenó también el Emperador que una parte de las galeras que habían venido con el Virrey volviesen á Italia para traer al duque de Borbón á España (sin cuya presencia afirmaba que no quería hacer ningún con-

cierto) aunque por falta de dinero se despachaban despacio; y mostrándose muy dispuesto á la paz universal de los cristianos y á querer á un mismo tiempo dar forma á las cosas de Italia, solicitaba con mucha instancia al Papa que acelerase la ida del cardenal Salviati ó de otro con suficiente poder; y estando determinado á casarse con la infanta de Portugal, su prima segunda, despachó á Lope de Hurtado á pedir la dispensación al Papa, habiéndose disculpado primero con el rey de Inglaterra de no poder resistir á la voluntad de sus pueblos.

Con el mismo Lope de Hurtado, que partió al fin de Julio, envió los privilegios de la investidura del ducado de Milán á Francisco Sforza, con condición de que pagase al presente cien mil ducados, y se obligase á pagar otros quinientos mil en diferentes tiempos y á tomar la sal del Archiduque su hermano. Él mismo llevó comisión para que, excepto la infantería española que se había de alojar en el marquesado de Saluzzo, se licenciase toda la otra; que seiscientos hombres de armas volviesen al reino de Nápoles, y los otros quedasen en el ducado de Milán, y que el marqués de Pescara fuese capitán general del ejército. Añadió el Emperador á esta comisión que cierto dinero que había enviado á Génova para armar cuatro carracas, con intención de pasar luego á Italia personalmente, se convirtiese en las necesidades del ejército, porque determinaba no salir de España por entonces, y que el protonotario Carracciolo fuese de Milán á Venecia, en nombre del Emperador, para inducir á aquel Senado á nueva alianza, ó á lo menos para que todos quedasen certificados de que todas sus acciones miraban á la paz universal de los cristianos.

La ida del rey de Francia á España había dado grande molestia al Papa y á los venecianos, porque demás

de estar el ejército cesáreo muy disminuído, les parecía que en cualquier lugar de Italia que estuviese la persona del Rey, la necesidad de guardarle tendría embarazados á los imperiales, de manera que se podría ofrecer fácilmente alguna ocasión de librarle, ó á lo menos la dificultad de llevarle á España, y la poca seguridad de tenerle en Italia obligara al Emperador á dar honesta forma á las cosas universales; pero viéndole llevar á España, y que, engañado él mismo de vanas esperanzas, había dado disposición á sus enemigos para que le llevasen á segura prisión, conocieron que todo lo que se trataba estaba absolutamente en manos del Emperador, y que ni en las pláticas ni ofertas de los franceses se podía hacer algún fundamento; por lo cual, aumentándose cada día la reputación del Emperador, se comenzaron á esperar de aquella corte las leyes para todas las cosas.

No sé si fué menor el disgusto que tuvieron, aunque por diversas causas, el duque de Borbón y el marqués de Pescara de que el Virrey, sin sabiduría suya, hubiese llevado al Rey Cristianísimo á España. Sentíalo Borbón porque, hallándose echado de Francia por la amistad del Emperador, era más interesado que ninguno en intervenir en todas las pláticas del acuerdo; por lo cual se dispuso á pasar también á España aunque, estando obligado á esperar la vuelta de las galeras que habían ido con el Virrey, tardó en partir más de lo que quisiera, y el Marqués estaba sentido de la poca estimación que había hecho de él el Virrey, y mal contento del Emperador por parecerle que no reconocía, como era justo, sus méritos y las obras excelentes que había hecho en todas las guerras pasadas, especialmente en la batalla de Pavía, de cuya victoria había conseguido sólo el Marqués más gloria que todos los otros capitanes, y con todo eso, le parecía que el Emperador con

muchas alabanzas y demostraciones, se la reconocía mayor al Virrey. No pudiendo sufrirlo, escribió cartas al Emperador afrentosísimas contra el Virrey quejándose de que injustamente le había despreciado, tanto que no le había juzgado por digno de ser á lo menos sabedor de semejante determinación, y que si en las guerras y peligros se hubieran tomado las deliberaciones por su parecer y consejo, no sólo no se hubiera preso al rey de Francia, sino que luego que se perdió Milán, se hubiera vuelto el ejército cesáreo á Nápoles, desamparando la defensa de Lombardía; que el Virrey había ido á triunfar en una victoria en la cual sabía todo el ejército que no había tenido parte alguna, y que habiendo quedado, en el ardor de la batalla, sin ánimo ni consejo, le habían oído decir muchas muchas veces «estamos perdidos,» y que si negaba esto se ofrecía á probarlo, según las leyes militares, con las armas en la mano.

Aumentaba el descontento del Marqués que, habiendo enviado luego que se acabó la victoria á tomar posesión de Carpí con intención de alcanzar aquel lugar del Emperador para sí, no había sido admitido su deseo porque, habiéndola concedido el Emperador dos años antes á Próspero Colonna, afirmaba que, aunque nunca había alcanzado la investidura, quería conservar en beneficio de Vespasiano su hijo, por la memoria del muerto Próspero, la remuneración que había dado á su valor y obras siendo vivo; aunque esta razón fué justa y grata, y debían agradar al Marqués los ejemplos de gratitud, cuando no fuera por otra cosa, porque le acrecentaban la esperanza de que serían también remuneradas tantas hazañas suyas, con todo eso, no la aceptaba, porque como tenía grande concepto de sí mismo, juzgaba que aquella ambición suya, nacida de codicia y de odio implacable que tenía al nombre de Próspero,

se debía anteponer á cualquier otro respeto aunque fuese justo. Con el Emperador y todo el Consejo eran grandes sus quejas y tan públicas en Italia sus lamentaciones y con tal aborrecimiento de la ingratitud del Emperador, que dieron ánimo á otros para intentar nuevos designios, por lo cual, si el Emperador no pensaba ocupar más tierra en Italia, se le presentó justa causa y casi necesaria para entrar en nuevos pensamientos, y si tenía fines ambiciosos, tuvo ocasión para encubrirlos con la más honesta causa y con el más justificado color que hubiera sabido desear. Y, pues, esto fué ocasión de grandísimos movimientos, es necesario que se declare muy particularmente.

La guerra que en vida de León X comenzaron él y el Emperador para echar al rey de Francia de Italia se emprendió debajo de título de restituir á Francisco Sforza en el Estado de Milán, y aunque en ejecución de esto, al alcanzar la victoria, se le entregó la obediencia del castillo, el Estado de Milán y las fortalezas cuando se recuperaron, con todo eso, siendo aquel Ducado tan grande y tan á propósito para el Emperador, no cesaba el miedo que al principio habían tenido muchos de que aspirase á apoderarse de él, diciendo que el obstáculo poderoso que tenía del rey de Francia era causa de que por entonces tuviese oculta esta codicia, porque hubiera alterado los pueblos que ardientemente deseaban á Francisco Sforza por Señor, é irritado contra sí á toda Italia, que no hubiera conve-nido en tan gran aumento suyo.

Tenía Francisco Sforza aquel Ducado, pero con grande sujeción y cargas casi insufribles, porque consis-tiendo todo el fundamento de poderse defender de los franceses en el Emperador y su ejército, veíase necesi-tado, no sólo á venerarle como á su Príncipe, sino tam-bién á estar sujeto á la voluntad de los capitanes, y

había menester sustentar aquella gente, que no pagaba el Emperador, unas veces con dinero que se sacaba de sus vasallos con grandes imposiciones y dificultades, y otras con dejarles vivir á su disposición en diferentes partes de su Estado, excepto en la ciudad de Milán. Estas cosas, que por sí mismas eran pesadas, las hacía intolerables la naturaleza de los españoles, avara y engañosa y, cuando tenía ocasión de descubrir sus instintos, insolentísima. Mas el peligro en que se estaba de los franceses, de quienes eran más enemigos los pueblos, y la esperanza de que estas cosas se acabarían algún día, era causa de que la gente tuviese más sufrimiento de lo que pedían sus fuerzas y posibilidad.

Pero después de la victoria de Pavía no podían sufrir ya los pueblos que, pues no continuaban las mismas necesidades, estando preso el Rey, continuasen los mismos trabajos, y por esto pedían que se sacase de aquel Estado ó todó ó la mayor parte del ejército. Lo mismo deseaba el Duque ardientemente, no habiendo probado hasta entonces del mando más que el nombre, y no menos porque temía que, asegurado el Emperador del rey de Francia, ú ocupase para sí aquel Estado, ó le concediese á personas que dependiesen de él totalmente. Sustentaban mucho esta sospecha, nacida de la misma naturaleza de las cosas, las palabras insolentes dichas por el Virrey antes que llevase al rey de Francia á España, y también por los otros capitanes, y las demostraciones que hacían de despreciar al Duque y de desear descubiertamente que el Emperador le oprimiese, y mucho más porque, habiendo César, después de muchas dilaciones, enviado á manos del Virrey los privilegios de la investidura, ofreciéndola él al Duque, había pedido que, en alivio de los gastos hechos por el Emperador en la conquista y defensa de aquel Estado se pagasen á ciertos plazos un millón y doscientos mil

ducados, carga tan excesiva que estuvo obligado el Duque á recurrir al Emperador para que se redujese á cantidad tolerable; pero estas dificultades hacían temer que demandas tan exorbitantes se interponían para diferir el negocio.

Alegáronse después por aquellos que procuraban disculpar la necesidad de Francisco Sforza otras muchas razones que le habían obligado á entrar justamente en sospecha, y en particular el tener noticia de que los capitanes habían ordenado prenderle, por lo cual, llamado por el Virrey á una junta, había rehusado ir á ella, fingiéndose enfermo, y lo mismo había observado en todos los lugares en donde le podían hacer violencia. Por esta sospecha, verdadera ó falsa, y por ver que en el Estado de Milán no había quedado mucha gente, por haber ido una parte de los infantes españoles á España primero con el Virrey, y después con Borbón, y porque también muchos, enriquecidos con tan grandes presas, se habían retirado á la deshilada á varios lugares; considerando asimismo la grande indignación que se veía en el marqués de Pescara; vuelto el ánimo á asegurarse de este peligro, entró en esperanza de que se podría deshacer aquel ejército con su voluntad.

Fué el autor de este consejo Jerónimo Morone, su gran canciller, persona que tenía gran autoridad con él, el cual, por su ingenio elocuente, prontitud, invención y experiencia, y por haber hecho muchas veces gallarda resistencia á la crueldad de la fortuna, fué hombre memorable en nuestros tiempos, y aun lo hubiera sido más si estuvieran acompañados estos dotes de ánimo más sincero y amador de lo honesto y de tal madurez de juicio, que sus consejos no hubieran sido muchas veces más arrojados y atrevidos que justos y circunspectos. Entendiendo este hombre la intención del Marqués, pasó con él tan adelante en las pláticas que

vinieron á hablar de hacer pedazos á esta gente y proclamar al Marqués rey de Nápoles como concurriesen en ello el Papa y los venecianos. El Papa, tentado por orden de Morone, no se mostró ajeno de este consejo, estando lleno de sospecha y de congoja, aunque por otra parte, nó por descubrir la plática, sino para disponerse algún refugio, si la materia no sucediese bien, advirtió al Emperador, debajo de afición, que tuviese bien contentos á sus capitanes. Mostráronse los venecianos ardientísimos y también se persuadían todos de que no estaría menos pronta la madre del rey de Francia, pues reparaba ya en que, llegado su hijo á España, no caminaría su libertad con la facilidad que habían imaginado.

No hay duda que se realizaran con facilidad estos consejos si el marqués de Pescara hubiera procedido sencillamente en esta unión contra el Emperador. Sobre si al principio dió oídos á ella ó no, hubo varias opiniones hasta entre los españoles y en la misma corte de César, y los más, regulando el tiempo y los pasos de las cosas, han creído que desde el principio concurrió verdaderamente con los otros; mas que, considerando después muchas dificultades que se podrían levantar con el progreso del tiempo, y mayormente espantándole el tratar siempre los franceses con el Emperador, y demás de esto la determinación de la ida de la duquesa de Alenzon al Emperador, había tomado nuevas determinaciones; antes afirmaban algunos que había tardado tanto en avisar al Emperador que se trataban en Italia cosas nuevas que, habiendo recibido ya aviso de ello de Antonio de Leiva y de Marín, abad de Nájera, comisario en el ejército imperial, no se estaba en la corte sin admiración del silencio del Marqués. Mas como quiera que fuese, lo cierto es que, enviando poco después á Juan Bautista Castaldo, persona suya, al Empe-

rador, le manifestó todo lo que se trataba y, con su consentimiento, continuó la misma plática para tener noticia de los pensamientos de cada uno y quitar á todos la facultad de poder negar que habían consentido en ella. Habló él mismo con el duque de Milán, é hizo que Morone procurase que el Papa (el cual poco antes le había dado en gobierno perpetuo la ciudad de Benevento, y con quien tenía mucha amistad), enviase á Domingo Sauli con un Breve de credencia á hablarle sobre lo mismo.

Las conclusiones que se trataban eran que entre el Papa y el gobierno de Francia y los otros de Italia se hiciese una liga de la cual fuese capitán general el marqués de Pescara que, habiendo alojado primero la infantería española separadamente en determinados lugares del Estado de Milán, llevase consigo la parte que le quisiese seguir; que los otros con Antonio de Leiva (que después de él había quedado el primero del ejército) fuesen desvalijados y muertos, y que con las fuerzas de todos los confederados hiciese él la empresa del reino de Nápoles, del cual le concediese el Papa la investidura. Mostraba el Marqués que no interponía en estas cosas otra dificultad que querer certificarse bien, antes que intentase otra cosa, si podría sin manchar su honra y crédito tomar esta empresa en caso que se le mandase el Papa; sobre lo cual se consideraba á quiénes estaba obligado á obedecer por ser natural y barón del reino de Nápoles, si al Emperador, que por la investidura recibida de la Iglesia tenía el dominio útil de aquel reino, ó al Papa, que por ser el supremo señor tenía el dominio directo. Sobre este artículo se hicieron con grande secreto y con nombres supuestos consejos de excelentes doctores en Milán por orden de Francisco Sforza y en Roma por la de Clemente.

Acrecentábanse estas esperanzas contra el Empera-

dor por las ofertas de Madama la Regente, la cual, juzgando que la necesidad ó el miedo del Emperador aprovecharía para lo que se trataba con él sobre la libertad de su hijo, solicitaba que se tomasen las armas, prometiendo enviar á Lombardía quinientas lanzas y concurrir en los gastos de la guerra con grande suma de dinero.

No cesaba Morone de confirmar los ánimos de los otros en este parecer, porque, además de mostrar la facilidad que se tenía, aun sin la ayuda del marqués de Pescara, para deshacer aquel ejército que estaba muy disminuído en número, prometía en nombre del Duque, si el Marqués no estuviese firme en lo que se había tratado, luego que los otros designios estuviesen en orden, prenderle en el castillo de Milán á él y á los otros capitanes que cada día se juntaban en él para consultar.

Aunque estas cosas parecían grandes, no hubieran sido bastantes á hacer que el Papa tomase las armas sin el marqués de Pescara, si al mismo tiempo, entendiendo la provisión que se había enviado á Génova para armar las cuatro carracas, no hubiera tenido también algún indicio de España de que el Emperador estaba inclinado á pasar á Italia; y afligiéndole esto mucho por las calidades del tiempo presente y por la disposición antigua de los pontífices romanos, á los cuales nada les podía espantar más que la venida de los emperadores romanos armados á Italia, deseando obviar este peligro, despachó secretamente á Francia, con voluntad de los venecianos, para concluir los tratados con Madama la Regente á Segismundo, secretario de Alberto de Carpi, hombre diestro y muy confidente del Papa, al cual, yendo por la posta, le mataron una noche unos bandoleros cerca del lago de Iseo, en el territorio de Brescia, por codicia de robarle. Estando este suceso oculto muchos días, fué grande el miedo del Papa de

que hubiese sido preso secretamente en algún lugar por orden de los capitanes imperiales y quizá del mismo Marqués, cuyo proceder comenzaba á ser muy sospechoso por las dilaciones que interponía.

Estando las cosas en este estado, llegó el despacho que el Emperador había dado á Lope de Hurtado que, por haber quedado en Saboya, le envió luego por un mensajero propio á Milán con la patente del capitanato en la persona del marqués de Pescara, quien, por continuar en el mismo fingimiento con los otros, mostró que no le era agradable, aunque aceptó luego el cargo y también envió una comisión al protonotario Caracciolo para que fuese á Venecia, en nombre del Emperador, á inducir á aquel Senado á nueva liga, ó á lo menos para certificar al mundo del deseo que tenía el Emperador de estar en paz con todos.

Aceptó la investidura del ducado de Milán Francisco Sforza, á quien había dado ya una enfermedad de mucho cuidado, y pagó cincuenta mil ducados; mas no por esto dejó de continuar las mismas pláticas con el Marqués.

Varias han sido las opiniones sobre si este despacho del Emperador era sencillo ó artificioso, porque muchos verdaderamente creyeron que había vuelto el ánimo á asegurar á los italianos; otros temieron que, por miedo de nuevos movimientos, quería tener suspensa la gente con varias esperanzas, é ir ganando tiempo con el conceder la investidura y con dar en la apariencia comisión de sacar el ejército (tan grata á toda Italia), pero que había dado orden aparte á sus capitanes para que no se apartasen; ni faltó después quien creyese que le había dado ya noticia el Marqués de las pláticas que tenía con Morone y que por esto lo ordenó así, no para ser obedecido, sino para ganar alguna justificación y aquietar con estas esperanzas los ánimos de la gente

hasta que le pareciese tiempo á propósito para ejecutar sus designios; siendo muy difícil en esta duda el llegar á la verdadera noticia, mayormente no sabiendo si al tiempo que llegó á la corte Juan Bautista Castaldo, enviado por el Marqués á significar lo tratado, había sido despachado Lope de Hurtado. Pero considerando cuáles han sido después en muchas cosas los progresos del Emperador, es, sin duda, menos engañoso el tener por verdadera la mejor y más benigna declaración.

No cesaba en este tiempo el Marqués en entretener con las mismas esperanzas á Morone y á los otros y de diferir con varias excusas la ejecución. Dióle causa para esto el haberse agravado de manera la enfermedad del duque de Milán, que todos creyeron que moriría, porque, pretendiendo todos los capitanes que en semejante caso recayese aquel Estado en el Emperador, Señor Supremo del feudo, no sólo no le fué lícito apartar el ejército, pero tuvo necesidad de llamar á él de nuevo dos mil infantes tudescos y ordenar que estuviese prevenido mayor número, por lo cual, estando los soldados tan poderosos en el Estado de Milán, quedaba privado de la facultad de deshacerlos ó de ofenderles; dando esperanza de ejecutar los consejos de la conjuración luego en pudiendo hacerlo. Y publicando, mientras esperaba esta sazón, que quería proceder con el Papa con gran respeto, sacó del Estado de la Iglesia las guarniciones, de las cuales se quejaba gravemente.

CAPITULO IV.

Francisco Sforza acepta la investidura del ducado de Milán.— El rey de Francia sufre peligrosa enfermedad.—Carlos V le visita.—Madama de Alenzon en España.—Palabras del rey de Francia á su hermana.—Intrigas del marqués de Pescara.—Prisión de Morone.—El duque de Milán encerrado en el castillo.—El marqués de Pescara obliga por fuerza á los milaneses á jurar fe al Emperador.—El marqués de Pescara es acusado de infamia.

En este mismo tiempo se variaron todas las cosas por un nuevo accidente que sucedió en España, porque lleno el rey de Francia de gran disgusto de ver que había deseado en vano las vistas con el Emperador, llegó, con una enfermedad que le sobrevino en el Alcázar de Madrid, á tal extremo de su vida, que los médicos señalados para curarle dieron á entender al Emperador que se desconfiaba totalmente de su salud si no venía él en persona á visitarle, animándole y dándole esperanzas de su libertad.

Disponiéndose, por esta causa, el Emperador á ello, le disuadió de esta determinación su Gran Canciller, diciendo que no era conforme á su honra ir á verle sin llevar disposición de librarle luego sin concierto; que de otra suerte no sería humanidad real sino mercenaria y deseo de que curase, no por amar su salud, sino solamente movido por su interés propio, por no perder con su muerte la ocasión de las ganancias esperadas de la victoria; consejo verdaderamente memorable y digno de ser aceptado de tan gran Príncipe, pero aconsejado diferentemente por otros, fué por la posta á visitarle. La visita fué breve porque el Rey cristianísimo estaba

ya casi en lo último, pero llena de palabras agradables y de esperanza cierta de que, en estando bueno, le libraría, y bien fuese esta la causa de su aliento ó que la mocedad por sí misma fuese superior á la naturaleza de la enfermedad, comenzó después de esta visita á aliviarse de manera que en pocos días quedó libre del peligro, aunque no volvió á su primera salud sino despacio.

No impidieron las dificultades que se veían del ánimo del Emperador, ni las esperanzas dadas por los italianos la ida á España de Madama de Alenzon, porque ninguna cosa era más difícil para los franceses que desamparar las pláticas de la paz con aquellos que les podían volver su Rey, ni ninguna más fácil para el Emperador que dar esperanzas á los franceses, apartarlos de los pensamientos de tomar las armas, y con este arte, tener suspensos á los italianos de manera que no se atreviesen á entrar en nuevas deliberaciones, y aflojando unas veces y otras apretando, tener confusos y perplejos los ánimos de todos.

Fué Madama de Alenzon recibida por el Emperador con agradables demostraciones y esperanzas, pero los efectos salieron duros y dificultosos, porque le habló á 4 de Octubre, pidiéndole el matrimonio de su hermana viuda con el Rey; respondió el Emperador que no lo podía hacer sin consentimiento del duque de Borbón.

Las otras particularidades se trataban por diputados de ambas partes, haciendo obstinadamente instancia el Emperador para que, como suyo, le fuese restituído el ducado de Borgoña. Los franceses no venían en ello si no lo aceptaba por dote ó que jurídicamente se viese á cual de los dos Príncipes pertenecía. En las otras condiciones se hubieran concertado fácilmente, mas habiendo tanta diferencia en las cosas de Borgoña, se vol-

vió al fin Madama de Alenzon á Francia sin haber alcanzado más que licencia para ver á su hermano, el cual á su partida, desconfiando cada día más de su libertad, se dice que le encargó que acordase de su parte á su madre y á los del Consejo que pensasen bien en el beneficio de la corona de Francia, no teniendo más consideración de su persona que si no viviese. No se interrumpieron de todo punto por su ida las pláticas, porque quedaron allí el presidente de París y los obispos de Embrun y de Tarbes, que hasta entonces las habían tratado, pero con esperanzas ligeras, no inclinándose el Emperador á condición alguna sin la restitución de Borgoña, ni consintiendo el Rey concederla sino por última necesidad.

Llegó en este tiempo el cardenal Salviati, legado del Papa á la corte, donde, recibido por el Emperador con grandes honras, trataba sus comisiones, las cuales principalmente contenían la ratificación de los artículos prometidos por el Virrey, aconsejando también que se concediese al duque de Milán la investidura por la seguridad común; pero el mismo Virrey disuadía la restitución de Regio y de Rubiera, por cuyos consejos y debajo de sus esperanzas el duque de Ferrara, deseoso de tratar su causa por sí mismo con el Emperador, alcanzando promesa del Papa que por seis meses no molestaría su Estado, fué hasta los confines del reino de Francia con determinación de pasar más adelante, pero negándole Madama el salvo conducto, se volvió al fin á Ferrara.

Tratábase también entre el Papa y el Emperador la causa de la dispensación para poder efectuar el matrimonio con la hermana del rey de Portugal, estando determinado á efectuarle el Emperador, no obstante que había prometido el rey de Inglaterra con juramento que no se casaría con otra que con su hija. Procedía el Papa

lentamente en conceder esta dispensación, habiéndole persuadido muchos que el deseo de alcanzar esta gracia haría que estuviese más fácil el Emperador á sus deseos en las cosas que se trataban, ó que á lo menos era cosa imprudente, en caso que hubiese de tener guerra con él, darle facultad para juntar tanto dinero como lo haría por medio de este matrimonio; porque el Rey de Portugal le ofrecía en dote nuevecientos mil ducados y sacada de ellos la parte que, de acuerdo, se había de deducir por las deudas contraídas con él, se pensaba que á lo menos llegarían á sus manos quinientos mil ducados, demás de cuatrocientos mil que venían en darle sus pueblos por lo que ellos llamaban servicio que, comenzado antiguamente por voluntad propia de los pueblos, para socorrer las necesidades de sus Reyes, se había reducido á servicio ordinario. Ofrecían, demás de esto, darle otros cuatrocientos mil ducados en caso que él efectuase este matrimonio.

Por otra parte, el Papa no sabía resistir á la importunación del duque de Sesa, embajador del Emperador, porque Su Santidad hacía casi siempre gran diferencia de la disposición á la ejecución, siendo cierto que, ajeno por su natural de conceder cualquier gracia que se le pedía, tampoco sabía dificultarlas ni negarlas constantemente, pero dejando muchas veces vencer su voluntad por la importunación de los que le pedían, de manera que parecía que casi siempre lo concedía más por miedo que de gracia, no procedía en esto con la grandeza ni constancia que pedía la majestad de su dignidad ni la importancia de los negocios que se trataban. Así sucedió en la dispensación que le pedían que, combatiendo en él de una parte el provecho propio y de la otra su blandura, cargó sobre los otros (como muchas veces lo solía hacer) lo que el ánimo ó la vergüenza no eran bastantes á resistir. Despachó por un

Breve la dispensación en la forma que la pedía el Emperador, y la envió al cardenal Salviati con orden de que, si sus cosas se resolvían con el Emperador en la forma que había dado esperanza de que sucedería, luego que llegase el Cardenal á la corte le diese el Breve, y de otra manera le retuviese; comisión en que el ministro (como en su lugar se dirá) no estuvo más fuerte ni más constante que había estado su amo.

Mientras que el Cardenal trataba las comisiones del Papa con el Emperador, dando á éste continuamente esperanza del despacho que deseaba, sucedieron en Lombardía muy diferentes efectos, porque habiéndose aliviado de la enfermedad el duque de Milán de manera que á lo menos se tenía por cierto que por entonces se había librado del peligro, determinó el marqués de Pescara (el cual por el mismo Castaldo había tenido orden del Emperador para remediar aquellos peligros como le pareciese más á propósito), apoderarse del ducado de Milán, debajo de color de que el Duque, por las pláticas que había tenido por medio de Morone, había caído de los derechos de la investidura, y que el feudo recaía en el Emperador como señor supremo. Por lo cual el Marqués, aunque oprimido de una grave enfermedad en Novara y teniendo una parte del ejército en Pavía y los tudescos alojados en Lodi, las cuales dos ciudades había hecho fortificar, trajo inesperadamente á Novara el resto de la gente que alojaba en el Piamonte y en el marquesado de Saluzzo, que había ocupado casi luego que se acabó la victoria, debajo de color de querer repartir los alojamientos por todo el Estado de Milán, y llamó á Novara á Morone, en cuya persona se puede decir que consistía la importancia de todo; porque era cierto que, en prendiéndole, faltó el duque de Milán de gente y de consejo, no haría ninguna resistencia; pero estando libre, se podría temer que su in-

genio, experiencia y reputación dificultase mucho los designios del Marqués. Era también necesario que estuviese en poder del Emperador la persona de Morone, que había sido autor é instrumento de todas las pláticas, para poder justificar con su proceso lo que se imputaba al duque de Milán.

Ninguna cosa hay más difícil de evitar que el hado, y ningún remedio contra los males determinados. Podía ya conocer Morone que la plática que tenía con él el marqués de Pescara era sin fruto; sabía que estaba en gran odio con todos los soldados españoles, entre los cuales se decían muchas cosas de su infidelidad; que Antonio de Leiva amenazaba públicamente que le haría matar. No es creíble que no considerase la importancia de su persona y que no viese en qué estado se hallaba el duque de Milán, inútil entonces y casi como muerto. Estaba entre ellos ya muchos días antes todo suspenso y lleno de sospechas; todos le aconsejaban que no fuese; él mismo estuvo dudoso, mas teniendo todavía el ánimo ocupado del fingimiento de los ardidés del Marqués, ó haciendo fundamento en la amistad grande que le parecía haber contraído con él, ó confiándose en su palabra, que dijo después le había dado por una carta suya ó, por decir mejor, llevado de la necesidad que impulsa á los hombres que no quieren dejarse arrastrar, resolvió ir casi á una cárcel manifiesta; cosa tanto más maravillosa para mí, cuanto me acordaba de haberme dicho Morone muchas veces en el ejército, en el tiempo de León, que no había hombre en toda Italia de mayor malignidad ni de menos fe que el marqués de Pescara. Recibióle benignamente y hablaron solos en un aposento sobre las primeras pláticas de matar á los españoles y á Antonio de Leiva, mas estaban en parte en que Antonio, á quien el Marqués había escondido detrás de un tapiz, oyó todas las pláticas.

Al despedirse del Marqués, que fué á 14 de Octubre, le prendió Antonio de Leiva y le envió al castillo de Pavía, á donde fué el propio Marqués para examinarle sobre lo que habían tratado juntos, y Morone expuso en un proceso toda la orden de la conspiración, acusando al duque de Milán como sabedor de todo, que era lo que principalmente se procuraba.

Preso Morone, el Marqués, en cuyo poder estaban Lodi y Pavía, pidió al Duque que, para la seguridad del Estado del Emperador, le hiciese entregar á Cremona y las fortalezas de Trezzo Leco y Pizzichittone, que por estar sobre el paso del Adda, se tienen por las llaves del ducado de Milán, prometiéndole que, en recibíendolas, no innovaría cosa alguna. Hizo luego el Duque la entrega, hallándose desnudo de todo y desamparado de consejo y esperanza. En recibíendolas pidió que fuese admitido en Milán, diciendo que era para hablar con él, lo cual se le concedió con la misma facilidad. Cuando estuvo dentro de Milán, envió á hacerle instancia para que ordenara entregarle el castillo de Cremona, y que no pedía lo mismo del de Milán, por no ser demanda justa, pues estaba dentro su persona, pero que pedía que, para la seguridad del ejército del Emperador, consintiese el Duque que el castillo se cerrase con trincheras. Pidió también que le entregase á Juan Angelo Riccio, su secretario, y á Poliziano, secretario de Morone, para que se pudiesen examinar sobre lo que se le culpaba de haber tramado algo contra el Emperador.

Respondió á estas demandas el Duque que tenía los castillos de Milán y de Cremona en nombre y á instancia del Emperador, de quien había sido siempre fidelísimo vasallo; que no quería entregarlos á nadie si primero no entendía la voluntad del César, y que, para saberla claramente, le enviaría luego una persona pro-

pia si le concediese el Marqués seguridad para pasar; que no le parecía justo consentir en este medio que le cerrase en el castillo, y que así se defendería de esta violencia de cualquier manera que pudiese; que había menester para sí á Juan Angelo, por ser instrumento de todos sus negocios importantes y no tener por entonces cerca de sí otro ministro; que también tenía mayor necesidad del secretario de Morone para poderle enviar á la presencia del Emperador y justificar con este medio que, en su enfermedad, había hecho su amo, sin sabiduría suya, en su nombre muchos despachos; que le podrían cargar, si por este medio no justificaba su inocencia, y que las pláticas de Morone eran diferentes y separadas de las suyas.

El efecto de esto fué que después de muchas réplicas y protestas de ambos, hechas por escrito, obligó el Marqués al pueblo de Milán á que jurase fidelidad al Emperador contra su voluntad, y con increíble disgusto de todos; puso por todo el Estado oficiales en nombre del Emperador, y comenzó con trincheras á cerrar el castillo de Cremona y el de Milán, en el cual había resuelto estarse el Duque con grandes alientos y esperanza de socorro que le daban el Papa y los venecianos. Teniendo consigo ochocientos infantés escogidos, y habiendo metido las vituallas que sufrió la brevedad del tiempo, estorbó cuanto pudo con la artillería que se trabajase en las trincheras que se hacían por la parte de afuera con foso, más apartado del castillo de lo que lo había hecho Próspero Colonna.

Espantó justamente á toda Italia el haber sido ocupado el ducado de Milán, pues conocía que estaba en manifiesta servidumbre siempre que el Emperador fuese dueño de Milán y de Nápoles. Afligió esto más que á todos, al Papa, viendo descubiertas las pláticas con que había tratado no sólo de asegurar á Milán, sino de

destruir el ejército del Emperador y quitarle el reino de Nápoles.

Ganó en alguna parte el marqués de Pescara gracia con él, mas con todos los otros eterna infamia, no sólo porque quedó en la opinión de los más por manera constante que desde el principio había tenido intención de faltar al Emperador, sino porque, cuando le hubiera sido siempre fiel, parecía cosa de gran infamia que hubiese dado ánimo á los hombres y atraídoles con tantos embelecocos y enredos á pláticas con él, para tener ocasión de manifestarlos y hacerse grande con los delitos ajenos, procurados con sus adulaciones y artificios.

Dificultó esta novedad la esperanza de la concordia que se trataba por el protonotario Caracciolo con el Senado veneciano, habiéndose reducido ya á términos que parecía estaba cerca de renovarse la primera confederación con las mismas condiciones, y de pagar al Emperador, en recompensa de la omisión de lo pasado, ochenta mil ducados, excluidas de todo punto las demandas de contribuir con dinero en lo futuro. Pero el caso sucedido en Milán llenó aquel Senado de gran duda, siendo á los venecianos por una parte muy molesto quedar solos en Italia contra el Emperador, con peligro (como amenazaba el Marqués que lo haría) de que la guerra se pasase á su dominio, de lo cual se veía alguna prevención; y por otra, conociendo que se le acercaba al Emperador, con su acuerdo, la facilidad para apoderarse totalmente de aquel Ducado que, añadido á tantos Estados y tantas oportunidades, era la escala para sojuzgarlos con todo el resto de Italia.

No se cesaba de persuadirles á lo mismo el obispo de Bayeux, enviado por Madama la Regente para tratar su unión con los italianos contra el Emperador. Eran en este tiempo muchas sus consultas, pero dudosas y llenas de varias opiniones, y si bien el aceptar

el acuerdo era más conforme á su costumbre, porque apartaba los peligros presentes, con lo cual podían tener esperanza en el tiempo y en las ocasiones que pueden esperar las Repúblicas que, en comparación de los Príncipes, son inmortales, con todo eso, les parecía también muy importante que el Emperador se confirmase en el Estado de Milán y que los franceses quedasen excluidos de toda esperanza de tener unión alguna en Italia, por lo cual, determinados al fin á no obligarse á nada. Respondieron al protonotario Caracciolo que sus procedimientos pasados hacían fe á todo el mundo (y él también era buen testigo por haberse hallado al concluir la confederación) de cuánto habían deseado siempre la amistad del Emperador, con el cual se habían coligado en tiempo que su unión con los franceses hubiera sido de gran consideración, como todos sabían, y que siempre habían perseverado, y ahora lo hacían más que nunca, en la misma disposición; pero que por necesidad los tenía suspensos ver que en Lombardia se hubiese hecho una novedad de tanta importancia, mayormente acordándose que su confederación con el Emperador y todos los movimientos que ocurrieron en estos años en Italia, no habían tenido otro fin que querer que el ducado de Milán fuese de Francisco Sforza como fundamento principal para la libertad y seguridad de Italia, y que por esto suplicaban á su Majestad, que, manteniendo en este caso su bondad y grandeza, quisiese quitar esta novedad y establecer la quietud de Italia, como estaba en su mano hacerlo; porque los hallaría siempre dispuestos con la autoridad y con las fuerzas á seguir esta santa inclinación, y jamás le darían causa para que pudiese desear de ellos algún oficio, así en lo tocante al bien universal, como á sus intereses particulares. Aunque esta respuesta era sin esperanza alguna de acuerdo, con todo eso, no produjo

ninguna guerra, porque el agravarse cada día la enfermedad del marqués de Pescara y el deseo de apoderarse primero de todo el Estado de Milán y de establecer bien aquella ganancia, y el querer antes resolver el Emperador tantas otras cosas que tenía en su mano, no dejaba comenzar empresa de tan gran consideración.

CAPITULO V.

Los españoles reciben con desprecio al duque de Borbón en la corte de Carlos V.—Muerte del marqués de Pescara.—Gestiones entre los príncipes italianos contra el Emperador.—Incertidumbre del Pontífice.—Digresión acerca de la grandeza de la familia Médicis.—Carácter de Clemente VII.—Convenio entre el Papa y el Emperador.—Condiciones puestas á la libertad del rey Francisco.—Oferta de ceder la Borgoña.—Discurso de Gattinara para disuadir al Emperador de este acuerdo.—Discurso de Lannoy defendiendo lo contrario.

Había llegado en este tiempo Borbón á 15 de Noviembre á la corte del Emperador, y no merece que se pase en silencio que aunque éste le recibió con las demostraciones y honras posibles y le acarició como á pariente, con todo eso, todos los señores de la corte, acostumbrados, como siempre sucede, á seguir en las otras cosas el ejemplo de su Príncipe, le aborrecían como á persona infame, llamándole traidor á su Rey, y pidiendo á uno de ellos en nombre del Emperador que consintiera que se diese su casa para vivir el Duque, respondió con grandeza de ánimo castellana que no podía negar al Emperador lo que quisiera, pero que

tuviese entendido que, en yéndose de ella Borbón, la quemaría, como casa inficionada de su infamia é indigna de ser habitada por hombres honrados.

Las honras que el Emperador hizo al duque de Borbón acrecentaban la desconfianza de los franceses, quienes por esto y por la vuelta sin efecto de madama de Alençon, esperando poco del acuerdo, aunque se trataba muy continuamente por personas propias que tenían cerca del Emperador, instaban cuanto podían en hacer la liga con el Papa, en lo cual intervenían los consejos y la autoridad del rey de Inglaterra y los gastos é instancias de los venecianos.

Añadióse á esto una oportunidad sin duda grande, porque en estos días (que fué al principio de Diciembre) murió el marqués de Pescara, quizá por justo juicio de Dios, que no sufrió que gozase el fruto de la semilla que con tanta malicia había sembrado.

Era el marqués de la casa de Ávalos, de origen castellano: sus pasados habían venido á Italia con el rey Alfonso de Aragón, el primero de aquella casa que conquistó el reino de Nápoles, y comenzando desde la batalla de Ravena, en la cual, siendo aún mozo, fué preso, se había hallado en todas las guerras que los españoles tuvieron en Italia, de manera que, aunque no de mucha edad, pues no pasaba de treinta y seis años, era ya viejo en experiencia, ingenioso, valiente, muy solícito y astuto, y estaba en gran crédito y amor con toda la infantería española, de la cual había sido mucho tiempo capitán general, de manera que la victoria de Pavía y todas las acciones honradas hechas algunos años antes por aquel ejército, habían sucedido principalmente por su consejo y valentía: capitán verdaderamente de valor grande, pero que con artificios y fingimientos sabía favorecer y aumentar bien sus cosas. Era altivo, astuto, maligno, sin ninguna sinceridad, y digno

(como él decía que lo deseaba muchas veces), de haber tenido por patria antes á España que á Italia.

Confundió mucho su muerte aquel ejército, con el cual estaba en mucha gracia y reputación, y dió esperanza á los otros de poderle oprimir mucho más fácilmente, pues le había faltado un capitán de tal autoridad y valor, por lo cual con el Papa eran más ardientes é importunas las instancias de aquellos que deseaban que se hiciese la liga. Mas no eran menores sus suspensiones (y con razón), porque por todas partes combatían razones eficacísimas y dignas de tener confuso á cualquier hombre ardiente y determinado, cuando más á Clemente, que procedió siempre en sus cosas tardo y suspenso.

No se esperaba ya del Emperador determinación alguna que asegurase á Italia; veíase atentísimo á tomar el castillo de Milán, y si lo hacía, todos los otros quedaban llanamente por presa suya, mayormente el Papa, que tenía su Estado débil y puesto en medio de Lombardía y del reino de Nápoles, y presupuesto que estaba en su mano oprimirle, se debía temer mucho que lo haría, ó por ambición, que es cosa natural en los Emperadores contra los Papas, ó por asegurarse ó por vengarse; hallándose, como era creíble, lleno de enojo y desconfianza por las pláticas que había tenido con el marqués de Pescara. Y si la necesidad de remediar este peligro era grande, no parecían ligeros los fundamentos y las esperanzas de poderlo hacer, porque el remedio había de venir por mano de una liga y unión tan poderosa, ó se había de desesperar de él para siempre. Prometía el gobierno de Francia quinientas lanzas y cuarenta mil ducados cada mes, mientras durase la guerra, con los cuales se trataba de levantar diez mil suizos. Tratábase que el Papa y los venecianos juntasen mil ochocientos hombres de armas, veinte mil infantes y

dos mil caballos ligeros; que saliesen los franceses y los venecianos á la mar con armada gruesa para acometer á Génova ó al reino de Nápoles. Prometía Madama la Regente romper la guerra con poderoso ejército por las fronteras de España, para que se impidiese al Emperador el enviar gente ó dinero para la guerra de Italia.

El ejército que había quedado en Lombardía no era grande; no tenía capitanes de la autoridad que solía por la muerte del Marqués y hallarse en España Borbón y el Virrey; no había modo de sacar dinero; faltábanle vituallas, y los pueblos eran muy enemigos suyos por el deseo de su Duque y por las intolerables exacciones que hacían los soldados en la ciudad de Milán y en todo el Estado. Los castillos de Milán y de Cremona estaban en manos del Duque. Los venecianos daban esperanza de que también entrarían en esta confederación, y el duque de Ferrara, con tal que Clemente le concediese á Regio, que él poseía de cualquier manera.

Por otra parte, lo dificultaba la astucia y valor de los enemigos, el estar acostumbrados á vivir mucho tiempo, cuando era necesario, sin dinero, y á sufrir muchas necesidades y descomodidades; los lugares en que estaban fortificados y se podían mantener tanto en ellos que les viniese socorro de Alemania, de modo que se redujese toda la guerra á la fortuna de una batalla; que la gente de la liga no podía ser sino gente nueva y de poco valor, en comparación de aquel ejército viejo y alentado por tantas victorias; que sería difícil hallar capitán general, no teniendo el marqués de Mantua (que entonces era capitán de la Iglesia), hombros para sustentar tan gran peso, y no pudiendo seguramente entregarse á la fe del duque de Ferrara ni del de Urbino, que, por haber recibido tantas ofensas, no podían estar contentos con la grandeza del Papa; que las armas de

la Iglesia hacían poca facción por sí, y asimismo las de los venecianos; y si cada uno separado del otro hacía corto efecto, ¿cuánto menor le harían acompañados y juntos? Que en los ejércitos de las ligas nunca concurrían las provisiones á un mismo tiempo, y entre tantas voluntades, donde son varios los intereses y los fines, nacen fácilmente desórdenes, enojos, disgustos y desconfianzas, y que por lo menos jamás había prontitud en ejecutar con gallardía cuando se muestra benigno el favor de la fortuna, ni disposición para resistir constantemente cuando se vuelve en disfavor.

Pero lo que sobre todo causaba en esta determinación grave dificultad y miedo, era sospechar que los franceses, siempre que el Emperador, viéndose apretar, ofreciese librar á su Rey, no sólo desampararían la liga, sino que también le ayudarían contra los coligados, y si bien el rey de Inglaterra obligaba por ellos su palabra de que no se concertarían, y se trataba de que diesen en Roma, en Francia ó en Venecia seguridad de las pagas por tres meses, con todo eso, no se hallaba medio alguno para asegurarse de estos recelos, porque no teniendo ellos otro fin que recobrar á su Rey, y siendo notorio que no tenían inclinación á la guerra sino cuando perdían la esperanza del acuerdo, parecía verosímil que siempre que el Emperador lo quisiera consentir, antepondrían la concordia con él á cualquier otro interés y respeto, y aun se conocía que cuanto fuesen mayores las prevenciones y fuerzas de la liga, tanto más se inclinaría el Emperador al acuerdo con el rey de Francia, por lo cual parecía muy peligroso partido coligarse para una guerra en que las provisiones poderosas de los confederados podían causar tanto daño como ayuda.

Combatían al Papa por todas partes con todas estas razones los embajadores y agentes de los Príncipes, y

no menos sus ministros, porque su casa y consejo estaban divididos, favoreciendo cada uno su propia inclinación, con tanto menor respeto cuanto era mayor la autoridad que habían ganado con él; y él estaba acostumbrado hasta aquel tiempo á dejarse llevar mucho de aquellos que debían haber obedecido su intención, y que no eran otra cosa que ministros y ejecutores de la voluntad y órdenes de su amo.

Para inteligencia de esto y de otras muchas cosas que ocurrieron, es necesario declararlas de más arriba.

León, que llevó la primera grandeza eclesiástica á la casa de los Médicis, y que, con la autoridad del cardenalato, levantó tanto á sí y á aquella familia, caída de lugar levantado á suma declinación, que pudieron esperar la vuelta de la próspera fortuna, fué hombre de suma liberalidad, si se debe dar este nombre á gastos tan excesivos que pasan de toda medida. En este, después de asumpto al Pontificado, se vió tan gran magnificencia y esplendor, y ánimo verdaderamente real, que hubiera sido maravilloso en cualquiera que por larga sucesión descendiera de reyes ó de emperadores. No sólo fué derramador de dinero, pero de todas las gracias que estaban en poder de un Papa, las cuales concedía tan sin medida, que hacía vil la autoridad espiritual, desordenaba el estilo de la corte y, por gastar mucho, se ponía en necesidad de haber de buscar siempre dinero por caminos extraordinarios. Añadíase á tan grande facilidad un fingimiento profundo, con el cual atraía á todos en el principio de su Pontificado, y le hizo parecer príncipe excelente, no digo de bondad apostólica (porque en nuestras dañadas costumbres es alabada la bondad del Papa cuando no traspasa la malicia de los otros hombres), pero era tenido por clemente, deseoso de beneficiar á todos, y ajeno de todas las cosas que pudiesen ofender á alguno.

Tuvo éste, entre otras felicidades suyas que fueron grandes, particular dicha en tener cerca de sí á Julio de Médicis, su primo, el cual de caballero de Rodas, aunque no fué de padres legítimos, subió al cardenalato, porque siendo Julio de natural grave, diligente, continuo en los negocios, ajeno de placeres, ordenado y enseñado en todas materias, y teniendo en su mano, por voluntad de León, todos los negocios importantes del Pontificado, sustentaba y moderaba muchos desórdenes que procedían de su largueza y facilidad, y no siguiendo la costumbre de los otros sobrinos ó hermanos de los pontífices, anteponiendo la honra y la grandeza de León á los apoyos que se podía fabricar para después de sus días, le era tan fiel y obediente que parecía verdaderamente muy semejante á él, por lo cual fué siempre muy ensalzado por el Papa, y cada día le remitía más negocios; los cuales, estando en manos de dos naturalezas tan diferentes, mostraban cuánto conviene alguna vez la mezcla de dos elementos contrarios, la asiduidad, la diligencia, el orden, la gravedad de costumbres, la facilidad, la prodigalidad, los placeres y la alegría. Estas cosas hacían creer á muchos que León se gobernaba por Julio, y que él por sí mismo no era hombre para regir tan gran peso, ni para hacer daño á nadie, sino deseosísimo de gozar las comodidades del Pontificado, y que, por el contrario, había en Julio ánimo, ambición y codicia de cosas nuevas, de manera que todas las severidades, todos los movimientos y empresas que se hacían en tiempo de León se creía que procedían de las instancias de Julio, tenido por hombre malicioso, pero de gran ingenio y ánimo. Esta opinión de su valor se confirmó y acrecentó después de la muerte de León, porque, en tantas contradicciones y dificultades que tuvo, sustentó con tanto lustre sus cosas, que parecía casi Pontífice, y confirmó de manera

su autoridad con muchos cardenales que, entrando en dos cónclaves, dueño absoluto de diez y seis votos, llegó finalmente, no obstante infinitas contradicciones de la mayor parte y de los más viejos del Colegio, después de la muerte de Adriano, al Pontificado, aún no cumplidos dos años de la muerte de León.

Entró con tan gran esperanza que se hizo juicio universal que había de ser mayor Pontífice y hacer mayores cosas que jamás hubiese hecho ninguno de los que hasta entonces se sentaron en aquella silla.

Pero conocióse presto cuán vanos eran los juicios que se habían hecho de León y de él porque Clemente tuvo muchas calidades diferentes de lo que primero se había creído, siendo cierto que no tenía ni aquella codicia de nuevas cosas, ni aquella grandeza, ni inclinación de ánimo á fines generosos y magnánimos que primero se dijo, y que había sido con León antes ministro y ejecutor de sus designios que director é introductor de sus consejos y de su voluntad, y aunque tenía el entendimiento muy capaz y noticia grande de todas las cosas del mundo, con todo eso, no correspondían en la resolución y ejecución, porque impedido, no sólo del temor de su ánimo (que en él no era pequeño) y del deseo de no gastar, y también de una cierta irresolución y perplejidad que era natural en él, estuvo casi siempre suspenso y dudoso, cuando llegaba á la determinación de las cosas que de lejos había visto considerado y casi resuelto muchas veces. Por lo cual, al determinarse y al ejecutar lo que por ventura había resuelto, parecía bastante cualquier respeto que de nuevo se le descubriese y cualquier ligero estorbo que se le atravesase para hacerle volver á la confusión en que había estado antes de resolverse; pareciéndole siempre, después que había tomado resolución, que era mejor el consejo que había rehusado; porque representándo-

sele entonces solamente las razones que había desechado, no renovaba en su discurso las que le habían movido á elegir, por cuya contraposición y fuerza enflaqueciera el peso de las razones contrarias; sin tomar experiencia del recuerdo de haber temido muchas veces vanamente para no dejarse sujetar por el temor.

Con este natural perplejo y modo confuso de proceder, dejándose muchas veces llevar de los ministros, parecía conducido más que aconsejado por éstos. Tuviron con él gran mano Nicolás Scombergh, alemán, y Juan Mateo Giberto, genovés, aquél reverenciado y casi temido por el Papa, y éste muy agradable y amado de él. Nicolás siguiendo la autoridad de Jerónimo Savonarola mientras estudiaba leyes, se metió fraile dominico; mas después, yéndose de la religión, aunque reteniendo el hábito y el nombre, siguió los negocios seculares, y Juan Mateo Giberto, dedicándose en su edad pueril á la religión, pero saliendo de ella después por la autoridad de su padre, aunque no era legítimo, había abdicado en todo, con el hábito y el nombre, aquella profesión. Estos, concordados en su cardenalato, y después en el principio del pontificado, guiaron á su albedrío al Papa; pero comenzando después á desconcertarse, ó por ambición ó por la diversidad de sus instintos, le disminuyeron y confundieron, porque fray Nicolás, aficionadísimo por el vínculo de la nación ó por otros respetos, al nombre del Emperador, y por su natural muy tenaz en las opiniones propias, que muchas veces discordaban de la de los otros, favorecía tan sin término las cosas del Emperador, que sospechó el Papa muchas veces que amaba más los intereses de otros que los suyos. El otro, no conociendo verdaderamente otro amor ni otro dueño, mas siendo de natural ardiente en sus cosas, si bien en el tiempo de León había sido cruel enemigo de los franceses y fautor de las

cosas del Emperador, muerto León, se había vuelto todo al revés, por lo cual, estando estos dos ministros poderosísimos en manifiesta diferencia entre sí, y no procediendo con madurez ni respeto de la honra del Papa, publicando en toda la corte su tibieza y poca resolución, le hacían despreciable y casi ridículo con la mayor parte de la gente; y siendo él de natural irresoluto y ayudándole á confundirse los que le habían de ayudar á resolver en una determinación tan dudosa y difícil, no sabía él mismo adonde acudir.

Pero al fin, más porque era necesario resolver alguna cosa que por resolución ó juicio determinado suyo, mayormente hallándose en términos que aun el no determinarse era especie de tomar resolución, se inclinó á hacer liga y á romper la guerra al Emperador en compañía de los otros.

Concertáronse é hicieron los capítulos, y no faltaba otra cosa que el aprobarlos, cuando tuvo nuevas que había llegado á Génova el comendador Herrera, enviado al Papa por el Emperador, el cual avisaba que iría luego en diligencia y con grato y buen despacho. Determinó esperarle, con grande queja de los embajadores, á los cuales había dado firme intención de concertar aquel mismo día la liga.

La causa de su venida fué que el Emperador, después que hubo dado al marqués de Pescara órdenes tales que, á lo menos, estaba en su albedrío ocupar el Estado de Milán, temiendo que por esto hubiese en Italia nuevos movimientos, estrechó tanto las pláticas del acuerdo con el legado Salviati que entre ellos se hizo capitulación, si bien reservando la condición de que el Papa la ratificase, en la cual se le satisfacía con la restitución de Regio y de Rubiera, y se incluía en ella la defensa y conservación del ducado de Milán, que era las cosas que principalmente deseaba el Papa; pero con

expresa condición de que, en caso de su muerte, no pudiese retener para sí aquel Ducado, ni darlo á su hermano el Archiduque, sino que diese la investidura de él á monseñor de Borbón, al cual el Papa mismo, bien inconsideradamente, le había propuesto, junto con Jorge de Austria, hermano natural del Emperador Maximiliano, por los consejos del arzobispo de Capua, en tiempo que, por la enfermedad de Francisco Sforza, desconfiaban casi de su vida.

Hecha esta capitulación, sin esperar el Legado que la perfeccionase Clemente, no pudo ó no supo negar al Emperador el darle el Breve tan deseado de la dispensación, la cual, habiéndose hecho desde el principio, expresando solamente el impedimento en segundo grado, sin nombrar la hija del rey de Portugal, por ofender menos al rey de Inglaterra, ó porque habiendo entre ellos doblado vínculo de afinidad no se había hecho mención sino del vínculo más poderoso, fué necesario hacer otra que, con expreso nombramiento de las personas, comprendiese todos los impedimentos.

Con el despacho de esta confederación partió el comendador Herrera de la corte del Emperador un día ó dos después que su majestad recibió aviso de la prisión de Morone, y llegando á seis de Diciembre á la presencia del Papa, además de muchas ofertas y asegurar mucho la buena disposición del Emperador, presentó los capítulos, de los cuales, si bien los que trataban de la sal y de las cosas beneficiosas del reino de Nápoles discrepaban de lo que había concertado con el Virrey, con todo eso, porque su principal fin era asegurarse de las sospechas, los hubiera aceptado si conociera que se procedía sencillamente en las cosas del ducado de Milán. Pero, porque en el capítulo que trataba de Francisco Sforza no se hacía mención de las culpas que se le atribuían, ni se prometía restituírle el Estado quitado, ni

perdonarle los yerros que había cometido, y el Emperador, en lo que había concluido con el Legado y en la instrucción que dió para esto á su gente no había mostrado que sabía cosa alguna, se conoció fácilmente su astucia y arte, porque la confederación y la promesa de conservar y defender á Francisco Sforza en el ducado de Milán no privaba al Emperador de la potestad de proceder contra él como su vasallo y declarar que el feudo había vuelto á caer en la corona por la culpa que se le imputaba de haber tratado contra Su Majestad; y Borbón, que estaba nombrado sucesor en caso de su muerte, venía también á serlo en el caso de la privación, porque en las leyes se comprende la muerte natural y la civil, de la cual dicen que muere quien es condenado por tal delito. Por lo cual respondió el Papa con grandes palabras, que no tenía con el Emperador ninguna causa particular de discordia, artes que, de cualquier desconfianza y disputa que pudiese haber entre ellos, no eligiría nunca otro juez que á él; pero que también era necesario afirmar de manera las cosas comunes que quedase Italia segura, lo cual no podía ser si no se dejaba á Francisco Sforza el ducado de Milán; y le mostró las causas por las cuales aquel capítulo en general no era bastante, concluyendo que le sería de gran desplacer verse obligado á tomar nuevas determinaciones y á apartarse del Emperador, con el cual había estado siempre muy unido.

Replicó el duque de Sesa que la intención del Emperador era muy sencilla y que sin duda convenia en que, no obstante todo lo que había sucedido, quedase el ducado de Milán á Francisco Sforza; que, por poca advertencia, no se había puesto el capítulo en más dilatada forma, pero que el Papa lo hiciese reformar á su modo, que le prometía darle en término de dos meses la ratificación, como también prometiese él que durante

aquel tiempo no concluiría la liga que se trataba con el gobierno de Francia y con los venecianos.

Conocieron todos claramente que esta oferta no tenía otro fundamento que el deseo de ganar la dilación de dos meses para que el Emperador tuviese lugar de tomar mejor determinación y disponer los remedios contra tan gran liga, pero el Papa, después de muchas disputas, con gran disgusto de los otros embajadores, convino en esta demanda, así por el deseo de alargar cuanto pudiese el entrar en los gastos y molestias, como porque le parecía que, mientras el rey de Francia estaba preso, era peligrosísima cualquier unión que se hiciese con su madre, estando en manos del Emperador deshacerla siempre que le agradase, y que esta dilación quizá podría traer, aunque no se esperaba, la conclusión deseada; y si causase la concordia entre los dos Reyes, consideró profundamente (si bien muchos lo juzgaban al contrario) que era mejor que se hiciese en tiempo que tuviera el Emperador menos necesidad, porque cuando estuviese en mejor estado, tanto más graves serían las condiciones que propondría al rey de Francia, y que el ser tan ásperas daba esperanza que no las guardaría el Rey después que estuviese en libertad.

Añadióse también en este tratado que en el mismo tiempo no se innovase en el trabajar ni en otra cosa contra el castillo de Milán si Francisco Sforza se obligaba á no ofender ni á molestar á los de afuera, pero estos no quisieron aceptar dicha condición.

Acabado con estas acciones, más dispuestas á guerra que á paz, el año del nacimiento del hijo de Dios, 1525, comenzó el de 1526 lleno de grandes accidentes y maravillosas turbaciones.

En el principio de este año, volviendo Herrera al Emperador, le escribió el Papa una carta larga, de su propia mano, en la cual, no negando totalmente ni confe-

sando las cosas que había tratado contra él, sino echando la culpa al marqués de Pescara, procuró disculpar á Francisco Sforza, diciendo que si había hecho algún yerro, había sido engañado por los consejos de Jerónimo Morone y suplicándole eficazmente que, para quietud y beneficio de toda la cristiandad, viniese en perdonarle.

En este tiempo, esperando el Emperador la respuesta del Papa tenía suspensas todas las pláticas de los otros, y aunque Borbón, que estaba muy favorecido y se le había confirmado la esperanza del casamiento, instaba en consumir el matrimonio, se le interponía dilación á ello, alegando que quería el Emperador primero consumir el suyo con su esposa de Portugal, que cada día se esperaba; pero hacía esto por dejarse libre la facultad para hacer el acuerdo con el rey de Francia, en el cual se trataba darle por mujer la misma que estaba prometida á Borbón, prevaleciendo (como es lo que acostumbran todos los Príncipes) el provecho á lo justo.

Habiendo ya el Emperador consumado el matrimonio en Sevilla, llegó Herrera de Roma con la minuta del capítulo amplísimo hecho por el Papa en beneficio de Francisco Sforza, de manera que, certificado también el Emperador de que el Legado no tenía comisión diferente de aquel capítulo, y concurriendo todo el Consejo en la opinión de que era necesario interrumpir la liga que se trataba, y peligroso haber de resistir á un mismo tiempo á tantos enemigos, se redujo por necesidad á satisfacer al Papa y á los venecianos en la restitución de Francisco Sforza, ó en concordarse con el rey de Francia, el cual, después de muchas diferencias que tuvo sobre la Borgoña, no pudiendo esperar de otra manera la libertad, ofrecía restituirla con todas las provincias que le pertenecían, ceder los derechos que tenía sobre el reino de Nápoles y sobre el Estado de Mi-

lán y dar por rehenes, para la observancia de estas promesas, dos hijos suyos.

Hubo grandes disputas sobre elegir la una ó la otra deliberación. El Virrey, que había traído á España al Rey Cristianísimo, dándole tantas esperanzas y procurado tan vivamente su libertad, hacía por ella más eficaz instancia que nunca, y su autoridad, á lo menos por crédito y por amor, era grande con el Emperador; pero en contrario de esto exclamaba, más que disputaba, Mercurino Gattinara, gran Canciller, hombre, aunque nacido bajamente en el Piamonte, de mucho crédito y experiencia y que hacía muchos años sustentaba todos los negocios importantes de aquella corte. Habiéndose juntado un día en el Consejo, en presencia del Emperador, para determinar todas las cosas que se habían tratado tantos meses, el gran Canciller habló así:

«Siempre he temido, invictísimo Emperador, que nuestra mucha codicia y el habernos propuesto fines mal medidos fuese causa de que, de una victoria tan excelente y tan grande, no sacásemos al fin ni gloria ni provecho; pero no creí por esto jamás que el haber vencido hubiese de poner en peligro vuestra reputación y Estado como veo que manifiestamente se pone, pues se trata de hacer un acuerdo por el cual se desespera toda Italia y el rey de Francia se libra con tan graves condiciones que, si no fuere por voluntad, por necesidad quedará mayor enemigo nuestro que antes. Desearía yo con ardor igual al de los otros que á un mismo tiempo se recuperase la Borgoña y se estableciesen los fundamentos de dominar á Italia, pero conozco que quien presto quiere abrazar tanto, va á peligro de no apretar nada, y que ninguna razón sufre que, libre el rey de Francia, os guarde tan importantes capítulos. ¿No sabe que, si os restituyese la Borgoña, os abre una puerta de Francia que estará siempre en vuestra mano

correr hasta París, y que teniendo vos facultad para trabajar á Francia por tantas partes, será imposible que os resista? ¿No saben él y todos que el consentir que vayáis armado á Roma; que pongáis freno á Italia y que reduzcáis á vuestro arbitrio el Estado espiritual y temporal de la Iglesia es causa de aumentar vuestro poder; que nunca os puede faltar dinero ni armas para ofenderle y que está obligado á aceptar todas las leyes que á vos os pareciere darle?

»¿Pues quién hay que crea que os haya de observar un acuerdo por el cual se hace vuestro esclavo y vos su señor? ¿Faltaránle las quejas y exclamaciones de todo el reino de Francia; las persuasiones del rey de Inglaterra; los estímulos de toda Italia? El amor que acaso hay entre vosotros ¿será causa por ventura para que él se fíe de vos ó para que le sea agradable vuestro poder? ¿Adonde hubo jamás dos Príncipes entre los cuales no hubiese causa de odio y de diferencias?

»Aquí hay no sólo emulación de la grandeza que aun suele poner las armas en la mano á dos hermanos, sino antiguas y graves enemistades comenzadas desde los padres y abuelos de vuestros abuelos; tantas guerras que ha habido largo tiempo entre estas dos casas, tantas paces y acuerdos no observados y tantas injurias y ofensas hechas y recibidas. ¿No debemos creer que arderá de enojo cuando se acuerde de haber sido tantos meses vuestro prisionero; de haber estado casi siempre con guardas tan estrechas, sin recibir jamás la gracia de ser llevado á vuestra presencia? ¿Que en esta cárcel por los disgustos é incomodidades ha estado cerca de morir, y que ahora no se libra por magnanimidad ni por amor, sino por miedo de tan grande unión que se trata contra vuestra persona? ¿Creeremos que será más poderoso que tantas provocaciones el casamiento hecho por necesidad? ¿Quién no sabe cuánto estiman los

Príncipes estos vínculos? ¿Quién es mejor testigo que nosotros de la cuenta que se hace de los casamientos?

»Pareceráale quizás á alguno que nos asegura mucho la palabra que diere de volver á la prisión. ¿Qué fundamentos tan inconsiderados? ¿Qué esperanzas tan imprudentes serían estas? Así me obliga, César, á hablar el gran dolor que tengo de que se piense tomar un partido tan dañoso y peligroso.

»Sabemos al fin todos cuánto se estima la fe en los intereses de los Estados; lo que valen las promesas de los franceses, los cuales, descubiertos en todo lo demás, son maestros perfectísimos en toda clase de engaños, y que este Rey es por su natural tanto más limitado en los hechos, cuanto es más abundante de palabras. Por tanto concluyamos con que ni el amor entre dos Príncipes que tienen por antigua herencia las injurias y enemistades, ni la memoria de los beneficios (de los cuales no hay ninguno que observe fe ni promesa, porque en las importancias del Estado son para con todos de poco peso, y con los franceses de ninguno) le inducirán á seguir un acuerdo que sube al cielo á su enemigo, y en que se pone á sí y á su reino en manifiesta sujeción.

»Oigo que se responderá que, por miedo de estas cosas, se le pide la seguridad de los hijos, y entre ellos el primogénito, cuyo amor será necesario que estime más que la Borgoña; pero yo temo que el amor de los hijos obrará antes lo contrario cuando se representare á su memoria la consideración que la observancia del acuerdo será el principio de hacerlos vuestros esclavos, y no sé si aun bastará esta prenda, cuando estuviese del todo desesperado, de cobrarlos de otra forma, porque importa mucho más el no poner en peligro su reino, el cual, perdido una vez, es muy dificultoso de recuperar; pero los hijos se puede esperar con el tiempo recobrar-

los por acuerdo ó con otra ocasión, y por ser su edad tierna, será menos molesta la dilación. Pero si puede tener unidos con él contra vuestra persona los príncipes cristianos, ¿quién duda que se estrechará con ellos y procurará moderar este acuerdo por el camino de las armas, y que la ganancia que nosotros habremos conseguido de esta victoria será una guerra muy gallarda y peligrosa, movida por el odio, la necesidad y la desesperación del rey de Inglaterra, del de Francia y de toda Italia? De los cuales nos defenderemos si Dios no se cansare de hacer cada día por nosotros de aquellos milagros que tantas veces ha hecho hasta hoy; mudando la fortuna de naturaleza con nosotros y convirtiéndose su inestabilidad y mudanza, contra todas las experiencias de las cosas pasadas, en ejemplo de constancia y firmeza.

»Hemos resuelto mucho tiempo ha, en todos nuestros consejos, que se hiciera todo lo posible porque los italianos no se juntaran con el gobierno de Francia, y ahora nos arrojamus á una determinación que quita todas las dificultades que hasta ahora les han tenido suspenso; que multiplica nuestros peligros y aumenta las fuerzas de los enemigos, porque ¿quién no sabe cuanto más poderosa será la liga que tenga por cabeza al rey de Francia libre y en su reino, que la que se hiciese con el gobierno de Francia, quedando el Rey vuestro prisionero? ¿Quién no sabe que ninguna causa ha tenido dudoso hasta ahora al Papa para confederarse contra vos sino el miedo de que separéis á los franceses de él con ofrecerles á su Rey, de lo cual temerá menos cuando tuviéremos á sus hijos y no á él? Así la medicina que disponemos usar para huir del peligro será la que sin comparación lo acrecienta, y en vez de interrumpir esta unión seremos el medio para que se haga más eficaz y poderosa.

»Responderáseme ¿qué parecer es el vuestro? ¿Aconsejáis que, de tan gran victoria, no se saque algún fruto? ¿Hemos de estar continuamente en estas dudas? Yo confirmo lo que he dicho muchas veces de que es muy dañoso tomar de una vez mucho sustento de manera que no sea poderoso el estómago para sufrirlo, y que es necesario que, ó concertándose con Italia, que no nos pide más que estar asegurada, procuremos tener del rey de Francia la Borgoña y lo más que pudiéremos, ó hacer un acuerdo con él por el cual nos quede Italia á discreción, mas tan dulce en cuanto á sus intereses que tenga causa para guardarle. Y en la elección entre estos dos caminos es necesario, señor, que vuestra prudencia y bondad anteponga lo que es más firme y más justo á lo que parece quizá á la primera vista más útil y mayor.

»Confieso que es más rico Estado y más á propósito para muchas cosas el de Milán que la Borgoña, y que no se puede hacer amistad con Italia sin que se deje Milán ó á Francisco Sforza ó á otro alguno con quien el Papa se contente; y con todo eso, alabo mucho más el hacer esto que el acuerdo con los franceses; porque, en justicia, es más vuestra la Borgoña que Milán, y más fácil de mantener aquello que no hay nadie que lo quiera. Pedir la Borgoña, vuestra antigua herencia, es suma alabanza. Querer á Milán para vos ó para alguno que enteramente dependa de vuestro arbitrio no puede ser sin nota alguna de ambición. Á lo primero os llama la memoria de tantos gloriosos progenitores vuestros cuyos huesos, sepultados en cautividad, no claman por otra cosa que por ser libres y recuperados por vos, y tan justos, tan piadosos, tan santos ruegos acaso sean motivo de seros Dios más propicio. Más prudente y más fácil consejo es procurar afirmar una amistad con quien de mala gana se hace vuestro enemigo, que con

quien no os puede ser amigo en tiempo alguno, porque en el rey de Francia nunca ha habido sino odio y deseo de oponerse á vuestros designios; pero el Papa y los otros de Italia, asegurados de la sospecha, en sacando el ejército de Lombardía, no tendrán diferencia con vos ni por emulación ni por miedo y, quedando vuestros amigos, tendréis ahora y siempre comodidad y provecho.

»Debe también inclinarnos más á esta amistad la honra y la seguridad y el provecho, pero, si yo no me engaño, no os obliga menos la necesidad; porque cuando hagáis acuerdo con el rey de Francia, sin obligarle á más que á ayudaros en las empresas de Italia, no me parece verosímil que le haya de observar; porque le parecerá que dejar en vuestro poder á Italia pondrá en mucho peligro su reino y, por otra parte, serán grandes las oportunidades y esperanzas que, por medio de tan poderosa unión, le parecerá que tiene para trabajaros y reduciros á un acuerdo de menos graves condiciones. Así de un Rey preso le haremos libre y vuestro enemigo, y daremos cabeza al reino de Francia para que, junto con tantos otros, os haga la guerra con más fuerzas y más provecho. ¿Cuánto mejor es hacer acuerdo con los italianos, hacer una buena y verdadera unión con el Papa, que tan continuamente la ha deseado, y quitar á los franceses toda esperanza de la compañía de los de Italia? Porque entonces os llevará al acuerdo con los franceses, no la necesidad ni el miedo de nuevas ligas, sino vuestra voluntad y la calidad de las condiciones; entonces veréis que la necesidad y la desesperación les obligará no sólo á daros la Borgoña y á hacer os mayores conciertos, sino también á poner os en las manos tal seguridad que no hayáis de temer que no la guarden, porque no bastan los hijos mientras pueden esperar tan grande unión, ni apenas bastaría que os entregasen á Bayona, Narbona y la armada. De este

modo sacaréis gran fruto, honrado, justo y seguro de esta victoria. De otra manera, ó yo no tengo conocimiento de las cosas, ó este acuerdo pondrá vuestro estado en tan grave peligro que no veo cosa que os pueda librar de él, si la imprudencia del rey de Francia no fuere mayor que la vuestra.»

Había el gran Canciller, con esta oración atinada y vehemente y con la reputación de su prudencia, conmovido los ánimos de una gran parte del Consejo, cuando el Virrey, autor de la opinión contraria, habló, según se dice, así:

«No se debe alabar, gloriosísimo César, á quien por apetito de tener mucho, abraza más de lo que puede apretar; pero no merece ser menos murmurado quien, por sobrada sospecha y desconfianza, se priva por sí mismo de las grandes ocasiones alcanzadas con tanta dificultad y peligros; antes siendo yerros ambos gravísimos, es más de condenar en un Príncipe tan grande lo que procede de temor y abatimiento de ánimo que lo que nace de generosidad y grandeza; y más loable es procurar con peligro ganar mucho que, por huir de él, perder las ocasiones raras que tiene el hombre; y este es el consejo del Canciller, quien temiendo que, con este acuerdo, no se pueda conseguir la Borgoña y Milán, porque no se puede sospechar de él que le mueve ó el amor á Italia, su patria, ó el que tiene al duque de Milán, se resolviese á un camino por donde, según su opinión, se gana la Borgoña y se pierde á Milán, Estado sin comparación de mayor importancia; pero, según mi parecer, se pierde Milán y no se gana la Borgoña; y de esta victoria que os ha abierto gloriosísimamente el camino para el Principado de la Cristiandad, no nos quedará, si seguimos su consejo, más que el daño y la infamia. Y ciertamente yo no veo en su consejo seguridad alguna, antes peligro grande y poco provecho,

fácil de salirse de vuestras manos y lleno de indignidad y vergüenza. Por el contrario, en el acuerdo con el rey de Francia me parece que hay gran gloria, mucho provecho y seguridad bastante.

»Por que os pregunto, Canciller ¿qué razón tenéis, qué seguridad y qué fe de que los italianos, después que hayamos dejado el ducado de Milán, guardarán el acuerdo con nosotros y de que no se introducirán entre el rey de Francia y nosotros? Y después que hayan abatido nuestra reputación y deshecho el ejército, que es el freno de su malicia, después que estarán seguros de que no pueden venir á Italia nuevos tudescos, porque no habrá en Lombardía lugar que los reciba ni donde se puedan recoger, ¿qué seguridad tenéis de que entonces, continuando sus pláticas, no hayan de forzarnos á librar al rey de Francia con amenazarnos el reino de Nápoles, que quedará casi á su discreción?

»¿Fiáis, Canciller, en el agradecimiento de Francisco Sforza que, después de tantos beneficios, ha pagado al César con tan infame traición? ¿Qué hará ahora, que le ha conocido deseoso de castigar con la justicia tan grande maldad; ahora que teme de vos la pena y de vuestros enemigos el bien? ¿Fiáis, Canciller, en la amistad de los venecianos, que nacen enemigos del Imperio y de la casa de Austria, y tiemblan acordándose que poco tiempo ha Maximiliano, vuestro abuelo, les quitó tantos lugares de los que ahora poseen? ¿Fiáis en la bondad de Clemente ó en su inclinación al Emperador, con el cual, el motivo de la liga con el papa León fué, después de haber intentado contra nosotros muchas cosas, el deseo de asegurarse ó de vengarse de los franceses y la ambición de ocupar á Ferrara? Muerto León, este Cardenal, enemigo casi de la mitad del mundo, continuó por necesidad nuestra amistad; pero al ser elegido Papa, vuelto luego al natural de los Pontífices,

que es temer y aborrecer á los Emperadores, no tiene cosa alguna en más horror que el nombre de César.

»Discúlpense todos estos con decir que sus maquinaciones no han procedido de odio ni de codicia alguna, sino sólo de la sospecha de vuestra grandeza, y que, cesando esto, cesarán todas las pláticas, lo cual, ó no es cierto, ó si por ventura al principio lo fué, es necesario que haya echado después otras raíces y criado otro humor; porque es natural que tras la sospecha venga el odio; en seguimiento del odio las ofensas; con las ofensas la unión y la estrechez con los enemigos de quien se ofende; los designios no sólo de asegurarse, sino también de ganar con la ruina del ofendido; la memoria de las injurias, mayor sin duda y más implacable en quien las hace que en quien las recibe, por lo cual, cuando por ventura desde el principio se hubieran movido sólo por la sospecha, fuera esto causa de quedar enemigos vuestros; de volver los ánimos y esperanzas á las cosas de los franceses; de que intentasen (pues lo han hecho en todos los conciertos que han tratado) dividir entre sí el reino de Nápoles.

»Ejecutándose ahora cualquier seguridad y acuerdo con nosotros, quedará siempre encendido en sus pechos el odio y el temor, no confiando de aquello que les parecerá que se ha hecho por necesidad, y juzgando que tienen mayor facultad para obligarnos á su voluntad. Medrosos de que al fin se haga entre el rey de Francia y nosotros un nuevo acuerdo semejante al que se hizo en Cambray, y deseosos de librar (por usar de sus mismos vocablos) á Italia de los bárbaros, se atreverán á querer poner leyes y á pedir la libertad del rey de Francia. Si la negáis, César, ¿cómo defenderéis de ellos el reino de Nápoles? Si la concedéis, perdidos todos los frutos de la victoria, quedaréis el más deshonorado y abatido Príncipe que hubo jamás.

»Pero pongamos por caso que Italia os observase el acuerdo y que os obligase la necesidad á dejar á Milán ó á no volver á tener á Borgoña. ¿Qué comparación hay entre los dos partidos? La Borgoña es pequeña provincia de poca renta y no tan á propósito (como muchos se persuaden); el Estado de Milán, por las riquezas y grandezas de tantas ciudades, por el número y nobleza de los vasallos, por las grandes rentas y la capacidad de sustentar á todos los ejércitos del mundo, es superior á muchos reinos; pero aunque es tan extendido y poderoso, son de estimar más las oportunidades que nacen de conquistarle, que lo que vale por sí mismo; porque, estando á vuestra devoción Milán y Nápoles, será necesario que los Papas dependan (como antiguamente solían) de los Emperadores. Toda la Toscana, el duque de Ferrara y el marqués de Mantua serán vuestros vasallos; los venecianos, rodeados por Lombardia y Alemania, estarán obligados á aceptar vuestras leyes. De esta manera, no digo con las armas ni los ejércitos, sino con la reputación de vuestro nombre, con sólo un Rey de armas con las armas imperiales, mandaréis á toda Italia, y ¿quién no sabe lo que es Italia? Provincia reina de todas las otras por la oportunidad del sitio, por la templanza del aire, por la multitud y habilidades de los hombres, dispuestos para todas las empresas honrosas, por la fertilidad de todas las cosas convenientes para la vida humana, por la grandeza y hermosura de tan nobles ciudades, por las riquezas, por el trono de la religión, por la antigua gloria del Imperio y por otros respetos infinitos? Y si vos domináis esta provincia temblarán siempre de vos todos los otros Príncipes. Procurar esto pertenece principalmente á vuestra grandeza y gloria y es muy agradable á los huesos de vuestros abuelos, puesto que se traen también á Consejo, los cuales, por su bondad y

piedad, no se debe creer que deseen otra cosa que lo que es más comodidad vuestra y mayor gloria de vuestro nombre.

»Siguiendo el consejo del Canciller perderemos una gran ganancia por una pequeña é incierta. De esto podríamos estar amonestados por lo que hubo de suceder los meses pasados. ¿No se acuerda del disgusto que tuvimos cuando el rey de Francia estuvo en tan gran peligro de la vida, por conocer que, con su muerte, se perdía todo el fruto esperado de la victoria? ¿Quién nos asegura que no pueda suceder ahora lo mismo, y más fácilmente, porque le quedarán las reliquias del mal de entonces y porque, faltándole la esperanza que hasta el presente le ha sustentado, le volverán mayores disgustos, de los cuales procedió la enfermedad; mayormente que habiéndose de tratar de condiciones y seguridades tan dificultosas de desenredar, será necesario que las nuevas pláticas vayan á la larga y la dilación estará sujeta á este y á otros no menores ni menos dificultosos accidentes? ¿No sabemos que ninguna cosa ha tenido tan firme al gobierno de Francia como la opinión de su pronta libertad, por lo cual, los grandes de aquel reino han estado quietos y obedientes á su madre, y si ésta faltase, será fácil cosa que el reino se resintiese y alterase el gobierno? Y si los grandes llegaran á tener el freno en la mano, no habrá en ellos ningún cuidado de la libertad del Rey, antes por mantenerse libres y dueños, tendrán gusto de su cautividad. Por tanto, en trueque de la Borgoña y de tantas ganancias, no podremos esperar más ni de su prisión ni de su libertad.

»Pero yo pregunto además, Canciller, ¿ha de hacer el Emperador algún caso en esta deliberación de su dignidad y majestad? ¿Qué mayor infamia puede tener, qué mayor disminución de honra, que estar obligado á perdonar á Francisco Sforza? ¿Que un hombre medio

muerto, vuestro rebelde, ejemplar de ingratitude, no con humillarse ni acudir á vuestra misericordia, sino entregándose en manos de vuestros enemigos, os fuerce á cederle á restituirle el Estado, que tan justamente le habéis quitado, y á recibir leyes de él? Mejor es, César, y más conveniente á la dignidad del Imperio y de vuestra grandeza sujetarse de nuevo á la fortuna y ponerlo todo de nuevo en peligro que, olvidándoos de vuestra dignidad, de la autoridad de Príncipe supremo á todos los otros, del nombre cesáreo y de haber sido vencedor tantas veces de un poderosísimo Rey, aceptéis de clérigos y mercaderes condiciones que, de ser vos el vencido, no se os hubieran propuesto ni más graves, ni más indignas.

»Considerando todas estas razones; cuán pequeño es el provecho que nos puede resultar del acuerdo con los italianos; cuán fácilmente lo podemos perder; cuán poco seguro es fiarse de ellos; cuán lleno de indignidad está el dejar el Estado de Milán; que nos es necesario resolvernos y determinar de una vez el fin, y que la prisión del Rey no nos aprovecha sino por los frutos que se pueden sacar de la libertad, he aconsejado y aconsejo que se haga el acuerdo primero con él que con los italianos; pues ninguno puede negar que nos es más glorioso, mas justo y más útil, como nos aseguremos de la observancia, en lo cual yo hago algún fundamento, y de su agradecimiento por el beneficio que recibirá de vos, por el vínculo del matrimonio y por la virtud de vuestra hermana, instrumento hábil para mantener esta amistad. Pero mucho más por las prendas de dos hijos, y entre ellos el primogénito; y no sé qué mayor prenda ni más importante se pueda recibir de él.

»Pues la necesidad nos obliga á determinarnos, se debe al fin fiar más de un rey de Francia con tan grande

prenda, que de los italianos, sin ninguna más que la fe y palabra; de tan gran Rey, que de la codicia inmoderada de los clérigos y de la sospechosa vileza de los mercaderes. Y más fácilmente podemos tener (como muchas veces lo han tenido nuestros pasados) unión por algún tiempo con los franceses que con los italianos, nuestros enemigos naturales y eternos.

»No sólo veo en este camino mayor esperanza de que nos haya de ser guardado lo prometido, sino menor peligro en caso que no se cumpliese, porque, aun cuando el rey de Francia no os diese la Borgoña, no se atrevería, quedando en rehenes sus hijos, á haceros nuevas ofensas, sino procurará con pláticas y con ruegos moderar el acuerdo; fuera de que, vencido por vos ayer y salido hoy de la prisión, temerá todavía vuestras armas y no tendrá más atrevimiento para tentar vuestra fortuna. Y si él no toma las armas contra vos, Señor, cierto es que todos los otros estarán tan quietos que ganaréis el castillo de Milán y os confirmaréis de manera en aquel Estado que no tendréis por qué temer la malicia de nadie.

»Pero á los italianos, si os concertáis ahora con ellos y os quieren faltar, no les queda freno alguno que los retenga y, acrecentada la facultad para ofenderos estarán más libres y crecerá su mala voluntad. Por tanto, á mi juicio sería sumo temor é imprudencia perder por mucha sospecha un acuerdo de tanta gloria y grandeza y con seguridad bastante, tomando, en vez de ésta, una determinación (si yo no me engaño) peligrosísima y muy dañosa.»

CAPITULO VI.

Acuerdo entre el César y el rey Francisco.—Condiciones de la liberación.—Gattinara se niega á subscribir las.—Casamiento entre el rey Francisco y Leonor de Austria.—Capitulos ofrecidos por Carlos V y no aceptados por el Papa.—Ceremonias empleadas en la liberación de Francisco I.

Después de hablar el Virrey fueron varias las opiniones de los otros del Consejo, pareciendo á todos los que eran de sencillo juicio que el acuerdo con el rey de Francia del modo propuesto, era determinación muy peligrosa; pero podía en los flamencos tanto el deseo de recuperar la Borgoña, como antiguo patrimonio y título de sus Príncipes, que no les dejaba conocer la verdad, y también se dijo que pudieron mucho con algunos los donativos y largas promesas hechas por los franceses. Y sobre todo el Emperador, ó porque era esta su primera inclinación ó porque era con él de gran consideración la autoridad del Virrey, mayormente unida con la de Nasau, que tenía el mismo parecer, ó porque le pareciese gran indignidad ser obligado á perdonar á Francisco Sforza, oía de buena gana á quien le aconsejaba el acuerdo con el rey de Francia; de manera que, después que de nuevo hizo consultar al legado Salviati sobre si quería convenir en que el ducado de Milán se diese al duque de Borbón, y se certificó que no tenía comisión para aceptar este partido, pues en este caso hubiera antepuesto la amistad del Papa, determinó concertarse con el rey de Francia y, estando ya las cosas discurridas con él y casi resueltas, se vino en pocos días á la conclusión, no interviniendo en cosa

alguna el legado del Papa y habiendo alcanzado primero el César del duque de Borbón el consentimiento para que su hermana, que se la había prometido por esposa, casase con el rey de Francia; el Duque, después de muy rogado, convino en ello, no tanto por la codicia de tener el ducado de Milán (que le fué prometido contra la autoridad del gran Canciller y del Virrey, aunque con obligación de graves pagas) cuanto por haberse reducido sus cosas á términos que, no teniendo ni pudiendo tener dependencia de otros que del Emperador, estaba necesitado á acomodarse á su voluntad; y, en conviniendo en ello, porque en tiempo tan desacomodado no se hallase en la corte, partió luego, por orden del Emperador, de vuelta á Barcelona, á esperar las provisiones necesarias para pasar á Italia, las cuales, por falta de navíos y de dinero y por no haber entonces en España más que tres galeras sutiles, habían de proceder con dilación.

Contenía la capitulación otorgada á 14 de Febrero de 1526 que entre el Emperador y el rey de Francia hubiese paz perpetua, en la cual fuesen comprendidos todos aquellos que, de consentimiento común, se nombrasen: que el rey de Francia, á 10 de Marzo próximo, fuese libre y puesto en sus confines en la costa de Fuenterabía, y en término de seis semanas siguientes entregase al emperador el ducado de Borgoña, el condado de Charlerois, la señoría de Nevers, el castillo Chinu, dependientes del dicho Ducado; el vizcondado de Auxonne, la Superioridad de San Lorenzo, dependientes del Franco Condado, con todas las dependencias del dicho Ducado y Vizcondado, las cuales fuesen separadas y exentas de la soberanía del reino de Francia; que á la misma hora y punto que el Rey se librase, se entregasen en manos del Emperador el Delfin, y demás de él, ó el duque de Orleans, hijo segundo del Rey, ó doce de

los principales señores de Francia, que fueron nombrados por el Emperador, remitiendo á la elección de Madama la Regente, ó dar al hijo segundo ó á los doce barones, los cuales hubiesen de estar por rehenes hasta que fuese hecha restitución de las plazas dichas, ratificada y jurada la paz con todos sus capítulos por los Estados generales de Francia, y registrada en todos los Parla-mentos de aquel Reino, con todas las solemnidades necesarias, para las cuales había término fijo de cuatro meses. Haciéndose á este tiempo la restitución de los rehenes se entregase al Emperador el duque de Angulema, hijo tercero del Rey, para que, por mayor firmeza de la paz, se criase con él; que renunciase el Rey Cristianísimo y cediese al Emperador todos los derechos del reino de Nápoles, y también todos los que tenía por las investiduras de la Iglesia, y que hiciese lo mismo de los derechos del Estado de Milán, de Génova, de Asti, de Arrás, de Tournay, Douay y de Lila; que restituyese también el lugar y castillo de Hesdin, como miembro del condado de Artois, con todas las municiones, artillería y muebles que había en él cuando últimamente se tomó; que renunciase la soberanía de Flandes, de Artois y de cualquier otro lugar que poseyese el Emperador, y por otra parte, cediese el Emperador todos los derechos de cualquier lugar poseído por los franceses, y especialmente de Perona, Mondidier y Roye del condado de Boloña, de Poitiers y de los lugares de la una y otra parte del río Somma; que hubiese entre ellos liga y confederación perpetua para defensa de los Estados, con obligación de ayudarse el uno al otro cuando fuese menester con quinientos hombres de armas y diez mil infantes; que el Emperador prometiese á madama Leonor, su hermana, por mujer al Rey Cristianísimo, y que luego, en alcanzando la dispensación del Papa, se hiciese el desposorio por palabras de presente, y se lle-

vase á Francia para consumir el matrimonio al mismo tiempo que, según los capítulos, se habían de librar los rehenes; que su dote fuese doscientos mil escudos con las donaciones convenientes para pagarse la mitad dentro de diez y seis meses, y la otra mitad después, dentro de un año próximo; que el Delfín y la hija del Rey de Portugal y de madama Leonor se casasen en teniendo edad suficiente; que hiciese el rey de Francia lo posible para que el antiguo rey de Navarra cediese en el Emperador los derechos de aquel reino y, no pudiendo hacerlo, no le diera el Rey ayuda alguna; que el duque de Güeldres y conde Zutfen, y los lugares principales de aquellos Estados prometiesen, con seguridad suficiente que, después de su muerte, se darían al Emperador; que el Rey no diese ayuda alguna al duque de Wurtemberg, ni tampoco á Roberto de la Marck; que diese al Emperador, cuando quisiese pasar á Italia, y á los dos meses de pedir las, doce galeras, cuatro navíos y cuatro galeones, proveídos de todo á su costa, excepto de gente de guerra, que le habían de ser restituídas dentro de tres meses desde el día que se embarcasen; que en lugar de la gente de tierra que le había ofrecido para Italia, le diese doscientos mil escudos, la mitad dentro de diez y seis meses, y la otra mitad dentro de un año próximo, y que, al tiempo de la libertad de los rehenes, estuviese obligado á darle letras de cambio de la paga de seis mil infantes por seis meses, luego que llegase á Italia, sirviéndole también á su costa con quinientas lanzas y algunas piezas de artillería; que le librase del daño de la promesa que había hecho al rey de Inglaterra por las pensiones que le pagaba el de Francia, que le importaban quinientos mil escudos, ó se los diese al Emperador en dinero de contado; que suplicasen ambos al Papa que convocara lo más presto que pudiese un Concilio universal para tratar la paz de los cristia-

nos y la empresa contra los infieles y herejes, y que concediese á todos la Cruzada por tres años; que restituyese el Rey dentro de seis semanas al duque de Borbón todos sus Estados, bienes muebles y raíces, y los frutos tomados, y no pudiese molestarle por las cosas pasadas ni obligarle á vivir ó á ir al reino de Francia, dejándole facultad para poder proceder por justicia sobre el condado de Provenza, y restableciese en sus derechos á todos los que le habían seguido, y nombradamente al obispo de Autum y á Saint Valier; que se librasen de cada parte, dentro de quince días, los que habían sido presos en la guerra, y se restituyese á Madama Margarita todo lo que posesía antes de la guerra; que se diese libertad al príncipe de Orange; que le fuese restituído el principado de Orange y cuanto poseía á la muerte de su padre, que se le había quitado por haber seguido la parte del Emperador, y asimismo á algunos otros barones; que al marqués de Saluzzo se le restituyese su Estado; que el Rey, en llegando al primer lugar de su reino, ratificase esta capitulación, y fuese obligado á hacerla ratificar al Delfín en llegando á catorce años. Nombráronse muchos de común consentimiento, y también á los suizos, mas á ninguno de los potentados italianos, excepto al Papa, al cual proclamaron conservador de esta concordia, cosa más de ceremonia que de sustancia. Añadióse la palabra dada por el Rey de que volvería voluntariamente á la cárcel cuando por alguna causa no se cumpliese lo prometido.

Grande fué la admiración que tuvo por este acuerdo toda la cristiandad, porque al saberse que la primèra ejecución había de ser la libertad del Rey Cristianísimo, juzgaron todos universalmente que, estando libre, no daría la Borgoña, por ser miembro muy importante para el reino de Francia, y (excepto los que habían acon-

sejado esto al Emperador) toda su corte tuvo la misma opinión. El gran Canciller la censuraba y detestaba más que los otros, con tal vehemencia que, aunque tenía orden de firmar la capitulación por el oficio de gran Canciller, rehusó hacerlo, alegando que no debía usar de la autoridad que se le había dado en las cosas peligrosas y perniciosas como era ésta; y no le pudo apartar de su propósito toda la indignación del Emperador, el cual, viendo que el Canciller estaba en esta pertinacia, la firmó por su propia mano, y pocos días después fué á Madrid para establecer el casamiento y, con familiares y domésticas palabras, fundar con el Rey amistad y amor grandes.

Fueron grandes las ceremonias y demostraciones de amor entre ellos; estuvieron muchas veces juntos en público; tuvieron muy á menudo solos en secreto largas pláticas; fueron en un mismo coche á un castillo á media jornada donde estaba la reina Leonor, con la cual contrajo los esponsales.

Pero entre tantas señales de paz y amistad ni le fueron quitadas las guardas ni la libertad concedida, sino á un mismo tiempo acariciado como pariente y guardado como preso, de manera que se podía juzgar fácilmente que esta era una concordia llena de discordia y un parentesco sin amor; y que en cualquier ocasión podrían más entre ellos las antiguas emulaciones y pasiones, que el respeto de las cosas hechas más por violencia que por otra causa. Habiendo gastado muchos días en estas cosas y venida ya la ratificación de Madama la Regente, con declaración que darían antes en compañía del Delfín de Francia al hijo segundo, en vez de los doce señores, partió el Rey de Madrid á los confines donde se había de hacer el trueque de su persona con sus hijos pequeños, y en su compañía el Virrey autor de su libertad, al cual había dado el Emperador

la ciudad de Asti y otros Estados en Flandes y en el reino de Nápoles.

En este tiempo escribió el Emperador al Papa una carta ceremoniosa significando que, por el deseo de la paz y del bien común de la cristiandad, olvidadas tantas injurias y enemistades, había restituído la libertad al rey de Francia y dádole su hermana por mujer y que le había elegido á él por conservador de la paz, de quien siempre quería ser obedientísimo hijo. Pocos días después le escribió otra carta de su propia mano (y se la envió por el mismo Herrera, que le había traído la carta escrita de mano propia del Pontífice) respondiéndole parte con palabras dulces, y parte mezcladas con alguna aspereza, concluyendo que restituiría el ducado á Francisco Sforza en caso que no hubiese cometido el delito que se le imputaba, y que quería que esto se viese en justicia por jueces señalados por él como superior suyo; pero que si constaba que había faltado, no podía dejar de dar la investidura de él al duque de Borbón, á quien la había prometido, siendo causa de la promesa el Papa, que lo propuso cuando la enfermedad de Francisco Sforza, y que, por satisfacerle y por asegurar á Italia, no había querido ni quedarse con el Ducado, ni darlo á su propio hermano; afirmando sobre su palabra que esta era su verdadera intención, la cual le rogaba eficazmente aprobase, ofreciéndole siempre su autoridad y fuerzas como obediente hijo de la Sede Apostólica.

Llevó también el mismo Herrera la respuesta de la minuta del capítulo que había hecho el Papa en favor de Francisco Sforza, que no lo quiso aprobar el Emperador, perseverando en su primera determinación, é instruyó al duque de Sesa de la forma del acuerdo que últimamente resolvía, con autoridad para otorgarlo en caso que lo aceptase el Papa. Conteníase en él que

Francisco Sforza fuese comprendido en la confederación, con tal que no hubiese ofendido la Majestad Cesárea más que, en caso de su muerte ó privación, sucediese en la confederación el duque de Borbón á quien había dado la investidura del ducado de Milán.

Confirmábase la obligación hecha por el Virrey de la restitución de los lugares que tenía el duque de Ferrara, con condición de que el Papa estuviese obligado á concederle la investidura de Ferrara y remitiese la pena de la contravención, cosa contraria á los pensamientos del Papa, que había trazado ejecutar la pena de cien mil ducados, para pagar con esta cantidad los cien mil ducados prometidos al Emperador, en caso de aquella restitución.

No admitía que el Estado de Milán hubiese de sacar la sal del Estado de la Iglesia, ni el referirse (en cuanto á las colaciones beneficiables del reino de Nápoles) al tenor de las investiduras, sino al uso de los Reyes pasados, los cuales en muchos casos habían despreciado los derechos y la autoridad de la Sede Apostólica; y con el Legado se había tratado que, para quitar el ejército de Lombardía, pesado para toda Italia, pagase el Papa y él como rey de Nápoles y los otros Principes de Italia ciento cincuenta mil ducados, y se llevase á Nápoles ó fuera de Italia donde pareciese al Emperador, que decía lo quería hacer pasar á Berbería, y siendo el ejército acreedor de mayor cantidad que había sido hasta entonces, se añadió que fuesen doscientos mil ducados.

Presentaron el duque de Sesa y Herrera al Papa la copia de los capítulos, con protesta de que no estaba en su mano el variar ni una sílaba, y con todo eso, hubieran fácilmente tomado forma todas las otras dificultades, como lo tocante al ducado de Milán, de disponer las cosas de modo que el Papa y los otros no tuvieran

causa de sospechas; pero considerábase que el duque de Borbón era enemigo tan implacable del rey de Francia que, por seguridad suya ó por deseo de entrar en Francia, estaría siempre muy sujeto al Emperador y no se podría esperar nunca que su mucha grandeza le causase disgusto; y que el capítulo de sacar el ejército de Lombardía, que tanto habían deseado todos, y para cuyo efecto no hubiera parecido pesado pagar cualquier cantidad de dinero, resultaba de ningún provecho, pues en Milán quedaba un Duque que no sólo aceptaba el Ducado por voluntad del Emperador, sino también por su propio interés, deseándolo y quizá solicitándolo.

Por tanto el Papa que, porque en la confederación hecha por el Emperador con el rey de Francia, no se hacía mención sustancial de él ni memoria alguna de la seguridad de los Estados de Italia, se confirmó en la persuasión en que estaba primero de que la grandeza del Emperador había de ser su servidumbre, y determinó no aceptar el acuerdo en el modo que se le proponía, sino conservarse libre hasta que tuviese certeza de lo que hacía el rey de Francia acerca de la observancia de su concierto. Determinó estar en este parecer con mayor ánimo por que, demás de lo que parecía verosímil, llegó á su noticia por palabras que dijo el Rey antes que fuese libre y otros que sabían sus consejos, que tenía el ánimo ajeno de cumplir lo que había prometido al Emperador.

Para confirmarle en esta determinación, como cosa de que había de depender su seguridad propia, despachó por la posta á Pablo Vettori, florentino capitán de sus galeras, para que, al mismo tiempo que llegase el Rey, fuese á su corte; usando de esta presteza, no sólo para saber con la mayor brevedad posible su intención, sino para que el Rey, teniendo luego esperanza de poderse juntar con el Papa y con los venecianos contra el

Emperador, tuviese causa para determinarse más prontamente.

Fué, pues, cometido á Pablo que en nombre del Papa se alegrase con él de su libertad; que le diese á entender lo que él había hecho para que consiguiese este efecto, y cuánto habían inclinado al Emperador á darle libertad las pláticas que había tenido de juntarse con su madre; que después le mostrase que el Papa estaba deseosísimo de la paz universal de los cristianos, y que él Emperador y él hiciesen unidamente la empresa contra el turco; el cual se entendía que se preparaba muy poderosamente para acometer aquel mismo año el reino de Hungría.

Estas fueron las comisiones aparentes, pero la sustancial y secreta fué que, intentando primero saber diestramente la intención del Rey Cristianísimo, en caso de que le hallase inclinado á observar el acuerdo hecho, no pasase más adelante por no hacer vanamente mayor pérdida con el Emperador que se había hecho por lo pasado; pero que si le hallaba inclinado á lo contrario ó verdaderamente dudoso, procurase confirmarle en ello y que en todas las ocasiones le aconsejase que siguiese este camino, mostrando el deseo que el Papa tenía de juntarse con él por el beneficio común.

Despachó también á Inglaterra al protonotario Gambera, para hacer oficios con aquel Rey.

Guiados al mismo fin, y por acuerdo suyo, enviaron los venecianos á Francia con las mismas comisiones á Andrea Rosso, su secretario; y porque Pablo, luego que llegó á Florencia, cayó malo y murió, el Papa, aunque tenía ya por mal agüero que dos veces sus ministros enviados por él á Francia para esta plática hubiesen acabado en el camino, envió en su lugar á Capino de Mantua.

No dejaban entre tanto él y los venecianos de usar

toda diligencia para tener alentado y con las mayores esperanzas que se pudiese al duque de Milán, para que el miedo de la paz de Madrid no le hiciese precipitar algún acuerdo con el Emperador.

Había llegado en este tiempo el rey de Francia á Fuenterrabía, villa del Emperador situada sobre el mar Océano, en los confines de Vizcaya y del ducado de Guyena, y por otra parte su madre, con los dos hijos, vinieron á Bayona, pocas leguas de Fuenterrabía, habiéndose detenido algunos días más de lo determinado para hacer el trueque porque en el camino le había dado la gota.

El 18 de Marzo, acompañado el Rey del Virrey y del capitán Alarcón y de cincuenta caballos, llegó sobre la orilla del río que divide el reino de España del de Francia, y al mismo tiempo se presentó en la otra orilla Lautrec con los dos hijos y con número igual de caballos: en medio del río estaba una barca grande afirmada con las áncoras, sobre la cual no había nadie. Arri móse á esta barca el Rey en un batel en que iban el Virrey y Alarcón y otros ocho armados todos de armas cortas, y de la otra parte de la barca se arrió en otro Lautrec, los rehenes y otros ocho compañeros armados del mismo modo. Subió después sobre la barca el Virrey con todos los suyos y con ellos el Rey. Inmediatamente después Lautrec con los ocho compañeros, de modo que sobre la barca se halló número igual de ambas partes, estando con el Virrey, Alarcón y otros ocho, y con el Rey, Lautrec y otros tantos; y en estando todos sobre la barca sacó Lautrec del batel á la barca al Delfín y entregado luego al Virrey, y por él á Alarcón fué puesto luego por el Este un batel, y al mismo instante había subido á la barca el pequeño duque de Orleans, el cual no hubo llegado cuando el Rey Cristianísimo saltó de la barca á su batel con tan gran presteza, que

este trueque se vino á hacer en un momento mismo, y en saliendo á la orilla subió luego (como si temiera alguna emboscada) en un caballo turco de maravillosa ligereza, dispuesto para este efecto, y sin detenerse corrió hasta San Juan de Luz, villa suya cuatro leguas de allí, de donde, tomando refresco con presteza, fué con la misma velocidad á Bayona; allí le recibieron con increíble alegría de toda la corte y despachó luego en diligencia un hombre al rey de Inglaterra, significándole, con cartas de su propia mano, su libertad, y con humilde sumisión su reconocimiento grandísimo por las obras que había hecho, ofreciendo que quería estar unido con él y proceder en todas las ocurrencias con sus consejos. Poco después despachó otros embajadores para ratificar solemnemente la paz que su madre había hecho con él, porque hacía gran fundamento en la amistad de aquel Rey.

LIBRO XVII.

SUMARIO.

Puesto en libertad el rey de Francia resolvió no querer guardar los capítulos ni las promesas al Emperador como hechas por fuerza, persuadiéndole á que lo hiciese así el Papa, el rey de Inglaterra, los venecianos y Francisco Sforza, duque de Milán, el cual, asediado en el castillo, veía cada día nuevos alborotos levantados en el pueblo por causa de las cobranzas extraordinarias que hacían los capitanes cesáreos. Mas no pudiendo después el Duque defenderse mucho tiempo por no socorrerle el duque de Urbino, que gobernaba aquella guerra, perezosamente, entregó el castillo á los imperiales. Quedando en pie el ejército de la liga, después de muchas mudanzas de la fortuna y movimientos de guerra, así en Lombardía como en Toscana, y mayormente en Siena, los imperiales se defendieron con gran valor. En este tiempo los Colonnas, habiendo asegurado al Papa debajo de la palabra de Vespasiano Colonna, saquearon á Roma, y juzgando el papa Clemente que de este saco había sido causa el cardenal Pompeyo Colonna, le quitó la dignidad del cardenalato é hizo tregua con los imperiales, con los cuales se confederó también el duque de Ferrara.

CAPÍTULO PRIMERO.

Disposición de ánimo del rey de Francia respecto al César. — Resuelve no cederle la Borgoña. — Tumulto de los milaneses contra los imperiales alojados á discreción. — Instigaciones que hace el rey de Inglaterra al de Francia contra el Emperador. — Indignación del Emperador contra Francisco I. — Andrea Doria entra á sueldo del Papa. — D. Hugo de Moncada es nombrado embajador cerca del Papa.

La libertad del rey de Francia, aunque á la solemnidad de los capítulos hechos, á la religión de los juramentos y de la palabra que se habían dado y al vínculo del nuevo casamiento, se añadió la prenda de dos hijos, y en ellos el primogénito, señalado para tan gran sucesión, puso en gran esperanza á los Príncipes cristianos é hizo volver hacia él los ojos del mundo que primero miraban sólo al Emperador, pendiendo diversos y no menos importantes efectos de la determinación de guardar ó no lo que se concertó en Madrid; porque, si lo guardaba, se veía que Italia, poco poderosa para defenderse por sí misma, se metía sin remedio en esclavitud y se acrecentaba grandemente la autoridad y poder del Emperador; y no guardándola, quedaba obligado el César ó á olvidar, por la inobservancia del rey de Francia, lo que había maquinado contra el duque de Milán, restituyéndole aquel Estado, para que el Papa y los venecianos no tuviesen causa de juntarse con el Rey y perder tantas ganancias esperadas de la victoria, ó al fin, pudiendo más en él la indignación concebida contra el duque de Milán y el deseo de no tener en Italia el estorbo de los franceses, establecer la concordia con el Rey, convirtiendo en paga de dinero la obliga-

eión de restituir la Borgoña; ó verdaderamente, no queriendo ceder á ninguna de estas cosas, admitir contra tantos enemigos una guerra que á él mismo, por confesión suya, era muy difícil; pues, por excusarla, se había reducido á dejar al rey de Francia, con tan gran riesgo.

Pero dudóse poco tiempo cuál era la intención del Rey, porque, pidiéndole, luego que llegó á Bayona, un hombre que le envió el virrey de Nápoles que ratificase el acuerdo, como lo había prometido hacer luego que se viese libre, lo difería de día en día con varias excusas, y para entretener con ellas la esperanza del Emperador envió una persona propia á significarle que no había hecho luego la ratificación porque era necesario, antes que se llegase á este hecho, ablandar los ánimos de los suyos que estaban mal contentos de las obligaciones que miraban á la disminución de la corona de Francia; pero que, no obstante todas las dificultades, guardaría indubitablemente cuanto había prometido; pudiéndose comprender por esto lo que tenía en el ánimo.

Llegaron pocos días después las personas enviadas por el Papa y por los venecianos, á los cuales no les fué necesario hacer mucha diligencia para entender su inclinación, porque, habiéndolos recibido benignamente, en las primeras pláticas que tuvo después con cada uno de ellos aparte, se quejó mucho de la inhumanidad con que el Emperador le había tratado en el tiempo que estuvo preso; no tratándole como á quien era, ni con el ánimo que lo debería hacer un Príncipe que tuviese misericordia de las calamidades de otro, ó que considerase que, aquello que le había sucedido, le podía suceder á él mismo.

Alegaba el ejemplo de Eduardo III, rey de Inglaterra que, presentándole su hijo el príncipe de Gales á Juan, rey de Francia, preso en la batalla de Poitiers, no so-

lamente lo recibió benignamente, sino asimismo, dejándole en libre custodia todo el tiempo que estuvo preso en la isla, había tratado con él familiarmente, admitiéndole á sus cazas y convites; y no por esto había perdido el preso ni conseguido acuerdo menos favorable para él; por lo cual había nacido entre ellos tanta amistad y confianza que Juan, después que fué libre y de haber estado muchos años en Francia, volvió voluntariamente á Inglaterra á ver á su huésped; que se tenía sólo memoria de dos reyes de Francia que habían sido presos en batallas, Juan y él; mas que era no menos notable la diversidad de los ejemplos, que el uno podía traerle por ejemplo de benignidad y el otro por ejemplo de la crueldad del vencedor; que tampoco había hallado en él más aplacado y manso ánimo con los otros, antes se había certificado, por las pláticas que tuvo con él en Madrid que, ocupado de suma ambición, no pensaba en otra cosa que en poner en servidumbre á la Iglesia, á Italia y á todos los otros Principes; por lo cual deseaba que el Papa y los venecianos tuviesen ánimo para pensar en el bien propio, porque les mostraría cuán deseoso estaba de concurrir en el bien común y de ligarse con ellos para tomar las armas contra el Emperador, no para recuperar para sí el Estado de Milán ni acrecentar por otro camino su poder, sino sólo para que, con el miedo de la guerra, pudiese alcanzar sus hijos é Italia libertad, pues la mucha codicia no había dejado luz al Emperador para obligarle de manera que estuviera obligado á guardar la capitulación, siendo así que primero, cuando estaba en la fortaleza Pizzichittone y después en España en el alcázar de Madrid, había protestado muchas veces al Emperador, viendo la iniquidad de sus demandas, que si oprimido de la necesidad cedía á condiciones injustas ó que no estuviese en su mano guardarlas, no sólo no las guar-

daría sino, teniéndose por injuriado de él, por haberle obligado á promesas injustas é imposibles, se vengaría si alguna vez tuviera ocasión. Ni había dejado de decir muchas veces que por sí mismos podían saber y creía ser también común á los otros reinos que no estaba en manos del rey de Francia obligarse, sin consentimiento de los Estados generales del reino, á enajenar cosa alguna tocante á la Corona; ni permitían las leyes cristianas que un preso en la guerra estuviese en perpetua cárcel, por ser pena conveniente para los hombres facinerosos, y no hallada para castigo de quien era maltratado por la crueldad de la fortuna. Que todos sabían que eran de ningún valor las obligaciones hechas en la prisión violentamente, y siendo inválida la capitulación, no quedaba tampoco obligada su palabra accesoria y confirmatoria de ella. Que precedían los juramentos hechos en Reims cuando con tan grande ceremonia y con el óleo santo se consagran los reyes de Francia, por los cuales se obligan á no enajenar el patrimonio de la Corona, y que así, no estaba menos libre que pronto á moderar la insolencia del Emperador.

El mismo deseo mostraron tener su madre y hermana que, por haber estado sin fruto en España, se quejaba de la aspereza del Emperador, y todos los principales de la corte que intervenían en los negocios secretos, concluyendo que, si venían los poderes del Papa y de los venecianos, se concluiría luego la Liga, la cual decían que era bien que se tratase en Francia, por haber mayor facilidad para atraer á ella al rey de Inglaterra, mostrando gran esperanza de que así sucedería. Estas cosas se decían con gran afirmación del rey de Francia y de los suyos; pero en secreto eran muy diferentes sus pensamientos porque, dispuesto totalmente á no dar la Borgoña al Emperador, tenía también el ánimo ajeno de mover las armas contra él si no fuese obligado por

la necesidad. Mas tratando de confederarse con los italianos, esperaba que el Emperador, por no incurrir en tantas dificultades, se inclinaría á convertir en obligación de dinero el artículo de la restitución de la Borgoña, y en este caso ningún respeto de las cosas de Italia le hubiera detenido para concertarse con él, por el deseo de recobrar sus hijos.

Mas los mensajeros del Papa y de los venecianos, habiendo recibido de él tan grande esperanza, significaron luego la respuesta que habían tenido, en tiempo que en Italia crecía la necesidad y la ocasión de unirse contra el Emperador; la necesidad porque el duque de Milán, el cual, desde el principio, parte por culpa de sus ministros, y parte por el corto tiempo que tuvo para hacer provisiones, había metido pocas vituallas en el castillo y no se habían gastado con la moderación que se suele usar por personas en tal estado, daba cada día á entender (porque tuvo siempre medio para escribir, aunque estaba asediado en el castillo) que no tenía de comer para todo el mes de Junio próximo, y que si no se hacía más provisión, estaría necesitado á remitirse á la discreción del Emperador. Y si bien se creía (como es costumbre de los asediados) que proponía mayor estrechez que en hecho de verdad había, con todo eso, se tenían muchos indicios de que le quedaba poco que comer; y el dejar que el castillo llegase á manos del Emperador, demás de la reputación que se le acrecentaba, hacía muy difícil la recuperación de aquel Estado.

No parecía que crecía menos la ocasión por estar reducidos los pueblos á extrema desesperación, porque no enviando el Emperador dinero para pagar su gente (á la cual se debían ya muchas pagas) ni habiendo modo de proveerle de otra parte, habían los capitanes distribuído los alojamientos de la gente de armas y de los caballos ligeros por todo el país, gravándole á contribuir

unos lugares á una compañía y otros á otra, los cuales estaban necesitados á concertar por dinero esta carga con los capitanes y soldados. Ejecutábase esto tan intolerablemente, que entonces fué fama constante, afirmada por muchos que tenían noticia de las cosas de aquel Estado, que pagaba cada día el ducado de Milán á los soldados del Emperador cinco mil ducados, y se decía que Antonio de Leiva cobraba cada día por él solo treinta mil ducados. La infantería alojada también en Milán y en los otros lugares, no sólo quería ser proveída de todo su sustento por los dueños de las casas donde vivían, sino que, juntándose á menudo muchos infantes en una misma casa, estaba obligado el dueño de ella á proveer de sustento á todos; las otras casas, no teniendo bastimento que darles, era necesario que se compusiesen con dinero, y tal vez tocaban á sólo un infante muchos alojamientos que, excepto uno que le daba de comer, gravaba á los otros á que le diesen dinero. Esta condición miserable y ejercitada con tan grande crueldad había desesperado los ánimos de todo el Ducado, especialmente del pueblo de Milán, no acostumbrado, antes de la entrada del marqués de Pescara en Milán, á ser gravado con bastimentos ó contribuciones para los alojamientos de los soldados; y estando poderoso de número y de armas, aunque no con aquel concurso que solía estar antes de la peste, no podía sufrir tan grande insolencia y crueles cobranzas.

Para librarse de ellas, ó á lo menos para moderarlas en alguna parte, habían enviado los milaneses embajadores al Emperador, pero fueron despachados con palabras generales y sin resolución alguna.

No dejaba tampoco Milán, aunque estaba gravado según su proporción de más número de soldados que los otros lugares, de pagar el dinero para los gastos públicos, que eran los que se hacían por orden de los

capitanes para la conservación de las cosas del Emperador, y cobrándose este dinero con dificultad, se usaban muchas asperezas en la cobranza por los ministros señalados para esto.

Habiendo llegado el pueblo, por estas cosas, á extrema desesperación, concertaron popularmente entre ellos mismos resistir con las armas en la mano á las cobranzas, y que cada uno que fuese gravado por ellas llamase á los vecinos para defenderle, los cuales todos, y en su seguimiento los otros que fuesen llamados, concurriesen á la orden de los capitanes, señalados por muchas partes de la ciudad para resistir á los que hiciesen estas cobranzas, y á los soldados que quisieran ayudarles.

Sucedió, después que se hubo dado esta orden, que un oficial de la ciudad, habiendo ido á gravarle los ministros que cobraban, concitó para su defensa los vecinos, y concurriendo tras ellos los otros del pueblo, hubo gran sublevación en toda la ciudad. Acudieron para aquietarla Antonio de Leiva y el marqués del Basto, y en su compañía algunos de los principales gentiles hombres de Milán, y se aquietó fácilmente el alboroto, pero recibiendo promesa de los capitanes de que, contentos con las rentas públicas, no gravarían á ninguno con otras imposiciones, ni meterían en Milán otros soldados.

No duró esta concordia más que hasta el otro día, porque, habiendo venido aviso de que se arrimaban á la ciudad nuevos soldados, tomó de nuevo el pueblo las armas con mayor alboroto, mucho más ordenado y con mayor concurso que el día antes. Comenzando los capitanes á temer que no podrían resistir esta furia, tuvieron inclinación (como lo afirmaban muchos) á irse de Milán con la gente, y se creyó que lo hubieran ejecutado de mostrar el pueblo unido que quería pasar á su ofensa y á la de los soldados. Pero comen-

zaron bisoñamente á saquear la Corte vieja, donde residía el capitán de la justicia criminal con cierto número de infantes, queriendo que fuese el principio aquello que había de ser lo último de su ejecución. Tomaron ánimo de este desorden los capitanes imperiales, y fortificando sus calles, y llamando la mayor parte de los infantes que estaban en el asedio del castillo, se juntaron para resistir al pueblo, si les quisiese acometer. Esto dió ocasión á los que estaban asediados para salir fuera del castillo y asaltar los reparos que estaban hechos por la parte de adentro, mas retiráronse presto por ver que el pueblo no les socorría; el cual, parte por ser poco práctico en las armas, y parte por llevar á sus casas lo que habían ganado en el saco de la Corte vieja, no sólo no obraba convenientemente, sino que se iba deshaciendo muy aprisa.

Por esta causa los capitanes, interponiéndose algunos de los gentiles hombres, sosegaron también este alboroto, pero con promesa de sacar todos los soldados de la ciudad y del territorio de Milán, excepto los infantes tudescos que estaban en el asedio del castillo. Con esta facilidad, por la astucia de la gente militar, se había huido un peligro tan grave y dominado la bisoñería y desórdenes de las armas de los populares, en las cuales se confunde fácilmente la multitud alborotada que no tiene cabezas prudentes ni valerosas.

Pero no estando, por estas concordias, ni deshechas las inteligencias, ni depuestas las armas del pueblo, antes mostrándose toda disposición para mayor inquietud, parecía ocasión de grande momento á quien pensaba trabajar las cosas del Emperador, mayormente considerando las pocas fuerzas y las otras dificultades que tenían los imperiales, y acordándose de que en las guerras próximas, el ardor grande que había tenido en su favor el pueblo de Milán y los de los otros lugares

había sido gran fundamento para la defensa de aquel Estado.

Estaban en estos términos las cosas de Italia cuando llegaron los avisos de Francia de la pronta disposición y ofertas del Rey, y de que pedía que se le enviasen los poderes. Al mismo tiempo los embajadores del rey de Inglaterra, que estaban cerca del Papa, le aconsejaron mucho que pensase en moderar la grandeza del Emperador y en dar ánimo al rey de Francia para no observar lo capitulado. Por estas razones no sólo los venecianos, que en todo tiempo y en ocasión mucho menor habían aconsejado que se tomasen las armas, pero el Papa también, aunque se disponía difícilmente á entrar en este trabajo, juzgó que estaba necesitado á recoger la suma de los discursos y á no diferir más el tomar alguna determinación.

Las razones que en los meses pasados le habían inclinado á la guerra, no sólo eran las mismas, pero aún más considerables y poderosas, porque en el mucho tiempo que duraron las pláticas el Emperador había podido descubrir mejor que el ánimo del Papa estaba ajeno de su grandeza; y el Papa, por el acuerdo que él había hecho con el rey de Francia, entró en justa sospecha de no poder alcanzar de él condiciones razonables y de que tenía intención de oprimir el resto de Italia.

El peligro estaba cada día más presente por acercarse la entrega del castillo de Milán. Incitaban su ánimo las injurias que se renovaban de los capitanes imperiales, los cuales, después de la capitulación hecha en Madrid, habían enviado á alojar al Placentino y al Parmesano un coronel de infantería italiana, donde hacía infinitos daños, y quejándose el Papa, respondían que, por no ser pagados, habían venido allí por su propia autoridad.

Conmovíale asimismo las cosas por ventura más li-

geras, pero interpretadas de la peor manera, como se hace en los recelos y quejas, porque había publicado el Emperador en España unas pragmáticas contra la autoridad de la Sede Apostólica, y habiéndose prohibido en virtud de ellas á sus vasallos el tratar las causas beneficiables de aquellos reinos en la corte de Roma, tuvo atrevimiento un notario español que había entrado en la Rota de Roma el día señalado para la audiencia, para intimar á algunos en nombre del Emperador que desistiesen de pleitear en aquél tribunal.

No sólo parecía que, por la libertad del Rey Cristianísimo, se había desatado aquel nudo que tenía enredados los ánimos de todos de que los franceses, por librar á su Rey, desamparaban la liga, sino que la compañía del rey de Francia era de mucha más importancia para la empresa que había sido la de su madre y del gobierno, y también se veían mayores las otras ocasiones, porque la sublevación del pueblo de Milán parecía de gran momento y, por la falta que había de vituallas en aquel Estado, se juzgaba que era gran ventaja acometer á los imperiales antes de que, por la cosecha, tuviesen comodidad para avituallar los lugares fuertes, y antes de que se perdiese el castillo de Milán y tuviera el Emperador más tiempo para enviar á Italia nueva gente ó provisión de dinero.

Considerábase que el rey de Francia (que por la memoria de las cosas pasadas verosíblemente desconfiaba del Papa) no viendo en él brío para la guerra, se resolvería á observar la concordia hecha en Madrid ó á confirmarla de nuevo. No se dudaba que juntas tantas fuerzas de tierra y de mar y la facultad de continuar largamente en los gastos, aunque eran pesados, harían que fuesen inferiores las condiciones del Emperador en la guerra, por verse desamparado de todos los otros y exhausto de dinero.

Solamente causaba escrúpulo, en contrario de esto, el temor de que el Rey, por recobrar á sus hijos, desamparase á los otros coligados, como se había temido lo hiciese el gobierno de Francia cuando el Rey estaba preso; pero el caso se juzgaba de diferente manera porque, tomando las armas contra el Emperador con tantas ocasiones, parecía que era grande la esperanza de recobrarlos con las fuerzas, y que esto sucedería con tan grande reputación suya, que no tendría causa para dar oídos á concordia particular, la cual se haría no sólo con ignominia suya, sino con perjuicio propio, si no al presente, á lo menos en lo futuro, porque permitir que el Emperador redujese á Italia á su albedrío no podía dejar de ser muy peligroso para el reino de Francia.

De esta razón se infería asimismo que había de ejecutar ardientemente la guerra, porque parecía consejo inválido, confederándose contra el Emperador, privarse de recobrar á sus hijos con la observancia de la concordia y, por otra parte, dejar las cosas por donde podía esperar conseguirlos con las armas y gloriosamente.

Los que discurrieron de esta materia quizá consideraron antes aquello que conforme á razón debían hacer pero no la naturaleza y prudencia de los franceses, error en que verdaderamente se cae en las consultas y juicios que se hacen de la disposición y voluntad ajenas. Así, pues, acaso no estimaron perfectamente cuán fáciles son los Príncipes, inclinados unas veces á anteponer el provecho á la fe, á persuadirse de que lo mismo harán los otros Príncipes. Por esto el rey de Francia, sospechando que el Papa y los venecianos, en asegurándose del poder del Emperador por la conquista de Milán, se harían negligentes y ajenos á sus propios intereses, juzgaba que le sería más útil la dilación de la guerra que la victoria, como medio más fácil para

inducir al Emperador, cansado de los trabajos y de los gastos, á restituirle sus hijos con nueva paz.

Pero obligado el Papa por las razones precedentes, y mucho más por el arrepentimiento de haber esperado ociosamente el suceso de la batalla de Pavia y de haber sido murmurados y reprendidos de temerosos en su corte y por toda Italia los votos de todos sus ministros, dándole en rostro con que la Sede Apostólica y toda Italia estaba reducida á tantos peligros por su culpa, determinó al fin, no sólo confederarse con el rey de Francia y con los otros contra el Emperador, sino acelerar la conclusión por los otros respetos, y mayormente porque pudiesen las provisiones hacerse á tiempo de socorrer el castillo de Milán, antes que, por el hambre, se rindiese al enemigo.

Esta necesidad fué causa de todos los males que sucedieron; porque procediendo el Papa más lentamente (de cuya autoridad dependían mucho en esta acción los venecianos) hubiera esperado á ver si, conmovido el Emperador por la inobservancia del rey Francisco, proponía para seguridad común las condiciones que primero había trazado, y si por ventura al fin se viera necesitado á tomar las armas, no estando obligado á mostrar al rey de Francia tan grande necesidad de hacerlo, hubiera fácilmente alcanzado de él mejores condiciones para sí y para los venecianos. En todo caso se habrían determinado sin duda mejor los artículos de la liga, estableciéndose la seguridad de la observancia, y últimamente no se comenzara la guerra sin que primero se movieran los suizos y estuvieran hechas todas las provisiones necesarias, y quizá entrado en la confederación el rey de Inglaterra, con el cual no se tuvo tiempo para tratar por la distancia del camino.

Mas pareciendo al Papa y al Senado veneciano de suma importancia la brevedad, por el peligro del casti-

llo, despacharon luego con gran secreto los poderes á sus agentes para hacer la confederación, con pacto de que, por menor dilación, se refriesen casi á los mismos capítulos que primero habían sido tratados con Madama la Regente; pero llegando todavía nuevos avisos de la necesidad del castillo entró el Papa en nueva consideración porque, siendo necesario que, por estar impedido el camino derecho de Roma á la de Francia, fuesen los despachos con largo rodeo por el camino de los suizos, y fácil cosa que en el capitular naciese alguna dificultad, por la cual necesariamente se interpondría tiempo, podría suceder que se tardase tanto en concluir la confederación, que si se difiriese para después de la conclusión el comenzar á hacer las provisiones para socorrer el castillo, se podía temer que sería fuera de tiempo, y consultando, por tal causa, este peligro con los venecianos, provocados también por los agentes del duque de Milán que estaban en Roma y en Venecia, y por muchos amigos suyos que proponían varios partidos, se resolvieron á disponer tantas fuerzas que pareciesen bastantes para socorrer el castillo y usar de ellas luego que se hubiese tenido de Francia la conclusión de la liga, dando entretanto esperanza al pueblo de Milán y fomentando varias pláticas que ellos habían propuesto en los lugares de aquel Estado.

Por tanto, concluyeron unidamente que los venecianos adelantasen á sus confines hacia el río del Adda al duque de Urbino con su gente de armas y seis mil infantes italianos, y que el Papa enviase á Plasencia seis mil infantes con el conde Guido Rangone. Y aunque parecía necesario un grueso número de suizos (pues el duque de Urbino había dicho á los venecianos que era indispensable, para conseguir totalmente la victoria, tener doce mil suizos) el Papa y los venecianos, por no descubrirse tanto contra el Emperador hasta

que tuviesen certeza de haberse hecho la liga, no querían enviar á Helvecia personas suyas á levantarlos.

Oyeron á Juan Jacobo de Médicis, milanés, que siendo castellano del castillo de Mus, conociendo la ocasión de los tiempos y la fortaleza del lugar, se había hecho dueño de él, el cual, dando á entender que muchos meses antes había tenido pláticas con varios capitanes suizos para este efecto, ofreció luego que le enviasen seis mil ducados, hacer mover seis mil suizos, no levantados por decreto de los Cantones, sino particularmente, y que, en bajando al ducado de Milán, se les había de dar el cumplimiento de la paga.

Y como sucede en las empresas que por una parte se tienen por fáciles y por otra parte son solicitadas por la estrechez del tiempo, fué, sin pensar en lo de más adelante, aceptado su ofrecimiento por el Papa y los venecianos, y aprobado principalmente por los ministros del duque de Milán y por Ennio, obispo de Veruli, á quien el Papa daba crédito en las cosas de los suizos, por haberlas tratado mucho tiempo en nombre de la Iglesia, para lo cual había estado por su orden muchos meses en Brescia, y entonces estaba cerca de la persona del proveedor veneciano, donde continuamente trataba con muchos de aquella nación. También fué oído en Venecia Octaviano Sforza, obispo de Lodi, que ofrecía levantar fácilmente gran número, y ellos, sin consultarlo con el Papa, lo despacharon á Helvecia para levantar otros seis mil en la misma forma y con las mismas pagas. Nació de estas cosas, mal entendidas como abajo se dirá, un gran principio para poner en desorden la empresa que con tan grande esperanza se comenzaba.

Mientras se disponían estas cosas en Italia, comenzando á tener sospecha el Emperador de las dilaciones interpuestas á la ratificación, envió al Virrey de

Nápoles (quien juntamente con los rehenes y con la reina Leonor se había detenido en Vitoria para llevarlos al Rey, luego que hubiese cumplido lo contenido en los conciertos), y con él al capitán Alarcón, al rey de Francia (que de Bayona había pasado á Cognac) para certificarse enteramente de su intención; el cual, aunque fué recibido con grandes honras y caricias, como ministro del Emperador y como persona de quien el Rey Cristianísimo reconocía en gran parte su libertad, le halló en todo ajeno de querer dejar la Borgoña, disculpándose unas veces con que nunca podría tener el consentimiento del reino, y otras con que jamás había consentido voluntariamente en una promesa, que por ser de tan grande perjuicio á la corona de Francia, le era imposible observarla; pero que deseando cuanto podía mantener la amistad comenzada con el Emperador y dar perfección al casamiento, continuaba firme en todas las otras cosas concertadas entre ellos, ofreciendo pagar al Emperador, en lugar de la Borgoña, dos millones de escudos, y mostrando que no le inducía otra cosa á confirmar con esta moderación lo capitulado de Madrid sino la inclinación grande que tenía á mantener buena inteligencia con el Emperador, porque no le faltaban ofertas ni provocaciones del Papa, del rey de Inglaterra y de los venecianos para incitarle á renovar la guerra.

Esta respuesta y última determinación suya significó el Virrey al Emperador, y el Rey le envió uno de sus secretarios á manifestarle lo mismo. De esto procedió que, aunque los poderes del Papa y de los venecianos (que antes habían sido muy deseados), hubiesen llegado al mismo tiempo, inclinado el Rey más á la concordia con el Emperador y determinado á esperar su respuesta sobre el partido nuevo de que el Virrey le había dado esperanza, comenzó claramente á diferir la con-

clusión de la capitulación, no disimulando que trataba nueva concordia con el Emperador, porque habiéndosela propuesto al Virrey, no podía hacer daño el oírlo, y afirmando (si bien tenía otra cosa en su ánimo), que no concluiría nada, si no se juntasen á la restitución de sus hijos el dejar el Estado de Milán y la seguridad de toda Italia.

Hubiera sido esto bastante para entibiar el ánimo del Papa si, por la sospecha que tenía fija en su ánimo, no juzgara que el confederarse con el rey de Francia era el único remedio para sus cosas.

Mucho se turbó el ánimo del Emperador al recibir el aviso del Virrey y oír lo que refirió el secretario francés, porque le era muy molesto caer de la esperanza de recobrar la Borgoña, cosa que deseaba mucho, por la ampliación de su gloria y por la oportunidad de aquella provincia para mayores progresos.

Enojóse grandemente de que el rey de Francia, apartándose de las promesas y palabra dada, hiciese demostración manifiesta en todo el mundo de despreciarle. Ofendíale, demás de esto, una cierta vergüenza de que, habiendo (contra el consejo de casi todos los suyos, contra el juicio de toda la corte, contra lo que, después de hecho el concierto, le predijeron de Flandes madama Margarita, hermana de su padre, y todos sus ministros en Italia), medido mal la importancia y las condiciones de las cosas, se hubiese persuadido de que el rey de Francia observaría el acuerdo.

Calculó con diligencia lo que convenía á su autoridad propia, y en qué peligros y dificultades quedaban sus cosas en cualquier caso; determinó no alterar el capítulo que hablaba de la devolución de Borgoña, sino antes, concertándose con el Papa, consentir la restitución de Francisco Sforza, como si fuera muy conforme á su decoro perdonar á un príncipe menor que, cediendo

do á la voluntad de uno poderoso y émulo de su grandeza, hacer casi confesión de temor, y antes tener guerra peligrosísima con todos que remitir la injuria recibida del rey de Francia; porque dudaba que el Papa, viendo que se había despreciado su amistad, tuviese el ánimo ajeno de él totalmente. Acrecentábase la sospecha el saber que, demás de haber enviado un gentil-hombre á Francia para darle el parabién, enviaba públicamente un embajador; pero mucho más se le aumentaba el ver que había tomado á su sueldo, debajo de pretexto de asegurar de los moros las marinas del Estado de la Iglesia, á Andrea Doria, con ocho galeras y con treinta y cinco mil ducados de provisión cada año.

Esta conducta, por la calidad de la persona, por no haber pensado nunca el Papa en fuerzas marítimas, y por haber estado muchos años Doria sin sueldo del rey de Francia, le daba sospecha de que se hubiese hecho con intención de turbar las cosas de Génova.

Por todo esto, hizo á un mismo tiempo muchas provisiones, activó el pasaje á Italia del duque de Borbón, ordenando que viniesen de Italia á Barcelona siete galeras suyas que estaban en Mónaco, y procurando que llevase á Italia provisión de seis mil ducados, porque su jornada sin dinero hubiera sido vana. Señaló á don Hugo de Moncada para que fuese al Papa con comisión, según publicaba, de satisfacerle, pero limitadamente, porque quiso que fuese primero á la corte del rey de Francia, para que, entendiendo del Virrey si había ó no alguna esperanza de que el Rey quisiese guardar lo concertado, pasara adelante ó parara, variando las comisiones según el estado y necesidad de las cosas.

ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.

LIBRO XIV.

CAPITULO I.

Los suizos en Italia á sueldo de la Iglesia.—Negociaciones secretas del papa León con Francia.—El rey Francisco conquista el reino de Navarra.—Liga de León X y Carlos V contra Francia.—Bando contra Lutero en la Dieta de Vorms.—Fundamentos de las pretensiones de Carlos V al ducado de Milán.—El ejército francés acomete á Regio, y es obligado á retirarse..... **Pág. 6.**

CAPÍTULO II.

Preparaciones del Papa y del César para mover guerra al rey de Francia.— Próspero Colonna en el Parmesano.—Guicciardini es nombrado comisario en el ejército pontificio con grandísima autoridad.—El marqués de Pescara en el Parmesano.—Asedio de Parma.—El ejército francés se dirige á Parma para defenderla.—Consejo de los capitanes para dar el asalto á Parma.—Pescara y Colonna aconsejan levantar el asedio.—Antonio de Leiva opina que se debe acometer al ejército francés.—El ejército se retira de Parma.. **Pág. 21.**

CAPÍTULO III.

Sospechas del Pontífice por la retirada de Parma.—Juan de Médicis derrota á los venecianos.—Lautrec bate los alojamientos de los enemigos.—Derrota del duque de Ferrara.—Los suizos de Zurich se niegan á combatir contra los franceses.—Los suizos que estaban á sueldo de los franceses parten del ejército por falta de las pagas.—Los ejércitos enemigos se acercan al Adda.— Próspero Colonna pasa el Adda..... **Pág. 43.**

CAPÍTULO IV.

El ejército de la Liga en Milán.—Fuga de Lautrec.—Los pontificios toman á Piacenza.—Cremona se rebela contra los franceses y es recobrada por éstos.—Los pontificios toman á Parma.—Muerte del papa León X.—Sospechas de que fué envenenado.—El ejército pontificio se disuelve.—El duque de Ferrara reconquista muchos lugares.—Ataque de los franceses á Parma.—La defiende Francisco Guicciardini.—El duque de Urbino reconquista su Estado... **Pág. 61.**

CAPÍTULO V.

Mudanza en el Estado de Perusa.—El cardenal de Tortosa es elegido Pontífice y conserva el nombre de Adriano VI.—Desórdenes en Toscana.—Trinchera hecha por Próspero Colonna contra el castillo de Milán.—Juan de Médicis á sueldo de los franceses.—Francisco Sforza baja de Trento al Milanesado con seis mil tudescos.—Entra en Milán.—Próspero Colonna socorre á Pavia y obliga á Lautrec á levantar el sitio.—Lautrec va á Cremona para defenderla.—Lescun sale de Cremona y la entrega.—Los españoles toman y saquean á Génova.—Vuelve á Francia Lescun.—Movimientos en Boloña y Toscana..... **Pág. 83.**

LIBRO XV.

CAPÍTULO I.

Adriano en Roma.—Peste en aquella ciudad.—Carlos V confirma los privilegios de los florentinos.—Los turcos se apoderan de Rodas.—El duque de Urbino recibe de nuevo la investidura de su Estado.—El duque de Milán reconquista el castillo.—Discurso de Gritti en el Senado veneciano para mantener la liga con Francia.—Discurso de Cornaro para que se haga liga con Carlos V.—Muerte del dux Grimani.—Liga de los venecianos con Carlos V..... **Pág. 114.**

CAPÍTULO II.

Vuelve á Roma el cardenal de Médicis.—El cardenal Soderini es arrestado en el castillo de Saint'Angelo.—Alianza entre Adriano VI y Carlos V.—Conjura del duque de Borbón contra Francisco I.—Llega á Italia Bonnavet, almirante de Francia.—Antonio de Leiva es enviado á guardar Pavia.—Muerte del Papa Adriano.—Combates en Lombardia.—Declinación de las cosas de los franceses en Italia.—El ejército francés se retira de las inmediaciones de Milán..... **Pág. 135.**

CAPÍTULO III.

El cardenal Médicis es elegido Pontífice y toma el nombre de Clemente VII.—Tumultos en la Romaña.—Muerte de Próspero Colonna.—El duque de Borbón lugarteniente del César en Italia.—El marqués de Pescara derrota á Bayardo.—Los franceses son derrotados en la Stradella.—Peste de Milán.—El ejército francés se dirige á Novara.—Bayardo cae prisionero y los franceses son echados de Italia.—Novara se rinde á los imperiales.—El ejército del César entra en Francia.—Fundamentos de las pretensiones de Enrique VIII, rey de Inglaterra, al reino de Francia.—Convenio entre Carlos V y el rey de Inglaterra.—El ejército imperial sitia á Marsella.—Animosa defensa de los franceses.—Retirada de los imperiales..... **Pág. 160.**

CAPÍTULO IV.

Marcha del rey de Francia con el ejército hacia Italia.—Llega á Milán y sitia el castillo.—Débil ayuda de los confederados italianos en favor de Carlos V.—Francisco I sitia á Pavia.—Tratado con el Papa, que finge ser neutral.—El rey de Francia encarga al duque de Albania pasar al reino de Nápoles.—Publica el Papa la confederación con el rey de Francia.—Quejas de Carlos V contra el Papa.—Respuesta del embajador florentino en defensa del Pontífice..... **Pág. 185.**

CAPÍTULO V.

D. Hugo de Moncada cae prisionero.—Fabio Petrucci, señor de Siena, es expulsado de esta ciudad.—Angustia del ejército imperial en Pavia.—Estratagema para meter dinero en la plaza.—Movimiento del ejército imperial para socorrer á Pavia.—Consejo de los franceses.—Juan de Médicis va á alojarse al Barco, cerca de Pavia.—Los dos ejércitos se encuentran junto á Pavia.—Juan de Médicis es herido y parte del ejército.—Batalla de Pavia.—Derrota del ejército francés.—Prisión del rey Francisco..... **Pág. 203.**

LIBRO XVI.

CAPÍTULO I.

Gestiones del Pontífice para mitigar el enfado del César.—Los venecianos proponen la liga al Papa.—El arzobispo de Capua en Roma enviado por Carlos V.—El duque de Albany vuelve á Francia.—Confederación entre el Papa y Carlos V..... **Pág. 224.**

CAPÍTULO II.

Derechos del duque de Ferrara á Módena y Regio.—El Papa manda al obispo de Pistoia para consolar al rey de Francia prisionero.—Tumultos en Siena.—Efectos de la victoria de Pavia en el ánimo del César.—Respuesta del César al embajador veneciano.—Discursos del obispo de Osma y del duque de Alba á Carlos V.—Condiciones puestas por el César al rey de Francia para su libertad.—Respuesta del Rey..... **Pág. 237.**

CAPÍTULO III.

Confusión en el reino de Francia.—D. Hugo de Moncada es puesto en libertad.—El rey de Inglaterra desea ser árbitro en las diferencias entre los Príncipes cristianos.—Confederación entre Francia é Inglaterra.—El cardenal Salviati es enviado al Virrey en nombre del Papa.—El rey de Francia es conducido á España prisionero.—El marqués de Pescara es nombrado general del Emperador en Italia.—Sus quejas contra el Emperador.—Intrigas de Morone con el marqués de Pescara.—Leiva descubre al César la trama.—Los Príncipes italianos conspiran contra el César.—Traición del marqués de Pescara..... **Pág. 256.**

CAPÍTULO IV.

Francisco Sforza acepta la investidura del ducado de Milán.— El rey de Francia sufre peligrosa enfermedad.— Carlos V le visita.—Madama de Alençon en España.—Palabras del rey de Francia á su hermana.—Intrigas del marqués de Pescara.—Prisión de Morone.—El duque de Milán encerrado en el castillo.—El marqués de Pescara obliga por fuerza á los milaneses á jurar fe al Emperador.—El marqués de Pescara es acusado de infamia..... Pág. 279.

CAPÍTULO V.

Los españoles reciben con desprecio al duque de Borbón en la corte de Carlos V.—Muerte del marqués de Pescara.—Gestiones entre los príncipes italianos contra el Emperador.—Incertidumbre del Pontífice.—Digresión acerca de la grandeza de la familia Médicis.—Carácter de Clemente VII.—Convenio entre el Papa y el Emperador.—Condiciones puestas á la libertad del rey Francisco.—Oferta de ceder la Borgoña.—Discurso de Gattinara para disuadir al Emperador de este acuerdo.—Discurso de Lannoy defendiendo lo contrario..... Pág. 289.

CAPÍTULO VI.

Acuerdo entre el César y el rey Francisco.—Condiciones de la liberación.—Gattinara se niega á subscribirlas.—Casamiento entre el rey Francisco y Leonor de Austria.—Capitulos ofrecidos por Carlos V y no aceptados por el Papa.—Ceremonias empleadas en la liberación de Francisco I. . Pág. 316.

LIBRO XVII.

CAPÍTULO I.

Disposición de ánimo del rey de Francia respecto al César.—Resuelve no cederle la Borgoña.—Tumulto de los milaneses contra los imperiales alojados á discreción.—Instigaciones que hace el rey de Inglaterra al de Francia contra el Emperador.—Indignación del Emperador contra Francisco I.—Andrea Doria entra á sueldo del Papa.—D. Hugo de Moncada es nombrado embajador cerca del Papa..... Pág. 330.





RETURN TO → CIRCULATION DEPARTMENT
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 HOME USE	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

1-month loans may be renewed by calling 842-3405
 1-year loans may be recharged by bringing the books to the Circulation Desk
 Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

INTERLIBRARY LOAN		
SEP 6 - 1984		
UNIV. OF CALIF., BERKELEY		
Received in interlibrary loan		
OCT 1 1984		



Guicciardini, F 290770

Historia de Italia

DG539

G83

v.5

290770

Guicciardini

DG 539

G 83

v. 5

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

